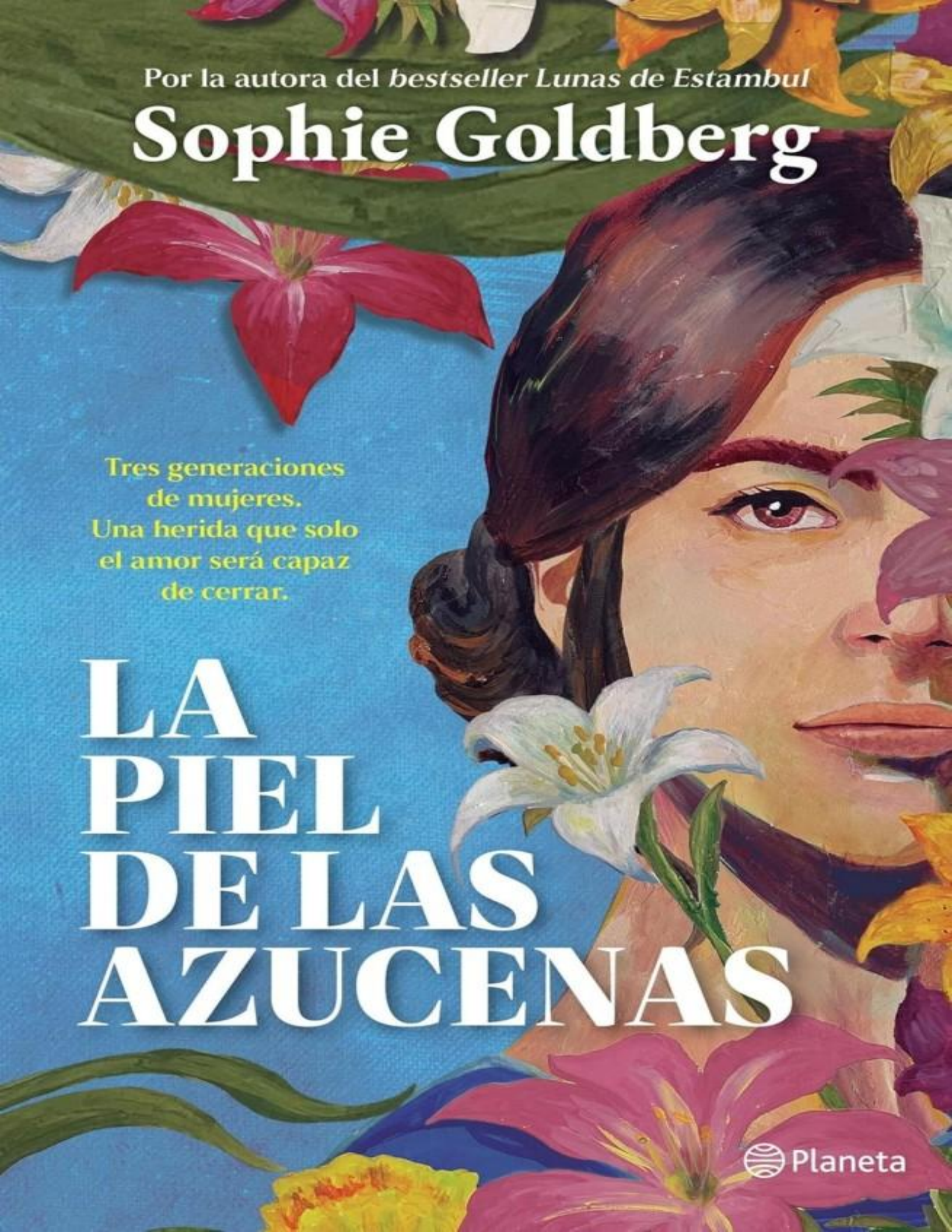
Por la autora del *bestseller Lunas de Estambul*

Sophie Goldberg



Tres generaciones de mujeres. Una herida que solo el amor será capaz de cerrar.

LA PIEL DE LAS AZUCENAS

Planeta

SOPHIE GOLDBERG

LA PIEL DE LAS AZUCENAS

Planeta

Índice

PRIMERA PARTE
MIEDO ENTRE PAREDES VIEJAS

Verdades que duelen
Migrar
La llegada
Peligro hay en todas partes
Una nueva amistad
El ombligo del mundo
Más vale andarse con cuidado
Brava como el Jaibo

SEGUNDA PARTE
LA PROMESA DE LAS FLORES

Intimidada
Conociendo a Yolanda
Un día cualquiera
Cuando se pierde todo
El carrusel
Juntos
Bautismo en la vecindad
Noticias de cambio
Aromas de infancia
Un avión y un ángel caídos
El Mercado de Jamaica

TERCERA PARTE
SOMBRA DE UNA TRAICIÓN

La biblioteca
Lo que pudo haber pasado
La Lagunilla
XV años
De lo que soy capaz
Ya nunca
Dame gracia para perdonar

¿Yo, pecadora?
El diablo
Lo ancestral: puente con lo cotidiano
El silencio
Zoapatle
El eco de un llanto
Ser humana no es pecado
Arderé en el infierno

CUARTA PARTE
LA PRISIÓN DE LA MELANCOLÍA

El horizonte de Elia
El último libro
Un ave perdida
Un número por nombre: 6397-42
La enfermedad del corazón triste
El primer aliento

QUINTA PARTE
LA POESÍA

Bienvenida al mundo
Se necesita un nombre
Casa Ortega
Pájaros sin alas
Hilos invisibles
Curiosidad heredada
La confesión
Heridas que no sanan
El secreto ya no duerme en la cuna
Donde empiezan las alas
Llévame si quieres hasta el fondo del dolor
Cuando los ojos se apagan
Aromas de Jamaica
La heredera de la luz
Olor a tormenta
Al fin, te encontré
El último poema

Epílogo
Agradecimientos

Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

A las mujeres de México:
a las que mantienen en pie mundos propios,
a las que resisten con la fuerza que les viene de lejos,
aun cuando todo alrededor se desmorone.

Y a las de mi vida, las de mi sangre y las que elegí;
a las que me hicieron y a las que me sostienen.

A Moi,
tierra firme mientras yo persigo palabras.

A mis hijos,
por acompañarme en cada página
del camino que me apasiona.

El pasado siempre vuelve, porque nunca se ha ido.

Elena Garro

Creeré en ti, mientras una mexicana en su tápalo lleve los dobleces de la tienda, a las seis de la mañana, y al estrenar su lujo, quede lleno el país, del aroma del estreno.

Ramón López Velarde

Si no lo encuentras en La Merced, no existe. Lo sé tras recorrer la espesura de sus pasadizos, de rozar la impaciencia que anida en sus rincones, de respirar la tradición guarecida en sus aromas, de habitar una memoria que se rehúsa a ceder.

PRIMERA PARTE

MIEDO ENTRE PAREDES VIEJAS

Verdades que duelen

En la repisa, al lado del Niño Jesús de cerámica, estaba el retrato que le habían hecho a su papito. Rosario no sabía con qué motivo ni si había sido una ocasión especial, pero ahí estaba, tan guapo, tan fuerte. Todo un ranchero con su sombrero de palma, de ala amplia y curvada para protegerlo del sol, porque, como decía él: «Sombrero que no da sombra no es ni sombra ni sombrero».

Se le quedó viendo. Si tan solo no se hubiera entercado en ir aquel día a la ciudad; si no se hubiera comprometido con su compadre Jacinto a acompañarlo. Rosario y Elia, su madre, fueron por todo el pueblo desesperadas, preguntando si alguien los había visto retornar. Unas horas más tarde, todo Lerdo de Tejada los buscaba. Los vecinos les ayudaron a recorrer los prados con linternas y sus animales de carga; a hurgar entre los arbustos y los parajes; a llenar de falsas esperanzas las callejuelas serpenteantes. La esposa de Jacinto nomás lloraba y se abrazaba a sus tres hijos, que, sin éxito, trataban de consolarla. Dos días después, les dieron el reporte.

Los amigos cercanos de su papito, don Froilán y don Aureliano, tocaron a la puerta. Se retiraron el sombrero cuando les abrieron y clavaron la mirada en el piso.

—El camión de redilas del compadre Jacinto se salió de la carretera —dijo uno de ellos—. Dio dos vueltas antes de caer al vacío, donde se estrelló contra unas rocas.

—El fuego de la explosión se extendió por los matorrales —agregó el otro.

—Pero ellos están bien, ¿verdad? —preguntó Elia, esperanzada, que vio en el rostro del amigo lo que ella quería creer.

Rosario, a sus trece años, ya sabía la respuesta: la leyó en esos ojos que no podían mirarla de frente.

Esa noche, Rosario imaginó a su padrino Jacinto tratando de esquivar un buey para no atropellarlo, o quizá lo que había hecho era dar un volantazo para no estrellarse con otro coche o, probablemente, habían ido platicando con una cerveza en la mano y se habían distraído un momento. ¿Qué importaba ya cómo había sido? Nadie vio lo que pasó; nadie oyó la explosión; nadie acudió en su ayuda hasta que el humo que quedó del incendio —apagado por sí mismo— alertó a unos campesinos. En su cabeza, Rosario veía el terreno árido, la barranca pedregosa, la carretera angosta y ondulada y a su papito en el fondo, con los ojos abiertos, los brazos estirados y las manos entumecidas, como si hubiese querido frenar con ellas.

En cuanto se corrió la noticia del accidente, medio pueblo fue a la casa a presentar sus condolencias. Ahí velaron los cuerpos calcinados de los dos hombres. Sus viudas habían tenido que ir a identificarlos. No quedaban rasgos que reconocer, pero asintieron para que los volvieran a tapar y se los entregaran. Rosario y los tres chamaquitos de Jacinto esperaron afuera. A la niña se le formó un nudo en la garganta; los otros, de plano, no dejaban de llorar.

Pese al sufrimiento y a la rabia que sentía, un hervidero de recuerdos se le volcó en un instante. Lo más trivial, lo más cotidiano, le invadía la cabeza de imágenes. Como si se tratara de postales, recordaba su infancia al lado de un padre trabajador y buena gente, siempre buscándola cuando llegaba a casa, siempre pendiente de su madre y de ella. Y las veces que llegaba tarde era por la carga de trabajo, porque, como decía él: «Le quiero dar lo mejor a mi hija, todo lo que yo no tuve». Salieron las dos mujeres de la morgue sumidas en una tristeza paralela. Elia, con la boca llena de amargura, dijo: «Sí, son ellos». Se quedaron todos callados viendo cómo la esperanza se esfumaba.

Durante el funeral, Elia casi no habló, se limitó a sonreírle a toda la gente que se acercaba a darle el pésame. A Rosario la abrazaban con lástima. Ella

trataba de distraerse observando los gestos de unos y otros para no salir corriendo de ahí. Le sobraban las miradas de compasión. De entre las lápidas devoradas por la maleza, surgió la figura de una mujer joven y bien formada. Elia le clavó los ojos en una doble embestida. La mujer ocultaba parte de su rostro, y también de sus pecados, bajo un rebozo negro. Rosario leyó la incomprensión en el gesto retorcido de su madre: el ceño y los párpados fruncidos enmarcaron su mirada. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué parecía esconderse entre los árboles y las tumbas? Trató de acercarse a ella, pero, cuando creyó tenerla en la mira, se esfumó entre los vericuetos de alcatraces, agapantos y azucenas que pretendían consolar la tristeza y la melancolía del jardín funerario. Ofrendas florales, cruces y nombres picados en piedra; nichos en una tierra muerta.

Con un arrebato y un amén suspendido en el aire, Rosario tomó a su mamá del brazo. El mentón le temblaba y las venas de las sienes le brotaron como riachuelos azulados. Aquella presencia las había zarandeado. Aun así, esperaron a que el rito terminara. Después, salieron de ahí, apretando el paso entre susurros cizañeros. Fue en el camino de regreso a casa cuando Elia dijo: «Nos vamos a la capital, ya no tenemos nada que hacer aquí». Rosario aborrecería esa fecha. Todos supieron mirar más allá de lo obvio; ella no quiso hacerlo: prefirió continuar amando a su padre y cegarse a una corazonada. Optó por el silencio y no por la verdad. Su mamá lloró como no había llorado nunca, sin lágrimas y sin ensartar palabras, con patadas y puños.

Migrar

Rosario nunca olvidaría su llegada a la gran ciudad ese mes de marzo de 1956. Así como era, caótica y diversa, la urbe le hizo extrañar de inmediato su Lerdo de Tejada, su tierra en Veracruz. El pueblo que dejó, tras diez horas de viaje, se le iba perdiendo en la opacidad del cemento citadino que parecía arañarle los ojos. Delgada, de cabellos largos y negros, tenía el rostro de quien acaba de migrar; cansancio, sí, pero también curiosidad, la expectativa de un futuro por el que estaba dispuesta a reemplazar el pasado que cargaba en un costal a modo de equipaje. Un entramado en desorden se le figuraron las amplias avenidas, las calles medio escondidas, los camellones casi desnudos. Engranajes de tranvía, el ir y venir de los motores, el grito impaciente de las bocinas de claxon. La jovencita levantó la mirada, sorprendida, que se le estrenaba en tinacos, tendederos, cables eléctricos liados sin ton ni son, escaleras de hierro herrumbrado subiendo en caracol. A su alrededor: coches, prisa, motores, nubes de gasolina, llantas, semáforos, transeúntes, cemento, camiones, prisa, ruido, basura, humo, llantas, prisa, gente que va y viene, coladeras tapadas, agua encharcada, más cemento, más humo, más gente, más llantas, más prisa.

Trató de cruzar la calle: imposible. Ningún automóvil disminuyó la velocidad. Elia le gritó: «¡Ahora!», en el único instante en que hubo oportunidad. Rosario sentía la inmensidad de la capital, los edificios, los techos altos, los cientos de bodegas, los cables del trolebús y las decenas de semáforos que se arremolinaban en ese sitio concurrido, bullicioso y, por momentos, fétido. Su madre notó el extravío en su rostro. El contraste con los aromas acostumbrados a pino, naranjo y mango confundía su olfato virgen.

A manera de consuelo, Elia comenzó a enumerarle a su hija todas las

cosas que ahora podrían tener: que si la radio, que si con el tiempo comprarían una televisión, que si se bañarían con agua caliente en vez de hacerlo en el agua gélida del río, que si la electricidad. Rosario pensó que, si nunca había echado de menos todas esas cosas, ¿por qué habría de desearlas ahora? Se quedó callada. Durante el camino, no cruzó palabra con su madre más que las obligadas. Estaba ocupada observando, deglutiendo, tratando de entender este nuevo lugar que le era tan ajeno. Caminaron sin rumbo cierto. A ella le parecía que andaban en círculos, sin avanzar hacia ninguna parte. Siguieron durante quién sabe cuánto tiempo hasta que encontraron a una mujer con un chamaquito amarrado a las espaldas, pidiendo limosna. Rosario estaba segura de que ya habían pasado por esa esquina, ¿o se parecía a todas las demás que recorrieron? Le era difícil posar la mirada en un solo lugar, el bullicio le entraba por los ojos, confundiéndola. Todo era intangible. Su madre le preguntó a la mujer si iban bien para el rumbo del barrio de La Merced. No lo sabían en ese momento, pero estaban paradas en la avenida Anillo de Circunvalación. Seis calles más al norte habían pasado por el Mercado de Mixcalco, especializado en la venta de ropa; y cuatro calles hacia el sur, por el Mercado de Sonora, dedicado a la herbolaria y los artículos religiosos, ese que más tarde se convertiría en uno de los lugares que más frecuentarían. Sin embargo, en ese momento, la ciudad era una selva que las intimidaba. La señora las miró, la cara de forasteras se les dibujaba en cada una de sus expresiones.

—¡Sí, aquí mero están, en La Merced, pues! —respondió, riendo y enseñando su boca chimuela.

Habían llegado a la meca del trabajo. Un compendio de voces encontradas llenaba sus oídos, pero lograron escuchar las instrucciones sobre cómo llegar a la calle que buscaban: la de Manzanares. Siguieron el trayecto marcado entre callejones. Rosario notó que del cableado de luz y de teléfono colgaban zapatos anudados en par por sus cordones. El portón número 17 en la calle de Manzanares, ese que llevaban horas buscando, finalmente, apareció ante ellas. Dejaron sus bultos en el suelo. Rosario notó

que la circulación de su mano derecha se había cortado con la reata de fibra retorcida que cerraba su costal. Apenas sentía los dedos y un hormigueo recorría cada falange azulada que se había agarrotado en forma de zarpa. Percibió la emoción palpitándole en el vientre. Su madre picó un botón que de inmediato hizo sonar una chicharra tan ruidosa que la hizo saltar. Junto al botón, un mecate, que Rosario siguió con la vista, estaba atado a una campana para que, si el escandaloso timbre se descomponía, sonara. Unos segundos más tarde, salió una señora regordeta y con cara de pocos amigos.

La llegada

El zaguán de dos hojas, que tuvo un espléndido aire aristocrático cuando fue el hogar de un señor en la época de la Colonia, resguardaba la vecindad de Manzanares. El inmueble se encontraba en muy mal estado, pero se negaba a morir, al igual que muchos de sus habitantes, quienes habían dejado sus sueños y sus muchos años calcificarse en los poros de la piedra de esa fachada. Muros, patios y lavaderos casi en ruinas habían sido testigos a lo largo del tiempo y, si pudiesen hablar, serían cronistas de historias inverosímiles hechas leyenda desde que se fundó, en 1594, el Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de la Redención de los Cautivos.

En las vecindades de La Merced, parecían coincidir los distintos pasados por los que México había transitado; síntesis de cada una de sus épocas, se escribieron en ensayos de rasgos que fueron madurando con las centurias. Entrada natural de migrantes campesinos que buscaban oportunidades y que, con su trabajo y saberes, terminaron por darle identidad y fuerza al gran mercado. Limoneros michoacanos, naranjeros de Aguascalientes, plataneros veracruzanos o tomateros de Sinaloa. Todos con un sueño a cuestas: encontrar trabajo, traer al resto de la familia y prosperar.

La transición que la ciudad experimentaba, de lo rural a lo urbano, se reflejaba en la gente que, con resignación, vivía sus carencias y trataba de conservar intactos los divertimentos públicos: carnavales, festejos de santos plenos de flores y rituales dedicados a los fieles difuntos. Cuando los tiempos parecían mejorar, se compartía en celebración con tamales, pulque, quesadillas y guajolote en mole; cuando la suerte los traicionaba y hasta el agua se agotaba, compartían lo poco que tenían y se encomendaban a Dios, como gente trabajadora que confiaba en su fe. Él siempre sabía cómo proveer.

Era un barrio tan solidario como peligroso, detenido en los albores de los siglos, viendo el pasado con ojos de nostalgia. Iglesias, casonas, palacios coloniales y conventos de puertas gemelas en los que la vida del México fecundo y recién descubierto se quedó detenida. Arcadas y bóvedas en las que se impregnó un intenso olor a polvo y abandono. Muros de piedra, intrincados pasillos, capillas y campanarios que daban constancia de todo lo ahí vivido.

Las nubes a punto de desplomarse fueron la bienvenida que el barrio de La Merced les dio a Elia y a su hija. Sabía de aquella vecindad gracias a su primo Pedro, quien, en cada visita al pueblo, le contaba anécdotas del lugar donde vivía. Elia hasta sentía conocer a la portera, doña Dominga, que Pedro decía que no dejaba de pellizcarle los cachetes, que era medio cascarrabias, pero que, en el fondo, era una buena mujer. En cuanto Dominga abrió la puerta, Elia la reconoció.

—Soy la prima de Pedro. —Se presentó cuando vio el gesto de extrañeza de la mujer.

Dominga se acercó, como si quisiera contarle una confidencia y le dijo muy quedo:

—Qué lástima que se lo escabecharon, ya me había encariñado con el Pedrito.

Dominga guio a Elia y a Rosario hasta el que había sido el cuarto del ahora difunto, el mismo que ellas ocuparían. En su recorrido, fueron analizando todo a su alrededor: el patio murmurante, las columnas cansadas, la maraña de tendederos y las escaleras indiscretas. La vecindad parecía haber sufrido la artritis del tiempo. Dominga sacó su manojo de llaves. Con la menos oxidada, abrió la habitación. Elia agarró valor para entrar, después de todo, ahí había vivido su primo, ahora muerto. Una conejera de cuatro paredes mal pintadas, un foco desnudo y una repisa de madera sin barniz eran lo que las esperaba. Elia comenzó a imaginar: «Bueno, aquí puede ir mi cama y, en este otro lado, la suya. Aunque estrecha, creo que sí nos cabe. Una mesa y dos sillas, un par de repisas extras como

alacena».

—No es lo que esperaba —le confesó Elia a manera de disculpa—, pero podemos dejarla bien bonita, para ti y para mí, ya verás; vamos a estar rete a gusto, hija.

Rosario no contestó. Se quedó pensando que tendrían que trabajar mucho para que no se les pasara lo que les quedara de vida en ese lugar. En ese momento, sus dos sufrimientos se juntaron y se avivaron: haber enterrado a su padre y haber dejado el pueblo. Le quedaba claro que el fallecimiento de su papá, aunado a la presencia de la misteriosa mujer en el cementerio, había acarreado la decisión de irse, de buscar oportunidades en la ciudad. Se asomó hacia el patio: un perro, cruza de furia y calle, amarrado con una cuerda al cuello que le impedía alejarse más de cuatro pasos del barandal oxidado de la escalera, ladraba. Parecía estar acostumbrado a vivir a la defensiva, igual que los pobladores de aquel barrio.

Cuando salieron del cuarto para ir a buscar a doña Dominga, varios inquilinos las miraban. De inmediato, se puso en marcha el engranaje del chismorreo acerca de las nuevas: guiños cómplices, risas sarcásticas, miradas ociosas y lenguas afilando las armas y llenándose de veneno. Bajaron las escaleras. Rosario alcanzó a ver de reojo cómo una mujer la miraba de arriba abajo, sobre sus oscuras ojeras. La analizó como quien revisa un producto que va a comprar. Sus ojos se clavaron en el rostro de la joven, y eso que nomás fue de pasadita. Más tarde se enteraría de que su nombre era Socorro. No supo si le dio más miedo pasar junto a ella o el terror de caminar junto al perro que no dejaba de ladrar, furioso, derramando baba por todos lados. A pesar de estar sujeto a su cárcel sin rejas, le inspiraba pavor. Socorro también.

La mirada impasible de la portera era tal como su primo la había descrito. La guardiana del vecindario se encargó de leerles la cartilla, explicándoles todo lo que se podía hacer y lo que no se aceptaba entre los vecinos: que si no se podía hacer escándalo hasta tarde; que si nada de meter extraños al cuarto. Una sarta de reglas que la mayoría de los habitantes

rompían a diario.

—No se preocupe —respondió la joven madre, tratando de imprimir firmeza a sus palabras.

La única que se acercó a saludarlas fue Yolanda:

—Quédense tranquilas. Aquí se habla mucho, pero, cuando de veras hay problemas, nadie se queda cruzado de brazos. Bienvenidas.

En un tono tenue, que contrastaba con el de las habladurías de las otras vecinas, Yolanda les dio el pésame por su primo. Les expresó cuánto lamentaba lo sucedido con Pedro y cuánto lo estimaba; era su vecino de puerta con puerta y le había agarrado cariño. Abrió los brazos, como queriendo abarcar el dolor que suponía acumulado en Elia, gesto que sorprendió a la joven, pero que recibió con gratitud. Se sentía perdida en su llegada a una ciudad idealizada que, por más que Pedro la hubiera descrito, jamás habría podido imaginar. Lo rural y lo urbano se encontraban en esa Merced que contenía muchos pasados y todos los presentes. Conventual, aristocrática, indígena y palaciega, acompañada de sabores y aromas de las calles de barrio, así de variopinta es La Merced.

Peligro hay en todas partes

Elia había terminado de desempacar las pocas pertenencias que había traído consigo cuando decidió salir al patio central a tomar un poco de aire fresco. Rosario dormía profundamente, exhausta tras el largo trayecto. El sol empezaba a ocultarse tras los edificios y una penumbra dorada bañaba la vecindad. El ambiente, lleno de voces, comenzaba a calmarse ahora que las familias se preparaban para la cena.

Al salir, se encontró con doña Dominga, quien la saludó y la invitó a sentarse un momento para charlar. En realidad, Dominga quería averiguar un poco más sobre la vida de su nueva inquilina. Agradecida por la compañía, Elia se dejó caer en una silla de madera junto a la entrada del cuarto de la portera. Fue entonces cuando lo vio por primera vez.

Desde la penumbra, en un rincón del patio, emergió una figura borrosa. Era un hombre de mediana edad con el rostro surcado por arrugas prematuras y ojos que destilaban una lascivia apenas contenida. Sus movimientos eran lentos y torpes y el olor a alcohol barato lo precedía.

—Elia, te presento a mi esposo, Justino —dijo doña Dominga con una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero que no lograba ocultar una sombra de resignación.

Él se acercó con una sonrisa torcida. Sus ropas estaban desaliñadas y, en esa mirada, había algo que le hizo sentir un escalofrío por la espalda. Sin esperar a que ella se levantara, él se inclinó, demasiado cerca, y la envolvió con su aliento, cargado de alcohol.

—¿Así que eres la nueva inquilina? —masculló con una voz ronca y arrastrada; sus ojos recorrieron a Elia con una insolencia que la hizo sentirse expuesta.

El esposo de Dominga había ido a descifrar el nuevo enigma: le hizo un

gesto con la mano a modo de bienvenida.

Elia forzó una sonrisa y murmuró un «gracias», evitando a toda costa el contacto visual. Su presencia era una nube oscura que descendía sobre el tranquilo refugio que acababa de encontrar. Sentía su mirada clavada en ella, despojándola de cualquier vestigio de seguridad que pudiera tener.

Doña Dominga, consciente de la incomodidad de Elia, intervino rápidamente.

—Viejo, ¿por qué no vas a ver si la cena ya está lista? —sugirió con firmeza disfrazada de amabilidad.

Él la miró con un destello de irritación, pero, al final, se dio la vuelta y se alejó, tambaleándose ligeramente mientras murmuraba algo inaudible. Elia soltó un suspiro de alivio cuando la figura amenazante desapareció.

—¿Qué es esa cara, Elia? —preguntó doña Dominga con un tono de disculpa poco sincero—. No te preocupes, aquí estás segura. Todos en la vecindad nos cuidamos unos a otros.

Elia asintió, aunque la inquietud seguía presente. Sabía que tendría que ser cuidadosa y mantener a Rosario lo más lejos posible de aquel hombre. El encuentro había sido una advertencia silenciosa de los peligros que también existían en la gran ciudad, escondidos tras las fachadas y las sonrisas.

Regresó a su cuarto, asegurándose de cerrar bien la puerta detrás de ella. Observó a Rosario, que seguía dormida plácidamente, ajena al mundo exterior. Elia se prometió que haría todo lo posible para proteger a su hija y encontrar en aquel nuevo entorno no solo un refugio, sino también la oportunidad de un futuro mejor. Pero sabía que iba a tener que estar siempre alerta, vigilante, para evitar que las sombras de la ciudad se interpusieran en su camino.

Aquella primera noche en Manzanares, a Elia le costó trabajo conciliar el sueño, aunque estaba sumamente cansada por el largo trayecto, la tensión, el ruido y el frío que no dejaba de sentir, a pesar del sarape de lana que la cubría. Observó una cucaracha recorriendo veloz la línea del amarillento azulejo del piso hasta desaparecer por un minúsculo agujero en la esquina.

Le dio más frío. Se ovilló tiritando y rezó el padrenuestro al ritmo de los ronquidos de su hija; después, le pidió al ángel de la guarda que las cuidara en ese nuevo camino y a la Virgen que las guiara. Sus oraciones se mezclaban con el cúmulo de imágenes de todo lo que vio en el transcurrir de esas horas: el lavadero colectivo en donde conoció a algunas de las vecinas que se dedicaban a azuzar el fuego con la palabra; un joven casi niño inhalando una estopa de tíner; personas en situación de calle extendiendo la mano para después guardar una moneda caritativa; niños que se creían héroes o jinetes de corceles hechos con palos de escoba viejos.

El frío se le metía por los pies hinchados y desnudos, por los pensamientos, por los ojos cerrados. Olía a humedad. Trató de adormilarse, sabía que era importante descansar; además de lo extenuante que había sido ese día. El siguiente suponía el verdadero principio de su nueva vida. El insistente zumbido de una mosca y el miedo, tras conocer al esposo de Dominga, estaban decididos a no dejarla dormir. Elia extrañó el canto de los grillos que la arrullaba allá en el pueblo. Se persignó. No pudo evitar sollozar.

Ella y su hija se convirtieron en migrantes, de los que había tantos buscando mejores oportunidades en la gran ciudad. Ahora serían residentes de una metrópoli tan compleja como rebosante de oportunidades. No sería una simple gestión del destino, sino una fatalidad existencial que contrastaría en todos los aspectos de la vida con el campo, recalcaría lo simple de esta. Para poder acostumbrarse a esa vida citadina, se adentraría en sus calles, en sus comercios, en la diversidad de sus productos, en sus pasillos estrechos y en sus grandes avenidas, en sus edificios añejos y en los que marcaban la modernidad. Penetraría en lo más genuino de la ciudad, en el mercado, en donde el sol parecía haber repartido todos sus colores entre los rebozos de las marchantas y sus pieles morenas; entre los chiles secos y las frutas maduras, entre las piñatas y los dulces, entre las acelgas y los alhelíes; entre el mixiote con sabor a tierra, el chicharrón crujiente, los guajolotes, el barro y el peltre; entre las hierbas medicinales, los guajes, la

ruda y el pirul. Se deslumbraría con el rojo sangre y el rosa mexicano, el amarillo maíz y el negro obsidiana, que parecían perfilarlo todo a pinceladas.

Los días, nunca monótonos, nunca iguales entre sí, se convertirían en meses. Conocería a fondo su barrio: un lugar de desorden, de favores que no se olvidan, implacable con los deudores, profundamente guadalupano. Un barrio del que surgían mitos, donde se arraigaban los prejuicios de peligro, de niños callejeros; un lugar donde muchos quedaban invisibilizados por el sistema. Pero también un lugar rebosante de calidez, generosidad y amistades verdaderas, de alegría de vivir. Un lugar donde lo inesperado acechaba a la vuelta de la esquina y que, sin duda, impregnaría en el carácter de Elia la determinación. Sería ahí donde soñaría con ser insumisa. Un lugar de gente sin estudios, pero sabia: con experiencias de vida y tradiciones heredadas. Dejar atrás la vida en el pueblo y tratar de descubrirse fue como asistir a su segundo bautismo, aunque sin saber si saldría del agua respirando. Estaba exhausta. Lo oía todo, lo veía todo, pero parecía que se le habían anestesiado las emociones. Era tanto que no sentía ya nada. Era tanto que prefirió permanecer muda. Era tanto que ni siquiera se atrevía a imaginar lo que seguiría.

Una nueva amistad

El patio de la vecindad se había transformado en un hervidero de actividad apenas amaneció. Los niños correteaban alrededor de las tinas de lavar, jugando a las escondidas y lanzando risas que rebotaban contra las paredes. Rosario, aún con la timidez de quien se sabe recién llegada, los observaba desde la puerta del cuarto que compartía con su madre. Se sentía como una extranjera en aquel nuevo mundo lleno de caras desconocidas. A lo lejos, vio a un muchacho. Él la vio también. Al principio, se limitó a observarla, curioso por la presencia de la nueva inquilina. Miraba la postura retraída de Rosario, la manera en que se mantenía apartada del bullicio. Era un chico delgado, de alrededor de catorce años, con una mirada vivaz y una sonrisa traviesa.

Enfrascada en sus pensamientos, Rosario brincó asustada al ver a un perro que corría hacia ella ladrando con impaciencia. Se le había desamarrado la cuerda del cuello que lo ataba al barandal herrumbroso. «¡Quieto, Jaibo!» Se escuchó un grito justo antes de que el can saltara sobre Rosario. Enseguida, el perro se echó; su ferocidad se apagó bajo una súbita mansedumbre, una obediencia quizá lograda a palos. Apareció el muchacho, moviéndose con la familiaridad de quien ha crecido entre esos muros.

—Deja que el Jaibo te husmee para que se vaya acostumbrando a tu olor, así sabrá que vives aquí y dejará de agredirte cuando pases cerca de él. Por cierto, soy Chema.

—Soy Rosario, mucho gusto —respondió, aún con temor.

Rosario, con el miedo todavía incrustado en la barriga, no soltaba su morral de ixtle, del que le daba desconfianza apartarse. La correa rasposa ya había dejado una llaga en su hombro por tanto roce. Chema le quitó el bolso con un gesto muy sutil y lo cargó.

Rosario se sintió un poco intimidada, pero también agradecida por la amabilidad del chico. Sus ojos oscuros, salpicados de pintas de color caramelo, le sonrieron también. El estómago le crujía y el aroma de las tortillas asándose en el comal de la portera le hizo agua la boca. Chema se dio cuenta.

—Ven, vamos —le ordenó con picardía—. Le voy a pedir una tortilla caliente con sal. Hoy anda de buenas.

—¿Eso es andar de buenas? —preguntó Rosario.

—¿Pues qué no la oyes canturreando? Bienvenida a la vecindad. Soy el hijo de Dominga. Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo —agregó al tiempo que tomaba una tortilla del comal para ofrecérsela.

Rosario se ruborizó —Perdón, perdón, no sabía…

Chema asintió, comprendiendo sin necesidad de más palabras.

—Ven, te mostraré el patio. Hay un rincón donde a veces encontramos pájaros heridos y los cuidamos hasta que pueden volver a volar. Creo que te gustará.

Rosario dudó un momento, pero la sinceridad en los ojos de Chema la convenció. Dio un paso adelante y luego otro hasta que se encontró caminando junto a él. Mientras avanzaban, Chema le señalaba los distintos rincones del patio, contándole historias y anécdotas con una habilidad que hacía que cada palabra cobrara vida.

Llegaron a un pequeño jardín improvisado donde varias macetas viejas albergaban plantas que luchaban por sobrevivir. En una esquina, una caja de madera servía de refugio para los pájaros heridos de los que Chema le había hablado.

—Mira, este es nuestro pequeño hospital de pájaros —dijo, inclinándose para mostrarle la caja—. A veces, encontramos golondrinas o gorriones que se cayeron del nido y los cuidamos aquí.

Rosario se agachó junto a él, observando la caja con fascinación. Chema, con su amabilidad desinteresada y su espíritu protector, era una promesa de amistad en aquel nuevo y desconcertante mundo.

El ombligo del mundo

Elia y Rosario descubrieron que la ciudad tenía su propia música, una melodía compuesta por el sonido de las campanas de las iglesias, el rumor constante de los automóviles y el eco lejano de una banda tocando en algún lugar. Los vendedores ambulantes pasaban empujando carritos llenos de elotes, nieves y frutas frescas. El aroma de los productos les traía recuerdos de las ferias de su pueblo, pero con una intensidad nueva y vibrante.

Era hora de ir a conocer el Mercado de La Merced, un lugar donde el bullicio de la vida diaria se concentraba en un hervidero de comercio y tradición. Al acercarse, los olores se intensificaron: una mezcla de frutas, especias, carne asada y un toque de humedad procedente de la acequia cercana.

La Merced era el ombligo del universo. Cruzarlo de norte a sur podía tomar horas enteras si se hacía un alto en cada uno de los cientos de puestos. Detenerse a observar o preguntar los precios de juguetes, ropa, dulces, alimentos, utensilios de cocina o cualquiera de la infinidad de productos que podían comprarse por tonelada podía convertirse en una actividad en sí misma. Esa primera vez, Rosario se tropezó con diableros, clientes, marchantes, pepenadores y pordioseros. Con la práctica, aprendería las diferentes rutas, así como a esquivar «el golpe avisa». Sus fronteras contaban con una doble protección: la de la Virgen de la Merced y la de la Virgen de Guadalupe. Aquel lugar y sus habitantes, creyentes y devotos de corazón, se atenían a la voluntad y a los deseos de unas imágenes enmarcadas en una madera copiosamente ornamentada. Estaban colgadas en las naves centrales para que todos las vieran y ellas vieran a todos, para estar al alcance y, en su día —el 24 de septiembre para una y el 12 de diciembre para la otra—, llenar sus altares de flores y ofrendas, de peticiones y ruegos. Se persignaban ante

ellas, con los labios entreabiertos en una plegaria y las manos a la altura del pecho, para comenzar el día, para tener una buena venta, para llenarse de fuerza. Comerciantes y patrones, viejos y niños, tullidos y enfermos: todos necesitaban de sus milagros. Lo que llamaba la atención de Rosario era que Nuestra Señora de la Merced, en sus orígenes, estuvo destinada a ayudar y redimir a los cristianos cautivos y, en el barrio, era habitual que, aunque fuera bajo el manto de la Virgen Mercedaria, algunos jóvenes terminaran en prisión. Sin embargo, pronto entendería que no era el barrio el que fabricaba delincuentes, sino la miseria, el abandono y las puertas cerradas que la ciudad le ofrecía a quienes nacían del lado equivocado de sus avenidas.

—Aquí empezaremos de nuevo. Tendremos que trabajar duro, pero estoy segura de que nos adaptaremos. La ciudad tiene muchas oportunidades; con esfuerzo y dedicación, saldremos adelante —le aseguró Elia a su hija mientras la estrechaba contra su pecho.

Habían descubierto un lugar donde la vida vibraba en cada esquina, donde el pasado y el presente se entrelazaban. Era mucho más que un simple centro de comercio. La Merced les había mostrado una cara llena de colores, sabores y sonidos que enriquecerían su propia historia y las acompañaría en su nueva vida. Los tranvías tintineaban al pasar, los vendedores ambulantes gritaban sus mercancías y el aroma a tamales y tacos, mezclado con el humo de los autobuses, creaba una sinfonía de olores jamás imaginada. Se encontraron con un laberinto de puestos y carpas de colores, donde los vendedores ofrecían de todo: frutas exóticas, verduras, especias, artesanías y alimentos preparados al momento. El ruido era ensordecedor: una cacofonía de voces que llamaba a los clientes, regateaba y reía. Elia y Rosario avanzaban con cuidado, maravilladas por la variedad y la cantidad de productos. Un puesto de frutas captó su atención. Había mangos jugosos, piñas doradas y una variedad de chiles que iban del verde más brillante al rojo más intenso. La vendedora, una mujer robusta con un delantal floreado y una sonrisa cálida, las invitó a probar un trozo de mango. Rosario lo aceptó y el dulce y jugoso sabor explotó en su boca, recordándole los días

soleados en su pueblo.

Ahí, en el mercado, la gente se movía deprisa, como si el tiempo fuera un bien preciado que no podían permitirse perder; intensamente transitado y lleno de contradicciones, el mercado parecía vivir a otro ritmo. Una familia entera trabajaba frenéticamente. La madre freía quesadillas en un comal humeante, el padre cortaba carne para los tacos y los hijos servían refrescos y atendían a los clientes. Rosario observaba a la gente a su alrededor. Había hombres de negocios en trajes elegantes, amas de casa con canastas llenas de compra y niños correteando entre los puestos. La diversidad de personas y el constante ir y venir le hicieron ver a Elia un crisol de vidas y experiencias, un lugar donde todos buscaban su camino y su sustento, como estaba a punto de hacerlo ella.

Siguieron explorando el mercado, descubriendo puestos de artesanías donde se vendían coloridos textiles de Oaxaca, cerámicas de Puebla y juguetes de madera de Michoacán. Cada objeto les contaba una historia, cada vendedor tenía una anécdota que compartir. La riqueza cultural de México se desplegaba ante sus ojos de una forma que nunca habían experimentado. Al final de su recorrido, un hombre tocaba un acordeón y cantaba boleros con una voz suave y melancólica. La música llenaba el aire de una nostalgia que resonaba en su corazón. Se quedaron allí, escuchando, permitiéndose unos momentos de calma en medio del caos del mercado.

Con el correr del tiempo, Elia y Rosario tratarían de acostumbrarse al ambiente a veces áspero, tan distinto al de su pueblo. Para vivir en la vecindad, también había mucho que aprender: ignorar los rumores entre Socorro, Dominga y Yolanda, las más dadas a las habladurías; desarrollar el oído para escuchar tras las delgadas paredes; esquivar al Jaibo; no hacer caso a las lenguas viperinas; acostumbrarse a ver muñecas de trapo estranguladas y con espinas o alfileres clavados en los ojos, el corazón y el sexo; eludir al esposo de Dominga; y encarar sus miedos.

¡Ah!, cómo extrañaban los guisos de chile y pepita, las aguas de flores silvestres y ver cómo florecía cualquier semilla arrastrada por el viento hasta

convertirse en un manzanillo. Su Veracruz les hacía falta: sus barrancas, sus limoneros y huizcolotes, sus gorriones y jilgueros. Ahora, viviendo en la ciudad, a Rosario le hacía falta caminar descalza, evitando pisar a las hormigas; correr por el prado, abochornada por el calor que envuelve el aire, y ver cómo los guayules y huizaches estallan de amarillo. Le hacían falta las calles de terracería de ese pueblo que llevaba dentro, en sueños y espejismos, en su nostalgia y desarraigo.

Las semanas pasaron y se fueron haciendo, por fin, a la vida en la ciudad, en la vecindad y en el barrio. Aprendieron que hay leyes no escritas que no se transgreden. Una especie de honor tácito, a veces, perverso. Se acabaron acostumbrando a los silbidos obscenos al cruzar la calle, a esperar el camión que nunca se sabía con certeza a qué hora llegaría, a interpretar cómo las construcciones y edificios de esa metrópoli se miraban, se hablaban, se respondían. Unos desde una época que sigue lamiendo las canteras, otros desde la modernidad.

Más vale andarse con cuidado

Poco a poco, aquel húmedo cuarto de piso amarillento fue tomando carácter. Un hule floreado sobre la mesa, fotografías del padre de Rosario sujetas al marco de un espejo, con el que cubrieron el manchón de humedad que se extendía por el muro. Junto a la ventana, macetas de barro con sábila y otras plantas medicinales ocupaban la repisa a la que le daba la luz directa. Elia se pasó días tejiendo a ganchillo un cubrecama formado por cuadritos morados y rosas que, al final, unió con estambre gris. La cruz de madera que viajó con ellas desde Lerdo de Tejada coronaba el catre y las hacía sentirse protegidas. Bajo el resplandor que se filtraba por aquella ventana, tan desnuda como el propio Cristo, brillaban las espinas de su aureola y la sangre que le goteaba por la frente y las sienes. Todas las noches se persignaban e hincadas decían una plegaria.

Rosario se había ido acostumbrando a las aceras estrechas y al intrincado laberinto de callejones; unos sin salida y otros con caminos que llevaban a muchas partes. Decidió ir a hacer unas compras. Era temprano y la mayoría de los vecinos que se despertaban entre las cuatro y media y las cinco de la mañana ya habían salido a sus trabajos. Un par de mujeres cuchicheaba en la azotea y sus voces se mezclaban con el romanticismo de Agustín Lara que alguien había dejado en una radio encendida.

Rosario iba canturreando, como siempre; ahora era la de Piporro, esa del Taconazo. Estaba feliz con lo que había comprado y se lo quería enseñar a su mamá. Se disponía a subir. Notó el cemento roto del primer escalón; hasta ahí puso atención, luego se distrajo viendo las ortigas que brotaban entre las losas de la pared y siguió cantando: «…porque con el zangoloteo ella va a sentir muy fello si se le va un balazo…». Una mano fuerte la tomó del codo.

—Qué bien cantas. A ver cuándo me entonas una. Creo que no nos han

presentado. Soy Justino, el papá del Chema; los he visto jugueteando por ahí y pues ya es hora de que yo también te dé la bienvenida. Te invito a tomar un café con leche.

—No, gracias, señor, tengo mucho que hacer —respondió Rosario, notando una profunda cicatriz de varicela en el centro de su frente.

—No te me pongas difícil. Yo que quiero ser un buen vecino y tú bien rejega.

Su mano dejó sobre el brazo de Rosario un desagradable olor a nicotina. Ella pudo ver su miembro erecto a través del pantalón. La piel se le erizó cuando el Jaibo soltó un ladrido furioso. Justino desató al perro. Rosario creyó que lo usaría para asustarla aún más, pero, por fortuna, se dirigió al portón para sacarlo a dar una vuelta y hacer sus necesidades, no sin antes rozar el hombro de la jovencita diciendo:

—Bueno, ya será para la otra, mi chula. Nos vemos.

Su sonrisa obscena la turbó; aceleró el paso hacia su cuarto, donde, tan pronto cerró la puerta, echó el cerrojo. No le gustaron ni sus miradas lujuriosas ni sus dientes amarillentos que asomaban de sus labios gruesos mientras mordisqueaba un palillo cerca de las comisuras. Le dio miedo hasta su tono de voz. Le tomó un momento tranquilizar su respiración acelerada. Se llevó las manos al pecho como para detener los latidos de su corazón. «¡Ay, Virgen Santa! Qué susto», pensó. A sus trece años, era la primera vez que alguien le hablaba y la veía así.

Elia estaba estirando las sábanas de la cama, por lo que no se percató de lo que le sucedía. Rosario trató de recomponerse cuanto antes, mientras su mamá le preguntaba si había encontrado todo lo que le había encargado. Sus párpados aleteaban, tratando de no dejar escapar las lágrimas agolpadas.

—No todo —respondió jadeante. Su mamá creyó que era por la prisa con que trepó por las escaleras.

—Te tengo una sorpresa —anunció—. ¡Ya tengo chamba!

—Qué bien, mamita, ¿en dónde?

—En la tienda de velas y cirios La Soledad, aquí en La Merced; una de las

vecinas me recomendó. De hecho, comienzo mañana. Fíjate que fui a conocer a la dueña y me contó que llevan ya cuatro generaciones con ese negocio, que lo comenzó el señor Victoriano Aceves, un español que, al llegar a México, se asentó en Arandas, Jalisco, y que encontró en las velas de inmersión la oportunidad de hacerse de un porvenir. Me platicó también que decidió venirse a la capital, que puso un local de abarrotes en la calle de Cafetal 740 y que, en la trastienda, hacían las candelas de baño. Está rebonita la tienda y está a solo un par de cuadras, aquí en la esquina del segundo callejón de Manzanares y Roldán.

—¡Esa sí que es una buena noticia! —exclamó Rosario mientras abrazaba a su madre.

—¡Ay! Estoy bien emocionada, hija, porque ya vamos a tener una entrada segura y tú vas a poder ir a la escuela. Quiero que seas la primera mujer de la familia que termine la secundaria, quizá hasta llegues a la prepa —continuó Elia.

Le contó que en la tienda se venden velas funerarias, las de comunión, el cirio pascual para Semana Santa y la de la ceremonia del Fuego Nuevo. Así, Rosario tuvo oportunidad de recuperar el aire y hacer como si no hubiera pasado nada. Se secó el sudor de las manos en la falda; su mamá seguía hablando y a la joven le latía el corazón como un tambor de solo recordar a ese viejo libidinoso, aunque ante ella parecía muy tranquila.

—También me dio tiempo de ver lo de tu escuela.

—¿Lo de mi escuela?

—Claro, hija, ese era el plan desde que pensamos en venirnos para acá y lo vamos a cumplir. Vas a seguir estudiando, vas a tener más opciones.

—Si yo estoy muy orgullosa de usted, mamita, y no importa que no haya estudiado. Siempre ha sido reteluchona, llena de fuerza y dispuesta a hacer lo que sea para salir adelante.

—Gracias, hija, pero yo quiero algo mejor para ti, así que ya estás inscrita en la Escuela número 11, Adriana García Corral —dijo su mamá y, emocionada, continuó—: está aquí cerquita, en Belisario Domínguez.

Elia se durmió esa noche agradeciéndole a Dios, con quien se entendía directamente, el haber encontrado trabajo para ella y escuela para su hija.

Rosario, en cambio, rezó para que el miedo que seguía sintiendo no fuera una premonición.

Brava como el Jaibo

—¿Y por qué el perro se llama Jaibo? —le preguntó Rosario a Chema cuando se lo topó en el patio; quería un pretexto para entablar conversación con su nuevo amigo. Él sonrió con simpatía al ver a Rosario.

—Pues es que aquí, entre los vecinos, *Los olvidados* es la película más popular. Esa del chamaco al que le llaman el Jaibo, que se escapa de una correccional y dice: «Yo quisiera portarme bien, pero no sé cómo». Por eso le pusimos así al perro. Dicen que cuando se estrenó la película, bien poquitas personas la vieron y que, en el Cine México, el público hizo desastre y medio. ¿Te imaginas?

En la expresión de la joven, Chema pudo notar que no sabía de qué le hablaba.

—Los vecinos hablan de cuando el señor ese que hizo la película se ganó no sé qué premio en un quesque festival, pero ¿de qué le sirvió? A muchos no les gustó que dijera que los pobres somos pobres, pero pues de que somos, somos. Nomás que nadie lo quiere ver.

Rosario guardó silencio, no sabía de lo que Chema estaba hablando, pero intuía que la pobreza no era una piel con la que se nacía, sino una sombra que podía pegarse al cuerpo cuando el mundo cerraba sus puertas.

—Creo que a todos les gusta un chorro porque todo sucede en un barrio, uno como este; es más, yo la vi hace poco en un cine de piojito, uno de esos que pasan películas viejas —continuó Chema.

Ahora sí, la boca abierta de Rosario la delató.

—¡Ay, chirrión! No me digas que nunca has ido al cine. Yo no tengo para ir a una de esas salas elegantes, pero, cuando quieras, te llevo a uno de por acá. La verdad, a mí me pone bien triste esa película porque el Jaibo mata a otro muchacho que se supone fue el que lo acusó, el que fue con el chisme.

Hay un niño, Ojitos, que lo abandonó su papá; no sabes qué triste. Y luego está Pedro, que su mamá no lo quiere. Cuando escucho que los vecinos hablan del Jaibo, no los entiendo. Unos lo requeteodian, pero la mayoría de las mujeres lo defienden y le tienen piedad a pesar de todas las barbaridades que hace. Les da lástima cuando está frente a un puesto de comida y le rechinan las tripas de hambre, pero, pues, ni un quinto trae en los bolsillos agujereados. Luego, se ponen a discutir: que si las circunstancias lo acercaron a la delincuencia; que si el mundo de la miseria tiene la culpa; que si es una condena de su propia vida que tiene que cumplir. Total, es un drama cada que la ven.

»Luego, los señores ahí están de mirones porque la que sale de la mamá de Pedro está bien buena. Hay una escena en la que se está chorreando la leche de sus cabras en las piernas y, vieras, no le quitan los ojos de encima; ella dice: «No hay nada mejor para poner suave la piel», ¿tú crees? Ya para rematar, al Pedro lo matan y lo echan en un basurero. Vieras cómo se les llenan de lágrimas los ojos cuando, entre los escombros, se ve el cuerpo del chamaco, como si no se oyeran noticias de esas aquí en el barrio a cada rato. Bueno, la cosa es que, cuando mi mamá encontró al perro, estaba herido y se lamía la pata; alternaba entre lamer el agua estancada de una zanja y lamerse la pata. Se notaba que lo habían maltratado por las cicatrices que se le veían a leguas cuando lo trajo a la vecindad. El pobre venía bien flaco, débil y sarnoso. Yo me imagino que se peleó con otro perro o con una jauría por la herida en la pata y la sangre en la cola, a la que le faltaba un cacho. Le han de haber arrancado el pedazo de un mordisco. Nunca lo llevamos al veterinario, pues con qué lana, ¿verdad? Pero nos hemos hecho cargo de él y a mi mamá es a la única a la que no le enseña los colmillos. Mira, con que no hagas movimientos bruscos si pasas junto a él y no lo mires fijamente, porque ahí sí se te viene encima. Tampoco te acerques a la cama que le hicimos porque, ¡ah!, cómo defiende su territorio: te ataca y, de una mordida, te arranca un cachete.

—No te preocupes, Chema —respondió Rosario—, me da tanto miedo

que no me le acercaría ni aunque me pagaran. Nomás de verle los colmillos y la mandíbula, tiemblo. Además, la verdad, está bien feo. Yo creo que está traumado: siempre bronco y arisco, siempre a la defensiva. Le debe haber dado sus buenos palos quien lo abandonó en la calle; pero, pues, ahora por estar todo el tiempo amarrado, capaz que lo sueltan y su energía va a ser incontrolable. Para mí que es un coyote, un carnicero que a la menor provocación quiere poner a trabajar su asqueroso hocico. Me estoy dando cuenta de que voy a tener que ser como el Jaibo: hosca y brava, capaz de defender mi territorio y hacerme de raza salvaje para poder sobrevivir en esta ciudad.

—Mira, Rosario, la vecindad y el barrio pueden ofrecerte mucho con la condición de que tú también estés dispuesta a dar mucho. Te viniste a vivir a una ciudad enorme, en todo, en lo bueno y en lo malo; quizá ahí también está parte de su atractivo. Hay muchas oportunidades para quien quiere trabajar, pero también hay gente que hace lo que sea para sobrevivir en las calles. Con esas personas que se aprovechan de los demás, hay que tener cuidado: los engaños son sus armas. Aquí reina la ley del más fuerte. Tienes que ponerte abusada, ser observadora y, entre más mires, más descubrirás en esta vida de barrio: cuando la gente tiene hambre, sale lo peor de ella. Digamos que es una personalidad retedifícil la de La Merced, solo hay que agarrarle el modo y ya. Todos aquí buscamos una mejor vida, un ingreso seguro; somos buscadores con fiebre, con ganas. La situación es complicada, pero le rascamos de donde podemos. Cualquier chamba es buena, cualquiera es una oportunidad de juntar unos centavos. Tú y tu mamá son buscadoras, de otro modo, seguirían allá en tu pueblo, conformándose con lo que tenían.

Chema parecía saber más de la vida de Rosario que ella misma o, al menos, sabía expresarlo mejor que ella.

—En eso sí tienes razón, pero también tengo miedo; está bien grande esta ciudad y yo no sé si me voy a hallar.

SEGUNDA PARTE

LA PROMESA DE LAS FLORES

Intimidada

Rosario despertó temprano, se vistió y se comió con rapidez un tamal para llegar a tiempo a ese primer día de clases que la tenía aterrada. Su madre le dio la bendición; luego, bajó las escaleras de la vecindad y cruzó el patio, ya con el miedo supurándole por los poros. Salió a la calle. Dio rodeos por caminos que no la llevaban a su destino, necesitaba tiempo. Después de unos minutos y un poco más tranquila, habiendo respirado hondo, como le dijo Elia, caminó hacia la puerta de la escuela. La atropellaron decenas de mochilas acompañadas de parloteos. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se dirigió al salón de clases. Sudaba sin control, a pesar de que la mañana era fría. Se refugió en la última banca de la última fila del último salón. Ahí, casi empotrada en el ángulo que formaba la esquina, recuperó el aliento. El turno matutino era solo para señoritas y el vespertino, mixto. Eso le dio seguridad. Su mamita debió haber escogido el diurno para que no se regresara sola cuando oscureciera, pensó. La chicharra sonó a las ocho en punto y un avispero de jovencitas entró al salón junto con la maestra. El zumbido se apagó en cuanto la profesora dio los buenos días y comenzó a nombrar a las alumnas de la lista. Rosario intentó pasar inadvertida hasta que se pronunció su nombre: «Señorita Flores Saucedo», y toda la clase se volteó para verla.

—Presente — contestó con voz débil, sin poder huir de las miradas intrusas.

Con una dulzura inesperada, la maestra le dio la bienvenida. No sabía entonces que se aferraría a ella como un náufrago que se afianza a su salvavidas. Comenzó a observar al alrededor y notó que dos de sus compañeras tenían el vientre abultado; le pareció extraño: se veían como embarazadas, pero no pensó que lo estuvieran. Más tarde se enteró de que la

escuela tenía un programa para jóvenes que quedaban en cinta; las apoyaban con algo de dinero y les permitían permanecer en las instalaciones si no tenían a dónde ir.

La clase comenzó con la explicación de por qué la escuela llevaba el nombre de Adriana García Corral. Había sido una maestra sobresaliente y la directora de la primera escuela para señoritas en 1929. Después, cuando se fundó la escuela número 11 en 1935, ella fue su directora.

Pasaron tres horas de la sesión hasta que tocó la campana para salir al recreo. Rosario se sintió vulnerable al llegar al patio. Había compañeras muy atractivas, delgadas y de cabello castaño. Desde su punto de vista, ella era poco agraciada; no le gustaba el tamaño de sus senos, que se habían desarrollado y se desbordaban por el pequeño sujetador, ni el de sus caderas prominentes, ni sus muslos torneados, ni su cintura que se había estrechado. Su nariz chata, sus ojos redondos y su boca delgada le disgustaban aún más. Su cuerpo había cambiado con la pubertad, con la aparición de vello en las axilas y entre las piernas, con nuevos pechos y una piel que se llenaba de granos en cuanto comía grasa. Su mente veía en aquellos cambios, ya acomodados desde hacía unos meses, una niebla que ocultaba su niñez; esa que recordaba ovillada junto a su papá mientras él le contaba un cuento. Su memoria registró esos instantes como una sombra moteada que iba desapareciendo, mientras surgían los contornos de su cuerpo adulto.

Se sentó lo más lejos que pudo para comerse su torta, acompañada de un Jarrito de piña que compró de camino. A unos metros, las compañeras se examinaban el cutis en un espejo, se trenzaban las cascadas de cabello unas a otras y le lanzaban alguna mirada indiferente. Por su comportamiento, se veía que ya llevaban tiempo en la escuela, pues se movían a sus anchas. Rosario, con las manos en el regazo, se sentía ajena. Alcanzó a escuchar que una de ellas contaba que, anteriormente, la escuela pertenecía a un convento de monjas y que a una joven, llamada Beatriz, su padre la había encerrado ahí porque se enteró de que estaba enamorada de un muchacho, a lo cual él se oponía. Dieron instrucciones de que no podía recibir visitas y, mucho

menos, abandonar aquel lugar que para ella era una cárcel.

—Dicen que, un día, Beatriz puso una cuerda en el barandal del último piso y se ahorcó. Al caer la tarde, aparece cerca de las escaleras, tratando de ver si su amado está por ahí, buscándola.

A Rosario se le heló la sangre y contuvo el aliento. Escuchar esa historia añadió capas de herrumbre al lugar y a sus dudas sobre estar ahí con sus miedos e inseguridades.

Sus compañeras notaron la cara de susto que tenía y se acercaron. Una de ellas se presentó:

—Hola, soy Ramona.

La otra, con una risa sarcástica, le dijo:

—Ay, ¿a poco te espantaste?

Siguió un silencio incómodo mientras Ramona y las demás la miraban con ojos expectantes. La chica que se burló de ella no le dijo su nombre, pero, desde ese día, se dedicó a hacerla sentir incómoda. Le irritaban sus gestos, su forma de mirarla y de referirse a ella con otras compañeras como «la sacatona». La había etiquetado y, cada vez que entraba al aula, sentía los ojos punzantes de sus compañeras. Con el tiempo, Rosario se dio cuenta de que era una deslenguada y, fuera cierto o no, hablaba de la intimidad de los demás. Decía palabras que a Rosario le parecían demasiado crudas y, casi siempre, tenía los ojos inyectados de malicia y de estimulantes. Rosario trataba de mantenerse lo más alejada posible, de no cruzar ni camino ni palabra con aquella que, después supo, se llamaba Juana y que caminaba sacando el pecho como gallo de pelea. Su aire de superioridad la intimidaba. Tenía siempre algún dedo entre los dientes, jalándose un padrastro que le dejaba una gota de sangre en los labios. Rosario tenía suficiente suspicacia para saber que debía desconfiar de alguien como Juana. La verdad es que le tenía miedo. Esperaba nunca encontrársela en algún callejón enclavado en lo más convulso del barrio, porque, seguramente, ella también vivía en La Merced.

Pese a su inexperiencia en la ciudad, discernía cuándo convenía hacerse

la tonta y dejar que Juana sintiera que ganaba todas las partidas. A Rosario, le parecía atrevida: usaba faldas cortas y fumaba a escondidas. Lo sabía porque en una ocasión se le cayó en el baño uno de esos cigarros ovalados. Escuchó en la radio que se llamaban Delicados. Juana solía mostrar su ropa interior cada que descruzaba las piernas y eso que estaba entre puras mujeres. Rosario no podía imaginar lo que quizá hacía frente a los hombres. Sentía demasiada incomodidad al verla: representaba un mundo que no entendía. Además, estaba segura de que, si su mamá la conociera, diría que se iba a ir derechito al infierno.

Cuando Rosario y Juana se encontraban, ni siquiera el saludo intercambiaban. Rosario prefería evitar sus palabras hirientes y su humor lleno de sarcasmo, aunque eso significara renunciar a la posibilidad de tener amigas. Ramona la saludaba de vez en cuando, pero empezó a sospechar que quizá Juana, como la lideresa que era, les había prohibido a sus compañeras llevarse con la recién llegada. La criticaba en voz alta para que la oyera. Aunque Rosario se empeñaba en evitarla, en ocasiones, era imposible y sus comentarios le calaban; sin embargo, prefería concentrase en sacar buenas calificaciones, algo que, seguramente, también le molestaba a Juana. Su única aliada era la maestra y, a veces, Ramona, cuando se dignaba a hablarle a espaldas de su «adalid». Rosario, sin hacer caso de las miradas reprobatorias de Juana, se acercaba a la maestra porque, además de su madre, era la persona que confiaba en ella y estaba convencida de que lograría hacer algo valioso con su vida. En su voz encontraba amparo, una luz tenue en medio de la oscuridad en la que se sentía confinada. Más allá de su madre y de su amigo Chema, había por fin alguien dispuesto a escucharla y a recordarle que podía aspirar a ser mejor.

Conociendo a Yolanda

En la vecindad, reinaba el barullo de niños que jugaban a la rueda de San Miguel y de mujeres haciendo los quehaceres. Por aquel gran portón de dos hojas, la gente entraba y salía tras la chicharra que los anunciaba y que, finalmente, quedaba en silencio al caer la noche. El patio central se acallaba después de que la vida transcurriera en él; los lavaderos lograban un descanso de los nudillos que se restregaban en ellos tratando de dar un aspecto renovado a ropas demasiado usadas. Los estrechos pasillos que conectaban las habitaciones tomaban un respiro en la oscuridad para despertar con pisadas llenas de prisa de quienes salían al amanecer para llegar a tiempo a sus trabajos. Sí, la penumbra traía silencio, salvo un golpe de tos que lo rompía; o el ritmo ya cansado de una máquina de coser que seguía, a pesar de las largas horas recorridas; o el grito de algún borracho desde la calle, que interrumpía, intempestivamente, el sueño, no tan profundo, de quien caía rendido sobre el chillar de los resortes de un catre. La calma en ese lugar duraba poco, pero la sombra de los arcos que llegaban hasta el zaguán daba cobijo a espacios clandestinos, ocupados por coqueteos jóvenes o por los restos de conversaciones que flotaban en el aire.

Escobetas, jergas y hasta piedra pómez amanecen sin cansancio para iniciar las labores esperadas. Una telaraña de mecates forma un entramado que viaja de un extremo al otro del añejo edificio; hacia el mediodía, estos recibirán sábanas ondeando al sol para quedar níveas, ropa interior que descaradamente exhibe encajes, pequeños moños en lugares sugerentes y hasta brasieres rojos que echan a volar la imaginación de los caballeros, quienes tratan de adivinar a qué vecina pertenecen las prendas según el tamaño de la copa. Ropas que se van marchitando con cada lavada, toallas raídas por el uso, vestidos y pantalones tallados a conciencia para sacar

cualquier mancha, salvo la de la pobreza. Todo cuelga de aquel tendedero al que le hacen falta las ropas infantiles de Juliancito y Pablo, los hijos de Yolanda, y de otros, de los viejos que parecen haber existido hace cien años.

Elia se encontró a Yolanda en el patio al regresar de una larga jornada en la tienda de cirios y velas. A Yolanda, le quedaban huellas de una belleza que alguna vez hizo voltear a varios y meterse en pleitos a muchos otros. Se pintaba un lunar junto al labio inferior; todo el mundo sabía que era falso porque nunca le quedaba exactamente a la misma altura, Elia lo sabía también. Lo que ignoraba hasta entonces era que Yolanda había llegado a este mundo partiendo plaza; aunque, aun con su especial belleza, la faena de la vida le había lanzado cornadas brutales, heridas de muerte de las que no se resucita.

«Nunca tiene una buena palabra que decir. De todo se queja», le comentaron algunos vecinos a Elia; sin embargo, le había dado el pésame por la muerte de su primo Pedro tan pronto se conocieron.

Elia entendería esa tarde que Yolanda eligió hablar de otros para no hablar de lo que le dolía. Que en sus quejas escudaba su profunda tristeza. Aprendió que las lágrimas desaparecían al surgirle el temple y que sentir el hervor de la sangre en las venas evitaba su desmorone ante el desprecio que le tenía a la vida. Sus maneras bruscas eran un caparazón que había ido entretejiendo con los distintos hilos de sus decepciones y sus miedos, justificados, pues todas sus pesadillas se habían hecho realidad.

Hacía años que no permitía la entrada a su cuarto, pero, para sorpresa de los demás, invitó a Elia a tomar un café y un pan dulce. Ella aceptó de inmediato. Lo que más añoraba era tener una amiga en esa reciente migración tras la que lo había dejado todo. Lo primero que llamó su atención fueron los retratos de dos niños a quienes no conocía. Sobre la pequeña cómoda, que la hacía de altar, Yolanda mantenía siempre flores frescas y veladoras encendidas, juguetes de madera y hojalata que acompañaban a Julián, de ocho años, y a Pablo, de seis; los hijos que habían sobrevivido de los cuatro que parió. Los otros dos, una niña y un niño,

murieron poco después de nacer. Del niño, le dijeron que fue por complicaciones respiratorias; ella lo interpretó como que quizá la criatura prefirió ni siquiera probar suerte en este mundo lleno de penas. Pensar así la consoló un poco. De la niña, nunca le dijeron bien a bien qué pasó, nunca se la pusieron en el regazo. Alcanzó solamente a verle fruncir los labios en un puchero y luego la escuchó rasguñar el aire con su primer llanto. Después: silencio. En la clínica de gobierno donde dio a luz, ni siquiera le permitieron ver a la criatura antes de entregarla a la morgue.

Bajo los restos del efecto de la anestesia, tras aquella cesárea inesperada, Yolanda empezó a desconfiar de los médicos. Su embarazo había sido normal. Los nueve meses de gestación habían transcurrido bajo cuidados extremos y con una buena alimentación, dado que ya había perdido al primer bebé. Había llegado a término; su presión era regular y se internó en cuanto los dolores se hicieron frecuentes. Todo marchaba a la perfección, entonces, ¿por qué le dijeron que había tenido un sangrado en el segundo trimestre de gestación? Ella se habría dado cuenta, por supuesto. Que si el feto era muy pequeño para la edad gestacional, que si la ausencia de suficiente control prenatal, que si esto, que si aquello.

Yolanda se puso como una loca cuando le anunciaron que su bebita había fallecido. Se convirtió en un animal feroz, salvaje, y así también su intuición. Presentía que su niña seguía viva y que, por alguna razón, le hacían creer que la había perdido. Comenzó a chillar, a aullar, a gruñir y a desgañitarse, pidiendo a Fernando, su esposo, que buscara a su chiquita y que no permitiera que se la quitaran. «¡Van a venderla, desgraciados malnacidos!», les gritaba a las enfermeras y los médicos que trataban en vano de tranquilizarla. Le rogó a su marido, le suplicó, que la encontrara antes de que la desaparecieran de la clínica, que cada minuto era crucial. Ella había escuchado en un programa de radio que el tráfico de bebés era un lucrativo negocio que iba creciendo gracias a una red de agentes, médicos y funcionarios corruptos del registro civil, que falsificaban el certificado de defunción y expedían el de nacimiento con los nombres de los padres

compradores. Yolanda había quedado impresionada con eso que había escuchado en la XEW, estaba segura de que era justo lo que estaba sucediendo con su niña. Exigió que la llevaran al cunero, a lo que las enfermeras respondieron que, si no se calmaba, le administrarían un tranquilizante. En cuanto las dos mujeres de cofia salieron de la habitación que Yolanda compartía con otras tres recién paridas, se bajó de la cama y caminó encorvada, deteniendo la herida de la cesárea de apenas hace unas horas. Se recargó en la pared para tomar un respiro, sentía que todos los órganos se le habían movido de lugar, que el estómago lo tenía en el costado y que los pulmones no alcanzaban a llenarse de aire; si inspiraba profundamente, una tos húmeda le hacía temer que, de un momento a otro, el esfuerzo le descosiera el vientre.

Le contó a Elia, con lujo de detalles, que un vacío le rasgaba las entrañas y la hacía desear la muerte, pero que no tuvo tanta suerte. Unos días más tarde, la dieron de alta. Drogada por los medicamentos para controlar el dolor de la cesárea, más los fármacos que le habían administrado por vía intravenosa durante varios días para mantenerla tranquila, no recordaba cómo habían transcurrido las horas, solamente que pasaban indistinguibles entre plegarias, súplicas y suspiros desesperados. Extrañaba a su niña. Los pechos henchidos de una leche que se arranciaba se la recordaban: debía estar amamantando a su hija, acunándola, besándola; en cambio, se sentía mutilada y, cada entuerto, era una punzada que le dolía más en el alma que en la carne.

Elia la escuchaba sin poder respirar, dejando correr lágrimas de empatía en un mutismo absoluto. ¿Qué podía decir ante tales revelaciones? Prefirió la prudencia del silencio y seguir oyendo, con el corazón desarticulado, la resaca de emociones que desde hacía años ahogaba a Yolanda, quien decidió rendirse a la tristeza y relatar por primera vez la pena de la pérdida.

En ese entonces, la joven madre sin hijos vivía con los ojos anegados de lágrimas. No le interesaba comer, mucho menos hacer de comer, ni limpiar ni atender a su marido, que se fue cansando tanto de los silencios como de

los lamentos, de la mirada sin rumbo. La vastedad del dolor interpuso un abismo entre Fernando y Yolanda hasta que el cansancio lo llevó a dejarla, argumentando: «¡Esta yegua no sirve para nada y menos para dar potrillos!». Estas palabras no solo la hirieron, la colocaron en un lugar en el que nunca había estado: un cuerpo reducido a su capacidad de parir. En cuanto repitió a Elia las palabras que su esposo le había dicho, el momento resonó en su mente, como el portazo que puso fin a su matrimonio.

La belleza de Yolanda, su piel desierta y las cicatrices de lo vivido, cuidadosamente maquilladas, sedujeron a un muchacho bienintencionado que la miraba en contemplación cada vez que ella salía hacia la iglesia. Al principio, se enojó con Dios. Le preguntaba por qué no le permitía ser madre, pero, poco a poco, encontró en aquel lugar de oración la tranquilidad que su alma tanto añoraba; aunque nunca recibió una respuesta a su incansable interrogante. Había perdido muchos kilos tratando de recuperarse del extravío, pero, aun con la delgadez, su fragancia y su belleza seguían cautivando. Inclusive la tristeza en esa mirada, que en otros tiempos destellaba picardía y que ahora no expresaba nada, a Julián le parecía rotunda, clara, insinuante. Después de varios meses de cortejo, Yolanda le permitió un beso, amparado por las sombras de los árboles de la Alameda. Se juntó con Julián, hicieron pareja y se mudaron a un cuarto de la vecindad de Manzanares.

—Parecía que, finalmente, me volvía a encontrar con la felicidad —comentó Yolanda mientras miraba a Elia—. Julián estaba muy enamorado de mí y me trataba bien. Yo lo quería o me aferraba a él para darme otra oportunidad —siguió con la voz entrecortada—. Era momento de entenderme con la suerte, con la vida, de sacarme de la cabeza todos esos pensamientos que durante tanto tiempo me habían atormentado y dejarlos atrás —finalizó.

«Qué fuerza la de Yolanda», pensó Elia mientras la escuchaba. Poder ver a futuro y recuperarse de la ira. Luchar por mantenerse en pie y caminar por el sendero nuevo que le ofrecía la mano de Julián, la única persona que logró

desempañarle la mirada después de haber perdido a sus dos bebés. Elia admiró a la mujer que tenía enfrente.

Un día cualquiera

Yolanda estaba por formar una familia junto a un hombre bueno que la quería de verdad y con quien había logrado, por fin, sortear el misterioso vaivén de la vida. Cuando comenzaron a hablar de tener hijos, lo primero que le dijo a Julián fue que no quería tenerlos en la clínica donde había perdido a sus dos bebés; tan solo pensarlo le provocaba un pánico difícil de controlar. Julián averiguó con las vecinas cómo lo habían hecho ellas; casi todas tenían chiquillos que no dejaban de correr por el patio haciendo travesuras. La recomendación de las que habían dado a luz a niños fuertes y sanos fue que buscara las manos benditas de doña Catalina, la experimentada partera a la que habían acudido y a quien agradecían el bienestar de sus criaturas.

La sacerdotisa de la fertilidad se convertiría en consejera espiritual, médica y amiga. Hondos surcos de experiencia y sabiduría se le enmarañaban en la frente, donde ensartaba conocimientos nahuas heredados de matronas de su familia durante generaciones. Su abuela le había dicho que los hijos eran plantas que se desprendían de sus madres para florecer en el mundo y, dado que ellas eran quienes ayudaban a que esas plantas reposaran en esta tierra, su oficio era sagrado. Catalina era una figura casi fantasmal, de ojos hundidos pero llenos de significados, de cara ancha e imponente, de voz recatada que se disolvía en la oscuridad cuando contactaba con sus ancestros y con Chicomecóatl, la diosa de la fertilidad que guiaba sus manos y sus rituales. A la hora de ayudar en el nacimiento de una criatura, su voz se volvía autoritaria: «¡Puja, ahora, con fuerza! Sé valiente, ándale, ¡estás a punto de ser madre!».

Yolanda tenía las manos recargadas en el cuenco angosto que se le formaba entre la barriga abultada y el pecho cuando sintió los dolores

primitivos que anunciaban el parto. De inmediato, avisaron a doña Catalina. Ella guio a la temerosa parturienta, le secó el sudor con sus manos de sábila y cúrcuma, le dio instrucciones con su vaho de eucalipto y sauce. Durante las casi once horas que duraron las contracciones, entre pujido y pujido, la tranquilizó, asegurándole que todo iba muy bien. Mientras tanto, Julián esperaba afuera, liando cigarrillos en andares ansiosos de un lado al otro del pasillo. Cada vez que se abría la puerta para cambiar toallas y sábanas ensangrentadas o traer agua caliente, Yolanda alcanzaba a verlo, con los ojos bien abiertos, vacilantes, asustadizos, pero, en cuanto la miraba a ella, sonreía, cambiando su expresión preocupada por una de certidumbre. A Yolanda le daba tranquilidad saber que ahí, muy cerca y al pendiente, estaba él. Qué alivio sentirse así, apoyada, segura, protegida. Las bóvedas de la vivienda retumbaban con cada grito adolorido. «¡Vamos, tú puedes, respira y puja una vez más!». El bebé salió mientras el aroma de los chiles, reventando al calor del comal de la vecina, lo invadía todo. «Lo hiciste muy bien», dijo la partera, endulzando la voz.

Yolanda y Julián decidieron tener los hijos que Dios les mandara, pero solo les mandó dos. Sus partos, con un par de años de diferencia, transcurrieron sin complicaciones. En ambos alumbramientos, escuchó llorar a sus niños. Pidió en cada uno lo mismo: ver al bebé; de inmediato, se lo ponía en el regazo, sin pretextos, sin sospechosas esperas. Catalina, al saber lo que había sufrido Yolanda con las desoladoras pérdidas de sus otras dos criaturas, fue especialmente cuidadosa. Chamana, ritualista, pero, por encima de todo, madre ella también, así que comprendía que Yolanda quisiera contar con calma cada dedito de las manos y de los pies; que les examinara la forma de las orejas y de la boquita, tratando de reconocer los parecidos; que les acariciara la piel de la espalda y las cejas apenas dibujadas, y, sobre todo, que llorara mucho cuando la nueva madre los colocaba, con incredulidad, en su moisés de paja entretejida.

A Julián siempre lo sobreprotegió más que a Pablo. Era muy delgado y, por más que le daba tortillas y frijoles, no engordaba. Andaba detrás de él

con el suéter cuando refrescaba un poco, con la cuchara bien llena de aceite de hígado de bacalao y con un té de ajo y eucalipto apenas le veía la nariz escurriendo o le escuchaba una leve tos.

Cuidaba a sus dos hijos como ninguna madre, porque vivía con miedo. Sentía que una maldición la perseguía. Estaba segura de que le habían hecho una brujería cuando era adolescente; alguna envidiosa, alguien que resentía su belleza o que le achacaba su propia infelicidad. Quizá fue en el Mercado de Sonora, que quedaba muy cerca de donde vivía. Alguien podría haber pagado por uno de esos conjuros capaces de enviar enfermedades, de desunir matrimonios, de desatar, bajo pedido, desgracias y calamidades o de hacer pactos con Satanás. No había santo al cual encomendarse, así que no podía más que pensar que su destino había quedado echado en el tarot de los laberínticos y esotéricos pasillos de aquel lugar.

El mejor de los tiempos antecede siempre al peor y el velo de la tragedia parecía ceñirse. La felicidad era escurridiza. Lo había comprobado ya muchas veces; en cuanto la dicha llegaba a ella, algo la empañaba.

Los días que lo cambian todo empiezan como cualquier otro. Se levantan con el ruido del tráfico de la mañana, con el volumen de la vida subiendo conforme se eleva la fugaz bruma matinal. Una noche antes, Yolanda no había pegado el ojo. Daba vueltas entre las sábanas revolviendo en ellas sus angustias, como si presintiera que algo iba a pasar. Se había levantado para tomar un poco de agua. Verificó que sus niños estuvieran bien. Los vio a cada uno en su estrecha cama, hechos ovillo, y los arropó con una cobija tejida a gancho por ella misma, por si tenían frío.

Julián y Pablo salieron hacia la escuela bañados y peinados con goma y raya de lado, como siempre. El suéter azul marino del uniforme escolar recién lavado y puesto a secar sobre una toalla para que no perdiera su forma; las calcetas bien blanqueadas, los zapatos negros boleados y las agujetas amarradas con doble nudo. Llevaban, cada uno, su mochila rectangular de cuero duro. Yolanda les había puesto en el asa unos algodones recubiertos de tela para que no les salieran ampollas en las

manos, pues la mochila pesaba mucho y el cuero era áspero.

La de Juliancito tenía tirantes, también de cuero tieso, y, cuando se la colgaba, parecía traer la piedra del Pípila en la espalda. A Pablo ya se le habían formado callos en la palma de la mano por cargar los útiles, aun con la protección que le había puesto Yolanda. Julián apuró a los chamacos a que se bebieran un vaso de leche con su Chocomilk. Tomaron cada uno su lonchera con su buena torta de milanesa y su arroz con leche de postre. Juliancito quería un poco más de leche, pero se hacía tarde.

Esa fue una mañana a la que Yolanda, durante lo que le quedara de vida, habría querido regresar para cambiar lo sucedido, para desviar al destino. Pensaba en ese día mientras llenaba ceniceros de por sí ya rebosantes de colillas. Pensaba en ese día envuelta en un sarape mientras acariciaba a su gato, ovillado, como ella, a la orilla de la cama. Pensaba en ese día y en la inevitable culpa que la consumía cuando estaba sobria, y que prefería ahogar en la inconsciencia. Pensaba en sus niños, tomando su última bocanada de aire, mezclada con los gases punzantes de los escapes de los autos.

Yolanda tuvo que encarar el miedo más profundo. El reloj de pared marcó las tres en punto. Tres campanadas que en la calle contrastaron con tres chirridos de neumáticos sobre el pavimento húmedo. Eran las tres en todas partes; eran las tres cuando Juliancito y Pablo terminaron bajo las llantas de un autobús atestado. Eran las tres cuando el conductor se saltó el semáforo en rojo que colgaba de cables, balanceándose. Eran las tres y el pitar de cláxones en una escala de agudos desesperados confundía más la escena, llenándola de ruido.

Eran las tres.

Caos en un tumulto que rodeó los cuerpos. La lluvia lavaba la sangre que corría por una rivera delimitada por las grietas del asfalto. A pesar de los gritos y el tremendo barullo, el universo se silenció tras un gemido profundo que se apagó en el pecho de las criaturas.

Eran las tres.

En los carriles de sentido contrario, los vehículos apenas avanzaban,

saciando su curiosidad y su morbo. El chofer, que manejaba ebrio, sujetó con fuerza el volante, pisó a fondo el acelerador y se dio a la fuga en cuanto vio por el retrovisor a los niños con las tripas de fuera. Se escuchó cómo derrapaba mientras viraba bruscamente hasta desaparecer en una sacudida que dejó un denso olor a caucho quemado. «¡Alto, alto, desgraciado!», gritaba la gente ante los enormes neumáticos que rodaban a toda velocidad. La mochila aún en la espalda tiesa. Lápices de colores rodando lentamente por el pavimento. La lluvia empapaba aquellas sombras que permanecían inmóviles. Decenas de zapatos mojados, inmóviles, al darse cuenta de que no había nada que hacer ante la brevedad de la vida.

Eran las tres.

Una vecina, gritando, les avisó de la desgracia. Yolanda sintió el aire imposible de respirar. El estómago se le encogió en un vacío helado; se tambaleó por un momento hasta que pudo recuperar el equilibrio, ayudada del brazo de Julián. Juraba no haber escuchado bien y se daba golpes en el pecho mientras rezaba con ardor, pidiéndole a la Santa Inmaculada que no fuera cierto eso que acababa de escuchar. Le prometió de todo: ofrendas, ir diario a misa, sacrificios, pero se le acabaron los rezos, las promesas y las alabanzas para pasar a un enojo que la partía en dos furias irrefrenables, una por cada hijo. Y así, la ira duplicada la hizo salir corriendo. Sus pies golpeaban el pavimento sin ritmo. El aire le quemaba los pulmones, pero no se detuvo. Julián iba tras ella. Empujando gente, llegaron a ellos. El silencio que siguió se impregnó de rabia. Los músculos del cuerpo se le tensaron, se metió el puño a la boca y se mordió hasta que, en sus dedos, se marcaron medias lunas de sangre. De su garganta, salió un lamento animal. La tez se le puso parda. Pensó por un momento que se moría y lo deseó con todas sus fuerzas mientras le preguntaba al Señor si, de pesares, no había tenido de sobra. A Julián se le descompuso el semblante. Su cuerpo se desplomó junto a ellos. Frunció los ojos, los labios y la frente. Las lágrimas se le agolparon y la sangre le palpitó en los oídos. Las mandíbulas le temblaron y un grito rompió el mundo en dos.

Llegó el 2 de noviembre. El cementerio olía a tejocotes, calabaza y piloncillo. Chocolate, mole, gelatinas recién cuajadas, velas y flores de cempasúchil inundaban las lápidas de piedras antiguas, entre las que se colaba el susurro del viento, mezclado con los recuerdos y con la música que los familiares tocaban a sus muertos. ¡Qué día para cavar dos pequeñas tumbas! En el entierro, lo que podían decirle a Yolanda de sus criaturas era: «Tus niños le hacían falta a la Virgencita y por eso se los llevó; se fueron con los ángeles. Debes tener fe en Nuestro Señor Jesucristo». Ella apretaba los dientes con fuerza mientras escuchaba. Le costaba oír esas excusas, como si hubiera una razón, una justificación válida. Le sudaban las palmas de las manos, retorcía nerviosa el pañuelo que sostenía y trataba de respirar mientras su corazón se aceleraba. No estaba segura de poder seguir… seguir viviendo.

Una mujer que había abusado del perfume de flor de naranjo, y a quien no reconoció, se le acercó, susurrando: «Solo Dios sabe cuándo y por qué nos llama a su reino. No queda más que aceptar su voluntad, sea fuerte». Yolanda no aguantó más. Se tapó los oídos y se revolcó junto a las fosas de sus hijos. Quería arrojarse con los niños y guardar en ese pozo oscuro y profundo sus emociones y sus pensamientos; todos ellos tan dolientes, todos ellos muertos. Julián alcanzó a detenerla por los brazos. Parecía poseída. Maldijo al Señor y a los santos con una rabia que le salía de un turbio pantano en el alma. ¿Qué derecho tenía la vida de decidir la muerte de sus hijos? Cuatro niños le habían quitado ya. Parecía que Dios quería probar su fe y el resultado quizá no sería el que Él hubiera deseado. Después de todo, esa terrible pérdida se la mandaron de arriba, aun con lo buena cristiana que había sido hasta entonces.

—Dios me ha abandonado. Yo haré lo mismo —le dijo a Julián.

Él la miró asombrado: no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Basta, tranquilízate ya! —le respondió al tiempo que, impaciente, la zarandeaba tratando de hacerla reaccionar.

Yolanda siguió vociferando reproches sin respuesta. Su voz denotaba

tanto dolor, tanta tristeza. Julián no dejaba de llorar al escucharla. Un enjambre de palabras se agolpó en sus labios. Quería decirle algo, darle consuelo, pero, enmarañadas como estaban las sílabas en su propio tormento, comenzó a tartamudear. Cuando vio que su esposa se rodeaba con los brazos y se balanceaba de un lado a otro, la abrazó con fuerza. A Yolanda se le acabó la voz; a él, también.

El día del entierro de los niños, aquel terrible 2 de noviembre, la cordura de Yolanda pendía de un hilo que se adelgazaba con cada golpe de tierra que caía sobre las cajas que contenían lo que más amaba, con cada segundo mientras las lágrimas le salaban los labios. Aunque, a veces, el dolor une más a la gente que el amor, ese no fue su caso.

Cuando se pierde todo

A Yolanda, las culpas, los «hubiera», los reproches le hicieron perder su geografía espiritual y estuvo a punto de extraviar su salud mental. Devorada por la realidad, no encontraba refugio; solo removía la tristeza. Por instantes, se sentía frágil, tan frágil como un recién nacido, como uno de sus bebés muertos. En ocasiones, pensaba como el suicida, que lo que quiere matar es su dolor, y a veces se quedaba ovillada en la cama durante horas, sosteniendo contra su pecho las playeras que llevaban puestas sus hijos el día que los perdió. Pasaban las semanas y ella permanecía ahí, sin darse cuenta del paso del tiempo ni de la tristeza que también sentía Julián. En sus labios, quedarían atrapados todos los besos que no les dio, las charlas que sus niños querían tener y que ella no tuvo tiempo de escuchar; en sus brazos, los deliciosos estrujones que, a manera de buenas noches, se daban después de rezar. Esos serían los mejores instantes de su vida, aunque en ese momento no lo supiera. En sus manos, se quedaron las caricias y las voces de sus niños, inundándole los oídos. Ya no había más travesuras, ni regaños, ni sonrisas, ni oraciones al pie de la cama antes de dormir; solo tiempo desperdiciado y unos ojos como jarros oscuros, humedecidos perennemente, que permitían que dos gotas, como café de olla, dejaran su rastro de vez en cuando.

Julián no podía más. Ella no era la única que había perdido a sus hijos, pero Yolanda estaba cegada por el dolor que la carcomía y no la dejaba ver cuánto le dolía a él también ni cuánto la necesitaba. «Yo también estoy de luto, no tienes la exclusividad», le dijo, haciendo añicos de un golpe el espejo que colgaba al lado de la cama. La puerta chirrió al cerrarse y él se fue en busca de su propia paz, de poder vivir su duelo. Ella sintió que se rompía, que se partía en dos entre Julián y el desgarrador desconsuelo del vacío en

sus entrañas cóncavas. Las vecinas, compadeciéndose de la pobre madre, le ofrecieron ayuda y compañía, que Yolanda rechazó por no poder estar con nadie sin llorar, por no querer que la distrajeran y se le borraran las fotografías instantáneas que vivían en su mente. Solo quería pensar en sus hijos y repasar cada momento con ellos, cada gesto absorbido en su última mirada. Se haría las mismas preguntas, aun sabiendo que nunca tendrían respuesta.

No había podido escapar de lo que la vida le tenía preparado. Por más que trató de retraerse de sus más profundos miedos y pesadillas, estos se hicieron realidad. Ya no quería ser esclava de una vida de la que deseaba huir. No podía echar atrás el tiempo, no podía deshacer lo que ya estaba hecho. Soportar la ausencia del tacto, la soledad y la tristeza no era opción para ella. No le quedaban fuerzas ni para pedirle socorro a Dios. La atrocidad del dolor le había marchitado el corazón y ahora pensaba en la única escapatoria que le quedaba para mitigar de una vez por todas la pena. Nada ni nadie sería capaz nunca de devolverle las ganas de vivir. No sin sus chiquitos, no sin ellos.

Quitarse la vida era lo que le quedaba por hacer: acompañar a sus hijos en el viaje eterno y así deshacerse de la opresión en el pecho de una buena vez. No tenía la intención de estar condenada por quién sabe cuánto tiempo a seguir sufriendo. La religión prohíbe este acto: la vida es sagrada, la propia y la de los demás; pero ¿qué había de la santidad de la vida de sus niños? El sacrificio en la tierra la rebasaba y estaba dispuesta a ejercer su libre albedrío. Con los ojos absortos en un papel a rayas, menos ausente e indiferente que en los días anteriores, tomó una pluma y escribió: «Cuando encuentren este mensaje, ya habré hecho lo que necesito hacer. Nadie podría haberme convencido de seguir». Terminó de escribir en la hoja, pero siguió con la tinta de su mente y, con ahogados susurros, sollozaba: «Ya me quiero ir, ya no aguanto más».

En el dolor, no se vislumbró ninguna otra opción. Muertes prematuras. No hubo tiempo suficiente, ni besos suficientes, ni infancia suficiente. Ni

nuevos caminos, ni palabras, ni miradas, ni promesas, ni presente. Agonía continua. No hablaba, sus ojos lo hacían por ella: una galaxia de nostalgia contenida. Jamás el silencio fue más elocuente.

Yolanda llevaba ya semanas buscando signos de vida en su cotidianeidad; las calles rebosaban de energía y ella estaba enterrada en aquella existencia que le sobraba. Prefería la muerte y una reunión en el paraíso. La idea de que la vida es sagrada se le desvanecía. La propia y la de los demás. «Fuimos provistos de libre albedrío», se dijo, con él pretendía asesinar los duelos que no se pudieron adormecer.

Y lo intentó. No fue fácil decidir: era un acto brutal; la muerte por mano propia. Estuvo cerca, muy cerca. Respiración jadeante, sudor frío. Llegaron por fin la pérdida de conciencia y la debilidad del pulso. Mirada opaca, extremidades frías, pupilas dilatadas, un último suspiro. Pero, la vida, en un arrebato dubitativo, volvió a dar hálito a la víctima sin consuelo. Poco talentosa para el arte del suicidio, continuaría, lacerada por la agonía y por seguir viva. La magnitud de aquel acto fallido convirtió todo lo demás en lo de menos. Tomó una mirada prestada, porque, de ser la suya, tendría que volver a retar su mortandad en un acto libre al que miraría con sangre fría y razonamiento más lúcido. No podría volver a fracasar. Quería ya solo dormir y, en ese dormir, nunca más despertar. Un acto de cobardía, o de valor en privado, es el de quitarse la vida por decisión. Pensó en todas las formas posibles. Algunas rápidas, otras silenciosas. No importaba el cómo, solo necesitaba ya no sentir más dolor.

La sombra de cada suicida es un punzón que deja su marca en la humanidad. Yolanda no pudo dejar la suya en medio del desencanto de la vida. Hasta para eso le faltó la suerte. Los ojos de sus niños se le aparecían como luciérnagas en la oscuridad de cada noche. Les hablaba en voz baja mientras pensaba en la sangre que se fue diluyendo en el agua de los charcos que habían dejado las lluvias de aquel terrible día. Con las pupilas marchitas, los acariciaba y les cantaba sus canciones favoritas hasta quedarse dormida. Un día más, uno más sin ellos, sin paz, sin consuelo, sin sentido. Perdió el

tacto, a falta de algo que acariciar. Anuló las sonrisas por la falta de alegría. Olvidó cómo rezar a fuerza de no hacerlo. No había tenido, en ese juego llamado vida, la posibilidad de elección. No había un destino escogido; la disyuntiva de caminos que se bifurcaban y tener la ocasión de optar, preferir, escoger. La Providencia, o la mano de Dios, había tomado las riendas y los designios se habían cumplido. Pronunció Su nombre y se rompió en mil pedazos por tan solo hacerlo. Decidió ya no alzar sus plegarias hacia Él. En esa sutil frontera entre la oscuridad eterna, pero llena de la paz ansiada, y la luz de cada día que se ve a tientas porque se prefiere la muerte, Dios había decidido por ella una vez más y la dejó con aquella vida que no quería, que creía no poder soportar. Ahora, ella elegía. Seleccionaría el único arbitrio que estaba bajo su más pura voluntad: no volver a dirigirse a Él. No volver a llamarlo, ni invocarlo, ni ensalzarlo, ni articular plegarias, ni admirar su creación. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo». Vagó dentro de ella hasta perderse.

Sus criaturas abrieron los ojos al nacer; su mirada y la de sus niños se encontraron por vez primera. Yolanda les vio el alma en ese primitivo chispazo, un alma pequeña de la que brotaba todo el amor que sería capaz de sentir. Luego, sentada frente a las camas vacías, observaba. La mirada impasible lloraba lágrimas de desconsuelo. Sus conversaciones nocturnas ondulaban en la oscuridad; balbuceaba unas cuantas palabras que salían de sus labios resecos. Estaba segura de escuchar sus vocecitas, de ver sus dientes de leche en esas caritas risueñas. Almas que se transformaron en angelitos y que, como dorados dientes de león, con un cálido soplo, flotaron hacia el cielo. Los días eran apenas soportables; las noches, una eterna pesadilla. Ojalá se pudiera tener control sobre los sueños, o soñar por encargo, para evitar el rostro asesino, el estruendo del violento frenazo, las vísceras, la sangre niña enfriándose sobre el asfalto. Sudoración repentina, palpitaciones sin calma, angustia. Mil veces se había imaginado el momento. Mil veces lo había reconstruido, llenándolo de especulaciones. Y una vez más, un

profundo y justificado odio le llenaba las entrañas. Salía a la calle y veía en cada camión al homicida de sus hijos. Era mejor quedarse en casa, en ese cuarto que la contenía y en el que podía estar sola. Ahí, donde ya no desprendió ni una sola hoja del calendario: un papel rectangular con el número dos, la maldición en un solo dígito, el mes de noviembre en letra de molde, el año de 1947 en tinta negra.

Dos pequeños cuerpos envueltos en paños blancos, dos cuerpecitos destrozados en ataúdes pequeños y ella en el suyo, contiguo, pero despierta. Palabras de un consuelo sin sentido. Sobre la cómoda, un cepillo con cabellos mezclados: rubios oscuros y negros claros. De aquellas muertes, nunca se haría justicia. Ya de nada le hubiese servido, porque lo que añoraba ocuparía siempre su mente y no se resignaba. Sus senos colmados de leche rancia; su vientre, un oasis seco, y su corazón, un órgano desarticulado que no dejaba de supurar.

Ya no hubo intentos de huir. El dolor fue el ladrón de la palabra porque no existen palabras que puedan nombrarlo; aunque las hubiera, aunque alguna englobara esa sensación aguda de pérdida, aunque la dijera, nadie la entendería. Era un idioma que nadie más conocía, una lengua extranjera. Y como no había traducción para esa clase de sufrimiento, mejor el mutismo. Solo las lápidas parecían pronunciar los nombres: Julián y Pablo, mientras Yolanda pasaba la punta de los dedos sobre cada letra martillada en piedra gris. Mejor el encierro. Mejor respirar lo que le quedaba de ellos. No volver a verlos. Nunca. El absolutismo en esa corta pero definitiva palabra. Ella dolorosa. Ella doliente. Ella dolida.

Descartó colgarse con un mecate de la trabe del techo de su cuarto. ¿Qué tal si se desamarraba la cuerda con su peso? ¿Qué tal si no se moría y quedaba tullida y viva? Pensó en tragarse en dos bocados las pastillas que le había recetado el doctor tras el *shock* nervioso que le vino el día del entierro, pero no tenía suficientes y lo más probable era que se quedara dormida tres días, pero no moriría. Necesitaba que le dejara de doler el alma de inmediato. No soportaría un día más la presión en el pecho; seguir viviendo

a la sombra de una maternidad finada. Buscaba una válvula de escape definitiva. Se destazaría las muñecas, sí, sí, lo que fuera para reunirse con sus niños en el cielo. Ni para eso tuvo suerte, para acabar de una vez con el sufrimiento que la estaba volviendo loca. Vivía con el deseo y la mirada siempre en el pasado pleno de rasgos infantiles.

A las vecinas les dijo: «¿Saben lo que le hace a una perder a los hijos? Hace que ya nada importe, porque su ausencia en los brazos es para siempre. Duele que el mundo no se acabe con su partida, pero el tuyo, tu mundo con ellos, sí; entonces importa menos tu propia vida, porque el nunca ya es para siempre y de eso se llenan tus días».

Dominga y Socorro la procuraron, aunque Yolanda tratara de construir una barricada a su alrededor. No la harían nombrar nunca a quien perdió. Se inventó un alfabeto mudo, privado y personal para balbucir, a solas, todo lo que quería decirles a sus hijos. «Nosotras no te vamos a abandonar, Yolanda, pero no te abandones tú tampoco», acabaron por decirle. En el patio, las golondrinas revoloteaban. Yolanda las seguía con la mirada. Vuelos, sesgos, nostalgia, preguntas sin respuesta en un reclamo: ¿No se suponía que el Señor era misericordioso?

El carrusel

Era domingo; Elia y Rosario habían ido a misa. A tan solo unas cuadras de la vecindad, se encontraba, enclavada en la esquina, la iglesia de Nuestro Señor de la Humildad. Un pequeñísimo recinto que parecía salido de un cuento de miniaturas. La ermita marcaba el final del callejón y, a pesar de sus escasos cuatro metros de fondo, delineaba una frontera, ya que detrás de ella se encontraba la avenida Circunvalación.

La iglesia recibía a los trabajadores de la zona bajo el manto de su Cristo. No cabían más de veinte personas, por lo que doña Dominga les había recomendado que llegaran temprano, y así lo hicieran, porque esa antigua capilla era la preferida de las trabajadoras sexuales y los carteristas, fieles devotos que se encomendaban al Señor de la Humildad, quien les repartía la ilusión de que serían absueltos a base de fe. Dentro del lugar, el silencio se encapsulaba, convirtiéndolo en un refugio lejos del alboroto cotidiano.

La luz de la calle irrumpía, generando un ambiente de santidad en ese vestigio de la historia. Mujeres de ojos grandes y sagaces en los burdeles, cambiaban su expresión a una casi angelical aquí. Hombres con los rasgos marcados de hollín, que pagaban por tener a esas damas, se encontraban, todos rezando, unos al lado de otros. Pertenecían a un mismo mundo, soñadores del mismo sueño. Desde su banca de madera, Rosario alcanzó a distinguir dos nucas. A una, le bajaba en trenza el cabello grueso, rayado con canas, pero aún brillante; la otra, desnuda, estaba habitada solamente por un lunar del lado derecho. Eran Dominga y Chema.

—Solo el arrepentimiento puede abrirnos las puertas del cielo nuevamente; solo la penitencia nos otorga el perdón —concluyó el padre.

Rosario y su madre salieron de esa iglesia, la más chiquita que habían visto nunca, pero, según los vecinos, la más milagrosa. Como contraste a la

mañana de plegarias, caminaron unas cuadras hasta llegar a la Segunda Cerrada de Manzanares. Habían pasado por ahí varias veces, ya que quedaba muy cerca de la vecindad, pero, en esta ocasión, Elia quiso parar frente al «Carrusel» o «La Pasarela», como le llamaban algunos. Ahí desfilaban, en círculos y vestidas con minifalda, varias mujeres, desde muchachas quizá más jóvenes que la propia Rosario hasta señoras que, días más tarde, la joven llegaría a encontrarse de la mano de sus hijos en los puestos del mercado. Elia quería que su hija entendiera lo que pasaba en ese sitio y, así, alejarla de él.

—Date cuenta, hija. Los clientes observan relamiéndose los labios y señalando después de darse un buen «taco de ojo». Hacen su selección. La elegida toma del brazo al hombre y desaparecen detrás de esos cuartos pequeños. Nunca vengas sola aquí, nunca, te lo suplico —le pidió Elia.

Rosario no podía dejar de ver aquellos rostros oaxaqueños, yucatecos, poblanos y tlaxcaltecas. Mujeres provincianas que, como ella y su madre, se encontraban en la búsqueda de oportunidades. Estas damas, ilusamente, creían en las promesas de zacateros y padrotes; ponían en riesgo su salud e incluso su vida para dar de comer a su familia. Salpicadas de mentiras y proyectos, o incluso de supuesto amor, se dejaban llevar en un rapto que solo les dejaba arrepentimiento.

Su madre se encargó de echarle toda una letanía acerca de esas mujeres.

—Quiero prevenirte, porque son muchas las cosas que pasan aquí. Probablemente, te encontrarás con mujeres que se maquillan con exageración. Las vas a ver del brazo de un hombre y, al día siguiente, colgadas del hombro de uno distinto. Su ropa no es como la que usamos tú y yo. Ellas no se ponen enaguas que les cubren las piernas, ni nuestras blusas bordadas; al contrario, ellas muestran parte de sus pechos para atraer a los hombres.

También le explicó que, inocentes, caían en una ratonera cargada con el queso de la esperanza, esa que creían les haría olvidar la escasez, la privación y la penuria.

—Pero no entiendo, mamá, por qué estarían con uno y luego con otro. Si tienen un novio, no deberían andar con otros hombres, ¿no? Es lo que siempre me has dicho.

—Hija, son mujeres que entregan su cuerpo a cambio de dinero, a cambio de tener para darles de comer a sus niños.

Rosario no pudo ocultar su sorpresa ante lo que escuchaba. «¿Cómo que les pagan? ¿Qué es eso de entregar su cuerpo?».

—Son muchachas que se ven obligadas por la vida a ser prostitutas. Créeme que es un sacrificio, hija, pero ese oficio es como un trompo que se pone a girar y ya no lo pueden parar nunca. Si la tripa les ruge a los chamacos, pues se hace lo que sea para darles de comer —le explicó su mamá con un dejo de tristeza y continuó—. Algunas comienzan vendiendo flores o dulces, otras hacen la limpieza de lugares que nadie quiere limpiar; eso las protege de la prostitución hasta que tienen otro chilpayate del que no saben quién es el padre y, entonces, ya no les alcanza con lo poco que ganan.

»Déjame decirte algo más —prosiguió—; allá en el pueblo, mi mamá nunca me contó lo que le pasa a una mujer cuando empieza a desarrollarse. No se hablaba de esos temas. Jamás me dijo que un día me iba a salir sangre de entre las piernas. Imagínate el susto que me metí, creí que me estaba muriendo, que algo se había descompuesto en mis adentros. Luego, me dio asco y, finalmente, vergüenza. Me sentía sucia y no sabía cómo mantener mi ropa sin manchas. Comencé a hacer unos bultitos con retazos de manta de los chincuetes que nos hacía mamá, de esas «faldas de trasero» que usábamos todas las mujeres. Los lavaba a escondidas, tratando de que ningún hombre me viera. Por mucho tiempo, creí que era una enfermedad que debía ocultar. Cuando me enteré de que nos pasaba a todas las mujeres del mundo, que no me había lastimado, que no era nada malo y que es la manera en que el cuerpo se prepara para tener un bebé, ya era demasiado tarde. Estaba embarazada de ti y no tenía idea de cómo había sucedido. Fue entonces cuando mi hermana mayor me dijo: «Traes un chamaco en el vientre». Si yo solo le había dado la mano al muchacho que me gustaba, el

mejor amigo de mi hermano, tu papá. Él solo me había dado un beso y mi estómago empezó a crecer.

»Tu abuelo no dejaba que entraran hombres a nuestra vivienda, por más amigos de mis hermanos que fueran; decía que nadie iba a venir a burlarse de sus hijas en su propia casa. Yo, la mera verdad, me había ido a pasear una tarde con él gracias a la alcahueta de una prima, que le dijo a papá que yo iría a su casa. Yo tenía quince años, él veinte. Ya nunca supe si de verdad él me quería o, si la amenaza de mi padre, si no se portaba como hombre y tomaba responsabilidad de lo que había hecho, lo espantó. La cosa es que nos juntamos y naciste tú. Por eso, yo sí te quiero explicar todo lo que mi mamá nunca me dijo, incluso esto de las mujeres que están con hombres por dinero. Yo no quiero que, porque no sabes cómo funciona tu cuerpo, tomes decisiones equivocadas —terminó diciéndole a Rosario mientras la tomaba de las manos.

En el ambiente bullicioso, en lo masivo de esas calles, la vida de una sola persona, de una mujer marcada para siempre, parecía importar poco en cuanto se quitaba el maquillaje, ese que cubría sus duelos, sus vicios y sus carencias. Después salían las marcas de las golpizas y de la angustia, del tormento. ¿Acaso la vida de una mujer en condición de calle carecía de valor? ¿Acaso aquellos ojos color avellana remarcados con lápiz oscuro no lloraban, dolientes? Provocativas y capciosas, parcialmente desnudas, se asomaban desde sus balcones y, recargadas en sus antebrazos, hacían que sus pechos colgaran para llamar la atención de los clientes. De esa manera, podrían cumplir con la cuota obligatoria que les evitaría una paliza. El cigarrillo se consumía; el hombre quedaba satisfecho después de hacer con esa carne lo que le viniera en gana. Se empañaban los ojos almendrados de las mujeres que veían su sombra en la pared despellejada, bailando hacia adelante y hacia atrás al ritmo del deseo de un desconocido. Como yeguas, las montaban, hundiendo el vaho de su respiración acelerada en sus cabellos. En ese callejón, todas quedaban convertidas en mercancía y el encuentro con el desconsuelo era cosa de todos los días.

Las escenas fueron muy fuertes para la joven Rosario. La curiosidad inicial se tornó en miedo. Salió corriendo de ahí antes de que Elia pudiera detenerla. Llegó al cuarto y se resguardó bajo el rebozo de su mamá. Le hicieron falta los besos de su papito, esos que, según recordaba, olían a seguridad, a cobijo, y que extrañaba tanto. Por épocas, el dolor de su ausencia parecía debilitarse, pero, cuando volvía, lo hacía renovado y fortalecido. Cuando llegó Elia, su hija reclinó la cabeza sobre su hombro, como si fuera una paloma herida; herida por lo que había visto, más aún por lo que había imaginado que sucedía en aquellos cuartuchos impregnados de miradas lascivas y degradación.

Astillas de dolor en la entrepierna, dignidades que se buscan en la basura, cuerdas que, con cada relación forzada, se van adelgazando en el puente suspendido del deseo, de aferrarse a algo que ofreciera la esperanza de escapar de ese mundo. ¿Y quién es uno para reprobar esas conductas? ¿Quién para dictar juicio sobre esos cuerpos inspeccionados por manos y labios, por toqueteos excitados y miradas de cemento? Solo queda lamerse la sangre. Cachorros heridos. Emiten un susurro parecido al lamento humano. Mujeres sin derecho a sus propios anhelos, a decidir sobre su propia vida. Repiqueteo de tacones de aguja sobre el piso. Cansancio de siglos. Incertidumbre que no se agota. Madres de niños que pierden su infancia en esos locales, a los que se les cierra la puerta para que no vean, para que no escuchen la voz enmudecida de la mujer que, inmediatamente después de ser violentada, entre polvo y polilla, les dará el pecho.

Imágenes de torsos semidesnudos, de carnes apretadas a punto de perecer en manos ajenas, ocupaban la mayor parte del espacio mental de Rosario. «¿Cómo logran ser fuertes? ¿Cómo tienen esos arrebatos de valor y son capaces de abrirse de piernas ante cualquiera?», se preguntaba. Sus ojos tropezaron con los de las mujeres del carrusel y la cimbraron. Los susurros de las centurias de historia de la mujer doliente, la de los ecos silenciados.

Juntos

Rosario descubrió el cine gracias a Chema, que la invitó al Palacio Chino. No paró de reír con *El analfabeto* ni de morirse de miedo con *El ángel exterminador*. La jovencita agradecía haber encontrado en el hijo de la portera un aliado. Elia, sin embargo, no dejaba de preocuparse por su hija, pues no olvidaba la mirada de Justino cuando se conocieron. Era de la firme idea de que «de tal palo tal astilla», por lo que confiaba poco en Chema; sobre todo, después de haberlo visto pasar noches enteras bebiendo con sus amigos. Pero Rosario comparaba esa amistad con la relación entre las compañeras de la escuela, lo que hacía que apreciara aún más lo cómoda que se sentía a su lado.

Juana la había escogido como el blanco de sus ataques y Ramona, débil como era, no se atrevía a andar con ella, por más que quisiera, por más que la pasaran bien juntas las pocas veces que Juana no había ido a la escuela y tuvieron la oportunidad de convivir, pero el miedo de Ramona era mucho más poderoso que los buenos ratos. De las demás chicas, Rosario ni siquiera conocía los nombres; le molestaba la manera en que la miraban y sabía que era por lo que Juana les decía. Lástima que su supuesta amiga, Ramona, no encontraba cómo parar o desmentir los rumores que corrían. Rosario no sabía lo que se decía o si de verdad creían lo que escuchaban, pero le molestaban los calificativos que le habían impuesto, le dolían. Era la rara, la sotaca, la popotitos, en fin, la guasa de la que todas se reían. Se burlaban de las respuestas que daba en clase, así que optó por callar y hacerse invisible para evitar el acoso. Ya había comprobado que ser abierta y amigable era hacerse vulnerable ante los ataques. Mientras menos supieran de ella, mejor. La emoción de conocer a alguien nuevo en la escuela se había apagado desde el primer día, así que se dedicaba puramente al estudio y no a

socializar, total, ya contaba con Chema, no necesitaba a nadie más.

A veces, pensaba que Juana peleaba con los demás para escapar de lo que seguramente le pasaba a ella. No sabían nada de su familia, de dónde venía, si tenía hermanos, si vivía con sus padres. Todo acerca de ella era un gran misterio, salvo que le gustaba molestar a los demás. Quizá estaba llena de complejos, de secretos que ocultaba celosamente tras su manera de ser. Seguro que escondía un montón de problemas. «Quizá le pegan en su casa», pensaba Rosario. Ese carácter a lo mejor se le había formado a base de confiar en quien no debía. Prefería entonces humillar que ser humillada, odiar, burlarse, hacer sufrir y sentir que así se protegía. Era la única explicación que podía imaginar.

Los fines de semana eran más emocionantes porque iba con Chema a todos lados. Este chico emitía unas carcajadas particularmente ruidosas y eso, lejos de avergonzarla, la hacía reír aún más. Él le había explicado muchas cosas de la vida diaria en la gran ciudad que Rosario, a veces, no comprendía. Por ejemplo, que los zapatos colgando de los cables de luz, que tanto llamaban su atención, hacían alusión a la frase: «Ya colgó los tenis». Con esto se anunciaba a los vecinos la muerte de un familiar. Se elegía el calzado con el que más había caminado el difunto, le había comentado Chema, para que así pudiera, con sus zapatos, recorrer el largo camino a la eternidad. También la hizo ver que esa era una añeja tradición envuelta en cierto romanticismo, como muchas otras. Sin embargo, ahí, en el barrio de La Merced, los zapatos colgados en las callejuelas eran un símbolo de las pandillas que usaban la antigua costumbre como forma de mostrar un trofeo: cada par de zapatos correspondía a una víctima de asesinato.

Su lugar secreto, el hospital de pájaros, fue testigo de aprecio y de confesiones. Se veían ahí casi a diario. Se contaban lo que con nadie compartían, se fueron conociendo, se adivinaban el pensamiento. En uno de esos encuentros, Chema le platicó que su madre, doña Dominga, Domi, para los residentes más antiguos, heredó el oficio de Justino debido a un accidente. Antes, cuando su esposo era el encargado de la vecindad,

Dominga se dedicaba a vender lo que cayera en sus manos, formaba parte del gremio de vendedores ambulantes que se tendían, aun en contra de las autoridades que lo prohibían.

—«¡Ahí viene la camioneta!», gritaba alguno que pasaba el pitazo y se echaban a correr; en ocasiones, con la mercancía y, otras veces, cuando ya no daba tiempo, dejaban todo ahí en el piso y la policía lo confiscaba diciendo: «¡Esto no es un tianguis, es la vía pública!». Al día siguiente, conseguían algo nuevo para vender, desde fayuca hasta chácharas, tacos o aguas frescas —le contaba Chema a Rosario.

»Dios nos ha socorrido porque nunca nos hemos quedado sin comer —continuó—. La estrategia era cambiar de calle: que si Anillo de Circunvalación o Jesús María; que si Correo Mayor o Roldán. Cuando se nos avisaba con suficiente tiempo que llegaban los inspectores, mi mamá recogía rápido todas sus chivas y se metía a alguna vecindad o tienda cercana, donde le daban chance de esconderse unos minutos.

—¡Ay, Chema! No tenía idea de que tu papá había tenido un accidente.

—Sí, fue hace ya un tiempo y coincidió con que se llevaron a mi mamá de las greñas a la cárcel por vender en la calle, aunque les ofreció unas chelas a los polis.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y entonces qué pasó? —preguntó Rosario con interés.

—Mientras mi mamá estuvo un par de días allí encerrada, yo atendí a mi papá que estaba reteamolado. No ayudaba en nada, pero bien que daba órdenes. A veces, a propósito y para hacerlo enojar, me tomaba mi tiempo cuando me pedía algo; después de todo, ese accidente lo había tenido por ir a llevarle unas flores a su amante.

—¿Su amante? —preguntó la joven abriendo los ojos sorprendida— ¿Y tu mamá sabía?

—Mi mamá y toda la vecindad.

—Y ¿tú también? —inquirió con aún más curiosidad.

—Pues, claro. Por eso, me dio tanto coraje y, por eso, no nos compadecimos de él. Cuando salió mi mamá de la cárcel, mi papá se dedicó

a tomar. Después de un tiempo, mejoró de la pierna y las costillas que se le quebraron, pero, ya de plano, mi mamá se quedó a cargo de la vecindad. Me acuerdo de que, cuando fui por ella al penal, salió gritándoles a los policías: «¡Enséñeme dónde dice que es un delito ganarse la vida honradamente!».

Rosario entendió por qué cada día era más grande el desgano con que la portera, con su paso renqueante, salía a atender el escandaloso timbre: «¡Ya voy, ya voy!», iba gritando al tiempo que arrastraba las pantuflas y sacaba su manojo de llaves amarradas a la cintura bajo el mandil. Sus días comenzaban temprano. Primero, ponía a calentar su pocillo de café; enseguida, despertaba a su hijo, a quien, como a cualquier adolescente, se le pegaban las sábanas como sanguijuelas. Aquellas rodillas torcidas, que parecían cargar algo muy pesado, barrían la banqueta de la calle. Ya a esas tempranas horas, las siluetas del barrio se formaban vagamente para ir tomando fuerza conforme pasaban los minutos. Los baldes de agua sucia y los riachuelos grisáceos, muy parecidos a los que recorrían sus piernas en forma de venas abultadas, se iban por las coladeras, indicando que el patio estaba limpio. Aquel espacio abierto había sido cercado por tristezas, pérdidas, curiosidad, rezos, jadeos, risas, olores de infancia, vientos de fe y de almas añejas que rondaban sus gruesos muros.

De vez en cuando, Dominga recibía un escupitajo que le caía en el enjambre de cabello. La grosería venía del segundo piso de entre los barrotes de hierro que escondían a unos chamacos revoltosos a los que les hacía mucha gracia la travesura hasta que la portera, de rostro tan duro como el mundo donde vivía, los correteaba con la escoba en mano, dispuesta a darles una buena paliza y gritándoles una serie de amenazas ensartadas por el «¡Ya verán si los agarro!».

Se iba a hacer su mandado y se tardaba horas entre que saludaba y recogía chismes con cada marchanta de quien obtenía las últimas noticias del barrio.

En la parte baja, alrededor del patio, vivían los más pobres, los que apenas podían pagar la renta, la cual se retrasaba más allá de los primeros

días de la quincena. Darle la cara a la portera, que sin falta hacía su ronda de cobros, era lo difícil. Tener que suplicar por una prórroga, explicar que había perdido el trabajo en la obra en la que estaba como albañil o que su mujer estaba encinta nuevamente le partía el corazón a cualquiera.

Chema y Rosario se ayudaban en proyectos, se daban ánimo, se hacían compañía, se refugiaban tras las alas heridas de aquellos pájaros a los que asistían para que pudieran de nuevo volar. Acuclillada sobre la caja que los resguardaba, Rosario escuchaba lo que su amigo le revelaba acerca de sus padres mientras se calentaba las manos con el aliento para revisar a una de las aves; de pronto, Chema acarició con suavidad su mejilla. Rosario se echó para atrás en un movimiento instintivo.

—Perdón, perdón —exclamó de inmediato el muchacho—, no quise asustarte, pero es que… te ves tan bonita.

Rosario no pudo evitar sonrojarse y se levantó cruzando los brazos sobre el regazo.

—No quisiera que echáramos a perder esta amistad que es solo eso: amistad —contestó con determinación.

—Tienes razón, te prometo que no volverá a suceder —le aseguró, arrepentido, mientras también se ponía de pie.

Poco sospechaban del vuelco que daría la vida. Tendrían que resignarse a amasar culpas y vivir con coraje, ese que se gana para afrontar el sufrimiento, que se traduce en fuerza de voluntad a pesar de los impedimentos. Pero también con otro tipo de coraje: el de la rabia que produce confiar en alguien que está a punto de cambiar la historia de todo un linaje.

Bautismo en la vecindad

Rosario regresaba del colegio, cantando, como siempre. El Jaibo, con pedigrí de barrio, estaba suelto. Mordisqueando lo que quedaba de una muñeca de plástico, corrió con furia hacia Rosario y la acorraló en una esquina. Movía la cola mocha de escaso pelaje grisáceo y babeaba sin cesar mientras le mostraba los rancios colmillos. Justino pegó un grito que hizo que el perro corriera hacia él. Le puso su mecate alrededor del cuello y lo amarró al barandal.

—Ahora sí, mi chula, creo que merezco que me recompenses por salvarte del Jaibo —dijo.

A Rosario le temblaron las piernas en cuanto reconoció la voz rasposa. Con la mirada de quien se siente con poder sobre los demás, la agarró de la cintura sin darle oportunidad de alejarse. Su cuerpo olía a grasa y a sudor. Desafiante, la jaloneó hacia el cuartucho en donde su esposa guardaba lo necesario para la limpieza. Entre escobas destrozadas que habían barrido suciedad y desperdicios, cubetas manchadas, cajas de cartón y jergas exhaustas, la aprisionó contra la pared que desplegaba un calendario colgado de un clavo con fotografías de mujeres desnudas. Estaba oscuro, aun así, Rosario alcanzó a distinguir que en sus pantalones se marcaba una erección. Trató de besarla, pero ella le volteó la cara con asco. Sintió el calor de su aliento en el cuello. Justino no pudo forzar el beso, sus manos estaban ocupadas sosteniendo los brazos de su víctima.

Las imágenes de lo que había presenciado, tan solo unos días antes, en El Carrusel la invadieron, junto con la historia que recién le había contado Chema sobre el accidente de Justino. De pronto, sintió el calor del miedo entre las piernas, se dio cuenta de que se había orinado. Tenía el corazón a galope. La vista clavada en las tuberías desnudas, con sus cientos de años

oxidados. En ese momento, se escuchó el ruido que hizo uno de los macetones que señalaba la portería de fútbol en el patio. El tiro afortunado había roto el barro y los gritos de Dominga, reprendiendo a los niños, se acercaban. Fue entonces cuando, por fin, la soltó. Sus manos grandes y sudorosas se quedaron marcadas en sus carnes y, al percibir su humedad, le dieron ganas de vomitar. Rosario se acercó a la puerta. Él volteó a verla e hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Por aquí nos estamos viendo, mi chula —le asestó, arreglándose el pantalón—. Ah, y más vale que no digas nada —añadió, adelantándose a su pensamiento—, porque yo me encargo de ponerlas, a ti y a tu mamá, de patitas en la calle.

La joven tragó saliva. Tragó miedo. En cuanto escuchó esa amenaza de boca de su agresor, decidió que no diría nada, ni a su madre ni a Chema. Ese fue su bautismo en la vecindad.

Imaginó que no se tiene que ser culpable de algo para sentirse culpable, para ser perseguida por pensamientos aterradores. Salmos y versículos completos de la misa del domingo se le venían encima: «Gálatas 5:19: Ahora bien, las obras de la carne son evidentes, las cuales son: inmoralidad, impureza, sensualidad…».

«¡Pero yo no hice nada! ¿Soy ahora inmoral? ¿Soy impura?», pensaba.

«Pedro 2:14: Tienen los ojos llenos de adulterio y nunca cesan de pecar; seducen a las almas inestables; tienen un corazón ejercitado en la avaricia; son hijos de maldición». Ese versículo, sin duda, describía a Justino. ¿Había ella provocado eso? Dudó por un momento. Del púlpito a su mente, las palabras del sacerdote se le clavaban envenenándola. Pasó noches enteras entre el sueño y la vigilia. Las imágenes, alimentadas por su propia angustia, se apoderaban de su alma una y otra vez. Deseaba que esas visiones se borraran de su cabeza, pero ni todas las fuerzas en sus párpados apretados ni todas las lágrimas lograban lavar los espejismos.

Como habría de enterarse con el tiempo, Justino tenía antecedentes penales. Se llevaba con malandros con los que se amanecía inhalando

pegamentos, trapos empapados de tíner o gas de encendedores, que lo convertían en lo que quería ser: un personaje que solo existía durante esas horas de alucinación y que le permitía ver lo que deseaba a través de sus pupilas dilatadas. La falsa realidad parecía hacerlo feliz al menos por unas horas para después poder soportar su propia existencia. Los callejones laberínticos del barrio eran perfectos para la venta de marihuana. No había corretizas ni perseguidos ni perseguidores. Era muy fácil esfumarse en tan solo segundos, clientes y vendedores por igual. Nada pasaba desapercibido en un barrio que a veces olía a magia y otras a sangre. Saber todo esto le inspiraba más miedo. Justino y su colección de amistades se unían bajo botellas de alcohol, aunque tuvieran que paliar la realidad cuando pasaba el efecto. ¿Cómo podía ese hombre gastar en vicios el dinero que su esposa juntaba con tanto esfuerzo para tener pan en la mesa? ¿Cómo se atrevía a verla a los ojos después de pasar la noche amenazando a los transeúntes con su navaja para robarles y comprar drogas rebajadas con matarratas?

—Mi Domi, no te enojes, ni es tan tarde —le respondía a su esposa, arrastrando las palabras como silbidos de serpiente.

Y así, entre tropiezos, entraba Justino a su cuarto para completar aquella trinidad de desgracia: madre, hijo y ningún Espíritu Santo.

Unas semanas después de lo ocurrido con Rosario, se le vio entrar en una cantina oscura. Ocupó una mesa solitaria y pidió un tequila, que no le duró ni un par de minutos en la mano.

—¡Otro igual! —le ordenó al muchacho, apenas adolescente, que, bajo las instrucciones del dueño del local, estaba muy al pendiente de las peticiones de la clientela y de ofrecerles más en cuanto la copa se vaciara.

Un par de trabajadoras sexuales se paseaban entre las mesas llenas de borrachos que no podían articular una palabra. Una era joven y, aunque parecía ser muy menuda, la ropa tan ceñida a su cuerpo hacía que sus senos saltaran a la vista. La otra, alta y de caderas anchas, se contoneaba de un lado al otro en medio de un paseo seductor.

Esta última divisó a Justino, que estaba solo, pensativo y con su segundo

tequila en mano. Se sentó junto a él, aun sin haber sido invitada a hacerlo. Comenzó a sacarle charla, pero él no parecía interesado. Aun así, ella siguió hablando y acercando cada vez más su silla a la del hombre que había elegido como presa.

—¿No me vas a invitar una copa, guapo?

Sintiéndose obligado, Justino llamó con un tronar de dedos al joven:

—Un tequila para la —un titubeo en su voz terminó por pronunciar, no muy convencido—, para la… señora.

Hacia el cuarto trago, la mujer sostenía en una mano la copa y con la otra acariciaba el miembro de su víctima mientras le susurraba y sonreía al oído. Él comenzaba a ceder ante la seducción; su tacto, aligerado por los tequilas, recorría los senos, la cintura y las caderas de la dama que parecía estar muy atenta a lo que el hombre desparramaba entre balbuceos incomprensibles en un arrastre de sílabas sin sentido.

La estrategia era casi siempre la misma, infalible la mayoría de las veces: identificar a un hombre solitario, que se viera nostálgico o deprimido, que tuviera pinta de traer dinero y ropa que anunciara que quizá debajo del puño de la camisa portaba un reloj que valiera la pena. La meretriz tenía ya bien medido que, cuando el cliente cambiaba su estado melancólico por risas ligeras, provocadas por el alcohol recorriendo su cuerpo, era momento de excitarlo para que acabara de «aflojar». De ahí, seguían otro par de tragos y la irresistible invitación a bailar pegadito, muy pegadito, rozando muslos y pecho para luego seguir en el baño lo que habían comenzado. Un beso suave y húmedo, luego las manos bajo la blusa y las caricias en los senos. Los labios en el cuello y, de pronto, un apagón.

Para cuando Justino recobró el conocimiento, se encontraba acostado en la banqueta del callejón oscuro que daba a la puerta trasera del establecimiento. Le faltaban los billetes de la bolsa trasera del pantalón, el reloj, que a su vez había robado unos días antes, y la cruz de oro que llevaba en el cuello desde hacía años y que nunca se había quitado; se la había regalado Dominga cuando recién se casaron, para que lo protegiera y lo

acompañara siempre. Lo habían despojado de aquel crucifijo del que no podía prescindir y el susto de no tenerlo le hizo recuperar la conciencia de golpe. Se enojó con él mismo por haberse dejado engatusar tan fácilmente: «¡Eres un pendejo!» se gritaba golpeándose la cabeza con la palma de la mano. Dejó de pegarse para caer en una terrible aprehensión, pensando en lo que le diría a su mujer cuando le preguntara por qué no llevaba puesta su cruz. La sola idea de tener que responderle le punzaba mucho más que los golpes que se propinaba.

Le costó trabajo incorporarse, se llevó la mano a la frente para descubrir que tenía sangre; se había golpeado contra el asfalto cuando, agarrándolo de la pretina del pantalón con una mano y de la camisa con la otra, un hombre fortachón al que recordó haber visto cuando llegó a la cantina, lo arrojó a la calle como una bolsa de basura. Metió las manos en los bolsillos, estaban vacíos. Lo habían desvalijado y, con toda seguridad, el dueño, las prostitutas, el cantinero y hasta el muchachito que tenía la misión de ofrecerle copas eran cómplices. Un terrible dolor le reventaba la cabeza en pinchazos que iban y venían. Caminó muchas cuadras hasta llegar a la vecindad. Jaló la cuerda que daba vida a la campanilla por dentro del portón de lámina, reforzada en las orillas.

—¡Ya voy, ya voy! —Se oyó gritar a Socorro, que abrió malencarada y con una bata de toalla a medio vestir.

—Pa' luego es tarde —dijo Justino, apurando a Socorro.

—¡Santo Niño de Atocha! —exclamó—. Son las cinco de la mañana, qué barbaridad; mira en qué estado estás. Vienes borracho, ¿no te da vergüenza? Qué disgustos los que le das a tu pobre vieja —murmuró entre dientes mientras cerraba el portón.

Justino abrió la habitación con la llave que dejaba siempre bajo la maceta de la entrada. De puntillas, se dirigió a su cama. Por suerte, Dominga gozaba de un sueño casi imperturbable y sus ronquidos lo demostraban. Se quitó la ropa maloliente y manchada con gotas de su propia sangre y la lanzó sobre la silla de madera que ocupaba la esquina. Se dejó caer desnudo sobre el

catre. Cada vez que trataba de recordar lo que había pasado, las imágenes se cubrían por un nubarrón. Se quedó dormido; los restos de alcohol en su organismo viajaban todavía por sus venas y lo mantenían atarantado.

Entre sueños creyó reconocer la voz de Dominga; abrió los ojos y la vio parada frente a él con un enojo que hacía que en sus sienes se notaran, a simple vista, los latidos de su cólera. Él se dio cuenta de su desnudez y se tapó los genitales con las manos.

—Mejor preocúpate por explicarme por qué llegas así; es la cuarta en lo que va del mes y apenas entramos a la segunda quincena. ¿No te cansas de tomar? ¿No te cansas de las parrandas, de las viejas y de los amigos, que no son tan amigos si te inducen a beber cuando saben que estuviste jurado todo el año pasado? Un día de estos me vas a matar, de verdad que me vas a matar de un disgusto. ¿Sabes todo lo que podríamos hacer con el dinero que te gastas en alcohol y en putas? —gritó Dominga, sin preocuparse por que la escucharan los vecinos.

Justino cerró los ojos; todo le daba vueltas y los reclamos de su esposa retumbaban en su cabeza y en sus oídos con un estruendo casi insoportable. Dominga abrió la ventana que daba al patio central de la vecindad. La luz, el aire y el ruido entraron en ráfaga, golpeándole los sentidos de repente. Se tapó la entrepierna con la cobija arrugada cerca de sus pies y se llevó las manos a los ojos, tratando de atenuar el resplandor que lo aturdía. Respiró varias veces para poder seguir soportando las protestas de su mujer, que le ofreció una taza de café negro bien cargado, a ver si con eso acababa de reaccionar. Lo sorbió poco a poco y se fue reanimando. Aprovechó que Domi estaba tallando unas ollas en el fregadero para ponerse ropa interior, pantalones y una playera de cuello redondo, así ella no notaría la ausencia de la cadena con la cruz de oro. Pero era demasiado tarde, desde que se acercó a él cuando estaba tumbado en la cama, fue lo primero que advirtió.

El momento que tanto había temido desde que llegó a casa casi inconsciente había llegado y no podría evitarlo.

—¿En dónde está la cruz? —reclamó Dominga.

—Perdóname, mamacita chula —le respondió, frunciendo los labios y encogiendo los hombros.

—¿Cambiaste la cruz por unos tragos? Dime la verdad, Justino, dímelo.

—Estaba tomado —se hizo un silencio sepulcral y luego continuó—, pero no vendí la cruz, te lo juro. Mira, ¡por esta! —añadió, llevando a sus labios el pulgar sobre el índice—. Me la robaron. Me la robaron. —Suspiró y unas ganas irrefrenables de vomitar le impidieron proseguir.

Corrió al baño que compartían con los vecinos; por suerte, estaba desocupado y llegó justo a tiempo para devolver todas las imágenes de la noche anterior. Las carcajadas de las prostitutas, la burla del cantinero, la música de la taberna, los gritos de un par de fortachones que se habían agarrado a golpes. Todo le vino a la cabeza mientras su estómago convulsionaba.

Por más que Dominga le echaba sus letanías, estaba muy lejos de hacerle caso: que si seguía con los vicios nada iba a poder hacer por él; que lograría quedar más pobre que una rata y seguir ganándose palizas por no poder pagar sus deudas. Recordó que, cuando trató de defenderse y pelear, la torpeza de sus movimientos bajo los efectos del tequila, o del aguardiente o de lo que fuera que había bebido, le hizo fallar los puñetazos que intentaba lanzar a sus contrincantes. Sin embargo, aquellos no estaban borrachos y con solo dos golpes en el vientre lo dejaron sin aire y ovillado en el suelo. Ahí aprendió que era absurdo tratar siquiera de defenderse, además de que ellos siempre eran dos o tres. Uno lo sostenía por detrás de los hombros y los brazos, los otros dos lanzaban golpes a diestra y siniestra en el rostro, el vientre y el pecho para, al final, dejarlo sin aire y soltarle una última patada para rematarlo. Eran muchas ya las veces en que parecía haber tocado fondo, en que parecía resuelto a dejar atrás las drogas y el alcohol. Por momentos, se llenaba de entusiasmo, de fuerzas renovadas para cumplirle sus promesas a la Virgencita y a su esposa, pero, en cuanto sus amigos lo volvían a buscar, la tentación lo vencía para seguir la vida a medias.

Noticias de cambio

Elia tenía rato de haber llegado de su trabajo en Cirios La Soledad y estaba terminando de regar sus macetas junto a la ventana. Amaba las plantas, una pasión que había heredado de su abuela allá en Veracruz y que, con distintos colores y aromas, contrastaba y embellecía la escasez de la habitación. Escuchó un golpe suave en la puerta. Al abrirla, se encontró con Yolanda, su vecina y amiga, que traía consigo una noticia que no podía esperar a compartir.

—¡Elia! —exclamó, entrando casi sin ser invitada—. ¡Tienes que escuchar esto!

—Dime, dime, ¿Qué te traes que vienes tan acelerada? Ya me dio curiosidad —comentó Elia mientras le ofrecía una taza de chocolate que acababa de preparar y que la otra aceptó sin dejar de hablar. Se acomodaron en el viejo sofá y Yolanda, visiblemente emocionada, comenzó:

—He oído rumores —dijo, bajando un poco la voz como si estuviera revelando un secreto de Estado—. Dicen que el año que entra, en la zona de Jamaica donde se venden flores, van a construir un mercado en forma. Un mercado de verdad, con puestos fijos y todo. Dicen que habrá un concurso para asignar los puestos —explicó—. ¡Se me ocurre que podrías participar para tener un espacio propio, tener tu negocio!

Elia se quedó en silencio por un momento, dejando que las palabras se le asentaran. La idea de tener algo propio era tentadora. Significaba estabilidad, seguridad para Rosario y una oportunidad de mejorar su situación.

—¿Cómo será ese concurso? —preguntó finalmente, quería saber más detalles antes de emocionarse.

—Pues bien, bien, no lo sé —admitió Yolanda—, pero dicen que los

interesados tendrán que presentar una propuesta, mostrar cómo manejarán el puesto, qué tipo de flores venderán y cómo planean atraer a los clientes. Los primeros que van a tenerla segura son los que ya despachan en los tenderetes improvisados en las calles, allá por Resurrección y San Esteban, ahí mismo, en el cruce.

Elia suspiró, pensando en las largas jornadas y en que dejaría a Rosario mucho tiempo sola. Después de todo, el horario de trabajo en la tienda de velas le daba para ver a su hija cuando se iba a la escuela, darle de desayunar, volver, aunque fuera un ratito, para la hora de la comida, pues una compañera la cubría, y regresar para cenar con ella y charlar un poco. Sabía que tenía el conocimiento y la pasión para manejar un puesto en un mercado, pero la idea de que la chica estuviera sola desde la madrugada, en que habría que ir a recibir las flores frescas, la llenaba de dudas.

—No sé —opinó, mordiendo su labio inferior—. Parece una gran oportunidad, pero también un gran riesgo.

Yolanda tomó la mano de la joven y la apretó con fuerza.

—Lo sé, amiga —dijo con voz suave y firme a la vez—, pero piensa en lo que significaría para ti y para tu hija. Un lugar fijo, sin tener que preocuparte por el futuro de tu niña. Ella podría seguir en la escuela y después, a la larga, con todo lo que va a aprender, ayudarte con las cuentas, con hacer más grande el negocio. Es un local que le vas a poder heredar porque así funciona: los hijos reciben la concesión y así se va por generaciones. Además, tú eres la mejor vendedora que conozco. Ya ves qué contentos están los de los cirios contigo, dicen que sus ventas aumentaron desde que llegaste. Si alguien puede ganar ese puesto, eres tú.

Quizá era la primera vez que veía a su vecina emocionarse con algo. Sus palabras resonaron en el corazón de Elia, que se sintió feliz al darse cuenta de que para Yolanda esto podría significar un proyecto de vida. Miró a su alrededor, tomó en cuenta su modesto hogar, la cara sonriente de su hija en las fotos colgadas en la pared y las plantas que había cuidado con tanto esmero. Decidió que valía la pena intentarlo, por ella, por Rosario y por su

amiga, que parecía, desde que la conoció, estar viva por primera vez.

—Está bien —aceptó finalmente, con una mezcla de determinación y nerviosismo—. Lo haré. Participaré en el concurso, pero tú me tienes que ayudar y, si ganamos, trabajarás conmigo.

Yolanda sonrió, satisfecha de haber convencido a Elia, en quien ponía las esperanzas que nunca había tenido para sí misma.

—Eso es lo que quería escuchar —exclamó, levantándose del sofá—. Y no te preocupes, te ayudaré. Juntas podemos hacerlo. Elia asintió; una renovada fe crecía en su interior. El futuro era incierto, pero ahora tenía una meta clara y una amiga incondicional a su lado. Mientras el sol se ocultaba detrás de los edificios, las dos mujeres comenzaron a planear el camino hacia una nueva oportunidad en el mercado de flores de Jamaica.

Aromas de infancia

Por suerte, ahí en la vecindad, Elia se reencontró con muchos aromas de su infancia que le entraban hasta por los poros. Socorro, amante de la cocina, preparaba un mole delicioso cada vez que había cualquier pretexto para convidar. Ocupaba su mente y sus ganas en moler el cacahuate, en mover lentamente el cucharón de madera en las ollas sobre los fogones, en agitar entre sus manos el molinillo para hacer el chocolate espumoso y espeso. En cada roce del mango de madera entre sus dedos, lograba agarrar fuerzas para no extrañar tanto a su marido, para aguantar hasta la siguiente visita que él le hacía.

El paladar es un cerrojo, es la entrada por la que los sabores abren con su mágica llave la memoria, le había dicho Socorro cuando vio llorar a Elia mientras se hacía un taco con las delicias que preparaba. Cómo no llorar si saborear esos platillos era como besar a su abuela; el mismo sabor, el mismo aroma de lo que ella preparaba. Se le desataba en la boca el almíbar de sus palabras y de sus consejos. Las emociones llegaban a Elia de nuevo, tan profundas, tan vívidas como cuando se sentaban juntas en la tierra y su viejecita le enseñaba todo lo que ahora sabía acerca de las flores. Cómo le dolía hablar de ella en pasado. Cómo la extrañaba.

Los olores le penetraban por la nariz y por el pecho, por los ojos y la piel; evocaciones de su familia y de su pueblo eran provocadas por los trozos de guajolote que crujían en el aceite hirviendo, mientras Socorro calentaba tortillas recién palmeadas. Esa mezcla de efluvios la transportaba a cuando con sus primos se escondían entre la ropa colgada al viento y escuchaban la voz de la abuela Nati llamándolos a comer. Si cerraba los ojos, podía oír hasta los balidos de las cabras y su campanilleo.

Socorro sabía cuánto apreciaba Elia su cocina, así que la invitaba muy

seguido a preparar el mole y los champurrados, esa bebida sagrada de rituales y ceremonias de la época prehispánica. Le encantaba fundirse en su consistencia espesa con la leche, el maíz, el chocolate, la canela y el piloncillo, y pensar en su pueblo y en su gente. No podía evitar que le viniera a la mente su esposo, el hombre al que había querido tanto, el padre de Rosario, del que se había decepcionado justo en el momento en que la tierra cubría su féretro. Maldijo aquel día, maldijo a su compadre y a la mujer del panteón; lo maldijo a él. Entre los cuidados cariñosos de Yolanda y los platillos de Socorro, por épocas, creía que la nostalgia se le iba curando, pero eran tardes como esa en que los recuerdos, como los sabores, se le acumulaban en la garganta. «Los pájaros cantan por la mañana porque la humedad lleva su melodía más lejos», le había dicho Yolanda hacía un tiempo. Elia se quedó con la idea de que el amor de su abuela le llegaba desde el pueblo en ese canto.

Yolanda le platicó a Elia, en uno de esos encuentros en los que cocinaban juntas, que el esposo de Socorro la había abandonado hacía seis años y tres meses, para ser exacta. Sucedió el 1 de enero de 1951. Matías Salgado cerró la puerta de lámina tras de sí al tiempo que, a través de su boca bigotuda, balbuceaba incoherencias que flotaban entre eructos de los muchos alcoholes con los que había brindado por el Año Nuevo la noche anterior.

—Una mueca indescriptible se dibujó en el rostro de Socorro —recordó Yolanda— por la sorpresa y por lo vergonzoso de la escena que los vecinos presenciamos. Los niños, que seguían emocionados con sus regalos de Navidad y que compartían el patio jugando, quedaron mudos de asombro y se cubrieron los oídos con las palmas de las manos ante los gritos atormentados de la pobre Socorro —siguió relatando—. Juvencio, el de la vivienda número cuatro, empachado de tanto brindis y tanto pozole, salió al pasillo ante el escándalo. Las vecinas y yo, a pesar de ser el primer día del año y después del desvelo, los mariachis y el mezcal, habíamos despertado temprano para echar la masa al comal y tener listas las cazuelas con el recalentado. Mirábamos a la pobre de Socorro, incrédula, con la sensación

de estar en un caleidoscopio. Un giro y cambió todo. Un giro… Las piezas y los colores de su vida al lado de Matías iban perdiendo simetría, mientras lo veía alejarse entre las filas de sillas todavía alineadas alrededor de lo que había sido la pista de baile la noche anterior. Recuerdo como si fuera hoy el áspero silencio. Los farolillos de papel de colores se mecían con el viento suave de la mañana del 1 de enero; el mecate con restos de la piñata de siete puntas atravesaba el centro de la vecindad y el aroma a ponche en los pocillos de barro vacíos se tornó amargo en un instante.

»Pero esa no sería la última vez que veríamos al Matías —continuó Yolanda—: el muy sinvergüenza se presentó con un regalito en mano en cuanto tuvo el primer aprieto y necesitó un lugar donde dormir. Desde entonces, unos chocolates, un ramo de flores o unos cocoles de anís trae por delante cuando doña Dominga, que para variar anda de malas y se pone de peor humor al verlo, le abre el portón. A Socorro le sube el rubor a las mejillas en cuanto escucha su voz, lo mira con ojos vidriosos y lo deja entrar a su cuarto. ¡Ay!, cómo me choca verle la sonrisa triunfante cuando cierra la puerta. Ya luego Socorro me cuenta de los besos húmedos que le da entre los senos; a mí qué me importa lo que le hace o le deja de hacer. Yo lo que quiero es que no la lastime, pero, para ella, el Matías es una obsesión —concluyó Yolanda.

Con el tiempo, Elia se dio cuenta de que el chisme corría en la vecindad como estopa prendida en llamas. Se murmuraba, criticaba y se enjuiciaba a una Socorro que, envuelta en el olor a sudor y sexo de Matías, parecía ensordecer. Cuando una vez más la dejaba como novia de rancho, ella juraba que no lo volvería a dejar entrar. «¡Cabrón, hijo de puta!», le gritaba mientras le arrojaba trastes y cucharones de metal desde el balcón del segundo piso. Una variedad de objetos golpeaba el cemento y se rompían en mil pedazos, como el corazón de la pobre mujer, hasta la próxima ocasión en que él ahogara con besos ebrios las majaderías que salían de la boca de Socorro al tiempo que le hacía el amor. Se había enamorado de él a pesar de las advertencias de amigos y familiares que conocían la fama de mujeriego

que lo precedía: «No te conviene, te va a hacer sufrir además de dejarte con media docena de chamacos», le auguraban todos, pero, deslumbrada por la labia y los rasgos de aquel hombre bien parecido, ignoró consejos y observaciones. Y Matías, como su padre y como su abuelo antes que él, era un hombre de faldas.

Socorro siempre acababa por ceder, acababa por enredarse con brazos y piernas, con jadeos y caricias para ese hombre que la utilizaba, pero al que ella seguía queriendo, a pesar de sus apariciones intermitentes, de su irresponsabilidad, de su creciente barriga, de sus embustes y chantajes, envueltos en un amante excepcional. Sus visitas eran así, inesperadas, más cortas de lo que ella deseaba. Además, le dejaban el bajo colchón vacío de los billetes que con tanto esfuerzo ella juntaba a base de remendar ajeno. Dios no le había concedido el privilegio de ser madre; solo en eso se habían equivocado las lenguas que tantas veces lanzaron sus advertencias, así que lo que ganaba le alcanzaba para sus pocos gastos y para ahorrar. Para qué, bien a bien no sabía, pero su madre siempre le había recomendado ahorrar para la vejez.

Elia jamás había indagado nada, jamás quiso escuchar los rumores que, como serpientes venenosas, reptaban por el barrio entero. «No hay peor ciego que el que no quiere ver», decían al referirse a la situación de Socorro. En el fondo, temía saber la verdad, una verdad a voces que a nadie debía importarle más que a ella. La única que no asimilaba que su marido se había metido con la hija menor de edad de un coronel del ejército. El militar, de enterarse, no dudaría en romperle las piernas a Matías de dos batazos. Se regocijaría viéndolo en convulsión bajo los efectos de los toques eléctricos que le aplicaría en los testículos. Ya como acto piadoso, le metería un plomazo entre los ojos para dejarlo por fin descansar. Veinte años mayor que la muchacha de boca sensual y ojos castaños; estaba enamorado hasta las chanclas, como decía él. Las ganas le salían por los ojos cada vez que la joven parecía deslizar sus pasos acompasando un romántico tema musical.

Matías estaba loco por la joven y ella, una amante habilidosa, sabía

exprimir los exquisitos jugos que sus mañas le ofrecían. Él gastaba sin reparo en cuanto capricho la niña deseaba y, cuando, atestada de regalos, no podía cumplirle el último antojo, le cerraba las piernas y la pasión. Gozaba con ella lo indecible, lo llevaba a un éxtasis que pocas veces había imaginado; además de que se sabía algunos trucos que, como se preguntaba el propio Matías, sepa Dios quién se los habrá enseñado. Cuando se le privaba del siempre ambicionado lecho por falta de obsequios extravagantes, le surgía el incentivo de seducir a Socorro una vez más. De recurrir a sus carnes tantas veces exploradas y despojarle de su pequeño capital a cambio de aguantar, noche tras noche, que ella lo besara y le susurrara al oído y lo lamiera y lo abrazara casi sin dejarlo respirar. Para ella, era amor. Para él, apenas un cuerpo conocido. Cuando estaba con ella, su mente seguía el vuelo de sus pensamientos, lejos, muy lejos de ahí, dejando la cama de Socorro llena de sombras con las que ella debía conformarse hasta el siguiente encuentro.

En esa vecindad nada se olvidaba y poco se perdonaba, por lo que cada vez que aparecía el «amante cometa», como lo apodaban, las mujeres le retiraban el habla a Socorro, quien les prometía y les juraba por Jesucristo una y otra vez que no le daría ni su cuerpo ni sus ahorros a quien la abandonaba relamiéndose los bigotes en cuanto llenaba sus bolsillos. Los silencios eran incómodos y agriaban las conversaciones después de la partida, pero, tarde que temprano, las vecinas, viejas amigas, volvían a convertirse en el paño de lágrimas de una Socorro que caía en una profunda tristeza y quedaba destrozada, con la esperanza de que pronto la visitara su mentado Matías, al que, por supuesto, volvería a aceptar. Su amor no tenía remedio y vivía pensando que quizá, para la siguiente, Matías ya habría escarmentado y se quedaría, porque la vida le hubiese abierto los ojos por fin. El incidente se hacía público cada que él partía y ella le arrojaba hasta las macetas, tratando de no atinarle porque en el fondo no quería hacerle daño y, desde ese mismo momento, despertaba mojada en sus recuerdos, esperando nuevamente al huésped.

Nada que hacer con esa ilusa a la que no había que bajarle ni la luna ni

las estrellas para tenerla. Después, se arrepentía. Su apego a la religión la llenaba de culpas y prejuicios de los que solo lograba alejarse cuando estaba con Matías, cuando se le olvidaban la moral, los consejos y hasta los salmos que leía constantemente. Después de todo, Matías seguía siendo su marido, así que no era como que estuviera cometiendo adulterio ni nada por el estilo, pensaba, pero, para exonerarse de cualquier pecado, acudía a la iglesia a orar, aun con más ahínco después del convite con el visitante siempre ansiado. Comenzaba muy concentrada con el «Padre nuestro que estás en el cielo…», pero, de repente, se le enmarañaban los sentimientos y se persignaba, aunque no se arrepentía de lo que su cuerpo sentía en los brazos de Matías. Se acordaba y lo deseaba y se estremecía; después, volvía en sí y continuaba: «…santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad…». Se confesaba con el padre, que suavizaba la mirada severa de juez al adivinar de antemano su falta, ya que era la misma de siempre al igual que la penitencia: tres Padres Nuestros, un Ave María y rezar cada noche en descargo de sus faltas y para absolverla de sus culpas. Humilde, sumisa y obediente, Socorro intentaba cumplir. No alcanzaba a recorrer todas las cuentas de su gastado rosario cuando Matías ya estaba de regreso.

Socorro tenía un conocimiento muy profundo de las especias, además de un olfato extraordinario. No había platillo que cocinara que no fuera aromático y no estuviera sazonado a la perfección. Encontraba un grato sosiego en cocinar. Conforme surgían efluvios de sus cazuelas sobre los braseros, se le dulcificaba el rostro áspero; le palpitaba la cruz que llevaba a la altura del pecho cada vez que sus cucharones de madera se sumergían en la espesura de la salsa negra que parecía hablarle desde su interior, haciendo desaparecer su agitación y su soledad. Su cuarto de la vecindad, desolado cuando no estaba Matías, era embalsamado por la fragancia que revoloteaba a través de las ventanas y puertas para llegar en ondas invisibles al olfato de los vecinos, deleitándoles. Sus cazos de cobre, su metate para moler el maíz, sus guajes y el molinillo para batir el chocolate eran sus compañeros. Una

sonrisa se esparcía por todo su rostro, que brillaba de regocijo, cuando llevaba uno de sus famosos moles como obsequio a una reunión; fuera velorio, quince años o bautizo, la tía de todos los moles, como la apodaban, llegaba siempre con su coloradito, su verde o su almendrado. No se sabía si la invitaban a los festejos por cariño o porque nunca llegaba con las manos vacías: ella y su mole siempre estaban presentes.

Un ritual para Socorro consistía en preparar el guisado. El barro de sus cazuelas llevaba impregnado el perfume de todo lo que, al calor del fuego, había dejado huella: la sequedad de chiles anchos, mulatos, pasilla y chipotles crujía en sus manos que los estrujaba como hojas de otoño; cacerolas reposando con manteca sobre fogones refulgentes recibían la mezcla de chiles para tostarlos; un comal bien caliente doraba el ajonjolí que despedía su aroma, endulzando el aire; una deliciosa aleación de clavo, pimienta, cacahuate, canela, comino y almendra se molía con los golpes rápidos de la mano del metate. Al final, dos tablillas de chocolate se unían a lo ya machacado para hacer tintinear la piedra del *metatl*. Con la blusa bien remangada, Socorro le enseñaba a Elia a moler jitomates, cebollas y ajos asados para fusionarlos con los ingredientes anteriores. Dos bolillos duros eran el toque final para seguir triturando con ágil movimiento hasta obtener la finura que deseaba. De la olla donde había cosido el guajolote, sacaba el caldo que agregaba al ronroneo de la salsa hirviendo. Por último, las piezas gordas y sonrosadas del ave se sumergían en un hervor para embelesarse de aquel adobo. La mano morena de esa solitaria mujer paseaba sobre su delicioso platillo, espolvoreando el ajonjolí que se acomodaba como estrellas en la negrura del manjar. Nada gozaba más la tía de todos los moles que ver a la gente llenar tortillas esponjadas con el picor que, aunque les enardecía la lengua, no podían dejar de comer. Esa fue la forma en que descubrió que podía contentar su corazón lejos de Matías.

Un avión y un ángel caídos

La tierra comenzaba a tener contracciones, un doloroso parto sísmico estaba por suceder. Los inquilinos de las vecindades aledañas abandonaron sus viviendas. Los objetos caían, los focos desnudos oscilaban sin ritmo hasta que se fue la luz y comenzaron los gritos. Así empezó. Las avenidas se llenaron de multitudes que, poseídas por el pánico, corrían sin rumbo. Muchos, en paños menores; otros, sosteniendo un trapo ensangrentado sobre una herida. Sombras desesperadas se proyectaban en esa oscuridad en la que el eco de un rugido lóbrego surgía de las profundidades de la tierra. Noventa interminables segundos los azotaron, llenándolos de un terror que jamás habían sentido. El cimbrar tiró el Ángel y el mes de julio, en su día 28, dejó un saldo trágico.

Las resonancias de los siglos no pudieron amortiguar, ni con toda su sabiduría, el trepidar de un suelo que parecía tiritar de miedo. Las más de cien réplicas recibían el bullicio en las calles que aún no lograban ver la madrugada. Desde ese acontecer, los sueños de muchos se llenaron de escombros, de sobresaltos y de temor; cualquier sonido se convertía en una estridencia que partía el silencio en mil pedazos. Por primera vez, Rosario pensó en la muerte como en una posibilidad. Recordó la fragilidad de la existencia como cuando perdió a su padre.

Bardas, estructuras con grietas, fisuras, desplomes, colapsos de techos, escombros, muros que dejaron al desnudo sus tabiques, acero que, como lámina ligera, apenas soportaba una colindancia.

En la nave central de La Merced, seis cascarones se vinieron abajo. Varios inmuebles que no se derrumbaron en ese momento tuvieron que ser demolidos posteriormente. Al día siguiente de la catástrofe, en los diarios se podía leer:

> El saldo trágico de este siniestro, aún no cuantificado en su totalidad ni mucho menos, es aterrador: cincuenta y dos muertos, veintidós desaparecidos y seiscientos cincuenta y siete heridos. La estatua que coronaba la Columna de la Independencia, en el Paseo de la Reforma, cayó con gran estrépito, desgarrando a su paso una de las repisas de la esbelta columna, y se rompió en mil pedazos contra el suelo. El edificio número 1 de Reforma, por segunda vez, se partió en dos. Sobre la avenida Insurgentes solo quedaron ruinas de lo que fuera el edificio Rioma, propiedad del cómico Mario Moreno, Cantinflas, ruinas que sepultaron a más de trescientas personas… Hoy mismo, el presidente Ruiz Cortines ha prometido que el Ángel volverá pronto a su sitio.

Parecía que todo sucedía ese año de 1957. Apenas unos meses atrás, una noticia había sacudido, de otra forma, el corazón del país. El 15 de abril se había caído el avión en el que viajaba Pedro Infante. Las noticias en los periódicos y en la radio dijeron que fue en pleno centro de Mérida y que él era el piloto; que apenas había alcanzado 200 metros de altura cuando se fue en picada. México entero lloró por él.

Ahora, 28 de julio, las casas que conservaban los perfiles de la antigüedad, de la aristocracia española, de una época que marcó el Centro Histórico, se desmoronaban. Eran construcciones olvidadas por el paso del tiempo, pero que se habían mantenido vivas hasta esa mañana. Del techo caía polvo. Los gritos no fueron lo único que rompió el silencio. Lo hicieron también las tazas que se despedazaban, los gatos que maullaban, los muros cuyas vísceras crujían con súbita furia. Doña Dominga despertó a Chema, que ni con esa sacudida se despegaba de las sábanas y, al ritmo acelerado del manojo de llaves colgado a su cintura, se disponía a correr hacia el portón de la vecindad. Dominga pudo haber salido con Chema y dejar a Justino a su suerte, que, como de costumbre, estaba borracho, pero supo que tendría que vivir con el remordimiento en el instante mismo en que lo pensó, imaginando su impotencia al ver un trozo de aquella añeja vivienda caerle encima con todos sus años y todos sus kilos. Así que no pudo. En varias ocasiones, había pensado en abandonarlo. Lo pensaba cuando lo veía

sentado en el patio, tomando el sol y fumando sus Rubios. Se escuchaba en su publicidad: «El sabor de sus ricos tabacos, sabor que se conserva hasta la última fumada», y Justino, muy obediente, se los fumaba hasta que sus dedos manchados de nicotina ya casi no tenían de dónde detener la colilla. Se bebía unas Carta Blancas bien frías mientras veía a su mujer, desde su silla-trono, trapear, barrer, regar las macetas, abrir la incesante puerta y cobrar las rentas. La rabia se le subía a Dominga y le gritaba que era un huevón, pero él no se movía de su lugar. Aun así, le ordenó a Chema que la ayudara a sacar a Justino del cuarto, quien, semiconsciente, apenas alcanzaba a arrastrar los pies.

Elia y Rosario, aún cobijadas por el sueño profundo, despertaron por el cimbrar de los muros añejos. Miraron cómo se desmoronaban sus pocas pertenencias mientras el piso se movía bajo sus pies. La mesa avanzaba, las sillas se giraban, los platos caían partiéndose en mil pedazos. Bajaron las escaleras y salieron despavoridas a la calle. Una parte de la zona de La Merced estuvo antiguamente acotada por dos ramales que provenían del canal de La Viga. Uno de ellos penetraba por la avenida Circunvalación siguiendo por lo que hoy es la calle de Roldán, justo a la altura de la calle de Manzanares para desembocar al norte del embarcadero de Texcoco. Es por esto por lo que el suelo parecía tierra movediza, un pantano que ellas temían que las tragara en su viscosidad y del que no pudieran reptar hacia la superficie. Madre e hija se abrazaban ante los derrumbes que parecían intensificarse bajo el tañido de las campanas de la iglesia, chocando una contra la otra, produciendo un estertor propio de la agonía. Rosario repetía como en un eco las plegarias que la voz aterrada de su madre no dejaba de pronunciar. Sus rostros ansiosos se encontraban con los de gente herida y tambaleante. Súplicas como balidos se mezclaban con el aroma de la muerte. Rosario sentía una profunda impotencia ante la celosía de sombras que se iba dibujando en aquella madrugada. Clavando los ojos en montículos de pedacería con huellas ensangrentadas, le corrían lágrimas que iban dejando marcas en la tez polvorienta de sus mejillas.

Escucharon los gritos de vecinos que alentaban a todos a salir. Varios de los hombres, parapetados bajo el quicio de la puerta de la calle, lo sujetaban con todas sus fuerzas tratando de impedir que se cayera y los aplastara.

—Tranquilos, tranquilos, guardemos la calma —recomendaba Matías, que, por cierto, estaba de turno.

Para variar, había llegado un día antes a bajarle las estrellas a Socorro. Matías sabía exactamente dónde tocarla y cómo desarmar su voluntad. Ella lo había ignorado unos minutos, haciéndose la muy ofendida por la forma en que se fue la última vez, pero bastó una caricia para que cediera otra vez: fue inevitable seguir conteniendo el deseo acumulado durante semanas. Más contenta estaba aún de haberlo recibido, ya que, al menos en estas circunstancias, él la estaba tratando de proteger; de otra forma, hubiera pasado sola por este tremendo susto.

En la calle, un hombre gritaba: «¡Ayuda, ayuda!». Tenía las vísceras de fuera en un charco de sangre, huesos rotos y rajadas de vidrio en la piel. Una mujer de aspecto confuso se sostenía el vientre abultado con una mano y, con la otra, cargaba a una chiquilla hilvanada a su cadera. Las familias trataban de no perderse en el tumulto. Todos agazapados, abrazándose ante el terror. Ni los temblores de aquellas paredes ni los de los cuerpos indefensos y atrincherados pudieron evitar que doña Dominga tratara de regresar a la vecindad a salvar a sus periquitos, pero, en cuanto Matías la avistó, le ordenó a Socorro retenerla mientras él entraba corriendo al patio. Socorro se restregó las manos, nerviosa. Fueron solo unos instantes en los que el hombre desapareció entre la enorme burbuja de polvo, pero a ella le parecieron interminables. Al entrar a la vecindad, lo primero que notó Matías fueron las macetas de barro rotas que exponían sus raíces. La afanosa búsqueda le tomó unos momentos; nada estaba en su lugar. Por fin, reapareció el héroe, jaula en mano. Domi no dejaba de agradecerle llorando, más que si hubiera sido Justino el que se hubiera quedado atrás.

Cuando lograron calmarse, una réplica hizo resurgir el pánico. Como en una de las plagas bíblicas, los segundos se hacían eternos y lo único que

quedaba era pensar en la fragilidad de la vida. Era la suerte, mala o buena, de estar en el lugar correcto; así, al azar: un sitio equivocado, haberse quedado a trasnochar en casa de la amiga o del novio o haber dormitado en el sofá y no haberse pasado a la cama, significaba que una viga se desplomara encima, librando, o no, al destino.

Una enorme nube de humo gris lo cubría todo en la esquina de Frontera y Álvaro Obregón. El nuevo edificio, que antes hacía voltear para mirar hasta su último piso, quedó convertido en una mole de dos mil toneladas. Ausente del latido humano, se convirtió en un fúnebre montón de cemento que aprisionó treinta y cinco apartamentos y a todas las familias que los habitaban. Cada casa, cada esquina y cada muro estaban a punto de perder, en un crujido, los mitos y leyendas que durante seiscientos años se habían acumulado en ellos. Una multitud corría por la calle.

Elia y Yolanda cruzaron miradas: una, encaramada como caracol dentro de su concha, protegiendo a su hija; la otra, buscando refugio con los ojos desesperados, las cejas contraídas y la mirada desenfocada. Abrazaron el hedor de sus cuerpos angustiados, zarandeados por el estrépito de un suelo que se resquebrajaba. Con esa nostalgia que se siente hacia los que se teme perder, Yolanda se dio cuenta, en ese instante, en ese preciso soplo de conciencia, de que había estado encerrada en ella misma por demasiado tiempo, que el derrumbe que la rodeaba representaba el que había tenido por dentro: la destrucción interna, el llanto, la soledad. Había conectado con su parte más marchita durante demasiados años; era momento de ponerse en el camino de la sanación, en el de desear, desear ser feliz, aunque pareciera imposible. ¿Cómo se repara el daño? Se lo había preguntado tantas veces. Mirar al pasado solo abre viejas heridas. El terremoto había dejado desnudos los tabiques que habían resistido la embestida. Era hora de reconstruir, de volver a vivir. Se lo merecía por haber soportado durante años el dolor más atroz, el que paraliza, el pesar que desgarra. Se menciona en la Santa Biblia: «…bienaventurados son todos los que lloran, porque ellos serán consolados», y halló consuelo en el abrazo de Elia, que le alivió el

duelo de la suma de todas las ausencias.

Rosario también se sintió protegida, sintió el cobijo que tanto extrañaba. La cabeza le daba vueltas, la respiración se le entrecortaba. Yolanda le acarició el cabello ensortijado y le cubrió la mirada para que no viera los cuerpos magullados. Le brillaban los ojos, los tenía llenos de lágrimas. Yolanda, que pensaba que sus sentimientos de carencia serían para siempre, se dio cuenta de que todo podía cambiar y que su tristeza podía ser reemplazada por la protección que quería brindarle a la hija de Elia. Había enfrentado su propia oscuridad al tajar sus muñecas en un solo movimiento; era hora de ver la luz. En esta vio la mirada almendrada que tendría su niña muerta, el tono tostado de una piel suave a las caricias, el cabello que nunca pudo cepillar, pero que, seguramente, habría sido como el de esta joven que le abría una oportunidad gracias a la desgracia que vivían. Su tristeza podía no ser para siempre. El recuerdo sí, pero el pesar podía transformarse en cariño hacia quien lo necesitaba. La melancolía podría por fin desaparecer, lo que nunca moriría en ella sería el instinto materno. Momentos entrañables se tejían entre los primeros rayos de sol que se filtraban como iridiscencias en los restos polvorientos. En ese chispazo, apegada a la nostalgia que la había tenido en depresión por tanto tiempo, algo la invitaba a entregarse por primera vez desde que perdió a sus hijos, a no desperdiciar su vida en la soledad.

Todos los vecinos hacían lo mismo, salir a las calles sin saber realmente a qué o qué rumbo tomar. El caos los arremolinaba en una marea humana que se movía de un lado a otro, confundida, a la deriva, entre vidrios, piedras y escombros de pertenencias que habían caído desde las alturas. La gente tropezaba, estruendos del bramido de la tierra hacían eco en los derrumbes. Gemidos, carraspeos, sudor humano, ese que huele a terror. Bebés llorando. Hombres tosiendo. Mascotas que aullaban despavoridas, como sus amos. Los habitantes de la vecindad de Manzanares trataban de mantenerse juntos, unidos, ante las atroces escenas sin saber si tendrían casa a la cual regresar.

La ciudad se sumía en las tinieblas y las siete toneladas de bronce de la

Victoria Alada caían de las alturas de la Columna de la Independencia, abollada y con la cabeza tirada a varios metros de distancia en pleno Paseo de la Reforma. Los restos del Ángel se recogieron para evaluar sus daños, los de los habitantes del centro ya no tenían remedio; las tumbas serían muchas. Una pierna y un brazo del querubín quedaron en buenas condiciones, no así las de decenas de hombres y mujeres que perdieron una extremidad atrapada bajo el cemento, o, peor aún, que perdieron a un ser querido.

No faltó quien quisiera regresar a la vivienda. Recoger una preciada fotografía, agarrar papeles de identificación o hasta algo de dinero. Aferrados a sus pocas pertenencias, serían los recuerdos lo que tuvieran que rescatar porque, imposibilitados por otra réplica, era mejor protegerse bajo portales que temblaban tanto como ellos.

No hubo forma de rescatar el resto del cuerpo; el Ángel se había desplomado de una altura de treinta y ocho metros. Pisos completos caían unos sobre otros, igual que un enorme acordeón que se desmoronaba sobre sus propios cimientos, sepultando a sus durmientes moradores. La Torre Latinoamericana, símbolo del México moderno, construida un año antes, resistió el terremoto. Sus 181.33 metros sobre el nivel del suelo, la máxima altura alcanzada hasta entonces en toda la república, resistieron el zarandeo en sus cuarenta y cuatro pisos. La estabilidad de la majestuosa mole preocupaba a sus ingenieros, los hermanos Adolfo y Leonardo Zeevaert, dado el subsuelo del antiguo lago sobre el que les tomó siete años construirla.

> **Ciudad de México, 28 de julio de 1957.** En la madrugada de hoy el pánico hizo presa de los habitantes de varias ciudades del país, principalmente los de esta capital. Fueron noventa interminables segundos de terror. El reloj marcaba las 2:44 de la mañana cuando empezó, con extraordinaria violencia, un terremoto de 8 grados en la escala de Mercalli y de 7.7 en la de Richter. Se trata del de mayor intensidad registrado en los anales sísmicos de México. El fenómeno también causó estragos en Chilpancingo y en Acapulco. Se presume que el epicentro estuvo en el estado de Guerrero.

El ulular frenético de las ambulancias sonó en vano, abriéndose paso entre la multitud despavorida. Ya no había a quién llevar a los hospitales; era a la morgue adonde se dirigían. La tierra se calmó, pero los temblores reaparecieron con la ansiedad, con la falta de sueño o con los sueños convertidos en pesadillas. Palpitaciones, opresión torácica, suspiros; una sensación de ahogo y de espera de lo peor provocaba sobresaltos. Histeria. El fin principal: la supervivencia. Almas atrapadas bajo los escombros. Réplicas que generaban pánico. Cuerpos mutilados. Vulnerabilidad. Rememoraciones constantes. Solo quedaba el inventario de las pérdidas entre los aullidos del viento.

El Mercado de Jamaica

Habían pasado meses desde el terremoto. La reconstrucción del centro de la ciudad era lenta, pero, desde las cinco de la madrugada, comenzaba la actividad. Todo latía después de haber estado adormecido; los autobuses hacían sus rondas, el barrendero daba los buenos días, despertaban las pasiones, la ebullición y las ilusiones. Todo, tratando de volver a la normalidad después de la sacudida. Otro día más en que la ciudad volvía a latir. Otra pelea callejera, otra mujer dándose a desear en una esquina, otro vendedor tratando de sacar el día. Unos que duermen en la vía pública, otros que pepenan en los basureros o que más tarde robarán fruta en La Merced para saciar el hambre.

Según contaron las crónicas, aquel 23 de septiembre de 1957 se estrenaba un lugar que modernizaba y ponía un poco en orden el barrio. El Mercado de Jamaica, en Guillermo Prieto 45, daría hogar a las flores de todo el país. Lo inauguraron el presidente Ruiz Cortines, que se erguía como un roble en el centro de la plaza, y el regente Ernesto Uruchurtu, el señor de las gladiolas, como le apodaban. Elia y Rosario lo vivieron con alegría y, junto con Yolanda, esa amiga con cabellos que reflejaban la luna en su canicie, estaban eufóricas, como todos los locatarios. El ambiente trajo consigo una mezcla de esperanza y temor entre los marchantes. Algunos veían la oportunidad de expandir sus negocios, mientras que otros temían perder el sustento de sus familias. Una multitud de rostros, una mezcla de expectación y ansiedad. Cada nombre era llamado, cada puesto asignado, con una ceremonia casi ritual. Elia, Yolanda y Rosario esperaban con el corazón en un puño. Los aplausos y felicitaciones se mezclaban con algunas miradas de envidia.

El último nombre fue pronunciado. La joven madre y su hija, de ojos

vivaces, habían conseguido finalmente un espacio en el mercado de las flores. Elia aceptó su nuevo puesto con humildad y gratitud, prometiendo mantener viva la tradición de las flores frescas. Vivió ese momento con la esperanza latente en su corazón, como una semilla en tierra fértil a punto de brotar. El puesto, pequeño y modesto, se erigía entre otros coloridos escaparates de la misma naturaleza, lleno de promesas de crecimiento y aromas embriagadores.

Al día siguiente, el primer día de trabajo, Rosario, Elia y Yolanda llegaron antes del amanecer, cargadas de una mezcla de nerviosismo y emoción. Elia se dedicó a arreglar los pétalos de las rosas y los girasoles, mientras Rosario ordenaba las macetas con cuidado meticuloso, alineándolas como soldados listos para una batalla de belleza. Elia, con su sabiduría de años, susurraba palabras de aliento a cada flor, como si con ello asegurara que su esplendor durara más allá del día. Yolanda la miraba, confirmando que había hecho lo correcto al convencerla. Estrenar ese local representaba para la madre una oportunidad de prosperidad, de dejar atrás días de trabajos precarios y de mirar al futuro con más certeza. Para la hija, era un jardín donde podían crecer sus sueños, un lugar donde aprendería el arte de la floricultura, un legado de su abuela para ella. Ese día se les hizo larguísimo. El cielo estaba azul. El viento tenue se metía por hojas, por pétalos, por ramas y tallos ahí reunidos.

Las voces de los marchantes se elevaban en canciones y risas. Los clientes paseaban entre los puestos, maravillados por la explosión de colores y aromas. Y así, en el corazón de la Ciudad de México, se erguía un testimonio vivo de la resiliencia y el espíritu de su gente, enmarcado por la belleza efímera de las flores. Los puestos parecían tener una delicada afinidad y se extendían como un arcoíris sobre el suelo, cual primavera interminable. Los marchantes, con sus manos curtidas y corazones generosos, preparaban sus mercancías, listos para un día de ventas y negociaciones.

El Mercado de Jamaica no solo era un lugar de comercio, sino un microcosmos donde la vida y la muerte se encontraban en cada rincón, en

cada pétalo y en cada espina. En algunos de sus pasillos se exhibían diseños arriesgados, en otros, formas más tradicionales y flores hasta por kilo. Rosas de todos colores, anturios, claveles, iris, margaritas y orquídeas encontraron techo en esas naves impregnadas de perfumes peculiares y diversos. Aquella tradición mexica de surcar con canoas los canales para llevar flores y frutas al corazón de Tenochtitlán seguía viva en el Mercado de Jamaica. Desde Puebla, Veracruz, Michoacán y Oaxaca, los capullos para cualquier boda, nacimiento o velorio llegaban con un motivo. Ese mes de septiembre, se dignificó a cientos de comerciantes que antes trabajaban en la vía pública. Muchos de los mecapaleros fueron sustituidos por cargadores de diablito. La tradición de más de quinientos años del *tameme,* o cargador indio, llegaba a su fin.

Con el paso del tiempo, la relación de Elia y Rosario con los demás locatarios evolucionó. Al principio, los saludos eran corteses y las conversaciones limitadas a temas triviales; sin embargo, los largos días establecieron lazos de camaradería y complicidad. Los vecinos de los puestos cercanos, encantados con la sonrisa sincera de la hija y la calidez de la madre, empezaron a compartir secretos comerciales, anécdotas personales y hasta cómo lidiar con plagas inesperadas. Así, Elia y Rosario no solo encontraron un medio para ganarse la vida, sino también un hogar en la comunidad del mercado. Cada día, mientras arreglaban las flores, sentían que estaban construyendo algo más grande que un negocio; estaban tejiendo un tapiz de relaciones y memorias que perduraría mucho más allá de las estaciones de floración. Jamaica empezó a sentirse como un refugio, como un jardín en el corazón de la ciudad. Impregnado de una mezcla embriagadora de aromas florales, especias exóticas y el bullicio incesante de la vida cotidiana, era un mercado vivo, palpitante, donde las historias de sus habitantes se entrelazaban como los tallos de las flores que vendían.

Una de las épocas más importantes llegó un par de meses después, con la flor de cempasúchil que lo llenó todo en una explosión azafranada. Apenas hubo tiempo para comer un pan y hacerlo bajar con un café por la garganta;

era indispensable robarle minutos al reloj y ser de las primeras en llegar al mercado. La lucha diaria era su condición y cada uno trataba de ganar tiempo como Dios le daba a entender. Elia salió de la vecindad y caminó, esquivando al muchacho envuelto en un sarape que duerme en la puerta de la pulquería. Las almas se aglutinaban. Elia se abrió paso entre los cargadores y, con su mercancía en un diablito, fue gritando: «¡Permiso, permiso, ahí va el golpe!». Pasadizos de gladiolas, flores de amaranto y terciopelo reconfortaban a las personas que habían sufrido una pérdida. Querían alegrar y honrar al difunto, facilitar su viaje desde el más allá. Admiración, miedo e incertidumbre: la transición de la vida a la muerte. Ritos y tradiciones la veneran, la tratan de espantar y hasta se burlan de ella. Elia colgó papel picado anaranjado y negro en su puesto, la unión entre los vivos y los muertos, para representar el viento. Hizo guirnaldas que daban la impresión de estar entrando a una gran fiesta cuando se acercaban los clientes a su puesto. Calidad, buen servicio, producto suficiente y precios bajos debían imponerse en la competencia que se generaba en Jamaica en ese día tan especial.

No pudo evitar pensar en su amiga, en Yolanda, para quien esa fecha marcaba diez años de la separación definitiva de sus niños. Necesitaría más tiempo para decantar el dolor que nunca desaparecería, necesitaría otro tanto para entender ese amor incondicional que le había puesto mil condiciones en un laberinto de sentimientos extraviados; todos de vacío, de una tristeza que no le permitía ni decir sus nombres porque las letras, como vidrio molido, le cortaban la lengua en cuanto las pronunciaba. Elia separó dos docenas de gladiolas blancas, un racimo de nube y preparó un ramo con cuidado, con cariño, para dejarlo al pie del cuarto de Yolanda cuando volvieran a la vecindad. No tocaría a su puerta, sabía que no le iba a abrir, pero quería que supiera que pensaba en ella.

Rosario no fue a la escuela para ayudar a su madre, sabía que les esperaba una jornada agotadora, pero la oportunidad de triplicar las ganancias en el día con más venta del año era un respiro para su economía.

«El olor del *cempohualxochitl* atrae las almas de los muertos», le comentó doña Matilde, una vecina del local. No pudo evitar pensar en su papito al ver en el color otoñal de esas flores que la vida es tan solo un tránsito. Cada uno de los cuatrocientos pétalos le hizo rememorar escenas de su niñez al lado de su padre. «El color intenso del cempasúchil es una forma de guiar el alma», siguió la doña y Rosario murmuró: «Dios lo tenga en su gloria».

Como en una película, en los corredores centrales del mercado, se veían imágenes nítidas, enfocadas secuencias que iniciaban un relato. Ríos de gente comprando flores y veladoras, color y luz en el camino de regreso al mundo de los muertos. Ahí, buscaban lo indispensable para decorar sus altares. Llevar los alimentos preferidos del ser querido, las calaveras de azúcar, el pan de muerto, un jarrito con agua para saciar la sed del espíritu. Calabaza y tejocote, las frutas de la temporada; alimentos hechos con maíz y el mole con pollo, guajolote o gallina salpicado de ajonjolí, que no podía faltar, para dejar una estela de aromas y deleitar al ánima. Braseros sobre los mármoles, canastas rebosantes colgando de las cruces; guitarras y tortillas, lentejas con plátano macho, buñuelos con miel de piloncillo y, por supuesto, una botella de mezcal.

La ofrenda es un ritual que convoca la memoria. Rosario recordó a su padre en su cuarto de la vecindad, en ese altar al que nunca le faltaban flores porque se las ponía ella. No así su madre, que ya nunca pudo sacarse de la mente la imagen de la misteriosa mujer abrazando a un niño el día del entierro. Alumbrar su retrato mientras susurraba su nombre era una práctica diaria desde que llegaron de Veracruz. Apenas se había cumplido un año de su muerte y la joven se iba dando cuenta de que su miedo al apego venía de esa pérdida. «¿Para qué encariñarse con alguien si al final te dejará?», pensaba. El vacío de su padre no se había llenado ni se llenaría nunca y la huella de su ausencia le seguía doliendo. Con su mamá poco hablaba de eso, pues a ella le dolía más la otra familia que ya no pudo echarle en cara a su marido y las miradas de la comunidad que la hicieron abandonar su Lerdo de Tejada.

Instrumentos musicales nunca mudos. Magia y misticismo, rostros de lo popular; rituales milenarios envueltos en el aroma del copal. Ironía de un pueblo que, a pesar de la miseria, se eleva con dignidad. Ofrendar es estar cerca de los muertos para dialogar con su recuerdo. En esta simbiosis de la devoción sagrada y la práctica profana, se da serenata a los difuntos; realismo y espiritualidad. Una vida con los muertos, una tierra con historia y todo suspendido en un paréntesis, mientras Rosario extraña más que nunca a su papito.

TERCERA PARTE

SOMBRA DE UNA TRAICIÓN

La biblioteca

Desde que entró a la escuela, Rosario se sintió sola. Sola en el aula, en los recreos y entre aquellas compañeras en las que no encontró amigas. Con el tiempo, aprendió a palpar la envidia en el tono de voz de Juana. Estaba celosa de que la maestra se hubiera encariñado con ella y de que la directora del colegio, doña Alicia, al ver lo estudiosa que era, la tomara en cuenta para concursos de la zona, en los que siempre obtenía excelentes resultados. Recordaba a la perfección la primera vez que la directora la llamó. Estaba nerviosa, se preguntaba si se había metido en algún problema. Juana, por supuesto, se regocijaba ante la posibilidad de que fueran a reprenderla. Antes de entrar a esa oficina que tanto le imponía, se acomodó unos cabellos rebeldes con saliva y se presentó, retorciendo su suéter entre las manos.

—¿Me mandó llamar?

—Sí.

A la pobre muchacha se le abrieron los ojos de capulín y un titubeo dejó al descubierto su inquietud. Incapaz de sostener la mirada, escrutaba el tapete que cubría parte del adoquín.

—A partir de hoy, tú serás la única persona que podrá tocar mis libros. Me ayudarás a limpiar las vitrinas y a reacomodar los títulos —ordenó con voz enérgica la directora, sosteniendo la llave de los estantes entre los dedos.

Las mejillas de la joven eran, para entonces, dos tomates maduros a punto de estallar y, en silencio, daba las gracias porque no le habían llamado la atención, pero también pensó en que Juana se ensañaría todavía más con ella. Las primeras veces que sacudió aquellos títulos impronunciables, puso todo su empeño en dejar impecables las repisas de pino sin barnizar. Ya con el tiempo, hasta se daba el lujo de hojear algunos de esos tomos de palabras elegantes mientras acomodaba sus pastas maltratadas.

En una ocasión, la directora entró y la sorprendió leyendo uno de los libros. La chica lo cerró y lo puso en su lugar sin decir palabra; después, se limpió las manos en el algodón desgastado de su falda. En un arranque de espontaneidad, doña Alicia estiró el brazo y tomó de nuevo el libro. Se volvió hacia ella y se lo puso en las manos.

—Es una historia de amor, sé que la vas a disfrutar —le dijo, mirándola por el rabillo del ojo para no intimidarla más.

Rosario metió la nariz entre las páginas, inhalando su aroma; después, repasó un párrafo a murmullos. Las palabras se quedaban en sus pupilas; quería memorizarlas y que le sirvieran de inspiración: «Aquella luz no es luz del día, lo sé muy bien: es algún meteoro que emana del sol para que sea esta noche tu portador de antorcha alumbrándote en el camino…».

La directora era una mujer de rutinas; se sabía que, al cerrar la puerta, haría su rondín por las aulas para patentar su autoridad. Le tomaba veinte minutos pasearse por los ventanales de los salones. Al terminar, regresaba, se servía un té de raja de canela y leía unas páginas de su libro. Dejaba marcada la hoja con un separador de imitación piel color verde olivo y sus iniciales grabadas: A. O. Rosario aprovechó en un par de ocasiones el momento de relajación que la directora Ortega se regalaba para pedirle prestado algún libro. Se atrevió a contarle cuánto amaba escribir, a lo que la docente reaccionó ofreciéndole acceso a muchos de los ejemplares que llenaban aquellos libreros.

Como cada día al llegar del trabajo, Yolanda y Elia se tomaban un chocolate caliente o un café con Rosario para que la muchacha les contara cómo le había ido en sus clases. Yolanda ya era parte de esa familia y, aunque a Rosario todavía no se le curaba la sensación de orfandad que se le había incrustado en el pecho de tanto extrañar a su padre y a su Lerdo de Tejada, sentía a Yolanda como una abuela.

Para descansar un poco, Elia se sentó con algunas vecinas a ver *Senda prohibida*, la primera novela que se transmitió en la televisión. Rosario prefirió ir a buscar a Chema para subir a la azotea a platicar y enseñarle el

libro en turno que traía de la escuela. Los niños jugaban matatenas en el patio y casi se tropieza con uno de ellos; iba totalmente absorta en su pensamiento, en la historia que había comenzado a leer. Tocó tres veces con el puño acelerado. Chema no abrió. En ese momento, llegó Justino de tomar unos pulques con su compadre. La observó y, esta vez, Rosario le devolvió la mirada, tratando de parecer desafiante. Se había propuesto que, aunque fuera en apariencia, dejaría de ser sumisa. A él le sorprendió que la joven no bajara la vista tratando de esquivarlo, como siempre. Ella se asombró de que su determinación le hubiera evitado el asco que, en otras ocasiones, sentía de tan solo saber que Justino estaba cerca. Recordaba muy bien la amenaza. Ese hombre podía convencer a doña Dominga de que las echara de la vecindad; no era solamente la ilusión de poder la que lo envalentonaba, era un hecho: podía dejarlas en la calle. Muchas veces se había preguntado si la portera no veía, no sospechaba de lo que era capaz su marido cuando andaba cerca de una jovencita; o, sí lo sabía, pero prefería callar, como se esperaba que hicieran las mujeres: ver, oír y guardar silencio.

Unos minutos más tarde, apareció Chema. No era la primera vez que se retrasaba y escuchar que fue porque estaba buscando trabajo en el mercado le hacía admirarlo, más cuando le decía que necesitaba ayudar a su mamá aportando lo que fuera, ya que su padre se bebía cuanto centavo caía en sus bolsillos. Él mostraba interés en las lecturas que su amiga le hacía en voz alta. Para Rosario, eran momentos especiales, rituales de convivencia basados en el placer de compartir lo que más le gustaba. La amistad entre ellos había ido cambiando y madurando a medida que pasaban tiempo juntos. Tenía un cómplice, un camarada, un socio. Al menos, eso creía.

Justino miró a Chema con tal desdén que al muchacho se le derrumbó algo por dentro. Era más vergüenza que miedo lo que ese hombre le provocaba. «No andes leyendo, nomás te vas a volver joto», le dijo su padre, mientras se le removían los instintos tan solo ver de reojo a Rosario. Ella se dio cuenta de la incomodidad de su amigo, entonces, trató de distraerlo:

—Me dijo la directora que este libro me va a encantar y que me voy a

identificar mucho con la escritora; vente, te leo unas páginas.

Ya en la azotea, Rosario se dispuso a leer en voz alta. El libro era de Rosario Castellanos.

—Ya veo por qué dijo que te iba a gustar. ¿Imagínate que en vez de Rosario Castellanos estuviera escrito por Rosario Aguilar? —comentó Chema y ella sonrió, ilusionada.

Chema observaba fijamente la forma en que sus ojos recorrían las palabras, acompasados por esas largas pestañas oscuras. Sus labios se movían ligeramente al ritmo de las sílabas que pronunciaba. Su voz era melodiosa; sus manos, ajadas por el jabón de sosa, sostenían con delicadeza el libro, la misma delicadeza con la que arropaba a los pájaros de su hospital —¿Qué te parece este párrafo? —le preguntó, sacándolo de su ensoñación.

—Eh, bueno… yo.

—Parece que no me estabas oyendo.

—Claro que te escuché, solo que me distraje un momento.

—Igual ya debe estar por terminar la novela. Mejor ya me voy bajando —dijo Rosario.

—Sí, sí, te acompaño.

Ya en su cuarto, Rosario se propuso terminar las páginas faltantes de un jalón. No podía parar de leer, no podía dejar de imaginar que ella también llegaría a escribir así.

Cuando Elia entró, vio a su hija ensimismada en el libro. Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que su madre había llegado. Se quedó mirándola con un orgullo inmenso, pero también con una punzada de preocupación. Con el tiempo, había ido ganando clientes y el pequeño puesto de flores comenzaba a atraer cada vez a más personas. Esa mañana, mientras acomodaba los ramos en los tambos de agua, pensaba en que necesitaría más manos, además de las de Yolanda, para seguir creciendo. Una idea que ya había considerado cruzó por su mente: «Es tan buena niña, me ayudaría mucho y aprendería el oficio».

Considerar que Rosario dejara los estudios no la dejaba en paz, pero el

temor de no poder mantener el negocio también le pesaba. La observó en silencio durante unos momentos, notando cómo sus ojos recorrían las páginas con avidez.

Lo que pudo haber pasado

«Las flores cuentan historias y aunque se puede pensar que si se cortan están en proceso de morir, en realidad, llevan consigo los recuerdos de la tierra que las vio nacer. Al ser entregadas, continúan floreciendo en la memoria de quienes las contemplan, dando vida a nuevas historias y emociones». Esto le decía Elia a Yolanda aquella noche en que, agotadas por la faena del 12 de diciembre, se disponían a cerrar su puesto, que había quedado vacío gracias a que se vendió sin parar. Con el dolor de cintura que deja cargar tambos de agua y con los músculos que, entre más trabajo tenían, más se endurecían, se miraron satisfechas por las ganancias que les había dejado festejar a la Virgen. Nerviosas, precisamente por haberse hecho de tanto dinero, se guardaron una parte entre los pechos y escondieron la otra detrás de un ladrillo que, disimulado entre las tinajas de agua, podía sacarse de la pared con un poco de esfuerzo.

Los demás vendedores recogían los últimos ramos bajo la tenue luz que titilaba, como si también estuviera agotada después de un largo día. Los pétalos marchitos caían al suelo, creando una alfombra de colores deslavados bajo sus pies, mientras el bullicio del mercado iba muriendo lentamente.

—Vamos, apúrate —murmuró Elia, tratando de ser precavida y mirando con temor hacia las sombras que rodeaban el puesto, como si estas quisieran tragárselas.

Yolanda asintió, pero, antes de que pudiera responder, uno de los tambos se le volteó, derramando litros de agua. Las dos mujeres se dispusieron a trapear. Sus vecinos del local de enfrente se ofrecieron ayudarlas, pero, al ver sus rostros agotados, Yolanda y Elia respondieron: «No, gracias, ya váyanse a descansar, nosotras ahorita nos apuramos», y estos se fueron despidiendo de

los puesteros conforme se retiraban. Las jergas iban y venían, absorbiendo el agua que parecía no tener fin, cuando un ruido apagado las hizo detenerse. Un grupo de hombres se acercaba; sus pasos resonaban con un eco inquietante en los pasillos vacíos. Los rostros apenas visibles se escondían bajo las capuchas, pero el brillo de sus ojos no necesitaba más luz para transmitir su intención.

—¿Los ves? —susurró Elia, tirando de la manga de Yolanda.

—Sí… —respondió ella con apenas un hilo de voz.

Se tomaron de la mano mientras rezaban y se encomendaban a Dios. Los asaltantes se detuvieron a pocos metros, intercambiando miradas como lobos rodeando a sus presas. Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro del que parecía el líder. Elia dio un paso atrás con el corazón latiéndole en la garganta. No había más gente alrededor, solo las sombras. El mercado ya era suyo. Trataron de refugiarse detrás de las bolsas de basura acumuladas contra uno de los muros. Demasiado tarde.

—¿A dónde creen que van tan rápido? —preguntó el hombre con una voz rasposa y una sonrisa amplia. Sus compañeros también avanzaron, bloqueando el camino.

—No queremos problemas —contestó Elia con voz firme, aunque sus manos temblaban.

—Nosotros tampoco —respondió, sacando una navaja que brilló bajo la luz mortecina.

El jefe le hizo un gesto a otro de los bandidos y, juntos, se acercaron a Elia y a Yolanda, enredando cada uno un brazo alrededor de sus cuellos. Elia gritó y él la apretó más fuerte hasta hacerla callar, provocando que sus ojos se pusieran en blanco. A Yolanda se le desbocó el corazón y el instinto maternal, tantos años guardado, la invadió; necesitaba ayudar a Elia. Sobre el banco de madera estaba el cuchillo que usaba para quitar las espinas de las rosas y cortar los tallos. Lo había visto de reojo para no llamar la atención hacia el objeto. Pensó en alcanzarlo y clavárselo al bandido en donde fuera. Trató de soltarse moviéndose con furia, con una fuerza que desconocía, pero

no lo logró; al contrario, hizo que su atacante le demostrara quién mandaba ahí, metiéndole la otra mano por la falda y apretando sus genitales contra ella.

—Shh… tranquilita —la amenazó al oído con aliento aguardientoso.

Elia recuperaba apenas la respiración y, con los ojos vítreos, le suplicó a Yolanda quedarse quieta. Las dos pensaron que tendrían que entregar el dinero para salir vivas.

—¡Ya deja de hacerme perder el tiempo, cabrona! —masculló el más joven las palabras mientras miraba a Yolanda y volvía a apretar el cuello de su presa.

—¿En dónde escondes el dinero?

—Está bien, está bien —murmuró Yolanda, que apuntaba con el dedo tembloroso más por la rabia que por el miedo de tener que entregar el producto de su trabajo.

Los encapuchados salieron corriendo en cuanto se hicieron del efectivo. A ellas les costó recobrar la calma. Se abrazaron, agradecidas, por seguir vivas; se arroparon el temblor del cuerpo y se dispusieron a regresar a casa. Quisieron volverse invisibles, fundirse en la oscuridad de esas calles desoladas. De camino, Elia no pudo evitar pensar que justo ahora, cuando ella y Rosario vivían una época de relativa felicidad, de haberse ya acoplado a su nueva vida, además, de tener dinero en los bolsillos, sucedía esto. Las ganancias de ese día de la Virgen habían sido extraordinarias. Sus ilusiones ya habían viajado hasta una mejor vivienda, lejos de los lavaderos colectivos, de restregar la ropa, de tinacos abollados; a una mejor escuela para su hija, a ropa nueva que nunca se daba el lujo de comprar y, lo más inmediato, a hacerle su fiesta de quince años a Rosario. En fin, ya ni para qué seguir, todo ese progreso se había esfumado bajo el brazo asfixiante del hombre.

No dijo nada. Aún sentía la presión en el cuello y el olor a aguardiente pegado a la piel. Le escocían las manos de tanto apretarlas.

Llegaron a la vecindad llenas de rabia, pero también con el miedo de lo que les pudo haber sucedido de no haber entregado el dinero. Rosario, para

entonces, ya estaba preocupada. Sabía que llegarían más tarde de lo acostumbrado por ser un día de venta especial, pero, según sus cálculos, debieron haber llegado hacía un buen rato. Cuando las vio entrar, respiró, aliviada, aunque notó sus hombros cargados de piedras invisibles. ¡Las conocía tan bien…! En el rostro de Elia, una sombra la hacía ver mayor, aunque tratara de disimular la injusticia de la que acababan de ser víctimas.

—¿Qué pasa? ¿Están bien? —preguntó Rosario, alarmada.

Comenzaron a relatar lo sucedido; las palabras se atropellaban unas a otras. Yolanda empezó por el final. Elia trataba de no hacer muy dramático el momento para no asustar de más a su hija. Las miradas de los vecinos asomaron desde puertas y ventanas, tratando de enterarse de lo que se contaba en el patio. Socorro salió de su vivienda y, al escuchar lo acontecido, regresó con un té de tila bien caliente y una bolsita de hierbas amargas para que se dieran un baño con ellas. Había que eliminar las malas energías que pudieran haber dejado los bandidos.

—Si conociéramos a alguien que nos pudiera ayudar, que las cuide los días que sepamos que van a ser de buena venta… —sugirió una de las vecinas—. Quizá decirle a Matías la próxima vez que venga a ver a Socorro o comentarle a Dominga para que hable con Justino.

Rosario sintió que se le revolvían las entrañas tan solo de escuchar el nombre de Justino, ella sabía bien que el muy sinvergüenza negociaba con las mujeres por «favores». Saltó de inmediato a decir: «¡No! Nada que tenga que ver con ese hombre». Fue instintivo. No pensó en lo que haría su madre si supiera lo que pasó en aquella húmeda bodega, en ese lugar en el que ya no podía dejar de pensar sin sentirse como una de las cucarachas que trepaban la pared. Quería protegerla del sentimiento que ahora ella tenía cada vez que lo veía de lejos o se mencionaba su maldito nombre, de sentirse siempre amenazada, insegura. Los ojos se le aguaron de coraje, pero logró retener las lágrimas.

La reacción de Rosario alarmó tanto a Elia que dejó de pensar en el asalto. Llevó a su hija a un lado, lejos de la curiosidad de los vecinos.

—Tranquila, hija, ¿por qué te pones así? ¿Tienes algo que decirme? —le preguntó con sospecha y deseando que la joven no le fuera a revelar algo terrible.

—No, no, es solo que me asusté mucho con lo que les pasó… con lo que pudo haber pasado —respondió, abrazándose a su madre y dejando escapar por fin el llanto.

Elia la apretó con fuerza en su regazo y lloró también.

—Le he cantado a las flores desde que soy una niña, se supone que las hace más fuertes —dijo.

Y comenzó a cantar.

La Lagunilla

Andar en el tumulto alentaba las sobadas y los pellizcos anónimos. Era imposible evitar esos roces al caminar por aquellos rumbos. Un merolico que ofrecía ungüentos y tónicos con supuestas propiedades casi mágicas llamó la atención de Rosario. Ella, su madre y Yolanda se incorporaron a la rueda de gente que escuchaba con atención: «¡Que no le digan, que no le cuenten que la luna es de queso, aquí tiene su remedio por solo un peso!». En ese momento, la mano de un sinvergüenza se metió al morral de Elia, que estaba distraída con el pregonar del curandero callejero. Por suerte, una señora que estaba parada detrás vio lo que sucedía y, con la bolsa del mandado casi llena, golpeó al ladronzuelo, que salió corriendo.

Silbidos, nalgadas y piropos en murmullos, entre dientes amarillentos, fue lo que recibieron las tres mientras retomaban su camino en la búsqueda del vestido perfecto. En una esquina, descubrieron una placa que decía: «Este fue el mercado Baños, hace muchos años». Se distrajeron mirando aquel rótulo y, por poco, le sacan un ojo a Rosario; era el entulador, que cargaba largas tiras de palma y tule. «¡¿Hay sillas que entular?!», iba gritando entre la gente que le abría el paso ante la amenaza de ser rasguñados por las puntiagudas cañas.

En el trayecto, Elia casi choca con el pajarero que, con una gran cantidad de jaulas a cuestas, una sobre otra, amarradas con un mecate a su cintura, anunciaba las virtudes y propiedades de cada una de las aves que llevaba presas. Abrumada por tanto pregonero, Rosario sugirió hacer una parada en su lugar predilecto, la librería de don Enrique, en la calle de Donceles. Ahí, se le olvidaba que a veces se sentía devorada por el ruido de la capital, por el olor a fritanga, por los semáforos, por las multitudes del mercado y por los gigantescos edificios. Hojeaba poemarios y, de inmediato, se le antojaba

escribir.

El desorden del local le daba personalidad. Lomos gruesos de biografías y novelas históricas; portadas con esquinas maltratadas, algunas rotas; pilas de páginas encuadernadas entre polvo y susurrantes palabras que don Enrique le prestaba a Rosario o le rentaba por módicos dos pesos. Imaginar quién habría leído esos libros antes, olfatear aquellas hojas, acariciarlas era lo que más disfrutaba. Las letras eran tan extraordinarias que, aunque muchas veces le costaba trabajo comprenderlas, se aferraba a la idea de que, algún día, tendría muchos libros de su propiedad, no prestados. Mirando los volúmenes de la estantería de romance, soltó un profundo suspiro y murmuró:

—Qué fácil debe ser enamorarse cuando lee uno cualquiera de estos libros.

Un chasquido de los dedos de Yolanda la sacó de su ensimismamiento.

—Bueno, vamos ahuecando el ala porque todavía tenemos que llegar a La Lagunilla.

Se despidieron de don Enrique y continuaron por República de Chile. Caminaron durante diez minutos, pasando por la Plaza de Santa Catarina. Ahí se detuvieron un momento y, mientras Rosario se acercaba a un vendedor de la lotería que ofrecía el huerfanito, Elia le susurró a su amiga la idea de que su hija les ayudara en Jamaica.

—Rosario tiene un mundo propio, un mundo lleno de palabras, de historias y de sueños al que ni tú ni yo tuvimos acceso, no puedes quitárselo —comento entre dientes Yolanda.

—Pero ¿cómo le vamos a hacer si ya de por sí hay días que no nos damos abasto?

—Nos las vamos a arreglar, ya verás. Y, si de plano llegamos a necesitar, pues contratamos en los días fuertes a uno de los hijos de doña Eulalia, ya ves que tiene ahí a los dos chamacos sin hacer nada.

—¡Ay!, no sabes cómo le he dado vueltas al asunto —se quejó Elia y suspiró.

En ese momento, Rosario se acercó con el boleto de lotería en la mano.

—¡Igual corremos con suerte! —exclamó, entusiasmada. Las dos mujeres le sonrieron con una cierta complicidad.

Siguieron caminando hasta llegar a República de Paraguay. En esa calle tan transitada, no faltó quien les gritara: «¡Mira nomás, qué chulas! ¡Dios las hace y ellas se juntan!». Les pareció un piropo a la Pedro Infante, como en las películas, y llegaron entre risas a Ignacio Allende. Una tienda tras otra desplegaba en sus aparadores los vestidos más hermosos que hubieran visto nunca. La joven no sabía a dónde voltear primero. El brillo de las coronas que imitaban diamantes de cristal, los guantes sedosos de varios colores, los escotes que dejaban ver los hombros de las maniquíes. Mientras Rosario se acercaba a leer el cartel pegado al vidrio, Yolanda aprovechó para decirle a Elia, muy bajito:

—Sacarla de la escuela sería como cortar una flor antes de pueda brotar por completo. Ya has hecho muchos sacrificios por ella, pero este es quizá el más importante.

Fue entonces cuando comprendió algo que había intentado ignorar: su hija no era como ella.

«Enamórate de nuestros diseños exclusivos».

—Entremos a esta —sugirió Rosario.

—No, se ve bien cara y, pues, con qué ojos, hija. Mejor seguimos caminando —contestó Elia.

«Manos mexicanas realizan cada uno de los vestidos para que tu día sea único»; ese era el lugar, ahí seguro encontraba la festejada lo que estaba buscando. Ni siquiera sabía bien a bien lo que quería, pero de la vista nacería el amor.

Una señorita muy amable las recibió. Yolanda, de inmediato, le dijo que buscaban un modelo especial para la quinceañera.

—¡Pues llegaron al mejor lugar! —respondió con una amplia sonrisa mientras iba descolgando varios modelos.

Rosario entró y salió del probador incontables veces. Una, ataviada de tul

rosa que la hacía ver como un algodón de azúcar de los que vendían en La Alameda. Otra, con esponjadas crinolinas que, según ella, la hacían ver gorda. Una más, portando un pronunciado escote en V que su mamá desaprobó.

—No, mi niña, tienes que estar cómoda, ni modo que andes preocupada toda la fiesta porque no se te vea nada.

En medio de la tienda, otra dependienta planchaba con cuidado las flores de terciopelo color vino de un faldón brillante que les robó la mirada.

—Uy…, les gustó el único que no les puedo vender porque ya dieron un enganche y, pues, ya está reteapartado. Vienen hoy a pagar el resto, por eso lo estamos preparando.

Rosario se decepcionó, realmente se había enamorado de la tela satinada y del color coral que contrastaba con su cabello oscuro; era su vestido ideal. Ese local en el pasillo diez ofrecía decenas de modelos, pero le había gustado justo el que no podían venderle.

—No te me achicopales, mejor vente pa' acá; vamos a seguir viendo, seguro encontramos otro que te guste —le consoló Yolanda al tiempo que la abrazaba.

Se fueron al otro extremo de la tienda y sacaron más vestidos que continuó midiéndose. Con paciencia, le daban su opinión acerca de cada uno de ellos: que si no es el color que va con tu tono de piel; que si el corsé no tiene tirantes, en fin, a todos les encontraban un pero.

Por fin, abrió la cortina del probador y pudo ver en la expresión de su madre que lo había encontrado.

—¡Te ves hermosa, hija! Este parece de modista de alto copete.

—¡Pareces una muñeca! —agregó Yolanda.

—Entonces, ¿se lo llevan?

—¡Pa' luego es tarde! —contestó Rosario ante la imposibilidad de Elia de responder por el nudo en la garganta que le atoraba las palabras. Se sentía como una princesa en ese color «berenjena», como le llamó con elegancia la que atendía. Un corsé entallado la acinturaba a la perfección. Solo unos

ajustes en el dobladillo serían necesarios para que, unos días más tarde, fueran a recogerlo.

A la salida, pasó un muchacho con un enorme trozo de hielo en su carrito y jarabes de distintos sabores. Yolanda ofreció pagar los raspados. Los cucuruchos acartonados que contenían el hielo se rociaron de grosella y limón, como las sonrisas de las tres mujeres.

Elia se sintió en paz por primera vez en semanas. Se había dado cuenta, mientras miraba la imagen de su hija en el espejo, de que el verdadero negocio que estaba cultivando no eran las flores del mercado, sino el futuro de Rosario.

XV años

El patio central de la vecindad se había transformado. Matías, subido a una escalera, iba colgando guirnaldas de los techos. Chema ayudó a colocar luces de colores que brillarían esa noche entre las ventanas. Las mesas, improvisadas con tablones de madera y sillas disparejas, estaban siendo alistadas por Socorro y Yolanda.

—Apártate dos cubetas de agua, hija —le solicitó Elia mientras vigilaba la espuma de la leche para hacer el chocolate que ofrecerían con los churros—. Hoy tenemos mucho que lavar y ya ves que luego ni gota. Necesitamos dejar todo listo para la fiesta.

Rosario llenó una palangana y la arrastró hacia el pasillo; luego, llenó otra más hasta hacerla rebosar.

La casa de la infancia es siempre nuestra. No importa si la dejamos años atrás, no importa si volvemos a ella regularmente o de forma esporádica; es nuestra. Es la casa de la familia, la que custodia intimidades, recuerdos, sonrisas y niñez. Guarda todo lo que se añora, lo que se idealiza; protege los rincones que nos pertenecen. Así es nuestra cultura, nuestra mexicanidad: nos eterniza como hijos, con los derechos que nos corresponden por tener madres siempre preocupadas por nosotros.

A Elia le hubiera gustado volver a Lerdo de Tejada, hacer allá la fiesta de Rosario, servir el pulque de la receta del abuelo. Estar en su casa, la de sus padres, bajo el techo que se había erigido con el sudor de una historia común. Desde ese mismo patio, tres años antes, había mirado al horizonte; el mundo le quedaba muy lejano, pero aun así se había preguntado: «¿Qué tal si me atrevo a soñar?». Sus deseos los guardaba en secreto por miedo a que, de tan solo pronunciarlos, se evaporaran. Fue ahí donde se había aventurado al tomar la decisión de irse a la capital tras la muerte de su

marido. Sus padres ya habían fallecido hacía años, así que no le quedaba nadie.

La tarde parpadeaba. Yolanda y Socorro se acercaron al cuarto de Elia. Ella les abrió la puerta con gratitud infinita porque, bajo su cobijo, había sentido menos el boquete de la nostalgia. De inmediato, ayudaron a Rosario a ponerse el vestido que, entre crinolinas y aplicaciones de flores, parecía un jardín encantado. Elia revisaba que del cabello recogido en una trenza sobria, enrollada en chongo, no se le saliera ni un pelo. Después, le puso un tocado de rosas y azahar. Yolanda, madrina también del ramo y de las zapatillas, tuvo el honor de colocarle la corona, que representaban que se dejaba atrás la niñez.

Elia vio con agradecimiento ese instante en que Yolanda le dio a su hija un beso en la frente. Un té de boldo fresco, cortado al atardecer, calmó los nervios de Rosario, quien, en cuanto pudo poner en paz su estómago, se perfumó las muñecas y los lóbulos. Después, perfiló su boca en forma de corazón con el lápiz de labios y resaltó sus largas pestañas con el rímel que compró para la ocasión. Salieron hacia la iglesia; el júbilo de las campanas en su repicar era el mismo que sentía en el pecho. El rítmico caminar acompañaba a los invitados, que eran casi todos los vecinos con los que habían hecho familia durante los casi dos años de vivir en Manzanares. Como en peregrinación por la vereda, iban camino a la misa.

Terminada la ceremonia, la culebreante hilera regresó a la vecindad que, adornada con flores que hacían juego con las del vestido de Rosario, esperaba a los invitados. Se acomodaron en las mesas largas. Cazuelas humeantes invitaban al festín de mole con guajolote preparado por Socorro, que chicos y grandes saborearon con las ya famosas tortillas de maíz azul hechas a mano. En cuanto terminaron de comer, casi chupándose los dedos, los músicos llamaron a la festejada al centro del patio.

Las luces brillaban y todos la miraban con una mezcla de orgullo y cariño, pero ella apenas podía sonreír. El vestido que tanto había imaginado, el peinado perfecto y el vals que había ensayado con ilusión desde pequeña:

todo le parecía incompleto. La música comenzó a sonar y el lugar donde él debería estar —con el brazo extendido, esperando para dar el primer paso— se sentía como un abismo. La parte más importante de su gran día se había quedado en el pasado. Había imaginado ese momento cientos de veces.

Por un momento, la algarabía de la fiesta se vio ensombrecida por esa ausencia. Al centro de un círculo de sonrisas, murmullos y cariño, con la garganta rota, la orgullosa madre apenas pudo balancear unas palabras de bienvenida y agradecimiento. Inmediatamente después, con el brazo sobre su espalda baja, Rosario se dejó guiar por varios de los vecinos bajo el susurro de un vals, detonante de una explosión de emociones por largo tiempo contenidas. Al final, Chema bailó con la quinceañera antes de que comenzara la música que invitaba a todos a la pista, delimitada por las mesas. Y, entonces, entre el vaivén de sus pasos, tomó la mano de Rosario con esa mezcla de ternura y miedo que tiene un niño cuando sostiene el hilo de su papalote: no solo para evitar que el viento se lo arrebate, sino para asegurarse de que permanezca ahí, anclado a él, sin que nadie pueda apartarlo de su lado.

Entre los invitados estaban la maestra y la directora de la escuela, doña Alicia. También Matías, que había ido a visitar a Socorro, y la dueña de Cirios La Soledad, de quien Elia se había hecho buena amiga. Algunos puesteros, compañeros del Mercado de Jamaica, regalaron los arreglos florales de las mesas, así como el ramo que lució Rosario y que destacó en las fotografías de la celebración. El pastel hizo alarde de la personalidad de Socorro, pues preparó uno de cinco pisos con los colores del vestido. Así de especial querían hacer sentir a Rosario, que, junto con Chema, observó la oscuridad última de esa noche, de ese inolvidable amanecer.

Si la fiesta hubiera sido en Veracruz, la mañana habría salido de su pereza para dar pie a los aromas de la tierra húmeda entre las huertas, entre las ramas temblorosas de los sauces y los fresnos en ese suelo, para sembrar sueños entre el campo y sus cafetales. Con los músculos tensos de tanto bailar, Rosario despertó con el ruido de los camiones, las imágenes de la

noche anterior revoloteándole todavía. Los ecos balanceándose al ritmo del vals *Viva mi desgracia,* como si fueran una advertencia.

De lo que soy capaz

La tarde fue cerrando sus fauces. Chema regresaba del billar con dos amigos después de haber visitado otros tugurios. A lo lejos, alcanzaban a ver a Rosario, aunque un poco borrosa por los pulques. Llevaba un rato sentada en el parque poco transitado por la hora. Eso le gustaba, ahí ella podía concentrarse en las tareas y lecturas de la escuela más que en su cuarto de la vecindad donde, por debajo de la puerta, se colaban las conversaciones de los vecinos. En cuanto vio que el viento acarreaba las nubes, pensó en cómo hacer para no ensuciar sus zapatos nuevos. En eso estaba, cuando una tos espesa precedió el caminar zigzagueante de los tres hombres.

—Oye, tu amiga está bien buena.

—Sí, ¿verdad?

—¿Y qué esperas para echártela? —le preguntó el otro.

Chema le dio una honda calada a su cigarrillo y lo tiró al piso, aplastándolo con una pisada. Miró a Rosario y se dirigió a ella. En cuanto esta lo vio acercarse, pensó, aliviada, que ya tendría con quién regresar a casa.

—Qué bueno que nos encontramos, se me hizo tarde y ya está oscureciendo —reconoció la joven, sonriendo.

Los amigos cuchicheaban sin disimulo mientras se perdían a tropezones entre las sombras.

Rosario se levantó para emprender camino en un estado de total indefensión, pero Chema se abalanzó sobre ella y la aprisionó contra un árbol.

—¡Qué te pasa, Chema! Se te pasaron las copas.

—No te hagas, chula, sé que te gusto desde hace un chorro —le dijo, desinhibido por el alcohol, mientras agarraba la mano de Rosario y la

llevaba hacia su entrepierna. Ella notó el bulto bajo su pantalón y trató de soltarse. Las voces de los amigos surgían de la negrura vitoreando a Chema.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —gritó Rosario con determinación; aunque, en realidad, lo sentía más como una súplica que como una orden.

Chema titubeó un segundo, pero luego, sin aviso, como si una fuerza ajena lo dominara, la zarandeó como a una muñeca de trapo y, apretando sus brazos, la jaloneó hasta llegar a un callejón oscuro y solitario en donde había montañas de bolsas de basura y la acorraló contra la pared. Chema se unía a las risas de quienes lo alentaban. Su rostro endurecido estaba irreconocible. Rosario se atrevió a darle un arañazo en la mejilla, tratando de separarse de su aliento rancio, de sus ojos ensangrentados y del vaho de su respiración jadeante.

Él le besó el cuello; a ella le dieron náuseas tan solo de sentir sus toqueteos. La tumbó en ese vertedero de desechos y le levantó la falda.

—¡No, Chema! ¡No!

Demasiado tarde.

Le clavó las uñas al sentir por dentro el desgarro de su cuerpo. Chema le mordió los labios y le introdujo la lengua en la boca. El sabor de la saliva ajena la asqueó. Quiso gritar, pero él tapó el alarido con la callosa palma de su mano. Intentó zafarse, no pudo. Procuró buscar algo a su alcance para defenderse, pero sus manos, despavoridas, se vieron atrapadas por uno de los brazos de Chema, mientras el otro apretaba uno de sus pechos, lastimándola. Su cabello estaba desaliñado y grasoso. Las huellas de varicela en su rostro se frotaban contra la piel suave de aquellos pómulos pronunciados. El sudor en sus ropas despedía un olor acre que se impregnó en cada célula de Rosario. Un último aullido, parecido al del Jaibo, y un último movimiento hacia adelante anclaron aún más a la muchacha bajo aquel cuerpo arqueado de poder. El de ella también se arqueaba: de repugnancia. La mirada perdida de él era espeluznante. Rosario escuchaba su respiración, que se fue acelerando hasta hacer una larga pausa. Por fin, había terminado. El calor del aire que exhalaba Chema se le metía por las

fosas nasales y el dolor físico quedó sofocado por una ola de incredulidad.

Sintió su sangre tibia en la entrepierna. De haber podido defenderse, le hubiera mordido la oreja hasta arrancársela, le hubiera clavado un cuchillo, pero la sorpresa y la incomprensión la habían paralizado. El que una vez fue su refugio la miraba con frialdad. Sus ojos se encharcaron mientras sentía los fluidos de su «amigo» enredarse en el vello delgado de su sexo. Restos de semen, deslizándose por el interior de sus muslos, dejaban una marca húmeda, una lágrima. Los amigos, orgullosos de Chema, miraban desde la distancia. Uno de ellos se fue acercando. Rosario sintió el corazón desbocado y un escalofrío le recorrió la espalda. Se incorporó y, con manos temblorosas, alcanzó una piedra en un gesto de defensa improvisado. Los pasos se volvieron más claros, resonando en el silencio. En un impulso, se pegó contra la pared, deseando ser invisible mientras el miedo le oprimía el pecho.

—Es mi turno —declaró el amigo de Chema mientras comenzaba a desabrocharse el cinturón.

—Eso sí que no se va a poder —respondió Chema, agarrándolo con fuerza del cuello—. Ella es mía, solo mía.

En cuanto logró zafarse de las manos que casi lo estrangulaban, salió corriendo despavorido.

Rosario aprovechó el momento para refugiarse en una esquina. El olor agrio de la basura se le pegó a la ropa y a la piel. Le temblaban los labios, las manos y las piernas. Ahí, hecha un ovillo, en ese espacio cóncavo y estrecho, rompió a llorar. Chema se acomodó la ropa y se alejó. El eco de sus pasos resonando en el callejón vacío junto con la advertencia:

—¡Y no se te ocurra decir nada, porque no sabes de lo que soy capaz!

Ya nunca

Sentada en el suelo, con las piernas abrazadas contra el pecho, temblaba sin control. Su respiración era rápida, como si el aire se le escapara y el corazón le latía tan fuerte que sentía cada golpe en las sienes. Rosario miraba alrededor con los ojos desorbitados, cualquier sombra podía transformarse en él. Tenía los nudillos blancos de apretar con fuerza el borde de su falda. Cada ruido, por más leve que fuera, la hacía estremecer y acurrucarse más, deseando hacerse invisible. Un frío ajeno a la noche le recorría la piel; era el miedo, pegajoso, que le calaba hasta los huesos.

La amenaza resonaba en su mente, una y otra vez: «¡Y no se te ocurra decir nada, porque no sabes de lo que soy capaz!».

Después de varios minutos, un hilo de determinación comenzó a abrirse paso. Con las manos temblorosas, apoyó las palmas en el suelo frío y se empujó con torpeza hasta ponerse de pie. Sus piernas flaqueaban, pero apretó los dientes y el estómago y los muslos y dio el primer paso. Miró a su alrededor, atenta a cada rincón, a cada sombra, mientras avanzaba por la calle desierta. Uno a uno, los movimientos le costaban, pero la idea de llegar a casa era como un faro en medio de la tormenta. Se abrazó a sí misma y, con la vista fija en el camino, apuró el paso. Sabía que, si se detenía de nuevo, el miedo podría ganarle.

Una manía persecutoria debutaba en ella esa noche. Con paso tambaleante, apenas pudo caminar un par de cuadras. Temerosa hasta de su propio jadeo, llegó a la puerta de la vecindad. Tocó y el ruido de la escandalosa chicharra la hizo estremecer. Doña Dominga le abrió el portón. Ella no pudo mirarla a la cara. Se metió con prisa sin pronunciar palabra.

—¿Qué te traes, muchacha, que ni las buenas noches das? ¡Ah, qué juventud! —exclamó la portera mientras cerraba.

De camino, Rosario había decidido no contar nada. Cómo decir algo que la tenía tan confundida. Se fue directo a la regadera. Se talló los brazos con el zacate una y otra vez, hacia arriba y hacia abajo, con movimientos

desesperados que no lograban quitarle el olor que la asqueaba y que se le había impregnado como una pátina en la piel. El chorro de agua era escaso y los golpes de un puño tocando impaciente la puerta la obligaron a darse prisa.

Recogió lo que le quedaba de dignidad y salió empapada. Sin dejar de tiritar, la joven sacó el llavero de su bolsa. El tintineo de las llaves al caer al suelo le recorrió la piel con un escalofrío helado. Las recogió y fue abriendo la puerta con cautela. Respiró con alivio al ver que su madre estaba ya acostada. Qué suerte, porque sus ojos vidriosos la hubieran delatado.

—Qué bueno que ya llegaste, mi niña. Hoy estoy tan cansada que no te esperé, pero preparé unos frijolitos para que te untes un bolillo; están sobre la estufa.

—Gracias, mamá —dijo con la poca voz que salió de su garganta obstruida.

Se acostó en la cama, abrazándose las rodillas. Incluso en esa posición que la protegía, se desmoronaba. ¿Cómo sería capaz de recoger lo que quedaba de ella después de esta traición? ¿Cómo confesarle a su madre lo que pasó? La dulzura y la ingenuidad que la caracterizaban habían sido ultrajadas también y ahora tenía que guardar silencio.

Transcurrieron un par de días. Elia sospechaba que algo no estaba bien. Rosario nunca había sido tan reservada, estaba casi ausente. La joven movía el tenedor sobre el plato, dibujando círculos en el puré de papas, mientras empujaba pequeños trozos de pollo de un lado al otro, como si buscara la forma perfecta de no tocar ninguno. Bajaba la mirada cada vez que su madre le dirigía la palabra, murmurando respuestas vagas, tratando de desviar la atención. Con cada bocado fingido, se llevaba la comida a los labios, pero apenas la rozaba, dejándola caer de nuevo. Su estómago gruñía en protesta, pero el peso de su propia lucha era más fuerte y se aferraba al juego silencioso entre la comida y su voluntad, esperando que Elia no notara lo evidente.

Pero una madre lo intuye todo. ¿Sería que en la escuela no le iba tan bien

como ella le hacía saber? ¿O tal vez había alguien que la molestaba? No podía poner el dedo sobre ello. Había renunciado a lo poco que tenía en su pueblo, había llevado a su niña a la capital para que juntas construyeran su nuevo futuro, pero nunca se había sentido tan ajena a su hija, que parecía haberse cubierto de un barniz grisáceo.

La mente de Rosario deambulaba en los recuerdos que la oprimían y la sumergían en prolongados silencios. Un nuevo mundo interior, en el que vivían sus recién estrenados demonios, la habitaba. Respiraba rápido, en pequeños suspiros que parecían atorarse en su garganta, y se mordía los labios cada vez que Elia le pedía que le contara lo que le pasaba.

El miedo y la decepción fueron construyéndole una celda a la que echaba cerrojo con cada silencio, con cada áspero recuerdo que parecía consumirla. El eco de aquella noche la perseguía y no se podía negociar con esas imágenes; había que soportarlas. Los fantasmas parecían consumirla y su pecho albergaba un hueco que no podía llenar. El amor de su madre era insuficiente y el silencio lo engullía todo.

Rosario estaba agotada; sobresaltos y pesadillas representaban una y otra vez las escenas de la violaci… no podía ni completar la palabra. Inventó sentirse mal para no ir a la escuela; tan solo pensar en salir del cuarto y encontrarse a Chema en el patio la aterrorizaba. Su mamá estaba muy preocupada, nunca la había visto así, pero por más que insistía en que le platicara, Rosario la evadía, asegurándole que se sentía enferma. Lo cierto era que la muchacha de sueños inocentes había desaparecido y unas profundas ojeras enmarcaban sus ojos. Trataba de recuperarse, física y emocionalmente, pero el miedo no se cansaba, la tenía secuestrada. Ese hombre, sin saberlo y, peor aún, sin importarle, había marcado un antes y un después en su vida.

Dame gracia para perdonar

Las campanas de la iglesia de la Santísima Trinidad despertaron aquel domingo haciendo su llamado a los fieles. Elia no aceptaría un no por respuesta para ir a misa, Rosario lo sabía. Buscando excusas y fingiendo una tos seca, murmuró: «Creo que tengo calentura». Su madre no parecía convencida, así que Rosario añadió: «Además, siento que me va a dar gripe, me duele un poco la garganta… no quiero contagiar a nadie». No era suficiente, lo sabía, así que, con voz más baja, dijo: «Quizá puedo hacer una oración aquí en casa». Estaba tratando de sonar casual, pero la incomodidad traicionaba sus palabras. Su madre le tocó la frente.

—No te siento caliente. Acompáñame a misa y nos regresamos terminando para que te acuestes el resto del día.

Elia la miraba, notando cada gesto nervioso, cada palabra que su hija soltaba demasiado rápido. Algo en su tono de voz, en cómo evitaba su mirada, le hacía sospechar que no era una simple excusa. Llevaba días más callada, retraída, y una punzada de inquietud le atravesó el pecho. Algo importante le debió haber pasado. La conocía demasiado bien, pero no quería presionarla nuevamente con preguntas; aunque, en su interior, comenzaba a formarse una sensación de preocupación que no se desvanecía.

Los vecinos fueron llegando poco a poco. Cada uno con su dolor, cada uno con sus esperanzas. Todas esas caras conocidas guardaban secretos impronunciables. Chema entró con su madre, manso y obediente, para entregarse a la oración. Dominga no sabía de lo que su hijo era capaz, pero Rosario sí. Su presencia le dolió y le formó un nudo en las entrañas. Conocía su sonrisa implacable, lasciva y amenazadora. Una herida punzante y su mirada escudriñándola la hicieron encogerse. Mantuvo las manos entrelazadas sobre su regazo, apretando los dedos hasta cortarles la

circulación. Tenía la mirada fija en el suelo, como si temiera que, al levantarla, algo terrible la alcanzara. Elia lo notó y, de inmediato, pasó un brazo sobre los hombros de su hija sin decirle nada. En ese momento, a Rosario le dio esperanzas pensar que Chema no se libraría del infierno, que, como el pecador que era, Dios lo castigaría; si tan solo lo hiciera rápido para que ella tuviera el gusto de ser testigo. Ojalá el Señor no tuviera clemencia.

Con los ojos cerrados rezaban. Ella no podía, no lograba ordenar sus pensamientos atropellados, mucho menos su fe.

Mientras pensaba que se reunían cada domingo los que pedían perdón eternamente, le daba coraje que algunas de las almas pecadoras ahí presentes fueran las mismas que escuchaban al padre con tanto interés. Si por ella fuera, ya habría dictado sentencia a varios. Pero las sentencias estaban solo en su mente y no tenían efecto en los acusados. Hombres sinvergüenzas cargando secretos; verdades sabidas que nadie se atrevía a decir, verdades de las que muchos se hacían de la vista gorda y, al ser culpas no pronunciadas, parecían quedar en el perdón. No para Rosario, lo que le había hecho Chema era algo muy difícil de superar, más aún: de perdonar. La traición y el dolor no se absolvían repitiendo un par de padrenuestros.

Un manotazo del sacerdote sobre el púlpito al tiempo que alzaba la voz devolvió a Rosario a la realidad.

¡Misericordia!

Ella despertó abruptamente de sus pensamientos, regresando de un laberinto que poco a poco la había alejado del presente, y que, mientras deambulaba en él, la hacía sentir más perdida.

Regresaron a casa. Las preguntas de Elia no se hicieron esperar, pero Rosario se metió a la cama nuevamente pretextando sentirse mal. Su madre la cubrió con una manta. Supo leer el miedo de su hija en su mirada y no quiso presionarla más, aunque deseaba saber qué la tenía así. Por su parte, Rosario se preguntaba si contarle la liberaría de la vergüenza, si desahogarse la ayudaría a no sentir esa terrible presión en el pecho o si, solamente, haría que su madre la sintiera también. De todos modos, no había nada qué hacer.

No se podía cambiar lo sucedido. Ya nunca.

¿Yo, pecadora?

Al día siguiente, Rosario decidió ir a la escuela para no reanudar las sospechas de su madre. Temió encontrarse a Chema cuando cruzara el patio. Volver a verlo sería un golpe seco en el estómago, un recordatorio vivo de lo que intentaba olvidar. Su presencia llenaría el aire de un peso insoportable. Sintió el calor de la rabia mezclado con el frío del miedo, una contradicción que casi la paralizó. Por fortuna, no lo vio. Era temprano; seguramente, él se estaba recuperando de una borrachera.

Caminó hasta el colegio, pensando que estudiar en esa secundaria, donde había visto a varias muchachas con el vientre abultado, quizá había sido una señal del destino que le esperaba. ¿Acaso enjuiciar a Juana como lo hizo, como una chica fácil y vulgar, se había vuelto en su contra? «Quizá, por sentenciarla, me merezco lo que me está pasando», pensó. «Por otro lado, su actitud es provocadora», siguió reflexionando. «En cambio, ¿qué habré hecho yo para incitar al Chema?». Sus preguntas resonaban con cada paso hasta que, sin darse cuenta, estuvo frente al portón del colegio. Dudó antes de entrar, no estaba segura de poder fingir y ser la estudiante de siempre. Llegaron otras alumnas, llevaban prisa, se hacía tarde, y la arrastraron en un maremoto.

Cada minuto, se convertía en una eternidad. Las palabras de la maestra llegaban a sus oídos como un ruido lejano, ahogadas por el zumbido constante de su mente. Miraba el reloj esperando el próximo cambio de clase. Sentía un nudo en la garganta que no desaparecía y sus manos jugueteaban nerviosas con el borde del cuaderno. La directora Alicia le pidió que pasara a verla antes de irse a casa, ya que le quería enseñar un libro. Ella asintió evitando el contacto visual, temía que pudiera leer la fractura que llevaba dentro.

En cuanto sonó la campana que anuncia el término de la jornada, recogió sus útiles. Olvidó pasar por la Dirección. A lo largo del camino, el peso de su mochila era menos intenso que el de sus pensamientos y la tarde parecía indiferente a su agitación interna.

Hasta que lo vio a él a lo lejos, esperándola cerca de la vecindad. Su corazón dio un vuelco cuando sus miradas se cruzaron. Chema avanzó con las manos temblorosas y los ojos cargados de arrepentimiento. A Rosario el miedo se le manifestó menguando su fuerza, una sensación densa que la obligó a detenerse. Su respiración se volvió corta y errática, parecía que el aire se negaba a entrar en sus pulmones. El sonido de los pasos de su agresor acercándose parecía amplificado; cada crujido de las hojas secas bajo sus pies retumbaba en su mente como una advertencia. Sus manos comenzaron a temblar, aferrándose con fuerza a las correas de la mochila. Sus pensamientos se agolparon en un caos de recuerdos: la humillación, el dolor físico, las palabras hirientes, la sensación de ser traicionada por alguien tan cercano. Cada hebra de su ser le gritaba que se alejara, pero sus pies permanecieron inmóviles, congelados por una mezcla de miedo y desconcierto. ¿Cómo se puede tiritar y sudar al mismo tiempo? Cuando él se acercó para hablar, su voz pareció resonar en una burbuja lejana; mientras Rosario luchaba contra el impulso de salir corriendo, ese que le nacía en las entrañas.

Chema dio otro paso hacia ella con las manos alzadas en un gesto que intentaba parecer inofensivo.

—Por favor, déjame explicarte —declaró; su voz rota, cargada de una urgencia que parecía sincera, aunque para ella era difícil de creer.

Cada palabra suya perforaba el aire como un recordatorio de lo que había sucedido. Rosario retrocedió instintivamente con el corazón latiéndole con fuerza; sus ojos buscando una ruta de escape, mientras las palabras de Chema se atropellaban.

—Sé que te hice daño, sé que te fallé… ¡soy un pendejo! No sé qué me pasó, carajo… te lo juro que no sé. No dejo de pensar en lo que hice y

necesito que sepas que quiero que volvamos a ser amigos, que nos veamos en nuestro hospital de pájaros, como antes y me des la oportunidad de demostrarte que…

Rosario no lo dejó terminar.

—Ya no digas nada, te lo suplico —le imploró con voz más baja de lo habitual.

Su insistencia, aunque cargada de culpa, solo avivaba la indignación de la joven y la inquietaba el temor de que detrás de sus disculpas hubiera algo más. Mientras él hablaba, Rosario seguía atrapada entre la necesidad de protegerse y el impulso, lejano y débil, de creerle. Chema sacó sus Faros y encendió uno entre el pulgar y el índice. Estaba nervioso, no sabía qué más decir, pero necesitaba el perdón de su amiga. Ella, con la mirada baja, evitaba el peso de los ojos que tenía enfrente, pero sus pestañas temblorosas cargaban con lágrimas no derramadas. Prefirió seguir caminando sin voltear a verlo hasta entrar a la vecindad. Él la siguió y, de inmediato, a manera de cortesía, detuvo al Jaibo para que no se le echara encima. Rosario comenzó a subir hacia su cuarto. A él se le detuvo entre los labios un «no te vayas». Los desgastados peldaños le parecieron infinitos y el estómago se le doblaba en violentas arcadas que le hicieron acelerar el paso para llegar al baño. El olor a agua estancada la terminó de asquear y sus ojos, capulines brillantes, desaparecieron entre las arrugas que formaron sus párpados al vomitar.

Llegó con trabajos a su cuarto a tumbarse en el catre; los resortes herrumbrosos chillaron su habitual quejido. Se frotó los brazos en un escalofrío. Su mamá seguía en el trabajo y, afortunadamente, había comentado que llegaría tarde porque pensaba ir al cine con Yolanda y Socorro a ver *El Bolero de Raquel*, con Cantinflas y Flor Silvestre. Rosario exhaló su miedo. Esperaba ya sentirse mejor cuando Elia llegara del Palacio Chino. En el peor de los casos, se haría la dormida para evitar los cuestionamientos de cada noche. Su madre no era ninguna tonta y los pretextos que llevaba días poniéndole no evitaban su preocupación.

«Tengo que ser valiente», se decía, pero el pensamiento se hacía añicos al

recordar el sonido de la hebilla que se desabrochaba; la imagen de los dedos de Chema paseando por sus labios, forzándola a abrirlos. La forma en que le separó las piernas le recordó que la vergüenza es un sentimiento que apuñala y deja sin aire. La oscuridad le volvía a susurrar esa voz áspera que le habló tan cerca, esas fauces manchadas de tabaco. Hay imágenes que, una vez vividas, no se pueden olvidar. Se sintió más sola que nunca, invadida por el intenso olor de la transpiración de Chema que quedó arraigado en sus sentidos.

No había vuelta atrás. La vida pesaba y mucho. Rosario lo estaba aprendiendo a sus casi dieciséis. La pregunta que seguía era la que la atormentaba, ¿acaso ella lo había provocado? Esta idea dominaba sus pensamientos, sobre todo los domingos.

El diablo

Habían transcurrido semanas. Esperar lo malo, lo peor, se había convertido en un reflejo. Los miedos ocultos crecían con cada hora, con cada instante en que Rosario iba al baño a revisar su ropa interior y… nada, no había nada. Su cuerpo se tensaba, las falsas esperanzas desaparecían y se le venía encima el fin del mundo. Pensó en que le leyera las cartas la vieja Domitila, en el Mercado de Sonora. Lo había hecho antes y el tarot siempre le respondía sus dudas. El amor, la suerte y el dinero eran revelados por el don de la hechicera, que aseguraba que venía de familia de clarividentes. Siempre le había ofrecido alternativas para que tuviera mejores opciones al decidir sobre su futuro.

El ambiente místico y la magia que se vivía entre las velas y los rituales la llenaban de buena energía y eso era lo que necesitaba con urgencia. Pasillos interminables de amuletos, veladoras, imágenes religiosas, hierbas, ramos, inciensos, jabones, cirios, escapularios, pomadas, pociones y hasta cráneos eran el camino para llegar a la adivina, quien tenía su establecimiento al fondo del mercado. «No se practica brujería ni magia negra. Tarot para la toma de decisiones. Soluciones reales a cualquier problema», se leía en el letrero colgando de su puerta.

A Rosario eso le gustaba porque le daba privacidad y se alejaba de la gente que pululaba como abejas a punto de entrar al panal.

Doña Domitila la recibió acomodada en una silla cubierta de velos. Rosario se sentó frente a ella. Las separaba una mesa con el barniz rasguñado. Pronunciando una especie de rezo entre susurros, encendió un incienso; después, le dijo a la joven que escribiera su pregunta. Barajó las cartas y, entre figuras, Rosario pudo ver un mago, un emperador, unos enamorados y una reina. No sabía qué significaba todo aquello, pero ansiaba

que la pitonisa le dijera qué le deparaba el destino. Sus manos llenas de venas, como ríos antiguos, partieron en dos el paquete; enseguida, lo volvieron a juntar, tendiendo los cartoncillos desgastados sobre la mesa.

—Elige tres cartas —le indicó Domitila.

Rosario las señaló y la vidente las separó del resto mientras comentaba:

—Siempre se debe echar un número impar.

Comenzó a tirarlas, una por una, con lentitud, y fue poniéndolas boca abajo: el adversario, el consultante y el resultado, señalándolas con el dedo índice, sin tocarlas. Abrió la primera y se quedó muy seria.

—El adversario es una persona de reacciones repentinas, inesperadas y hasta agresivas.

No lo podría haber descrito mejor, pensó la joven. Dio vuelta a la segunda.

—El consultante, es decir, tú, necesitas asesoría sobre el problema que enfrentas; quieres recibir consejos, pero no sabes cómo pedirlos sin confesar lo que te atormenta. No puedes transitar por esto tú sola —anunció con voz trémula.

A Rosario se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Por último: el resultado —Volteó la carta y apareció la figura amenazante de un diablo.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Rosario, nerviosa.

—Que tendrás que luchar mucho para poder ganar, para poder salir adelante y vencer lo que tanto te tortura. El diablo siempre representa la relación de fuerzas que se disputan entre sí.

Rosario respiró con dificultad; la sensación de tener el estómago revuelto la inundó en cuanto se puso de pie. Un mareo repentino hizo que se detuviera un momento, sosteniéndose de la silla de terciopelo rojo.

—Toma aire por la nariz y suéltalo por la boca, así, poco a poco —la instruyó la vidente.

Lo hizo varias veces y el malestar se fue desvaneciendo. Antes de abrirle la puerta, Domitila le miró el vientre.

—Lo que tú necesitas no es una echada de cartas, sino que uno de los curanderos de aquí de Sonora te dé las hierbas para deshacerte de tu pesar.

Rosario tragó una saliva ácida que le bajó con dificultad. Sacó un billete de entre sus pechos y se lo entregó.

Caminaba hacia la salida por aquellos pasadizos que parecían no tener fin cuando se encontró con una mujer mazahua. Sus manos ásperas y fuertes sostenían hojas de hierba que iba desmenuzando con calma, como si cada movimiento tuviera un significado antiguo. A su alrededor, pequeños frascos y montones de plantas secas formaban un círculo en el suelo, llenando el aire de aromas terrosos y medicinales. Observó a Rosario directamente a los ojos mientras le extendía la mano llena de hierbas.

—Necesita usted espantar el mal espíritu de la persona que la molesta —manifestó con un tono de voz que a Rosario le erizó los vellos del cuerpo—. Una buena humeada de copal y una pasada con ramas de pirul, señito, y va a ver que se compone —aseveró la mujer con tal seguridad que Rosario no descartó la opción.

Con el vocerío del mercado embriagando sus sentidos, se llenó de rabia al darse cuenta de que Chema seguía teniéndola sometida, ahora, sin tocarla siquiera.

Si llegara a decir lo que pasó, ¿le creerían?

Era su palabra contra la de Chema, no faltaría quien dijera: «Ella se lo buscó por la forma en que se viste o por andar sola en la calle de noche».

En ese instante, se le quitaron las ganas de descubrir el mundo.

Lo ancestral: puente con lo cotidiano

¿Cómo librarse de las imágenes? ¿Cómo? El solo pensar que el resultado de su tragedia sería un bebé, le perturbaba el sueño y la llenaba de angustia. El deber de conservar una vida la atormentaba, un alma inocente. Pero también lo hacía su instinto de supervivencia y le quedaba claro que las ráfagas de malos recuerdos, cada vez que mirara la carita de ese ser, serían inevitables y se le vendría encima el peso de lo indecible.

Todavía se preguntaba cómo alguien que había sido tan bueno le pudo hacer algo tan terrible. Se le revolvió el estómago. La viscosidad de la saliva y la del semen no habían abandonado su cuerpo, por más que se tallara con zacate y piedra pómez. El sonido del tirón con el que le había arrancado la ropa interior seguía en sus oídos y su respiración entrecortada la perseguía. Ni su cabeza ni su corazón podrían con el peso de arrullar entre sus brazos a quien siempre invocaría la forma en que perdió la inocencia, por más que en la iglesia dijera el cura que la vida por nacer es un homenaje a la obra más grande de la creación y que toda existencia es sagrada. ¿Por qué no podía sacarse de la cabeza las palabras del padre y dejar de sentirse culpable? Lo que le había hecho Chema estaba muy lejos de ser una creación a partir del soplo divino de Dios.

Entrelazó los dedos a la altura del pecho. Apretó con fuerza. La decisión estaba tomada. Fue al Mercado de Sonora. Recorrió los pasillos principales entre baleros, muñecas, piñatas y matatenas. Alcancías, ollas y cántaros de barro convivían en montículos perfectamente calibrados para que no se desmoronaran. Iba con tanta prisa que casi se tropieza con las cazuelas, a lo que el vendedor reaccionó con un grito: «¡Fíjate por dónde caminas, escuincla!».

Rosario ya no recordaba por cuál de las ocho puertas había entrado, si

por la de Circunvalación o por la de Fray Servando; mucho menos sabía por qué pasillo continuar. Caminaba sin dejar de voltear a derecha e izquierda, con los ojos bien abiertos, buscando algo que la guiara en aquel entramado del que no estaba segura de poder salir. Se fue abriendo paso con los codos en aquella horda que la abrumaba. Comenzaron a aparecer los puestos de artículos para primeras comuniones, bautizos, bodas y quince años. Biblias, bolos, medallas y hasta recuerdos luctuosos se le cruzaban entre ropones, rosarios, arras y lazos de boda.

Siguió hacia el fondo de la enorme nave hasta dar con los chamanes de la herbolaria y los brujos santeros. Una vez que llegó a esa área, Rosario sabía bien cómo moverse por las visitas que le había hecho a Domitila, pero caminaba nerviosa, esperando que nadie conocido la viera.

—¡Aquí le vendemos lo que necesite, mi reina! Tenemos «ven a mí», «atrapa hombres» y «miel de amor», lo que se le ofrezca también para sanaciones, atraer dinero y salud. ¡Le doy precio! Rompo cualquier maleficio, tengo conexión con los espíritus para retirar a las personas malvadas.

Quizá el supuesto poder sobre las almas o el amuleto «atrapa hombres», la hicieron huir despavorida y ni el hervidero de gente en el pasillo pudo detenerla. Mientras, el brujo seguía gritando: «¡Pague después de ver resultados!», pero ella no se atrevió a girar.

Finalmente, dio la vuelta por donde torcía ese pasadizo y se detuvo a recuperar el aire. Se recargó en la pared, sosteniéndose el abdomen. Estaba acostumbrada a la lectura de las cartas y el tarot; sin embargo, la curiosidad y el miedo la seguían atrayendo, pese al susto que le metió el brujo conectado con los espíritus. Iba tan agitada que no saludó al viejo Cipriano, quien, en una ocasión, le mostró la copia de un mapa antiguo que colgaba en la pared de su local.

—Ese es el mapa de Los Llanos y el Rancho de Balbuena, ahí donde antiguamente había un asentamiento xochimilca es donde estás parada en estos momentos, niña —le había contado el anciano entre calada y calada de

su cigarrillo—. Aquí, al ladito, estaba el canal de la Viga. Es uno de los barrios más antiguos, el de Zoquiapan —continuó con un aire nostálgico—. Pero eso fue hace muchos años, niña, mucho antes de que tú o yo naciéramos.

—¿Qué son estas bolitas rojas? —le había preguntado Rosario mientras señalaba los canastos de semillas de huayruro. Le explicó que eran para hacer amuletos contra las malas energías y que prometían brindar abundancia y prosperidad. De inmediato, compró uno.

El hombre se llevó el dinero a la frente, a la izquierda y a la derecha del pecho; después, lo besó antes de guardarlo en su bolsillo. Tomó el collar y se lo puso a la joven alrededor del cuello.

—También tengo yaca y escoba amarga para los baños de despojo, por si te animas —le ofreció mientras le devolvía el cambio. Desde entonces, portaba el collar rojo, pero ahora le recordaba la desconfianza aprendida.

La magia prehispánica, las distintas religiones y la santería cubana se habían entrelazado en ese mercado. Los objetos para rituales mágicos le despertaban tanto curiosidad como temor. El mercado de los brujos tenía bien ganado su título y Rosario esperaba, en ese lugar, poder desafiar su destino.

Se acercó a una yerbera, una mujer de edad que le sonrió. Le faltaban dos dientes y sus arrugas parecían contar historias ancestrales. En cuanto la vio, comenzó a recomendarle el ajo chino para las enfermedades respiratorias, un tecito de melisa para los nervios. Rosario se acercó a la curandera y le dijo que necesitaba algo especial.

—¿Será muitle lo que necesitas para hacer una buena infusión? Te noto muy pálida, yo creo que te va a caer bien para regenerar la sangre; a mí se me figura que tienes anemia —aseveró, convencida.

Llevaba un delantal gastado y lleno de bolsillos donde guardaba frascos pequeños y ramilletes de hierbas que parecían recién recogidos. Su andar tranquilo, como si sintiera el ritmo de la tierra bajo sus pies, le dio la confianza necesaria a la muchacha.

—No solo recojo plantas, sino que escucho a la naturaleza. Sé qué se debe cosechar solo bajo la luna llena, dónde encontrar el remedio más efectivo y cómo preparar una infusión para sanar el cuerpo y el espíritu —expuso con voz calmada, pero firme.

Mientras tanto, Rosario se preguntaba cuáles serían las hierbas indicadas para abortar.

—No, señora, gracias, yo lo que busco es otra cosa. Mire usted... —No pudo terminar la oración cuando la mujer ya le mostraba otra hierba.

Su aroma a ruda y menta la precedía, como una huella invisible en el aire.

—Mira, la salvia es un muy buen remedio, te va a ayudar a mantener tus niveles de azúcar.

Rosario se acercó aún más entre plantas para sobadas y tés reposados que curan el riñón.

—Necesito deshacerme de un problema —susurró mientras se llevaba las manos al vientre.

—Noo…, niña, aquí no nos ocupamos de esas cosas —exclamó con la voz difunta, ya sin mirarla siquiera—. ¡Y ya vete, que me vas a espantar a los clientes!

La mujer fue tan determinante que Rosario no insistió.

Sin darse por vencida, siguió caminando hasta llegar a una sección donde las yerberas tienen sus productos tendidos en la calle, en pleno asfalto. Ahí se acercó a una muchacha joven, pensando que ella podría entender el aprieto en el que se encontraba. En cuanto dijo de lo que se trataba, la muchacha la ignoró y miró a su alrededor, asegurándose de que nadie la hubiera escuchado. Rosario insistió. La vendedora le dijo que regresara a la una, cuando no hubiera tanta gente, que entonces seguro la atendería.

Decidió ir a comer unos tacos de birria en un puesto que había visto en el trayecto. Hizo tiempo ahí hasta el mediodía. Al ver la hora, comenzó a andar nuevamente por los pasillos dedicados a los animales vivos. El olor de sus pieles y excrementos le revolvió los tacos en el estómago. La abrumó ver

a los conejos que no crecen y a las salamandras como animales de compañía. Aves de corral ejecutaban una sinfonía de graznidos. Los sapos para rituales alucinógenos estaban encerrados en pequeñas jaulas y las gallinas negras para limpias esotéricas iban dejando su plumaje en el aire; los carneros berreaban, como si supieran que los iban a usar para sacrificios ceremoniales. Hasta el viento quedaba atrapado en las minúsculas jaulas, escondrijos repulsivos que habitaban canarios solitarios sin bebedero. Vio un chivo colgado que la hizo recordar su sangre. Se le vinieron las vascas y no pudo contener el vómito que salió a chorros en aquellos malolientes y estrechos pasillos llenos de pelambre de animal.

Tomó aire, sacó un pañuelo y se limpió los labios. Caminó. Necesitaba llegar nuevamente a donde quedó de verse con la yerbera, pero, por un momento, desconoció el rumbo.

«¿Qué no era aquí?», pensó.

Las decenas de puestos estaban ya recogidos. La calle limpia y solitaria. El barullo y el gentío habían desaparecido, la yerbera también. Ya no había té de doce flores para los nervios, ni árnica para los reumas, ni orozuz para la tos.

El silencio

Elia había notado el cambio en Rosario desde hacía tiempo. Al principio, era algo sutil, pero, para una madre, las sutilezas son como gritos. La risa de su hija, que solía llenar la casa, ahora parecía atrapada en algún rincón lejano. Su mirada, antes luminosa y abierta, se había cubierto de un velo que no lograba descifrar. Se refugiaba en su habitación más de lo habitual, evitando la calidez de Yolanda y las charlas en el patio de la vecindad al caer la noche.

Esa tarde, mientras recogían juntas la mesa después de comer, Elia no pudo contenerse más:

—¿Estás bien, hija? —preguntó, esforzándose por mantener la voz suave.

Rosario ni siquiera levantó la vista del plato que sostenía. Asintió con un movimiento casi imperceptible y se dirigió al fregadero.

—Mírame —insistió Elia, acercándose.

La joven se detuvo, pero no giró la cabeza. Se quedó de espaldas, las manos apoyadas en el borde, como si necesitara ese soporte para no derrumbarse.

—Estoy bien, mamá —respondió al fin, aunque su voz era tan débil que se escuchó como un susurro perdido entre las grietas de cemento de la cocina.

—No, no lo estás —aseguró Elia con firmeza, su preocupación ya desbordándose. Dio otro paso y colocó una mano en el hombro de su hija—. Te conozco, algo te pasa.

Por un instante, Rosario pareció vacilar. Se tensó bajo el peso de las palabras no dichas y se apartó bruscamente.

—¡Ya te dije que estoy bien! —exclamó, volteándose por fin. Sus ojos estaban cargados de algo que Elia no pudo nombrar. La madre retrocedió, sorprendida por el estallido, pero más por lo que vio en el rostro de su hija.

No era enojo ni rabia. Era miedo.

—Mi niña… —intentó de nuevo, pero Rosario ya había salido de la cocina, dejándola con el sonido de sus propios pensamientos y una inquietud que no podía sacudirse.

Sabía que guardaba un secreto. Uno más grave de lo que pensaba, de esos que se alojan en el alma como una piedra. Y, aunque su instinto le gritaba que debía averiguarlo, que era su deber como madre, otra parte no podía ignorar la fría certeza de que Rosario no estaba lista para hablar.

Pero ¿qué tan terrible podía ser ese secreto que había apagado la luz en sus ojos? Se preguntaba. Solo podía compartir su preocupación con una persona y esa era Yolanda.

Tocó con insistencia en su cuarto.

—¡Voy… voy! ¿Cuál es la prisa? —Se oyó gritar desde dentro.

Sin esperar a que abriera la puerta lo suficiente, se metió y cerró. Yolanda se alarmó al ver a su amiga tan afligida. Le preguntó varias veces de qué se trataba, pero Elia se derrumbó en llanto al pronunciar las primeras palabras.

—¡No sé qué le pasa…!

—A ver, a ver, siéntate. Te voy a hacer un té de tila; dame un minuto.

Elia se quedó en silencio, mirando las fotografías de Pablito y Julián. Las había visto muchas veces en ese altar donde Yolanda había inmortalizado el recuerdo de sus hijos, pero, por alguna razón, esta vez algo diferente la golpeó, algo que nunca había sentido con tanta fuerza.

El sonido de la tetera la sacó de sus pensamientos. Yolanda volvió con una bandeja y se sentó frente a ella.

—Ahora sí, cuéntame qué te tiene tan nerviosa.

Elia parpadeó y apartó la mirada de los retratos. Intentó sonreír, pero obtuvo un gesto tenso, quebrado.

—Me pasa que estoy desesperada…

Yolanda dejó la charola en la mesa y sirvió la infusión mientras le preguntaba:

—¿Qué puede ser tan grave? Nunca te había visto así.

—Es Rosario, estoy muy preocupada. Yo sé que algo anda mal, pero no me lo quiere decir. ¿No la has notado más flaca desde hace unas semanas?

—Bueno, ya que lo dices… pues sí. Además, ahora que lo mencionas, trae unas ojeras bien oscuras y como que noto que ya no le gusta venir a ver la telenovela con nosotras, pero pensé que quizá le dejaban mucha tarea y prefería hacerla en su cuarto.

Elia apretó la taza entre sus manos.

—Ya traté de hablar con ella, pero me evita; ya hasta me contesta retefeo. Ella nunca ha sido grosera, tú lo sabes, pero ahora ni la reconozco. —Sollozó.

Yolanda le tomó la mano con suavidad.

—Mientras Rosario esté aquí, hay tiempo. Habla con ella, insístele si es necesario, pero hazle saber que estás para ella. Créeme, las cosas que no se dicen… se convierten en un peso que nunca desaparece —le recomendó mientras miraba los retratos de sus hijos.

Elia asintió, apretando la mano de su amiga. Su mirada se desvió a las fotografías, a esos rostros congelados en el tiempo. Y, en ese instante, comprendió la gravedad del silencio de Rosario.

—Se ven tan llenos de vida… —comentó en voz baja.

Yolanda se quedó en silencio unos segundos antes de responder.

—Lo estaban —afirmó con voz tranquila, pero se dibujaba una tristeza en sus ojos que el tiempo no había logrado borrar.

—No sé cómo le haces. Tenerlos ahí, mirándote todos los días… —No pudo seguir, quebrándose al final de la oración.

Yolanda tomó un sorbo de té antes de responder.

—Es difícil, sí, pero también… es lo que me queda de ellos. Si guardara sus fotos, sería como perderlos otra vez.

Yolanda posó sus ojos en los retratos con una familiaridad melancólica; los veía todos los días y, a su vez, nunca podía verlos lo suficiente.

Elia dejó escapar un suspiro largo y se hundió un poco más en la silla.

—Debe haber sido casi insoportable… perderlos tan jóvenes.

—Lo fue. Aún lo es —admitió Yolanda, apoyando la taza en la mesa con cuidado—, pero aprendí que el dolor no desaparece, solo cambia. A veces, se siente como una herida abierta; otras, como una cicatriz que pica en los días grises.

Elia asintió en silencio. Volvió a observar los retratos, pero esta vez con una mezcla de admiración y dolor.

La imagen de Julián era del día de su festival de kínder, con su suéter azul y una sonrisa confiada que parecía prometer un futuro lleno de posibilidades. A su lado, Pablo; sus ojos estaban llenos de la vitalidad de una niñez que nunca pudo completar.

Se le hizo un nudo en la garganta. Llevaba dos años de amistad con Yolanda, pero sintió como si viera esas fotos por primera vez. Lo que notó no fueron ya las sonrisas ni la juventud de los rostros, sino el peso de su ausencia, la silenciosa presencia de quienes ya no están.

Zoapatle

Un laberinto de pasadizos solitarios y descuidados llevó a Rosario hasta la entrada de un patio a medio iluminar. Alrededor, viviendas de promiscuidad, de facinerosos y de improvisación, en las cuales se respiraba indiferencia. Mascarones y querubines cincelados en las fachadas parecían observarla. Aquella mujer mazahua le había recomendado con quién ir y a dónde para eso que se hacía a escondidas y que no solo era penado por la Iglesia, sino también por la ley. Le dijo que la yerbera la encontraría a ella, que solamente tenía que llegar a aquella plazoleta rodeada de clandestinidad a las ocho de la noche y seguir las instrucciones. El miedo la mantuvo inmóvil, con las manos crispadas, mientras su pecho apenas se movía en una respiración contenida, como si temiera que el más leve movimiento la delatara. Sus ojos, abiertos de par en par, seguían fijos en un punto; brillaban con un terror que parecía congelar el tiempo a su alrededor.

Rosario recordó que su abuelo les contaba que los antepasados mexicas, cuando tenían alguna enfermedad de la piel, sacrificaban a alguien y usaban su piel para ponérsela en donde tenían el problema; así aplacaban a Xipe Tótec, quien simbolizaba la renovación.

«Ay, no sea que esta bruja haga cosas así», pensó.

Después de unos minutos de permanecer ahí, con las rodillas temblando, la voz añeja de una mujer con tono hosco se escurrió entre los muros en la oscuridad. Le ordenó seguirla. Sin dar cabida al titubeo, lo hizo. Sus pasos atravesaron una arcada sobreviviente de quién sabe qué siglo. Casi no veía nada, el rumbo por donde se adentraba no estaba iluminado y los zaguanes abandonados parecían fauces abiertas a punto de devorarla. Las callejuelas se le figuraban como un campo minado sobre el que caminaba a ciegas y temió pisar una rata en cualquier momento. Entre más prisa tenía, más lento

se le hacía que caminaba la anciana, hasta que distintos olores comenzaron a intensificarse en el aire espeso. Reconoció los de la ruda, la damiana y el ajenjo, antes de que un hedor añejo se le metiera por la piel, avejentándolo todo con su pestilencia.

Esa mujer parecía habitar en la periferia del mundo, en un sitio del que nada se sabía, salvo por aquellos que necesitaban saber.

¿Cómo tener valor para entrar al cuartucho al final de aquel laberinto? La señora tenía pinta de hechicera; cabellos largos que se podía adivinar no habían sido cepillados en muchos días, canas gruesas sobresaliendo en ese manojo desaliñado, uñas sucias en manos venosas y arrugadas. Su físico le provocaba rechazo y mucho miedo, pero era la única solución.

—¿Niña, estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó la vieja, poniéndose los anteojos como para verla de cerca.

Rosario, tratando de adivinar lo que iba a suceder, estaba tan asustada que no respondió. La sudoración le provocó escalofríos.

—Ven para acá —le ordenó al tiempo que agitaba la mano hacia ella.

Ya con los ojos un poco más acostumbrados a la penumbra, alcanzó a distinguir una especie de altar que no tenía ningún santo ni ninguna virgen que pudiera reconocer. Era una repisa en la pared húmeda, donde estaba posado un muñeco regordete de piel negra, hecho de plástico. Estaba vestido de amarillo y ribetes blancos, le colgaban collares de colores y tenía unos ojos grandes, enmarcados por pestañas largas y oscuras, como ciempiés que andaban en sus párpados. Sobre la misma repisa descansaban también un cuchillo, varias veladoras y un vaso de agua. Rosario no pudo evitar fruncir el ceño ante tanto artefacto.

La mujer le arrimó una taza de barro a los labios; el aroma humeante era intenso, pero lo era más su aspecto enjuto y severo.

—Tómatelo todito —le ordenó sin mirarla. Rosario dudó un momento, pero la mujer se lo repitió con un tono más hostil—. ¡Ya tómatelo, pues!

La joven lo bebió haciendo una mueca que le desfiguró la cara, solo así pudo soportar la amargura de aquel brebaje en el que flotaban fragmentos

de una raíz misteriosa y hojas verdes trozadas que se le atoraban en la garganta.

—Zoapatle, pa' que se salga el niño —explicó la mujer, mientras Rosario bebía la pócima tan rápido como podía, para no saborearla.

En cuanto lo terminó, presa del pánico, se tocó el vientre; todo parecía seguir en su sitio, aunque sintió un leve mareo.

De su morral, sacó los billetes que logró juntar para pagar por el servicio. Le había hecho las tareas a tres compañeras que no daban pie con bola en matemáticas y les había cobrado por ello.

—Tú no me conoces ni yo a ti y ya lo que pase contigo después de tomar el té es tu problema —puntualizó la anciana, mirando a Rosario, como si pudiera ver por dentro de las cuencas de sus ojos, mientras estiraba la mano para recibir el pago y darle la segunda dosis de la infusión.

Rosario se alejó de ahí casi a rastras, no tenía fuerza en las piernas y sentía que todo le daba vueltas, pero tenía que llegar a casa antes de que su mamá sospechara. Le había dicho que iría con unas amigas a ver la recién estrenada *Twist, locura de juventud*, en la que debutaba Enrique Guzmán. «¿Qué amigas?», le preguntó Elia, que nunca había oído hablar de amigas, solamente de Chema.

—No las conoces, mamá, pero van en mi clase —contestó con seguridad.

Traía la llave del portón de la vecindad que era de su madre. Abrió cuidadosamente y, en cuanto vio que no había nadie en el patio, cruzó para subir con prisa hacia su cuarto. La jaula de los pericos de doña Dominga ya estaba cubierta con el trapo descolorido de siempre. De no haber sido así, esos loros chismosos hubieran comenzado su escándalo al verla, repitiendo su nombre con voces estridentes y burlonas, listos para lanzar sus comentarios en un revoltijo de palabras que solo ellos entendían.

La mujer de los brebajes le había dado la indicación de que volviera a tomar el menjurje antes de irse a dormir. Se lo había dado en una botella de Jarritos para disimular. El color del líquido hacía parecer que era el refresco de tamarindo que normalmente hubiese ocupado ese envase. Siguió sus

instrucciones, le dio varios tragos largos, apretando los párpados para soportar nuevamente el amargor.

Dejó en el piso lo que quedaba de la pócima y cerró los ojos. Pensó que no iba a poder dormir. Comenzaba a tener cólicos y trató de no gemir para no despertar a Elia. Se la pasó dando vueltas sobre el delgado colchón; no lograba acomodarse ni de lado ni boca arriba, mucho menos sobre el vientre. Sentía agujas clavándosele en la espalda baja. Perdió la cuenta de los padrenuestros que llevaba rezados en silencio y se encomendó al Niño Doctor, al que su madre siempre le rezaba para que le ayudara a soportar que su cuerpo se partiera en dos. No supo si, finalmente, se quedó dormida o quizá se desmayó del dolor.

Sintió la falda mojada, llevó su mano al sitio de la humedad; estaba llena de sangre. Intentó llamar a Elia, pero a su madre no le llegaba su débil voz, a pesar de la cercanía.

Volvió a tocarse la entrepierna empapada. El catre, las cobijas y su ropa teñida de rojo la envolvían en una hemorragia que le hizo pensar que se estaba desangrando y que la bruja, al decirle que lo que sucediera ya era cosa suya, se refería a que podía morir. Logró ponerse de pie para ir al baño. Sentada en la taza vio, con espanto, cómo salía algo por ahí abajo; la sangre cuajada y grumos de no sabía qué la dejaron perpleja. Imaginó que eran partes del… no se atrevía ni a pensar en la palabra: una piernita, un brazo, un corazón que había dejado de latir. Se preguntó si podría acostumbrarse a vivir con la culpa que sentía en esos momentos. Los restos de un feto corrían por sus muslos ambarinos.

—¡Maldito Chema! —gritó mientras se revolcaba en la cama.

—¡Madre purísima! —exclamó Elia, llevando sus dedos a la frente, el pecho y la boca.

Acuclillada a su lado, le rogó que despertara.

El eco de un llanto

El cuarto estaba en penumbras y el eco de un llanto lejano resonaba en su mente. Despertó de golpe, con una taquicardia que le entrecortó la respiración. El vientre redondeado le dolía bajo sus manos temblorosas. Las sábanas empapadas en sudor. El sueño seguía siendo tan real que no estaba segura de si el zoapatle había hecho efecto; si los fuertes cólicos estaban limpiando sus entrañas. Casi podía sentir el vacío abdominal de su pesadilla. Instintivamente, levantó las cobijas, no había sangre.

—Rosario, ¿estás bien? —La voz de su madre la envolvió.

La joven alzó la mirada con las lágrimas de la duermevela todavía rodando por su rostro. Elia encendió la luz de la mesita de noche y se sentó junto a ella, colocando el brazo alrededor de su hombro.

—Bendito sea Dios que ya despertaste, hija. ¡Tuviste una pesadilla horrible!

Rosario asintió, sabiendo que el peso en su pecho iba más allá de ese sueño. Era el peso del secreto que había cargado sola durante tantas semanas, enterrándolo por miedo, por vergüenza. Cerró los ojos, sintió el vaho de la respiración de su madre tan cerca que supo que había llegado el momento de liberarse.

—Mamá, tengo que decirte algo… —Su voz tembló, apenas audible. La madre frunció el ceño, esperando.

—Estoy embarazada —confesó al fin, con las palabras saliendo como un susurro quebrado.

El silencio que siguió fue tan denso que llenó cada rincón de la pequeña habitación.

Elia no apartó los ojos de su hija. No estaba segura de haber escuchado bien.

—¿Qué? —preguntó al cabo de unos segundos. Miró a Rosario con el rostro lleno de confusión—. ¿Cómo que estás embarazada y cómo es posible que no me lo hubieras dicho antes?

Rosario bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de los ojos canela, fijos y atentos, de su madre, que escuchaba mientras a ella las palabras se le atragantaban. No había manera de suavizar lo que venía después.

—Porque no quería que lo supieras… porque no quería que supieras cómo pasó —dijo llorando.

La madre entrecerró los ojos.

—Rosario, ¿qué me estás tratando de decir?

La joven tomó aire, como si estuviera a punto de sumergirse en aguas profundas y oscuras. Y así, siguió. No supo bien a bien en qué momento comenzó a poner palabras a lo que le había sucedido, a verbalizarlo, sacando fuerza de donde pensó que no tenía; pero el rostro cálido de su madre logró arrancarle la última confesión. Hizo una pausa y después, con un gesto de repulsión, dejó salir:

—Me forzó Chema, mamá —confesó al fin; después, se quedó muda.

El rostro de Elia se contrajo. Su cuerpo entero tembló; trató de sofocar sus gemidos, pero fue imposible. Se rompió de dolor. La revelación la sobrepasó.

—¡Cabrón de mierda! ¡Pero si es tu amigo! —gritó. Incapaz de hablar, Rosario solo asintió.

—¿Qué te hizo? —cuestionó con la voz ahora tensa.

La chica apretó las manos contra su vientre y, entre sollozos, le contó todo: cómo aquella noche Chema había aprovechado un momento en el que estaba sola, cómo la había llevado a un callejón oscuro, cómo sus súplicas no sirvieron de nada. Entre pausas y, con la mandíbula temblorosa, le confesó que después de ese infierno, había decidido callar, aterrada por las consecuencias, por la vergüenza, por el temor de que no le creyeran.

Elia escuchó cada palabra y, aunque moría de ganas, no se permitió

llorar. Cerró los ojos, no quería ver las imágenes que, a partir de entonces, quedarían atrapadas en un recuerdo no vivido, pero devastador.

—Los moretones que me dejó en el cuerpo fueron, durante muchos días, un recordatorio de lo que me hizo —lamentó, ahondando más en los detalles de su agresión—. Le clavé las uñas en los brazos, fue todo lo que pude hacer.

Cuando Rosario terminó, todo lo que su madre hizo fue abrazarla con una fuerza que parecía querer reconstruirla, protegerla. Trató de esbozar un gesto sereno, pero este contenía toda la rabia de una madre.

—Mi niña… hijita —Se apartó solo lo suficiente para mirarla a los ojos —. Estoy aquí, contigo. Y te prometo que Chema no volverá a lastimarte, ¿me oyes?

El nombre cayó como una piedra en el fondo de un pantano y el rostro de Elia pasó del desconcierto al horror. La abrazó con fuerza, conteniendo sus propias lágrimas para ser el apoyo que su hija necesitaba.

—¿Chema? —murmuró nuevamente incrédula.

—No fue tu culpa. Nunca fue tu culpa. Y ese infeliz va a pagar por lo que hizo.

Rosario asintió, pero su confesión aún no había terminado. Había otra verdad, una más difícil de decir, que le oprimía el alma.

—Mamá… hay algo…

No logró terminar y se apartó un poco del abrazo; sentía la mirada parda de su madre.

Elia la miró abrumada, no creía soportar más. Se frotó los brazos tratando de calmar un escalofrío que le heló los huesos.

—Dime, hija.

—No quiero tenerlo —confesó.

Sus palabras se debilitaban mientras las pronunciaba. Cargada de humillación y culpa, bajó la mirada.

—Tomé un menjurje… No quiero que… no quiero que siga creciendo… pero creo que no funcionó. No puedo imaginarme viendo la cara de Chema

todos los días de mi vida.

La rabia seguía ahí, junto con la impotencia. Elia se preguntó cuántas víctimas de Chema vivirían en el silencio, como su niña. Se preguntó si lograría poner en práctica lo que escuchaba domingo tras domingo en misa; que el perdón da libertad y, entonces, odió con toda el alma. ¿Viviría Rosario este trauma para siempre? La deshonra era la pala con la que Chema había echado tierra sobre el anhelo de ser felices. ¿Debía ella quedarse de brazos cruzados?

No supo si el calor que le subió al rostro era de furia o de puro desconcierto. Todo parecía tan absurdo, tan imposible, que quiso pensar que era una broma cruel, pero el temblor en la voz de su hija no dejaba espacio para dudas. Respiró hondo, susurrando un «tranquila, mi niña, ya pasó» que sonaba hueco incluso para ella. Por dentro, el caos se desataba: no sabía si sentirse culpable o simplemente rota. Las preguntas se arremolinaban en su mente, cada una más hiriente que la anterior, pero se obligó a tragarlas.

Rosario notó que el rostro de su madre se transformó en una mezcla de dolor y algo que no pudo descifrar. Por un momento, pensó que iba a gritarle, a juzgarla, pero, en lugar de eso, la mujer tomó sus manos con firmeza.

—Gracias a Dios que no funcionó —dijo al fin.

Rosario levantó la mirada.

—¿No estás enojada?

—No contigo, hija. No después de lo que ha pasado. Me duele que hayas estado tan sola, que hayas sentido que no podías confiar en mí. Pero esto… este bebé, aunque venga de algo tan terrible, es una vida, Rosario. Y esa vida no tiene la culpa de lo que hizo Chema.

Para la muchacha, esas palabras fueron un respiro entre las grietas de la culpa y una promesa de que la tormenta no sería eterna. Ese alivio le concedía una tregua, por fin. Fue el primer sorbo de agua después de una sed que parecía interminable, aunque el sabor tuviera un dejo amargo.

—No sé si puedo. No sé si seré capaz de quererlo —insistió con los ojos

enrojecidos y las manos crispadas.

Elia acarició su rostro con una dulzura que solo el amor más profundo puede ofrecer. Mientras murmuraba un «estoy aquí contigo», por dentro un torbellino la arrastraba: incredulidad, rabia, dolor. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo había permitido que esto sucediera? Quería gritar, exigir respuestas, pero, en su lugar, solo apretó a su hija más fuerte contra su pecho. «Ella no tiene la culpa», se repetía mientras el resentimiento le quemaba las entrañas, amenazando con consumirla. Finalmente, dijo:

—Hija, esta criatura es parte de ti, no de él, y yo estaré aquí para ayudarte.

Rosario se abrazó a su madre, dejando que la fuerza de ese momento la sostuviera. Por primera vez en tres meses, sentía que la carga era un poco más ligera. Había confesado la verdad y, aunque el camino seguía siendo incierto, ya no lo recorrería sola.

Elia suspiró, vio el crucifijo de madera en la pared, se persignó y le dio gracias al Señor. Recordó las palabras de Yolanda: «Los secretos no duran para siempre. Solo asegúrate de estar ahí cuando ella decida hablar».

Se acurrucó en el silencio feroz, en la mueca de rabia, en el alivio de que ese bebé siguiera con vida, aunque se sintió atrapada entre la necesidad de cargar con el peso y el deseo desesperado de soltarlo.

Ser humana no es pecado

El corazón de Elia estaba desgarrado por el relato de su hija. La confusión se le iba enredando como una hiedra capaz de estrangularle las creencias al recordar las palabras de Rosario, exhausta tras la confesión: «Toda la vida veré en su carita inocente los rasgos de Chema, los repugnantes gestos que me revuelven las tripas. Recordaré sus manos apretando mi cuello para que no me escapara y luego tocándome; me vuelvo a asquear de pensarlo. Este chamaco nomás me va a recordar para siempre la noche más terrible de mi vida. Me va a recordar la vergüenza que siento».

Después de prepararle un té de anís estrella a su hija para calmarle los cólicos provocados por el zoapatle y dejarla descansar, Elia salió a buscar a Yolanda. La encontró en el patio viendo la telenovela. En cuanto se miraron, Yolanda supo que algo no andaba bien, así que se levantó y siguió a su amiga que se dirigía en silencio a la azotea. Elia quería ir lo más lejos posible para poder hablar, ya que el oído de tísica de Dominga era una amenaza. Rafael Banquells y María Teresa Rivas, en *Gutierritos,* las ayudaron, sin saberlo, a encubrir lo que pasaba. Aprovechando que las vecinas estaban embobadas con el drama del canal cuatro y que no despegaban los ojos ni en los comerciales de Desenfriol, pasaron muy cerquita de ellas y ni cuenta se dieron.

Elia revolvía el café que llevaba en un pocillo, como si en aquel fondo pudiera encontrar respuestas. La luz de la tarde iluminaba el silencio, que se había vuelto denso. Yolanda no pudo esperar más a que su amiga encontrara las palabras y, aunque sabía que no debía apresurarla porque así era Elia, una mujer acostumbrada a cargar el mundo entero en silencio hasta que el peso la hacía derrumbarse, soltó un:

—¡Bueno, ya dime de una vez qué carajos traes!

—No sé cómo pasó —murmuró, finalmente, con los ojos clavados en la superficie del café negro—. Bueno, sí lo sé, pero no puedo… no quiero aceptarlo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, ahora con suavidad.

—Rosario está embarazada.

La frase fue un golpe seco. A Yolanda se le escapó una exclamación.

—¿Qué? ¡Pero si es apenas una niña!

—Ni dieciséis años. Ni dieciséis… —aclaró, apretando la taza como si quisiera aferrarse a algo tangible—. Y ahora todo se acabó. Todo lo que había soñado para ella… su futuro, sus estudios, todo.

Yolanda sintió un nudo en la garganta. Pensó en la muchacha tan risueña y llena de vida, de ojos grandes y soñadores que siempre parecían mirar más allá de lo evidente.

—Nunca habría imaginado algo así. Si ni novio sabíamos que tuviera, ¿o sí?

—Es que eso es lo peor, no sé ni cómo….

—¿Qué? ¡Con un demonio, ya habla!

—Chema abusó de ella.

—No, eso no puede ser, te lo creería del sinvergüenza de Justino, pero ¿Chema? ¿Su amigo?

Yolanda ya no dijo nada, se quedó esperando con el corazón apretado. Intentó serenarse después de que las palabras se arremolinaron en su mente.

—No sé cómo voy a enfrentar la ira de Dios y expiar mis pecados —murmuró al fin Elia.

—¿De qué pecado hablas? Tú no has hecho nada malo.

—Ay, amiga, yo… —se le diluyó la voz al alzar la mirada— no me siento buena madre. Hay una parte de mí, una parte oscura que… Rosario tomó zoapatle, pero no funcionó. A veces pienso que —cerró los ojos y su voz fue apenas audible— tal vez todo sería más fácil si el remedio hubiera funcionado. Rosario podría seguir con su vida y todo podría volver a ser como antes. No sabe nada, está asustada y, claro, yo… yo entiendo el peso

que va a cargar de ahora en adelante. Pero ¿qué culpa tiene la criatura? Aunque, ¿qué culpa tiene mi niña? Y luego me odio a mí misma por pensarlo. —Siguió Elia con más fuerza, golpeando la pared con la mano abierta—. Que Dios me perdone, pero no puedo evitarlo. Yo la crie con valores, la llevé a misa cada domingo. Le enseñé que la vida es sagrada, que esas decisiones no están en nuestras manos —su voz se quebró de nuevo y las lágrimas finalmente encontraron la salida—, pero ahora que es la vida de mi propia hija la que se ve afectada…

—¿Qué culpa tienen los dos de que ese hombre la haya forzado? —agregó Yolanda.

—He pensado en ir a confesarme; a ver si así se me aplaca la mente.

—Ni se te ocurra, manita, en diez minutos se va a enterar el barrio entero. Ya sabes que el cura no guarda para él ni para Dios lo que le cuentan entre lágrimas y suspiros. Con la autoridad de Jesús, él da absolución, pero la penitencia se la va a dar el vecindario entero.

Le tomó las manos y se las apretó con cariño.

—Eres madre y las madres soñamos con lo mejor para nuestros hijos.

—La historia se repite: quedó embarazada como yo cuando era joven. Y me aterra. Me aterra que no pueda tener una mejor vida que la mía. Que se quede atrapada, que no pueda cumplir sus sueños.

—Elia, escúchame. No puedes controlar lo que le pasa, por más que quieras, pero puedes estar a su lado. ¿Sabes lo afortunada que es de tenerte, de tener una madre que, a pesar de todo, no la deja sola?

—No lo sé, no lo sé. Siento que le he fallado. Que he fallado como madre y hasta como cristiana.

—No, has sido humana. Y ser humana no es pecado.

Yolanda no dijo más. Sabía que las palabras, por ahora, no sanarían el dolor de su amiga. Lo único que podía ofrecerle era su presencia y la conocía tan bien que, en silencio, tomó la decisión que Elia ya había tomado desde que abrazó a su hija: ayudar a Rosario a tener a ese bebé. Lo ocurrido era devastador, pero la vida le había mostrado que las mujeres encuentran

más fuerza cuando no enfrentan solas el dolor, y por eso estaba decidida a crear, junto a ellas, un refugio donde Rosario pudiera encontrar fuerza para seguir adelante.

—Estoy segura de que Dios nos acompañará —susurró.

A pesar de todo, una vida nueva llegaría a cambiarlo todo. Algo muy pequeño comenzaba a abrirse paso y, con ello, la esperanza. Las palabras de consuelo iban zurciendo las heridas con solidaridad. Una brisa suave las hizo temblar. Por unos minutos, fue maravilloso escuchar el silencio con la mente por fin apaciguada. Mil lágrimas brillaron a la luz de la luna.

Arderé en el infierno

Aún no amanecía y la vecindad estaba en silencio. Rosario abrió los ojos, sobresaltada. Había logrado dormir en cortos intervalos de sueño, interrumpidos por el tormento de la violación. Subió la cobija hasta taparse la barbilla, tenía escalofríos. Encogió las piernas para agarrar más calor debajo de las mantas, que eran insuficientes. Se sintió mojada. Confiarle su secreto a su mamá fue lo único que la hizo sentirse un poco más tranquila. Le dio seguridad saber que nunca la desampararía, que sufriría a su lado para dividir el terrible peso de la culpa, que dijera que nada de lo que hubiera hecho era lo suficientemente grave para dejar de quererla, pero sintió que traicionaba todo aquello al alegrarse ahora por ver un poco de sangre.

Tuvo fiebre durante la madrugada; la yerbera le había indicado guardar reposo al menos una semana. Habían transcurrido tan solo cuatro días desde que bebió el zoapatle. Aun con lo mal que se sentía, salió hacia los lavaderos con los paños desgastados, hechos bola entre los brazos. Su agitada respiración acompañaba sus nudillos que, apurados, tallaban la sanguaza con la esperanza de que ahí, en el agua rojiza, se estuviera diluyendo su pena. La mancha le recordó el fluido que escurre de entre los huacales cuando transportan los pescados a los puestos de La Merced. Su ropa de cama olía a lo mismo y le daba el mismo asco. El goteo de sangre se convirtió en un manchón por el esfuerzo. La herida seguía abierta, aunque no se vieran sus bordes, aunque no se mirara el tejido dañado. Todo sucedía por dentro, por dentro del cuerpo, por dentro del alma. Cuando pudo borrar la evidencia, colgó las sábanas al viento.

Volvió al cuarto. Su mamá aún dormía. Se cambió la ropa interior y, con papel de baño, hizo un bulto para que absorbiera la sangre. Quizá el

menjurje había hecho efecto. Se alegró, aunque sus problemas de conciencia estaban a punto de ser puestos a prueba. Era domingo, así que la Iglesia de la Santísima Trinidad los convocaría muy pronto con sus incesantes campanadas.

Le dijo a su mamá que no iría a misa, que no quería toparse con Chema, a quien había logrado evitar, pese a las súplicas suaves que le destinaba en su puerta tarde tras tarde, sin respuesta. No podría soportar verlo entrar al confesionario, aquella pequeña estancia en donde la ilegitimidad y su pecado quedarían encubiertos por la confidencia. ¡Cuatro padrenuestros y listo, a expiar culpas! ¿Y ella? Ella, al deber y a la sumisión, ni voz ni voto. La obediencia ciega. ¿La perdonaría Dios o estaba su alma ya condenada?

Elia seguía pensando que había que agradecer porque venía una nueva vida y rezarle a la Virgen para que la cuidara durante los meses siguientes. Rosario no podía sentir gratitud. ¿Cómo, con todo lo que le había pasado? Pero a Elia la fe la hacía ver las cosas muy diferentes y, aunque se preguntaba por qué Diosito había permitido que su hija pasara por una experiencia tan dolorosa, ahora su concentración estaba en cuidar del nuevo ser.

—Vamos, hija. Solo falta que tú dejes de hacer tus cosas porque está ese infeliz. Que vea que no te me achicopalas. Tú no hiciste nada malo.

Rosario pensó que quizá sí debía ir, pero para agradecer ese sangrado que sentía cada vez más abundante.

Llegaron a misa. Con sus pisadas sobre el empedrado, alzaron el vuelo las palomas y lo hicieron también las dudas. Con cada paso se sentía más impura, cada huella hacía aumentar la culpa. Conservar la virginidad hasta el matrimonio es un acto sagrado. Había escuchado a su abuela decirlo desde que era una niña; después, se lo oyó repetir a su madre. Así como se tararean las mismas canciones de generación en generación, así las convicciones y las frases pasan de boca de la abuela a la madre y de esta a la hija. Quién sabe si alguien la iba a querer así, se preguntó en cuanto vio, desde el enorme portón de la entrada, la imagen inmensa de la Virgen María. Dejaba de ser casadera; era un producto magullado.

Rosario detestó la culpa que sentía tan solo acercarse a la iglesia; ir a misa era como irse al infierno con sus calcinantes dudas, con sus creencias desvencijadas. Como en una escena surrealista, unas abnegadas monjas salían, dejando en el aire ese aroma peculiar entre naftalina y madera de armario viejo que despedían sus hábitos. «Ahí viene el estado más sublime de la virginidad: mujeres que ofrecieron mantenerse castas», pensó Rosario. El primer testimonio para seguir el camino de la consagración a Dios. Fue como enfrentar sus recién perdidos atributos de pureza para darse cuenta de que, en adelante, sería rechazada. Pues sí, qué macho iba a aceptar que su mujer ya no fuera virgen, aunque hubiera sido por la fuerza. Había estado tan afligida con el embarazo que estas ideas no habían tenido cabida, pero ahora se le venían encima con frases que le retumbaban en la cabeza: «Una muchacha que no es virgen no será una buena esposa». «A todos los hombres les gusta casarse con una mujer virgen». Lo habían dicho sus compañeras de escuela cientos de veces, en decenas de pláticas, pero entendió su significado hasta ahora: había perdido la honra y la virtud.

Una de las monjas llevaba en los brazos a un bebé envuelto en mantas raídas. En cuanto sintieron el fresco, una hermana le echó encima otra cobija tejida a gancho, cubriéndolo desde el rostro, y apresuraron el paso. Cuando Rosario y su madre entraron, el cura se encontraba de rodillas frente al Cristo crucificado. No quisieron interrumpirlo y esperaron a que terminara sus oraciones. Cuando se levantó, les dijo, sin que ellas preguntaran, que rezaba por el alma de Prudencia, una jovencita devota que había muerto dando a luz. No se sabía quién era el padre de la criatura o si tenía familia; nunca se le había escuchado comentar acerca de una madre o una tía, así que el sacerdote decidió que las monjitas se ocuparan de la niña que apenas tenía tres días de nacida. Un estremecimiento imposible de ignorar la recorrió.

—Prudencia era una santa, siempre estaba dispuesta a ayudar cuando visitábamos a los viejecitos en el Hogar de Ancianos de Nuestra Señora de Guadalupe. Velaba por los niños del orfanato y oraba el rosario como debe

ser, en meditación, no a mil por hora como hacen otros. Quizá, por eso, el Señor decidió llamarla a su lado: la necesitaba —remató el cura, casi entre sollozos, mientras se persignaba.

Al escucharlo, Rosario se preguntó si a Prudencia le había sucedido lo mismo que a ella o si el Señor no pensó que un ser inocente se quedaba solo, sin madre, echado así nada más al mundo, a su suerte.

—¡Pobre muchacha! —exclamó su mamá.

Sus palabras, expresadas con verdadera ternura, le llegaron a Rosario hasta lo más profundo; esa pobre muchacha podría ser ella. Aquella infeliz había perdido la vida trayendo al mundo un alma destinada a la desdicha; Rosario no sabía si estaba a punto de perderla impidiendo que otra naciera.

Aprovechó el momento sensible para acercarse más a su mamá. Le dolía el cuerpo por las ganas que tenía de que la estrechara. Elia lo hizo, arrebatada por el momento, por el instinto. Sin ella saberlo, sus brazos alistonados eran lo único que atenuaba el miedo. La contenían, la abarcaban, la ceñían. Rosario aspiró su olor, su distintivo olor; el que sabe a apego, el de la protección, el que huele a ser niña otra vez. Lo que necesitaba para perdonarse. Arrullo que sana, arrullo que bendice, que aquieta y que se preocupa solamente por ser eso: arrullo. Una parte de su angustia se calmó con esa ternura y Rosario pudo ser frágil.

¿Qué sería lo que el Señor tendría en cuenta cuando decidiera llevársela? ¿Que siempre había sido una persona buena, una hija obediente y amiga fiel o que tuvo que tomar una decisión como la que sentía correr por sus muslos? ¿Se fijaría en que estaba tratando de tener una vida con otro significado, uno distinto al de ser una madre soltera con un hijo producto de una violación? Ese era su pecado, intentar quitarse aquella dolencia. Las respuestas se convertían en un manto asfixiante que se tornó aún más estrangulador cuando el padre comenzó su sermón.

—El quinto mandamiento condena como gravemente pecaminoso el homicidio directo y voluntario. El que mata y los que cooperan con él cometen un pecado que clama venganza al cielo.

¿De verdad? ¿Ese era el salmo del que hablaría hoy? Por lo general, Rosario ensordecía y su mente se echaba a correr muy lejos en cuanto comenzaba el eco de aquella monótona voz tan barroca como los retablos a su alrededor. ¿Por qué demonios le estaba poniendo atención precisamente ese domingo, de entre tantos otros en los que sus palabras entraban como un soplo por sus oídos y de la misma forma salían? Ese domingo todo parecía hablar de ella y las sentencias del cura se las confirmaba el cuerpo. ¿Le habría chismeado algo la vieja bruja esa de la yerbera? A Rosario se le acabó la saliva de la boca. Se pasó la lengua por los labios agrietados. Temió que su semblante la delatara. Sintió que la expresión de seguridad que había logrado desaparecía como un hielo bajo el sol y se le llenaron los ojos de lamento. Las emociones contradictorias bullían; los músculos, tensos; la garganta, un desierto.

—La vida humana es preciosa. Es un regalo del Creador y solo él puede tomarla. Nuestro Señor la protege y él nos pedirá cuentas de ella, pues la vida es a la vez un don y una responsabilidad y estamos llamados a cuidar de nuestra propia vida, así como la de nuestros hermanos, sobre todo la de los más pequeños e indefensos. Arderán en el fuego eterno quienes den muerte a seres inocentes —continuó el sacerdote.

Elia sintió un enorme alivio. No así Rosario.

El padre repitió la palabra *vida* tantas veces que un agudo palpitar en sus sienes hacía eco de esas cuatro letras. La vergüenza seguía ahí, escondida.

—Dios les dijo a sus hijos: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado» —concluyó.

Cada sílaba, una laceración. «Arderé en el infierno», pensó.

Por los siglos de los siglos. ¡Amén!

CUARTA PARTE

LA PRISIÓN DE LA MELANCOLÍA

El horizonte de Elia

La tarde agonizaba. Rosario, también. El sangrado se había detenido. Fue a los baños. Por un momento, dudó. Creyó no haber visto bien, pues la luz era insuficiente. Sacó un cerillo de su mandil y lo prendió. Volvió a revisar. Nada. El bulto de algodón con papel de baño estaba limpio. Al parecer, los rezos de su madre surtieron más efecto que el zoapatle y, así, la esperanza color escarlata se esfumó. ¿Qué hacer? La carga en el pecho, de la que creía haberse librado, la oprimió de nuevo. Cerró los ojos; le tembló el mentón y recuperó esa memoria, esa amenaza que, ahora estaba segura, seguía gestándose en su vientre. La vecindad olía a humedad y grasa rancia; cada sonido de la calle resonaba en las paredes desgastadas como un eco constante de los ruidos de la noche en que fue ultrajada. «No voy a poder», se dijo a sí misma. «Con esto, no voy a poder».

Regresó al cuarto y vio a su madre con la frente apoyada contra la ventana rota.

—¡Me tienes con el Jesús en la boca! ¿Por qué tardaste tanto, mija? —preguntó Elia en cuanto escuchó el rechinar de la puerta, esperando una respuesta que no llegó.

—Mejor dígame usted, mamá, en qué pensaba.

Elia no lograba concentrarse en otra cosa que no fuera proteger a su hija. Pero ¿cómo hacerlo cuando ese maldito, el hombre que se convirtió en su sombra más oscura, vivía a unos cuantos pasos, al final del pasillo? Estaba dispuesta a comenzar de cero una vez más, a buscar un lugar donde no conocieran a nadie y nadie las conociera. La vecindad era un hervidero de apuro, ruido y zozobra; una comunidad donde todos parecían saber los secretos de todos y, muy pronto, ellas estarían en boca de las vecinas que lavan la ropa en las pilas comunes. «Conversarán en torno al chisme del

momento: el embarazo de Rosario, que ya no tarda en notarse», imaginó. Con esas ideas, bajo la luz tenue de la bombilla que apenas alumbraba el cuarto, Elia también se preocupó por Yolanda. Trabajaban juntas y, juntas, lograron hacerse de buena clientela. Conseguir la fidelidad de sus compradores no había sido fácil dada la amplia oferta que Jamaica ofrecía. Si la nueva vivienda quedara muy lejos, le sería imposible trasladarse todas las madrugadas hasta el mercado. Quizá llegaría más tarde, pero no le parecía justo dejarle toda la responsabilidad de abrir el puesto a Yolanda. Ay, qué hacer. Cuántas dudas, cuántas cosas por resolver. Por otro lado, ya era imposible posponer su partida. Debía encontrar otro sitio, no podía permitir que su hija viviera tratando de esquivar a su agresor y, mucho menos, que el bebé creciera con esa penumbra rondándolo, porque, en un pacto entre madre e hija, habían decidido no decir que Chema era el padre.

Mudarse no iba a resultar tan sencillo. Las rentas en otros barrios eran altas y, con lo que ganaba, apenas podía pagar el alquiler en Manzanares. Aun así, pensó, su vida había estado llena de luchas diarias; esta era una más. En el espanto de la vigilia, recordó que una vecina, doña Lupe, mencionó conocer a alguien que rentaba un cuarto, aunque más lejos. Intuyó que, probablemente, era más caro y que quizá no estaba mejor que el de la vecindad. El mercado era su ancla, pero quería irse lo más lejos posible de aquel desgraciado; aunque, no estaba segura de si también perdería su negocio al mudarse. Entonces, ¿en qué trabajaría? ¿Cómo sacaría adelante al bebé que esperaba Rosario?

Tendría que trabajar mucho más, pero significaba una nueva oportunidad.

La vecindad seguía dormida, pero los pasillos se iban a llenar de gritos, risas y discusiones en cuestión de minutos, como en cada jornada. Se vistió y miró a Rosario, su semblante, relajado en el sueño, aún conservaba un destello de inocencia. Elia se cubrió el rostro con las manos y lloró en silencio. Aquella madrugada, al encender el fogón para preparar el desayuno, se prometió hacer lo que fuera necesario para encontrar otro

lugar donde vivir. Mientras el agua daba el hervor, vislumbró las flores que iba a vender. Gladiolas blancas y alcatraces frescos que siempre le recordaban los campos de su infancia en Veracruz. Quizá no podía ofrecerle a su hija una existencia perfecta, pero al menos sí podía enseñarle que era posible florecer, incluso en los terrenos más áridos.

Por ahora, «hay que concentrarse en el día que comienza», oyó. Eran los susurros de varios siglos, eran los de quienes habían pasado antes por ahí: «La vida sigue, aunque el peso de la incertidumbre se aferre a tus hombros». Después de dejar un atole listo, salió al Mercado de Jamaica con más determinación que nunca. Ya en la puerta, lo vio de nuevo. Ese muchacho, con los ojos opacos y la sonrisa torcida, que había destrozado su mundo y el de Rosario. Él la miraba desde el patio, esperando una oportunidad, un instante para acercarse y pedirle que lo perdonara y que convenciera a su hija de que lo escuchara. Elia, sin embargo, sentía que la acechaba, como si supiera que quería huir, como si desafiara su valentía. Se irían de ahí, aunque le costara todo lo que tenía; lo decidió en ese momento mientras hacía un esfuerzo por sostenerle la mirada. En cuanto cerró tras de sí, las piernas le flaquearon y, luchando contra las lágrimas, se dio cuenta de que también le tenía miedo.

Llegó al amanecer para abrir su local, donde las buganvilias competían por atención entre la explosión de colores del mercado. Ahí, Elia encontró un poco de paz, aun entre la cacofonía incesante de las voces de los demás puesteros. Las flores estaban abiertas, como si le desearan buena suerte. Esperó la llegada de Yolanda; estaba ansiosa por contarle lo que planeaba y por ver su reacción. Mientras tanto, muchas ideas cruzaron por su cabeza. La renta de su pequeño establecimiento se pagaba mes con mes, aunque los ingresos apenas alcanzaban, al menos era un negocio ya establecido. Se le ocurrió que quizá hasta se mudaría con ellas o, más bien, eso era lo que deseaba. Finalmente, la profunda amistad que habían formado se había convertido en un ancla. En cuanto vio a Yolanda, comenzó a enumerarle las posibilidades y sus preocupaciones. Las idas y venidas de todo lo que llevaba

pensando desde la noche anterior. Cuando por fin Elia hizo un silencio, su amiga le ofreció cerrar el puesto y acompañarla a recorrer cuanta oportunidad creyera haber encontrado y analizar las cosas positivas, así como las desventajas que encontrara.

Visitaron la primera vecindad y, tan pronto como mencionó que era viuda, la respuesta fue: «No nos gustan los problemas, señora». Se lo dijo la casera, examinándola de arriba abajo con desconfianza. Elia se tragó el orgullo tras esa mirada que le escarbó la dignidad como una aguja fina. Le pudo mucho que fuera otra mujer, alguien como ella, quien no la considerara y le hiciera sentir que no tener un hombre era casi un pecado. Después de preguntar en tres vecindades distintas, recibieron la misma respuesta: «Una mujer sola con una hija, jum… aquí no nos gusta eso, seño». Nadie parecía confiar en que pudiera pagar puntualmente.

Se dio cuenta, al analizar con Yolanda las posibilidades, de lo difícil que sería irse. No solo por su trabajo en Jamaica, sino también porque nadie, en otro lugar, aceptaría alquilarle un cuarto sin un varón que la respaldara; como si tenerlo significara que la renta se cubriría. ¿Cuántas de sus conocidas sacaban de su bolsillo para saldar las deudas de sus maridos, que se gastaban las quincenas en la pulquería?

Regresaron a la vecindad. Se despidieron y Yolanda le aseguró que la acompañaría a la mañana siguiente a ver más opciones. Elia entró a su habitación tambaleándose, exhausta por el peso de las preocupaciones. ¿Y si no lograba encontrar algo? ¿Y si estaban condenadas a vivir siempre así con la presencia constante del Chema? ¿Con las miradas de desprecio de los vecinos? Encontró a Rosario recostada, se acercó a ella con una manta y la arropó. Se quedó un momento observándola: la joven suspiró en sueños; deseó que su hija estuviera tranquila, que no sufriera la misma incertidumbre que la envolvía. Quiso dormir, pero no podía cerrar los ojos. Su mente no dejaba de hacer cálculos: «cuánto dinero me queda, cuánto lograré juntar mientras llega el bebé, cuánto tiempo más podré soportar que mi niña viva cerca de ese infeliz que le acarrea tanto sufrimiento». Miró el

techo; una grieta serpenteaba como una promesa rota. El sonido de un grifo goteando arrulló por fin sus preocupaciones, convirtiéndolas en un murmullo lejano; como si el lento compás del agua intentara suavizar una angustia que solamente se adormecía, esperando que llegara de nuevo el alba para ocupar todos sus pensamientos.

El último libro

El portón de la escuela seguía siendo el mismo, pero Rosario lo vio diferente. Más alto, más distante. Sabía que después de esta vez, ya no lo cruzaría nunca más. El pasillo tenía ese olor a lápices gastados que tanto le gustaba. Atravesó el patio, viendo a sus compañeras reírse, soñando en voz alta con lo que serían cuando acabaran la preparatoria. Ella también había soñado con ser la primera en su familia en graduarse y demostrar que su vida podía ser diferente.

Se detuvo frente a la Dirección. Abrió la puerta con timidez y la directora la miró por encima de sus lentes.

—Qué bueno que vienes, ya te tengo el próximo libro.

Rosario bajó la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

—Es que… bueno, lo que pasa es que…

Doña Alicia frunció el ceño y dejó los papeles que tenía en la mano.

—No voy a poder seguir en la escuela, maestra.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Rosario carraspeó tratando de aclarar su garganta.

—Pues mire, voy —murmuró con un sonido apenas audible— voy a tener un bebé.

Suspiró con un atisbo de decepción, pues la historia de Rosario la había escuchado ya demasiadas veces.

—Mi mamá me necesita en el mercado.

La directora se quitó los lentes con calma, como si estuviera eligiendo sus palabras con mucho cuidado.

—Pero tú eres una de las mejores estudiantes. No podemos dejar que todo termine así. Déjame llamar a la maestra Marijose.

En cuanto la directora llegó con la maestra, Rosario ya no pudo contener las lágrimas. Por la cara que traía, se dio cuenta de que doña Alicia ya le había contado lo que sucedía. Al recibir la noticia del embarazo de Rosario y su decisión de abandonar la escuela, Marijose sintió una profunda tristeza. La esperanza que había depositado en el futuro de su alumna preferida se desvanecía; además, una sensación de impotencia la invadió al comprender que, a pesar de sus esfuerzos, no había podido evitar que las circunstancias truncaran los sueños de esta chica que, como muchas antes que ella, se había atrevido a imaginar una vida diferente.

—Creo que no hay otra opción, maestra.

—Siempre hay opciones. Déjame hablar con tu mamá; falta poco para terminar el año. Tal vez podemos conseguirte una beca, algún apoyo. Algunos conventos dirigen escuelas con horarios flexibles para mamás jóvenes.

Rosario se llenó de esperanza. Quizá al menos podría seguir unos meses y después, cuando el bebé estuviera más grandecito, terminar. Su mamá tampoco quería que dejara de estudiar, pero… ella trabajaba todo el día. ¿Quién iba a cuidar al bebé? ¿Quién le ayudaría con el puesto?

La directora se quedó en silencio unos segundos, cavilando, como si buscara alternativas en los estantes llenos de libros.

—¿Y si vienes solo en las tardes? Puedo hablar con los maestros para que te manden el material.

—No creo. El turno vespertino es mixto, y ni mi mamá me va a dejar ni yo quiero venir si también hay muchachos en las clases.

Aunque se quedó pensando en que por las tardes baja la clientela en el mercado y Yolanda siempre se queda a cerrar, sabía que esa opción era imposible.

—No queremos que te vayas.

Las dos mujeres se miraron, pensando que no vislumbraban la vida de Rosario como la de los otros relatos que se repetían; los mismos patrones de una naturaleza cíclica de la que parecía que no se podía huir.

Doña Alicia insistió.

—Debe haber algo que podamos hacer —masculló, con un nudo en la garganta.

—Además, hay otra cosa: no quiero que mis compañeras sepan lo del niño —aclaró Rosario mientras se restregaba las manos—. Vi lo que sufrió la pobre de Patricia, ¿se acuerdan de ella? Durante meses se vendó la barriga, pero, cuando ya no pudo esconderla más, Juana le hizo la vida imposible.

La directora suspiró y se dio cuenta de que Rosario no podría manejar las preguntas, el acoso y menos podría con la altivez de algunas de las alumnas que se burlarían de ella.

Marijose le tomó la mano con tristeza, aceptando que las historias no cambian; que los hilos de enredadera que todo lo embrollan asfixian; que hasta las piedras, abrazadas por la fuerza de hojas verdes que se meten entre canteras eternas, sostienen destinos que no pueden ser diferentes. Van trepando, lentamente, y aprietan y aprisionan. La desilusión les cubría el rostro como un velo suplicante. En esa chica había visto una promesa, un símbolo de fe hacia el que apuntar.

Alicia abrió el cajón y sacó esa llave que muchas veces le había confiado a Rosario para que limpiara sus libros. Caminó hasta el viejo mueble de madera, recorrió los lomos gastados con los dedos y sacó uno.

La alumna lo tomó con suavidad y aspiró su olor. El título brilló bajo la tenue luz del despacho: *La isla del tesoro*.

—Pero no sé cuándo se lo venga a devolver.

Alicia Ortega le sonrió con cierta complicidad. Había escogido justo ese porque encontraba en ella un tesoro que, si se elegían las palabras mágicas correctas, podría enfrentar todas las maldiciones y los peligros para llegar a la cueva del conocimiento; sin embargo, hay quienes bloquean el acceso a esa cueva. Parecía que la entrada había quedado obstruida para su alumna predilecta.

—No quiero que me lo devuelvas. Este es tuyo. Además, mi biblioteca siempre estará abierta para ti.

Rosario apretó el libro con los dedos. Se rehusaba a no volver. Aunque el mercado la esperara con sus aromas dulces y con el murmullo de las regaderas mojando las canastas de flores, trabajar ahí sería un exilio. «Al menos ya no tendré que verle la cara a Juana ni estar en guardia todo el tiempo. Se tendrá que encontrar a otra para amargarle los recreos», se dijo a modo de consuelo al tiempo que miraba de lejos a sus compañeras.

El sol seguía brillando como si nada hubiera pasado, pero una implacable sensación de vacío se instaló en su pecho. Le habían arrancado algo sin su permiso. Así se sentía desde que entre su madre y ella trataban de ver cómo hacer para que siguiera estudiando. Todas las posibilidades tenían algún inconveniente que Elia sopesaba con dolor, un dolor que Rosario reconocía porque lo sufría también.

Parecían no encontrar alternativas. Con un hijo en camino y Elia cargando sola con los gastos, lo que correspondía era estar allí, en el mercado, vendiendo flores, sonriendo, aunque el corazón pesara.

Su mamá dejó lo que estaba haciendo, se pasó la mano por la cara y, cansada, se sentó en una caja de madera.

—No era esto lo que quería para ti, hija.

La jovencita no respondió.

—Cuando supe que estabas embarazada… no solo me dolió por lo que te hizo ese maldito, sino también por lo que viene. —Guardó silencio unos segundos, como si le costara trabajo decirlo—. Porque lo que has encontrado entre las páginas de los libros no podrá ser. Así pasó conmigo: me embaracé muy chamaca. Y con mi mamá y con la mamá de ella, que ni siquiera pensó en ir a la escuela, su deber era ayudar a sus padres y, después, servir a su marido. Ninguna de nosotras estudió: tú ibas a ser la primera —enunció al tiempo que le acariciaba la mano con esa piel áspera que se curte de quitar espinas.

Rosario se limpió las lágrimas con la manga del suéter. El silencio les exprimió las palabras. Ya no había nada que decir.

Un ave perdida

Sola, en la estrechez de un callejón, estaba segura de que alguien la seguía, ¿o sería su imaginación? Caminó por las calles vacías y sus pisadas resonaron en el aire. Se encogió ante el negro silencio y se sintió como un ave que ha chocado con un vidrio. Prefirió andar hacia la amplitud de cualquiera de las avenidas, pero las laberínticas calles la desorientaron. Creyó ver un punto de luz rojizo, un humeante cigarrillo en las tinieblas. El destello, pequeño pero brillante, parecía ir tras ella. Aterrorizada, corrió con todo el brío del que era capaz. Aprovechó las sombras para desaparecer, metiéndose al cobijo de un portal entreabierto. Sus manos húmedas, los nervios crispados. La chispa pasó de largo junto con la silueta que ella creía que la hostigaba. Mercedes pudo por fin respirar.

Salió más tranquila de su refugio. Llegó a un estanquillo que se encontraba abierto todavía. En la esquina, dos adolescentes torturaban a un cachorro sarnoso con una vara, lo picoteaban haciéndolo gemir. Ellos mismos debieron de haber sido tratados a palos y cuerazos, ¿qué se podía esperar? Seguramente, vieron pasar su infancia desde un local de fruta o a través de los maderos de huacales rebosantes de cilantro. Quizá, con la mirada de los párpados de sus madres, maquillados como plumaje de pavo real, intercambiando caricias por monedas para no regresar a casa con los bolsillos vacíos después de ser cama de paso en la ruta de los olvidos.

Observó que uno hizo una pausa para orinar contra la pared. No le importó si alguien lo miraba, no le importó si manchaba la cantera de la plaza. En cuanto el otro de los muchachos la vio, lanzó el típico: «¿A dónde tan solita, mi chula?». La voz la hizo voltear y notó cómo al chico le empezaba a subir el deseo por el pantalón. Se quedó parada, temblando. La señora que atendía la miscelánea se percató de su agitación y la invitó a

pasar a la trastienda. Los ángulos de su rostro eran trazos de miedo que vio reflejados en el cristal sucio de la entrada.

—No te apures, hija, estos chamacos nomás se la pasan molestando a quien ven medio inocentón, como al pobre cachorro. Ya quiero ver que fuera uno de esos dóberman, a ver si le hacían lo mismo. Muy machitos, muy machitos, pero saldrían corriendo. Métete aquí y yo te aviso cuando se vayan.

Ella aceptó sin pensarlo ni un segundo. Estaba muy agradecida por haberse topado con una Sara García, una de esas ancianas que se preocupaba por el desvalido y contaba con el carácter para poner en su lugar a los vagos.

—Tienes las manos heladas, te voy a preparar un chocolatito caliente. —Le sonrió con sus encías desdentadas.

Mercedes tragó saliva para remojarse las cuerdas vocales que continuaban mudas.

—Ay, estos chamacos, siempre metiéndose en líos —comentó la señora mientras encendía el estufón—. Mira cómo trae el ojo el Juan, todo morado. Si no es con la policía, es con otros disque amigos o luego ahí andan drogados con lo que encuentran. Pobres de sus mamás que se parten el lomo trabajando pa' que estos nomás estén de maleantes, pero, eso sí, cuando les va mal, van a visitar a la Virgencita. Le llevan flores, le piden perdón y se juran hasta sobre su vida y la de toda su familia; pero, si están en una buena racha ni se acuerdan de ir a ver a la Santa Patrona.

—Tiene usted razón —confirmó la joven viendo a los muchachos con recelo.

—El que anda con lobos a aullar se enseña y estas pandillas se agarran a los más chamacos y luego ni a quién irle.

—Deme unas chelas, doña Josefa —pidió uno de ellos.

—No, mijo, mejor ya váyanse pa' su casa; yo ya quiero cerrar, se está haciendo bien tarde y mis reumas me están matando. Mañana con gusto les tengo sus Carta Blancas bien frías. ¡Órele, ahuequen el ala!

—¡Vámonos, carnales! Aquí ya doña Josefa no ofrece nada. Igual creo que ya ni traigo feria.

—Chale, pues ya ni qué hacerle, los invito a mi cantón a echar un coyotito.

Verlos alejarse le dio tranquilidad a la joven. Al pobre cachorro adolorido, también. Mercedes envolvió el pocillo de chocolate con las manos y, por fin, dejó de tiritar. Dio un par de sorbos y le agradeció a la señora Josefa su amabilidad. Le urgía llegar a casa.

Sintió que las calles la engullían y notó, con más agudeza, la pestilencia a rancio y a humedad que siempre estaban presente, pero a la que ya se había acostumbrado. Quizá el mismo temor había afilado sus sentidos. Creyó que escuchaba, veía y sentía más que nunca. Permanecía en guardia. Ya muy cerca de llegar, escuchó una voz:

—¡Buenas, buenas! —dijo con sorna. Después, carraspeó y escupió una flema.

Ella volteó a verlo. Tenía unos moretones frescos en los pómulos y otros golpes que le hacían sangrar la ceja. En unos segundos, las advertencias que su madre le había hecho antes de llegar a la ciudad le cruzaron la mente: que si los robachicos; que si los estafadores; que si los viejos libidinosos que, descubriéndose un jorongo, enseñan sus repugnantes partes privadas a las jovencitas. Pero no hubo advertencia sobre el hijo de la portera, sobre el depredador que la tenía en la mira. Ninguna alerta se asemejaba a esas manos sudorosas recorriendo su piel, a ese vaho lamiéndole la piel. Su inocencia fracturada no volvería jamás. Pasaron los días y, en los restos de la claridad difusa de su mente, decidió mejor ser osada que sumisa y que nunca más alguien le pondría la mano encima. Sabía que, sin justicia, no tendría descanso. Pensó en levantar la voz, en decir lo que ese desgraciado le había hecho. Seguramente, había sometido a otras, las había tenido a la fuerza y quizá hablarían también si veían que ella lo hacía o, tal vez, aunque lo hubieran experimentado en sus propias carnes, no se atreverían. No es tan fácil revivir algo así y pretender que los demás te crean.

Un número por nombre: 6397-42

Las ganas de una graduación, antes tambaleantes, o de soñar con un futuro y ser diferente se convirtieron en un imposible para Rosario. Evitaba salir. Prefería quedarse en el cuarto escuchando la radio que don Jacinto había reparado o leer, leer una y otra vez; su tesoro contenido en una isla. Elia la observaba. A veces la veía mirar fijamente por la ventana, soñando con escapar, aunque ninguna supiera a dónde. Las dos tenían miedo de todo lo que implicaba irse, de enfrentar nuevamente la incertidumbre y de la posibilidad de fracasar. Aun así, Elia iba descifrando el lenguaje de la vida diaria, se guiaba por el susurro del instinto y no abandonaba la idea de la huida.

Esa tarde, Yolanda había llegado de Jamaica y, junto con las demás vecinas, esperaba que comenzara su telenovela: *Teresa*. En cuanto apareció Maricruz Oliver en la pantalla en blanco y negro, todas quedaron embobadas. Dominga movía la mano para espantarse las moscas cuando sonó el estruendoso timbre. Desguanzada en su silla de bejuco, no se inmutó. Pasaron unos segundos. La chicharra volvió a sonar, pero nadie se movió hasta que se escuchó el sonsonete de Pancho Pantera, fuerte, audaz y valiente; signo de que la telenovela estaba en pausa.

La portera tomó el manojo de llaves y, con su caminar renqueante, se dirigió al portón. Entraron por el estrecho pasillo. Espaldas rectas, puños sobre macanas. En los recovecos de esas paredes antiguas, se estrelló un eco: «Jesús María Sánchez, ¡quedas detenido!». El patio se convirtió en un enjambre de susurros. Se apagó la radio en el cuarto de Rosario, los lavaderos se detuvieron y el hervor de los frijoles cesó. Justino, para variar, estaba desparpajado en la cama, ahogado en pulque. Únicamente, se escuchaban las súplicas de Dominga en medio del zumbido incesante de los

curiosos: «¿Verdad que no es cierto, mijo? ¡Esto es una equivocación! ¿A dónde se lo llevan? ¡Él no hizo nada, lo juro!». La pobre mujer no dejaba de sollozar y se atrevió a jalonear al oficial que sostenía del brazo a Chema.

—¡Su hijo agredió sexualmente a una señorita! —exclamó el policía al tiempo que se limpiaba la manga de donde Dominga lo había zarandeado. Con las manos esposadas en la espalda, el muchacho no se atrevió a voltear a verla. Sin leerle sus derechos, sin oportunidad de hablar, lo escoltaron hacia la calle de Manzanares. El gesto del oficial, que no le quitaba la vista de encima, reflejaba franca alegría:

—¡Ya te cargó la chingada, cabrón! —expresó en voz alta.

Elia y Yolanda abrazaron a Rosario. «Bendito sea el Señor», susurraron las tres en cuanto se cerró el portón.

Todos pensaron que saldría libre esa misma noche, como sucedía siempre si de justicia se trataba. Que lo verían regresar para alegría de su madre, pero no fue así; el padrino de Mercedes era abogado y se encargaría de que Chema se pudriera en la celda más inmunda del Reclusorio Norte. Rosario se dio el lujo de sentir regocijo y desprecio, pero, contrario a lo que esperaba, su enojo no se diluyó. Por un lado, odió a Chema y permitió que su corazón se retorciera de ira con la libertad que da la venganza. No lloró, pero estaba furiosa con ella misma por no haber visto más allá de una naturaleza que ahora se revelaba cruelmente obvia; porque, aunque estuviera preso, nadie podría reparar el dolor de haber visto llorar a su madre noche tras noche en silencio, de haberse sentido amenazada sin consecuencias. Desaparecieron todas las justificaciones que su mente había construido para redimirlo. También la culpa que sentía cuando él le susurraba a través de la puerta que los amigos se perdonan, que ellos eran amigos y que lo debía perdonar. Lo imaginó contra una pared. Imaginó que lo bañaban con una manguera y que tiritaba más por miedo que por la presión del agua helada que lo golpeaba. Pudo escuchar los chiflidos de los demás presos al ver la llegada de esa carne joven. Por fin, estaba en el infierno, rodeado de paredes de concreto que exhalaban el frío de la noche, castañeteando, suplicando al

sentir un cuerpo sobre él. Escuchó el eco de los gritos que ella no pudo gritar.

Elia se dio cuenta de que Rosario tenía que morderse la lengua para no estallar y buscó los ojos de su hija. Confundida, le acarició el cabello con esa mano de comprensión que tanto necesitaba.

—Hija, no me dijiste que lo ibas a denunciar.

—No fui yo, mamá, pero quizá también debería ir a acusarlo —murmuró la joven, dudando de lo que decía.

Elia dio un hondo suspiro.

—Mira, entiendo cómo te sientes, pero no querrás que tu reputación quede a merced de los chismes, ¿verdad? Además, de paso, van a criticarme por no haberte criado para ser una «muchachita decente» —le respondió, arrugando el ceño—. Quizá hasta el Chema acabe siendo la víctima y tú la puta que le jodió la vida. Además, Justino y Dominga nos harían la vida imposible. Ahora, sin él aquí, ya podemos quedarnos en la vecindad.

—Pero, precisamente, si hablo, capaz que le dan más años. Ya seríamos dos a las que atacó.

—¡Peor aún! Quedaría como el héroe que puede tener a quien quiera y le aplaudirían su hombría —agregó.

—¡Ya estoy harta de callar! —gritó Rosario enojada.

—Pues sí, pero no querrás arriesgarte a ser la comidilla del barrio, una más de las «desfloradas», de las que ya no van a encontrar marido.

—Mamá, igual se van a dar cuenta cuando me vean embarazada y ya no falta nada para que se me vea.

Tenemos tiempo y, si te fajas, no se te va a notar. Yo también tengo harto coraje, pero aquí las mujeres sobrevivimos tratando de ser invisibles. Lo demás hay que dejárselo al Señor.

—Ya estuvo bueno de achacarle todo a Dios, ¿no crees? Lo malo, lo bueno. Pa' mí que ni tiempo tiene de echarnos un lazo.

La mirada de Rosario contenía toda la frustración que, como una mordida, le clavaba dientes y colmillos y dejaba correr su veneno por las

entrañas. Además, estaban las culpas, esas que provoca el crucifijo de madera colgando de la pared sobre la cama.

El barrio tiene tres heridas: la de la memoria, la de la violencia y la huella del dolor. Había sido cosa de tiempo para que madre e hija aprendieran a sentirlas todas.

Una fotografía de perfil, otra de frente, sosteniendo un número por nombre: 6397-42. Dejó sus huellas en la prenda junto con lo demás que llevaba. Le dieron un uniforme áspero, limpio, pero claramente usado, que tenía entretejidos los gritos de los reos y los de los celadores. El ruido de los candados al cerrarse, el de los silbatos y el de las cadenas. Pasaron las semanas. La audiencia, en realidad, fue un mero trámite. No se entró en detalles. No hubo testimonio ni objeción ni evidencia. Mucho menos una transcripción que pusiera en duda la culpabilidad del acusado. Apelar no fue una opción que el abogado defensor ofreciera. Un martillo dictó sentencia. ¿Cuántos años? Los que el padrino de Mercedes quisiera.

Rosario durmió, meciéndose con el cadente arrullo de la justicia que se le hacía, aunque nadie lo supiera.

La enfermedad del corazón triste

El estado de alerta permanente en el que vivían Rosario y Elia se fue extinguiendo al ver que Chema no regresaba. Pasaban las semanas y la sombra sobre Rosario, por fin, se desvanecía. Soñaba con gendarmes y con un preso, uno, asfixiándose en el silencio de su jaula… y amanecía tranquila. Estiraba la espalda como un gato que recién se despierta, agotada por el peso en el vientre, pero ya no en los hombros.

En cambio, Dominga creía que la gente hablaba mal de su hijo por envidia. A sus ojos, de eso de lo que se le acusaba, no podía ser; era una confusión. Los hombres tienen necesidades y su necesidad fue malinterpretada. Seguro aquella muchacha lo provocó o quiso estar con él y después se arrepintió. Además, él era un buen hijo, siempre había puesto todo su empeño para ayudarle con los gastos. Pero, en la vecindad, era sabido que el empeño lo ponía más bien en gastar el dinero de su viejecita, apostando en el billar o emborrachándose con sus amigos; además, bien lo creían capaz de violar.

—Todo el mundo está hablando de mí; lo sé porque no me dejan de zumbar los oídos y se me quedan mirando —le comentó Dominga a una vecina.

—¡No! ¿Cómo cree? Y no haga corajes, que se le va a derramar la bilis, doña —le contestó, escondiendo lo que realmente pensaba.

Dominga no podía pensar en Chema como villano. «Si iba a misa todos los días de guardar», se decía una y otra vez. No bastaron las pruebas y las declaraciones de la víctima, su madre argumentaba a gritos que era una injusticia. Sus visitas a la cárcel no cesaron. Meses de burocracia y de tamborileo de dedos sobre un escritorio no lograron darle el gusto de ver a su hijo sin rejas de por medio. Cada vez que llegaba al reclusorio, las

esperanzas, apenas nacidas, agonizaban. Chema luchaba por mantenerse con ánimo frente a su madre, pero, en cuanto la veía, los ojos se le hacían llanto. A Dominga, a veces, la fuerza le flaqueaba y cerraba los puños, como si buscara algo que golpear. Se quedaba paralizada por no comprender lo que su niño hacía ahí; cuando al fin lo entendía, la invadía el desconcierto.

Saliendo de ese infierno, volvía a Manzanares. En cada recoveco, se escuchaban los jadeos propios de ese cansancio que la portera arrastraba por el patio en las mañanas.

—¡Te voy a retorcer el pescuezo si no dejas de correr! —le gritó a uno de los niños que jugueteaba. Su paciencia estaba tan agotada como ella—. ¡Estense quietos ya! —le gritó al otro.

—Deberías de ver la cara que pones cuando estás muina —le replicó la mamá de los chiquillos mientras los agarraba del brazo para llevárselos, entendiendo que a Dominga se le había acentuado el mal humor.

La vida también hizo justicia y le mandó a Justino un trombo que lo dejó en una silla de ruedas y con la baba colgando. Aunque las maldiciones no pararon y los malos modos tampoco, al menos Dominga se libró de las palizas que le tocaban cuando su marido estaba borracho. Aun así, a ella le hacía falta su Justino, que ahora habitaba una celda sin muros, donde la libertad era un espejismo que se alejaba con cada escalón imposible. Anclado al suelo, medía el trayecto en obstáculos y sus deseos en la voluntad ajena.

Habitación tras habitación, cada una, un universo. Vivir en el barrio era tener siempre algo pendiente. Una pared que reparar, una estufa que no servía, un tornillo al que había que darle una vuelta más para que lo poco que tenían no se viniera abajo. Esa narrativa propia poseía la vecindad, descarnada y purulenta, entendida solo por quienes la habitaban. Fábulas de tragedias reales se narraban cada noche; una azotea donde se arrumbaron costumbres que trataban de sobrevivir; callejones donde el crimen lucía a sus muertos como si fueran medallas, y la iglesia, el lugar para mantener los ancestrales patrones que brotaban de sus grietas mal preservadas.

Las pócimas sanadoras habían sobrevivido a las centurias y, ya fuera una enfermedad física o emocional, siempre existía un té que tendría un efecto certero. La comida, la superstición y la medicina se entretejían en aquellas costumbres milenarias del saber popular que hacían de un buen caldo de pollo la cura de las penas, o enaltecían la herbolaria para sanar la tiricia, ese mal de la nostalgia, de la falta de un ser querido. La enfermedad del corazón triste.

De eso, sufría Dominga.

Las mujeres más viejas de los pueblos conocían bien el ritual. Doña Tencha venía de una larga línea de sabias, las indicadas para aliviar la desolación. Primero, hizo una mezcla con hierbas: azomiate, capulín, Santa María, hojas de durazno, ruda, romero, marrubio y epazote de zorrillo. A continuación, las incorporó con alcohol y tabaco. Le pidió a Dominga que se desvistiera para frotarle todo el cuerpo con el menjurje justo a las doce del día. Tres curas eran necesarias para que el mal de la tiricia se alejara y se dejara de extrañar a alguien. Tencha le había hecho esta ancestral receta a Socorro para que ya no le hiciera falta Matías; a Elia, para que dejara de echar de menos su pueblo, y a Yolanda, para que la melancolía por sus hijos aminorara siquiera un poco.

El tiempo pasaba, pero para la portera la vida parecía un prisma que refractaba la luz de la nostalgia. Ya no escucha los alaridos ni a los perros ladrar. Lloran los niños, pero ella no oye y eso es peor. Se cruza con los inquilinos que acumulan juguetes rotos, muebles desvencijados, calendarios de años perdidos y flores de papel que solo guardan polvo. No se fija en las fotografías de bodas de familiares que ya no están, solamente mira la de un hijo, un hijo menos, una desgracia más. Su vecindad está saturada de santos, de intentos de mantener la limpieza, de primos arrimados y de amistades de cantina. De herramienta oxidada, de paredes cubiertas de salitre y de migrantes sin retorno. Su vecindad, la de afectos, de añoranzas, de espíritus y de orgullo, no es la misma porque le falta Chema y le sobra un Justino que ya no puede caminar.

Entre esas paredes quedan los secretos y las pesadillas, que llegan a veces en susurros con el cosquilleo del viento o en marejadas con el crepitar de la lluvia.

El primer aliento

Era una tarde inusualmente calurosa para la temporada. Yolanda vio los tobillos hinchados de Rosario, su vientre ya muy bajo y sus pechos rebosantes. Tenía la nariz ancha y sobre las mejillas unas marcas de color marrón como si se hubiera tiznado.

—Estoy segura de que es niña —le comentó.

—Y usted, ¿cómo sabe?

—Pues dicen que las mujeres le roban la belleza a la mamá, además, traes la barriga bien redonda.

La joven escuchaba con los brazos cruzados en el hueco entre el pecho y el vientre cuando un chisguete de agua comenzó a correrle por las piernas.

—¡Creo que me ganó! —exclamó, avergonzada.

—¡Ay, Diosito santo! A ver, vámonos pa' tu cuarto.

Rosario se sentó en la orilla de la cama. Yolanda reconoció ese líquido fino y acuoso.

—Mi niña, ya rompiste aguas. Voy a avisarle a tu mamá, que está en los lavaderos. Uy, se va a poner retecontenta.

La habitación se sentía más pequeña esa noche. Las paredes, que ofrecían refugio contra el mundo caótico de la vecindad, parecían encogerse, abrazando a las cuatro mujeres que compartían ese momento. Rosario, tendida en la cama, exhalaba con fuerza mientras apretaba las sábanas gastadas. Basilia, de rostro curtido y manos sabias, daba órdenes con una voz firme, la de la experiencia de haber ayudado a traer al mundo a decenas de bebés.

Elia, de pie junto a la cabecera, sostenía la mano de su hija con una mezcla de temor y anticipación, como si el mundo entero contuviera la respiración junto a ellas. Sus ojos, marcados por años de lucha y sacrificio, se

llenaban de lágrimas al ver el rostro desencajado de Rosario, su pequeña, su niña, ahora obligada a ser mujer, a punto de dar vida. Una contracción la hizo sostener el aire; después, dio resoplidos rápidos.

—Hija, respira —le susurró Elia, tratando de infundirle calma, aunque su propia voz temblaba.

Yolanda hervía trapos que le pasaba a la partera y Elia le secaba la frente a Rosario entre arcadas de esfuerzo. El aire del cuarto estaba impregnado de sudor y de la esencia de hierbas que la comadrona había hecho bullir momentos antes. Todo era un ritual ancestral, uno en el que la vida y la muerte bailaban juntas por un instante.

El parto duró dieciséis horas de dolores y agotamiento. Elia tenía el corazón encogido y, aunque se aferraba a la esperanza de que todo saliera bien, una preocupación punzante comenzó a corroerla. Ya eran muchas horas y el cuerpo de Rosario, agotado, se quedaba sin fuerzas con cada contracción. Buscaba señales de alivio en el rostro de Yolanda, pero encontró silencio e incertidumbre también. Llena de inquietud, su cuerpo tembloroso ignoraba el cansancio. Esperaba a ese bebé como la compensación de Dios por lo que Chema le había hecho a su hija. En cambio, Rosario interpretó los dolores como un castigo divino por haber rechazado a la criatura aun sin haber nacido.

—Ya viene, ya casi, puja, niña, puja —ordenó Basilia con tono urgente.

Elia sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Sus ojos se fijaron en el rostro de su hija, que se retorcía entre gemidos y gritos. Entonces, ocurrió. En medio de un último esfuerzo, un grito más profundo que cualquier otro y apareció la primera imagen del bebé. No pudo contener un sollozo al ver ese milagro: una cabecita diminuta, mojada y llena de vida se asomó. Observó, paralizada, cómo el cuerpo de la bebé salía poco a poco hasta que quedó en las manos expertas de la partera. Luego, lo escuchó: un llanto agudo, ligero y tan poderoso a la vez que llenó cada recoveco, como si fuera un canto sagrado. Sus rodillas flaquearon. Deseaba que todo lo que había vivido, todo el dolor y todo el sacrificio encontraran sentido con esta nueva

vida.

La bebé nació el 31 de octubre de 1959 tras varias horas de una lluvia tan persistente como las contracciones de un extenuante trabajo de parto; dos meses después de que Rosario cumpliera los dieciséis. Basilia colocó a la bebé sobre el pecho de la parturienta, pero esta volteó la cara. No quería verla, no quería reconocer ningún rasgo. Por fin, después de unos minutos en silencio, preguntó:

—Mamá, ¿qué es?

Elia puso su frente contra la de su hija y le dio la noticia:

—Es una hermosa niña.

—No, niña, no… —murmuró con un hilo de voz.

—Mírala tú misma.

Basilia le acercó el pequeño bulto.

Estiró el brazo y, apenas la rozó, la miró como quien está buscando algo, una pista que nadie más ve. Un atisbo fue suficiente; las manos se le crisparon y ladeó la cabeza. Mientras volvía a llorar, dijo con un tono áspero, pero a la vez confuso:

—Tiene sus ojos, mamá, tiene sus ojos.

La forma almendrada era la misma, aunque el color fuera distinto. Sintió un hormigueo que le quemó la piel. Volvió el silencio, ahora más largo que el anterior. Retiró la mano. No la quiso ver más y, a pesar del calor, se tapó hasta la cabeza.

Cuando Elia sostuvo entre los brazos a su nieta de apenas un par de kilos, pudo reconocer la forma almendrada de los ojos de su padre. No dijo nada. Se limitó a acariciar la frente de la pequeña. Enseguida, agradeció a Dios que estuviera sana y que Rosario lo estuviera también. Ya limpia y envuelta en una cobija amarilla que ella había tejido, se la acercó nuevamente a su madre. Rosario apartó la mirada. No quería verla. No podía. Cada aliento le dolía, no solo por el parto, sino por esa herida más profunda que nunca cerraría.

Elia vaciló un segundo; su corazón se desgarraba en emociones opuestas.

La niña era un milagro que se aferraba al mundo pese a su fragilidad, con la piel aún enrojecida y los ojos apretados, luchando por acostumbrarse a la recién estrenada brillantez del mundo. Pero también era el recordatorio más cruel de una herida que aún supuraba en el alma de ambas. Qué terrible debatirse entre la ternura y la rabia, entre el amor instintivo que le despertaba ese ser diminuto y la impotencia de no haber podido evitar el dolor que precedió su llegada.

—Mi niña —susurró al fin la nueva abuela.

No estaba segura de cuándo había sido la última vez que lloró. Los años le habían enseñado a endurecer el alma, a guardar las lágrimas en algún rincón donde no estorbaran. Pero, ahora, con su nieta en brazos, sintió un nudo subirle por la garganta, caliente y apretado, hasta que las lágrimas, tercas y silenciosas, comenzaron a caer. Se sentía abrumada y no sabía qué sería de ella, de Rosario, de todas, pero ese instante lo recordaría siempre.

En cambio, Rosario sintió el peso del agotamiento hundiéndola en el catre. Los ojos entornados, la piel perlada de sudor. Las voces de Elia y Yolanda se entremezclaban, lejanas, y el mundo se iba fundiendo en un murmullo.

—Te voy a traer unas hojas de clamaca, la hierba de los pechos —comentó Yolanda—. Recuerdo que, cuando nació Juliancito, me la recomendaron para las grietas que te van a salir en los pezones, porque se ve que esta niña va a ser retecomelona. Vas a ver cómo te desinflama y cierra las heridas de los primeros chupetes.

—Pero no quiero darle pecho —exclamó Rosario y cerró los ojos, sintiendo el vacío expandirse dentro de ella.

Elia, sin poder hablar, seguía acariciando a la pequeña. Sentía como si el cuarto entero hubiera cambiado, como si ahora brillara con una luz invisible que solo ella podía percibir. Su nieta era un hilo nuevo en el tejido de su vida, una promesa de futuro que parecía imposible en medio de tanto caos.

—Bienvenida —murmuró con la voz entrecortada.

En ese momento, juró que haría lo que fuera necesario para proteger a su

pequeña; sería un escudo y un refugio; el abrazo que ahuyentara el miedo; la voz que la guiara en la oscuridad. No importaba lo que dijeran los demás ni las sombras del pasado que amenazaban con alcanzarlas. Aquella niña nunca estaría sola. No dejaría que el dolor con el que llegó al mundo marcara su destino.

QUINTA PARTE

LA POESÍA

Bienvenida al mundo

El cuerpo de la niña parecía un pequeño pájaro exhausto. Su respiración era pausada, casi imperceptible, y sus párpados pesaban como si el esfuerzo del nacimiento la hubiera dejado en la oscuridad que, hasta entonces, conocía mejor que la luz. Sus bracitos, untados con el viscoso líquido que la abrigaba en el vientre, parecían alas húmedas, incapaces aún de volar. Lucía pálida bajo la luz fría de la habitación y sus diminutas manos apenas se cerraban en un puño. No lloró con la fuerza que Elia esperaba, solo emitió un leve quejido, casi un susurro. La presencia de esa criatura nueva, envuelta en silencio y vulnerabilidad, le creó de golpe un nudo dentro, como si el amor y el miedo se hubieran dado la mano.

Elia sabía de sobra que la vida es frágil, que el mundo puede ser cruel y esa pequeña criatura venía acompañada de una preocupación eterna. Se preguntó si podría protegerla, ya que no lo pudo hacer con su propia hija. Se preguntó si estaría a la altura del desafío de ser su abuela. La miró, deseando que el simple contacto pudiera decidir su destino. ¿Cómo amarla sin que el pasado ensombrezca su existencia? ¿Cómo protegerla de un origen que nunca debió ser el suyo? En ese instante, Elia comprendió que el amor por su nieta no podría disociarse de la tristeza, pero tampoco de la esperanza. A pesar de todo, esta niña merecía ser amada, dejar a un lado el recuerdo de la violencia y verla como una promesa.

Los primeros días después del alumbramiento, fueron Elia y Yolanda quienes cuidaron de la chiquita. Tan pequeña, tan indefensa, apenas un suspiro envuelto en una manta. Le daban leche en un biberón cada vez que la criatura lloraba, le cambiaban el pañal de manta de cielo y le acercaban el nudillo del índice en los labios a manera de chupón para que conciliara el sueño. Rosario no quería ni voltear a verla porque, en su rostro recién

formado, asomaba el aspecto de esos ojos; el rastro imborrable del hombre al que odiaba. No podía tocarla, no podía mirarla sin sentir que él seguía allí, acechándola en cada rasgo. Elia trataba de entender a su hija y sabía que necesitaba darle tiempo; que tarde o temprano, el instinto de madre, ese que ahora estaba enterrado bajo el recuerdo de la vejación, saldría a flote. No le molestaba no dormir. Se adelantaba en cada toma de leche para no despertar a Rosario, quien le decía que estaba cansada; aunque con el correr de los días, Elia se dio cuenta de que lo que su hija deseaba era estar lo más lejos posible de la bebé. No escuchar sus balbuceos que podrían seducirla.

Elia le pidió a Yolanda que se encargara del puesto de flores para que ella pudiera atender a la niña, que necesitaba cuidados constantes, y a Rosario, cuya alma atormentada buscaba refugio.

—Por supuesto, no te preocupes. Yo me encargo. ¿Cómo sigue Rosario? —preguntó mientras se secaba las manos en el mandil.

—Perdida, Yolanda. Perdida y asustada, pero la bebé la necesita y yo no puedo estar en dos lugares a la vez.

—No te angusties; en Jamaica, todo estará bien. Tú cuida a tu hija y a tu nieta.

—Gracias, querida amiga. Dios te lo pague.

—Y si necesitan ayuda con la niña, dímelo. Ya sabes que a veces el silencio de mi casa pesa demasiado… Me haría bien arrullarla de vez en cuando.

—Eres un ángel. La vida siempre encuentra formas de juntar a quienes se necesitan.

A la mañana siguiente, el viento jugueteaba con la ventana a medio abrir y el ruido despertó a Rosario. A un costado, el pecho de Elia se hinchaba y se deshinchaba con cada ronquido; junto a su cuerpo, se distinguía el pequeño bulto que se ocultaba. Rosario vio una manita con el puño abierto que descansaba sobre el rostro de su madre, la abuela de esa bebé a la que le costaba tanto trabajo tratar de querer. No pudo evitar conmoverse.

Con los días, su expresión se fue ablandando. Elia lo notó y aprovechó

para decirle que debía darle el pecho ahora que ya le había bajado la leche; que ya no podían darle la evaporada como lo habían hecho los días pasados porque los retortijones demostraban lo mal que le caía.

Rosario se sentó al borde de la cama con los brazos cruzados y la mirada fija en el suelo. La niña lloraba en la cuna improvisada; era un llanto delgado pero insistente que llenaba la habitación como una súplica imposible de ignorar.

—Tiene hambre —aseguró Elia con la misma falta de ilusión que las veces anteriores.

—Dale un biberón —respondió su hija con frialdad, sin siquiera mirar a la niña.

Elia suspiró. Sabía que le daría esa respuesta, pero también sabía que no era tan simple. La leche evaporada con agua y azúcar que le daba no podía reemplazar lo que la niña realmente necesitaba, además del alimento.

—Sabes que la leche de vaca le hace daño y esa fórmula rebajada la va a hacer bajar de peso —insistió pacientemente.

Rosario frunció el ceño y se abrazó más fuerte a sí misma.

—No quiero.

Elia la observó en silencio.

—No hay cura que no venga de una herida. Escúchala —susurró, inclinándose sobre la cuna—. Tiene hambre y te necesita. Y tú a ella para sanar.

El llanto se hizo más fuerte, desgarrador. Rosario apretó los dientes y hundió el rostro en las palmas de sus manos.

—No puedo, mamá —murmuró.

Elia se sentó junto a ella y le tomó el brazo con suavidad.

—No es cuestión de poder. Es cuestión de que nadie más puede hacerlo por ti. Su cuerpo reconoce el tuyo. Tu leche es lo único que ella entiende ahora.

Rosario tragó saliva.

—¿Y si no sé hacerlo?

Elia sonrió levemente.

—Tu hija sí sabe. Solo tienes que dejarla intentarlo.

El silencio se extendió entre ellas, roto solo por el llanto de la niña. Finalmente, Rosario se pasó una mano por el rostro y se levantó con un suspiro.

—Está bien… trataré, pero, si no se me agarra, buscamos a una recién parida que nos pueda ayudar.

Elia asintió, ocultando la satisfacción en su rostro.

Rosario tomó a la niña con torpeza y se sentó de nuevo. Temblaba mientras desabrochaba su blusa, pero, cuando la acercó a su pecho, la bebé dejó de llorar de inmediato y empezó a succionar con avidez.

La joven madre sintió un calambre recorrerle los senos. Era extraño, íntimo, abrumador y doloroso. Todo a la vez.

Elia le acarició el hombro con ternura.

—Lo estás haciendo muy bien.

Rosario sintió que tal vez… tal vez podía aprender a querer a esa niña que llegó demasiado temprano a su vida.

Se necesita un nombre

Cuando Rosario volvió a darle el pecho a la bebé, esta se quedó dormida.

—Shh… No la vayas a despertar —pidió, sin darse cuenta de que se mecía con la cadencia suave de la respiración de su hija.

A Elia le sobresalieron los pómulos de ébano al brotarle la sonrisa. «El dulzor de la vida viene acompañado de amargura», pensó. Sin apartar los ojos de esa escena ni dejar de sonreír, sacó a colación un tema del que ya había tratado de hablar antes: la pequeña no tenía nombre. En varias ocasiones, lo había comentado, pero Rosario le expresó sus dudas acerca de ese rito que derrama sobre los niños el amor, la bondad y el perdón que le son inherentes.

Para Elia, un alma sin nombre era un alma suspendida, sin raíz ni pertenencia. Una tarde en que la observaba, vio la fina pelusa que le cubría el cuerpo; era una piel semejante a la del durazno. La besó en la frente y, entonces, de la nada, como si alguien le hubiese murmurado un secreto al oído, pronunció: «Azucena». Sintió cómo el sonido se acomodaba en su boca. «Azucena», repitió más lento. La promesa de una vida nueva.

No podía ser otro.

Recordó que, allá, en Veracruz, había escuchado decir a su abuela que el nombre de la flor significa corazón inocente y le gustó aún más la idea de llamarla así. «Las azucenas aguantan mucho tiempo después de ser cortadas», le había dicho. Elia se transportó a esos días en que los pies se le sumían en la hierba fresca. Acarició el paisaje con la mirada y la posó en las aguas que escurrían por las veredas y que parecían juguetear como lo hacía ella en el río. Si dejaba volar su imaginación, veía a la abuela Nati, orgullosa de su «Huesitos», como la apodaba por su delgadez. Se embebía de esa imagen, de cuando le besó los párpados diciéndole que, a partir de entonces,

ella sería sus ojos porque su viejita se despedía de los suyos. Se había quedado ciega. Aun así, el eco de sus carcajadas rebotaba en las orillas de esa memoria que ahora le venía a Elia al ver a su propia nieta.

«Azucena», apenas lo pronunció, un pensamiento inquietante cruzó su cabeza.

¿Podía nombrarla sin haberla bautizado primero? ¿No era un acto de soberbia? Sintió un escalofrío al recordar las historias de su infancia en el pueblo; cuando decían que los niños sin bautizar quedaban en el limbo, atrapados en un lugar sin Dios. Miró a la niña con angustia. ¿Y si la dejaba expuesta al nombrarla sin agua bendita? Respiró hondo. No podía dejarse llevar por temores antiguos, pero, por otro lado, hablaría al respecto con Rosario en cuanto amaneciera. La bebé se removió en sus brazos. «Azucena», murmuró Elia otra vez y dibujó sus facciones con la yema del dedo para que no se borraran de su memoria, para verlas con el tacto, como hacía Nati con ella.

Elia sabía que Rosario no quería oír hablar del bautizo. Su hija había rechazado todo lo que tuviera que ver con la iglesia desde lo de Chema, pero Elia no podía resignarse. Sentía que, sin el bautizo, la niña quedaba desprotegida, como una flor a la intemperie en pleno invierno. Así que decidió que no discutiría con Rosario. No la presionaría con sermones ni le hablaría del pecado o del limbo. En lugar de eso, apelaría a algo más fuerte: el amor.

Con la bebé en brazos, empezó a hablarle en voz baja, con la calma de quien siembra palabras como semillas.

—¿Sabes, hija? Me gustaría que se llamara Azucena —se atrevió a decir, acariciando la cabecita de la niña. Rosario no respondió, pero tampoco se levantó para irse—. Porque es una flor blanca, pura. Y también es la flor de la Virgen.

Rosario resopló con impaciencia.

—Otra vez con la Virgen…

Elia sonrió, sin alterarse.

—El bautizo no es solo un rito. Es darle la bienvenida como Dios manda, con un lazo de protección a una familia más grande que la nuestra. Es asegurarle que nunca estará sola.

Rosario se removió en su silla, inquieta.

—No creo en eso, mamá, ya lo sabes. ¿A mí quién me protegió?

—No tienes que creer, pero ella sí merece tener la oportunidad de hacerlo algún día. No se trata de ti o de mí, sino de ella. De que tenga un nombre ante el Señor, de que reciba una bendición para su camino.

Rosario miró a la niña con una sombra de duda en su rostro. Elia notó el cambio y aprovechó el momento.

—No tienes que hacer nada, solo venir y estar con nosotras. Por favor, hazlo por mí, por ella, y te dejaré de molestar. Mira, lo juro, por esta. —Se llevó los dedos en cruz a la boca.

El silencio se extendió entre ambas. La niña dormía tranquila en su manta. Finalmente, Rosario suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Está bien… Pero solo porque no quiero que me sigas insistiendo.

Elia sonrió en silencio. Sabía que a Rosario todavía le era difícil admitir en voz alta que, en el fondo, también quería lo mejor para su hija.

Un buen día, con la niña envuelta en el rebozo, Rosario salió de la vecindad. Caminó un rato entre las calles empedradas y, cuando se dio cuenta, estaba frente a la Iglesia de la Santísima Trinidad. No entendió por qué, pero sintió el impulso de entrar; hacía meses, desde antes de que naciera su hija, que no ponía un pie ahí a pesar de las súplicas de su madre. El recinto estaba casi vacío; solamente dos mujeres mayores ocupaban la primera banca y, arrodilladas, se golpeaban el pecho con un fervor al que Rosario se sentía totalmente ajena, a pesar de que lo veía también en Elia. Tuvo la tentación de darse la vuelta y echarse a correr. Dudó mientras miraba las veladoras encendidas, la cera derramada como pequeñas derrotas blancas sobre el metal, el olor espeso a incienso que se le pegaba a la garganta.

Había olvidado lo que era sentirse como una hebra más de ese tejido al

que pertenecía, aun sin quererlo y sin sentir la presencia del Espíritu Santo, y mucho menos eso de que cuida de sus hijos.

Se cree que el dolor redime, pero ella no lo veía así. ¿Acaso rezar ayuda en algo? «¿Qué puedo decir, Señor? Tú sabías todo lo que me iba a suceder antes de que mi niña naciera, incluso antes de que naciera yo. Sabías lo que teníamos escrito en la frente. Hoy te ruego que le evites a mi hija todo lo malo que el destino pueda traerle. Creo que ya hemos tenido suficiente. Además, la puerta que asomaba a mi propio futuro se cerró de repente. No se la cierres a ella también». Sin darse cuenta, hablaba con Dios, a pesar de que se había prometido nunca volver a tener esa conversación porque Dios había guardado silencio.

Sin entender bien a bien por qué, entró en el confesionario. Comprobó que Azucena seguía durmiendo al calor de su espalda, como si temiera que lo que estaba a punto de decirle al cura pudiera escucharlo la pequeña. Era algo que había contado una sola vez y que nunca volvería a contar, pero, por alguna razón, ese día necesitaba decirlo. Agotada por el peso de esos sentimientos que no había logrado matar a base de mantenerlos encerrados, por aquello que marcó el principio del fin de su adolescencia, concertó una tregua consigo misma para silenciar esa voz que solamente ella escuchaba, esos susurros incesantes que, a pesar de que Chema estaba en la cárcel, parecían salir de los barrotes para llegar a ella.

A través del lambrín de madera que separa al que se confiesa del enviado de Dios, su repudio, almacenado en la respiración que pasaba por su garganta, se disparaba, retumbando con las palabras que parecían estrellarse y explotar en esa caja. En esa historia narrada con profundo dolor, el padre pudo escuchar el grito que la mano de Chema ahogó sobre la boca de su víctima.

En la voz del cura, la incredulidad iba desapareciendo y las heridas de esas balas sangraban. Imaginó la mirada suplicante de la muchacha a la que había dado la bendición en sus quince años y se le anudaron las entrañas. Después, se hizo un silencio que no se fue hasta que, en la despedida, un

tibio intento por sonreír delató los reproches en su mente: «Debí darme cuenta, debí tratar de corregir a Chema cuando sospeché de sus malos pasos». Llevaría la confesión de Rosario a flor de piel y no hubo día en que no pensara en ello, en que no fuera una tortura de la que no podía escapar.

El día del bautizo llegó. A Rosario se le entrecortó la voz desde que saludó al padre.

—¿Qué te pasa, hija? —le preguntó Elia.

—Nada, nada. Me pica la garganta porque estuve asando chiles —respondió, carraspeando para evitar el llanto.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo…

—Amén —respondieron al unísono Yolanda, Elia y Rosario mientras el agua bendita caía arriba de esos ojos que lo miraban todo con la novedad que trae el mundo.

«A-zu-ce-na», repitió varias veces con la niña pegada a su regazo. Su nombre le flotaba en la lengua y se le juntaba en los labios que se abrían en su última sílaba. Deseó en silencio que su hija, como la flor, conservara su frescura en la sombra y dejó de evitar ese pequeño rostro que hasta entonces había sido un desafío. La miró. Se le quebró la voz y se abrazó a Elia. Así se quedaron, las tres, juntas, convertidas en escudo. Como si los años anteriores a que Azucena existiera, hubiesen desaparecido.

Casa Ortega

El silencio de la habitación fue interrumpido solo por el suave respirar de la recién nacida. Rosario, sentada junto a la cuna, alzó la vista hacia su madre.

—Voy a pedir trabajo —anunció, sin titubeos.

Elia la observó un momento, reconociendo en su hija esa mezcla de miedo y coraje que ella misma había sentido años atrás. No hubo discursos. Solo un acuerdo tácito: entre las dos, harían de ese hogar un lugar posible para la niña. Pasaron unos días y, con el corazón apretado, pero la decisión firme, Rosario caminó por las calles hasta llegar a la dirección que le habían indicado. Tocó el timbre. Estrenaba una falda floreada que su mamá le había comprado en el mercado. El imponente zaguán de aquella casa exacerbó su miedo. Transcurrieron unos minutos. Escuchó el pasar de llaves en la cerradura: una, dos, tres vueltas hasta que se abrió el enorme portón de nogal bien barnizado.

—Buenos días, vengo por lo del trabajo de lavandera.

—Pues no sé si la señora te pueda recibir, está muy ocupada. Ahí espérate en lo que le aviso —le respondió una joven con mirada hosca.

Unos minutos después volvió y, con la misma mueca, le indicó que pasara. Entraron por la puerta de servicio a la cocina, que daba a un jardín sombreado por las enormes ramas de un níspero.

—Ahora regreso, no toques nada.

Celsa, la cocinera, y su hermana, Manuela, quien se encargaba de las recámaras, llevaban trabajando ahí ya varios años. Una era rolliza y muy morena; la otra, chaparrita y más delgada. Las dos, bien uniformadas, limpiaban cubiertos de plata, dejándolos relucientes mientras tarareaban la de *Si nos dejan*.

—Segurito que ni sabes que esta canción se compuso gracias a una

apuesta que hizo el papá de José Alfredo con Álvaro Carrillo —le dijo Celsa a su hermana—. José Alfredo tenía que componer un bolero; el Álvaro, una ranchera, y que escriben la de *Si nos dejan* y *Luz de luna*.

—Ay, tú y tu manía de saber todo del tal José Alfredo.

Y entre sorbo y sorbo de agua de jamaica, a Manuela se le escapaba un «…nos vamos a querer toda la vidaaa», lleno de suspiros. Se notaba que era musical porque se sabía la letra completa de esa y de las que siguieron. Hasta que, por fin, salió de la ensoñación para ir a avisarle a la señora que había llegado la nueva.

Pasaban los minutos y Manuela no regresaba. Si por Rosario hubiera sido, se habría ido; estaba nerviosa y la casa era tan grande que la inquietó aún más, pero pensar en cuánto necesitaba el trabajo la hizo quedarse.

—Celsa, pásala al recibidor —ordenó una voz melodiosa.

—Ven conmigo.

Un tanto agitada, se dejó llevar. Un lienzo de la Virgen, enmarcado en madera dorada, pendía como decoración en la altísima pared con papel tapiz *beige*. Rodearon un sillón de respaldo alto que le dijo Celsa que no tocara porque era de seda francesa y se le marcaba la grasa de los dedos. Su tono era frío; su actitud, tajante y abrupta. La miró con impaciencia para que se apurara. Rosario estaba hipnotizada por el gran candil de la entrada principal; lágrimas de cristal escurrían de la elegante lámpara; la luz del ambiente se reflejaba en aquellos prismas que la hacían dispersarse en tonos amarillos, verdes y azules.

—Buenos días, señora —saludó, sin poder sostenerle la mirada y pensando que parecía faltarle tonalidad a la piel de mujeres como esa; era como si se le hubiera deslavado el color de la canela.

—Buenos días, ¿cómo te llamas?

—Rosario, para servirle, señora.

—Y… dime, ¿dónde has trabajado antes?

—Pues, la verdad, es que, en mi casa, en el pueblo, ayudando a mi mamá desde que era bien chiquita.

—Entonces, ¿aquí en la ciudad, nunca?

—Pues sí, en el Mercado de Jamaica tenemos un puesto de flores. Sé hacer de todo y, más que nada, lavar y planchar a mano, que es para lo que me dijeron que me necesita.

—¿De dónde eres, Rosario?

—De allá de Veracruz, de Altotongo.

—¿Cuántos años tienes?

—Ya cumplí los dieciséis, señora.

—Me pareces muy jovencita y sin experiencia, pero quizá así sea mejor; aquí te moldearemos a nuestro gusto. ¿Qué te parece si probamos un mes y después volvemos a platicar? Ya te diré si te quedas, dependiendo de cómo hagas tu trabajo. Vendrías cuatro veces a la semana, de lunes a jueves, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, salvo en alguna ocasión que te quedes más por algún evento que tengamos. Se te pagará semanalmente.

Cuando Rosario escuchó cuánto le iba a pagar, pensó que con eso cubriría muchos gastos de la niña, pero le tenía que decir a la señora y ojalá le permitiera tenerla con ella.

—Bueno, es que… pues es que tengo una niña chiquita y yo le quería preguntar si… si puedo traerla conmigo.

—Pues, ¿qué edad tiene tu hija si tú eres tan jovencita?

—Tiene apenas cinco semanas y le doy el pecho. Duerme casi todo el día y no hace nada de ruido, pero todavía come a cada rato.

La señora Ortega no conocía la miseria de cerca, pero la veía en las calles, en los rostros ajenos que solía evitar. Las palabras de la joven madre le cayeron como un golpe seco en el pecho. Se quedó en silencio, sintiendo compasión.

—Puedes quedarte —respondió al fin en un tono más dulce del que acostumbraba—. Te necesito en la lavandería. Y a la niña… a la niña te la puedes traer; vamos a ver si no llora mucho.

Lo cierto era que a la señora Marina le encantaban los bebés y, en su casa, la más chiquita, María, ya tenía casi ocho años.

—Sí, señora, aquí estoy bien tempranito mañana. Gracias.

Celsa la escoltó por la misma puerta de servicio por la que había entrado. Su mirada le hizo sentir que quizá no le había parecido bien que la señora le ofreciera la oportunidad, pero ella iba feliz por haber conseguido trabajo, aunque fuera a prueba. Estaba nerviosa, emocionada y un poco asustada. «Mi primer empleo en forma en la capital», pensó, mientas escuchaba a Manuela canturrear: «Maldito corazón, me alegro de que ahora sufras y llores y te humilles por este gran amor».

Iba tan contenta que le parecía que todo aquel que se cruzaba con ella le sonreía. No había transeúnte anónimo. Todo fluía distinto. El camión llegó a la parada justo cuando ella se aproximaba. En el asiento de junto, se sentó una señora que le sacó plática. Cuando se dio cuenta, ya había llegado al barrio y caminaba, casi bailando, hacia la vecindad. «Le voy a echar muchas ganas», se dijo, para que la señora esté retecontenta conmigo y vea que valió la pena que me diera la chamba. Esa noche durmió muy poco, se despertaba a darle de comer a Azucena y el pendiente la tenía intranquila, no fuera a ser que se quedara dormida y no llegara a tiempo al trabajo.

Miércoles, nueve en punto de la mañana. Llegó a la avenida México, número 46, después de recorrer los estados de la república que bautizan las calles de la colonia Roma. Puebla, Michoacán, Campeche y Zacatecas le parecieron ajenas, pero, poco a poco, las iba a ir haciendo suyas, tanto que, con el paso del tiempo, las recorrería casi con los ojos cerrados.

Todo era como en la película que vio en el cine Cosmos: puro lujo. Luego supo que eran muebles de caoba tallados, alfombras persas de seda y lámparas importadas de Europa los que la recibieron ese primer día. Al ver el interior de la casa, se dio cuenta de por qué las dos hermanas no se daban abasto con tanto quehacer y por qué la habían contratado a ella. La señora Marina Ortega tomaba su café matinal sentada en el antecomedor, sorbiendo de una taza de porcelana con dibujos muy finitos. Le dio los buenos días cuando la vio pasar hacia la lavandería en medio de la pulcritud elegante que la rodeaba en esa estancia. Rosario no quiso verla a los ojos por

miedo a revelar sus nervios. La patrona se levantó para echarle un vistazo a la bebé que venía dormida al calor del rebozo contra el cuerpo de su madre. Le acarició la mejilla con el dedo índice.

—Está preciosa tu niña —exclamó.

Después le indicó que podía cambiarse en el cuarto de servicio, el de Celsa y Manuela; también hacer uso de ese baño y acostar a su bebita ahí, porque estaba cerca del cuarto de lavado. Entró a la habitación y vio un espejo con postales metidas en las esquinas. El texto en todas era casi el mismo: «Querida Celsa, feliz Navidad, se te extraña por acá». Así iban de año en año: 1954, 1955, 1956. La firma se reducía a dos siglas en tinta azul: C. R., y, en algunas postales, comenzaba a decolorarse sobre el papel, que también estaba perdiendo su blancura. ¿Qué secreto se anidaba tras esas dos letras? ¿Por qué no era una firma completa? Rosario empezó a imaginar toda clase de historias en su cabeza, de esas que había leído en algunos de los libros de la maestra Alicia: que si era un amante prohibido; que si un familiar peligrosamente cercano.

El amplio patio aguardaba junto con un canasto rebosante de ropa de cama. Un entramado de recio mecate de maguey, parecido a un cruce de caminos, el suyo y el de esa casa y sus habitantes, aparentaba estar esperando que le tendiera su vida al sol junto con la ropa batiéndose al aire. Varias pinzas de madera detenían el instante. Rosario las veía como pajaritos dormitando plácidamente en un alambre hasta que llegara ella a darles uso y propósito.

Ahí llevaría a cabo su ritual diario. Ahí se le formarían callos en las manos y tendría dolor de cintura por estar agachada tallando sábanas de algodón, manteles bordados y finas camisas de cuellos elegantes y puños estrechos. Ahí, sus manos morenas se agitarían siempre, laboriosas, bajo la blanca espuma del jabón. Restregaría mientras su mente se alejaba en pensamientos y deseos encerrados en burbujas flotantes de iridiscencias azules. Ahí exprimiría sus lágrimas junto con las sobrecamas y las camisas que llorarían como ella. Un trueno le interrumpiría, la tarde agonizaría en la

penumbra de las nubes y cargaría un cesto de ropa mojada en la cadera cuando le ganara el aguacero.

A Celsa y a Manuela el hambre las había corrido de su pueblo, en Oaxaca. Así, habían llegado a la ciudad, a la casa de la familia Ortega, hacía ocho años. Se habían convertido en las personas de confianza. En las manos derecha e izquierda de los señores y de sus hijos: Alfonso, Pedro y María. Celsa tenía la llave de las alacenas. A la familia le gustaba comer cosas que Rosario no conocía, pero de las que había leído. Las angulas se mandaban traer de importación; cuando vio la foto de la cajita, más bien le recordó al dibujo de los espermatozoides que alguna vez le enseñó la maestra en un libro de esos para saber cómo vienen los niños al mundo. Pensar que les gustaba comer algo así y que lo mantuvieran bajo llave, nunca lo pudo entender. ¿Quién iba a querer robarse unos espermas enlatados?

En esa alacena también se podían encontrar frascos de chiles nadando en aceite, que llamaban piquillos, pero para ella eran como los pimientos que se daban entre los arbustos en su pueblo. Había aceitunas de todos los colores, también unas latas pequeñas de paté y otras de caracoles de tierra, que más adelante supo que Celsa preparaba dentro de unas conchas que rebosaban aceite, ajo y perejil. Ese era el platillo elegantísimo que se servía cuando tenían visitas importantes. A Rosario le recordaban a las babosas que andaban por la hierba allá en el monte, pero, para sus patrones, era un plato especial. «¿Quién entiende a esta gente? Para mí, nada como un buen mole de guajolote», pensaba, aunque le quedaba la curiosidad de probar esos sabores.

Las llaves del armario de blancos las manejaba Manuela. Las sábanas y los manteles bien almidonados se doblaban con exactitud, todos parejitos, todos oliendo a jabón y a orden; igual que las servilletas bordadas con las rebuscadas iniciales de la familia: os, Ortega Sánchez. Toallas níveas y perfumadas de varios tamaños llenaban las repisas amplias, delineadas con tiras de pasalistón.

Las horas se le fueron rápido aquel primer día, entre tallar y darle de

comer a Azucena. Su ropa, lavada y tendida desde temprano, ya estaba seca, así que la juntó en el canasto para bajarse a planchar. Empujó la puerta abatible de la cocina; olía a la sopa de hongos que hervía sobre la estufa. Fue en busca de un vaso de agua de limón y vio que, en el refrigerador, se marinaban camarones y langostinos. Celsa encendió la radio y las tres escucharon las noticias de las dos de la tarde en la XEB, La B Grande de México. Rosario arrimó su silla a la ventana y escuchó mientras bebía a sorbos pequeños. Se le ocurrió preguntar por qué se había ido la lavandera anterior; mejor no lo hubiera hecho, la respuesta no le gustó nada.

—La Juana juraba y perjuraba que, en la casa, espantaban; que escuchaba ruidos y veía sombras y se moría de miedo.

Nomás eso le faltaba: encontrarse con aparecidos en alguna esquina. También pensó que quizá Celsa quería espantarla y deshacerse de ella rápido.

Esa tarde, cuando iba de salida, llegó el señor. La bocina de un claxon sonó tres veces y, de inmediato, Manuela fue a abrir las puertas del garaje. Un auto entró con lentitud, cuidando que sus espejos no rozaran la pared. Tenía cuatro puertas grandes. Su color azul claro, perfectamente pulido, contrastaba con los acabados blancos y con unas aletas traseras como de tiburón. Del impactante coche, bajó un hombre esbelto, de traje a rayas azul marino y portafolios de cuero en mano.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, Manuela. ¿Está la señora?

—Sí, señor, está en el estudio.

Don Alfonso se dirigió a saludar a su esposa; inmediatamente después, entró a su biblioteca. Manuela sacó un vaso de la cantina y, con las prisas, se le resbaló de las manos, por lo que se hizo añicos.

—Rosario, hazme un favor —solicitó Manuela—, llévale esto al patrón en lo que limpio aquí.

Era su whisky en cristal cortado con tres hielos. Rosario lo puso sobre una charolita con una carpeta de bolillo que ella misma acababa de

almidonar. Tocó dos veces a la puerta; los golpes de sus nudillos contra la madera maciza no hicieron eco y abrió.

—Con permiso, señor.

El gran salón, con vitrinas plenas de antigüedades y figuras que, de solo verlas, podían romperse, infundía respeto. El despacho olía a madera recién encerada. Rosario observó sin mucha discreción, nunca había visto un lugar tan imponente. El mentón le temblaba mientras dejaba el vaso sobre el escritorio. El silencio resaltó la autoridad que el señor le inspiró. Se notaba que era un hombre disciplinado porque se levantó de su sillón para estirar un poco la cortina que arrastraba de más en un costado y tomó entre sus dedos índice y pulgar el marco de una pintura para enderezarla tan solo unos milímetros. La muchacha notó que los libros estaban acomodados en orden alfabético en un estante y en otro por tamaños. Manuela le comentaría más tarde que el señor jamás permitía que los sacudiera.

Pájaros sin alas

Poco a poco, Rosario aprendió a palpar la envidia en el tono de voz de Manuela y Celsa. Estaban celosas de que la señora Marina se había encariñado rápidamente con ella y de que el señor, al ver lo cuidadosa que era, le pedía que le ayudara a sacudir sus libros. Recordaba a la perfección la primera vez que don Alfonso la llamó a su despacho, estaba nerviosa; acomodó a su niña en la cama del cuarto de servicio y se pegó unos cabellos rebeldes con saliva. Se presentó ante él exprimiendo el delantal entre las manos.

—¿Me mandó llamar, señor?

—Sí, pasa.

A la pobre muchacha se le abrieron los ojos de capulín y un titubeo dejó al descubierto su inquietud. Incapaz de sostenerle la imponente mirada, veía la alfombra persa que cubría parte de la madera.

—A partir de hoy, tú serás la única persona que puede tocar mis cosas aquí. Me ayudarás a limpiar las vitrinas y a reacomodar los títulos —le informó con voz enérgica, sin dejar de sostener su pluma fuente de oro entre los dedos.

Las mejillas de Rosario eran para entonces dos manzanas madurando al calor del sol; en silencio, le daba las gracias a la Virgen porque el señor no le había llamado la atención, todo lo contrario.

Las asombrosas piezas de ebanistería estaban llenas de enciclopedias, biografías y tratados de derecho. Las primeras veces que sacudió aquellos títulos, algunos impronunciables porque estaban en otros idiomas, sintió que su patrón la estaba poniendo a prueba, así que puso todo su empeño para dejar impecables las estanterías de encino. Con el tiempo, ya hasta se daba el lujo de hojear esos tomos de palabras elegantes y sobrias mientras

acomodaba sus pastas homogéneas.

En una ocasión, el señor entró a la biblioteca y la sorprendió hojeando una novela. Tímidamente, Rosario la cerró y la puso en su lugar sin decir palabra, después se limpió las manos en el algodón desgastado de su mandil. En un arranque de espontaneidad poco común en don Alfonso, estiró el brazo tomando de nuevo el libro, se volvió hacia ella y lo puso en sus manos.

—Es una historia de amor; si quieres, te lo presto.

La joven permaneció inhalando el aroma del papel; luego, leyó un párrafo. La frase se quedó en sus pupilas, quería que le sirviera de inspiración: «Aquella luz no es luz del día, lo sé muy bien: es algún meteoro que emana el sol para que sea esta noche tu portador de antorcha alumbrándote en el camino…».

El señor era un hombre de rutinas, así que Rosario sabía que, al cerrar la puerta, se iba a tomar su siesta de exactamente veinte minutos. Ella aprovechaba el momento para leer, pero estaba al pendiente de que Celsa y Manuela no se dieran cuenta. En cuanto el señor despertara, regresaría a la biblioteca, pediría su whisky con dos hielos y trabajaría un buen rato. En una ocasión, se atrevió a contarle cuánto amaba escribir y que lo hacía cuando tenía un poco de tiempo, es decir, cuando su niña dormía, a lo que don Alfonso reaccionó ofreciéndole acceso a muchos de los ejemplares que llenaban aquellos elegantes libreros, solamente los incunables estaban prohibidos.

Como cada día, al llegar del trabajo, Elia esperaba a Rosario con un chocolate caliente o un café para que se contaran cómo les había ido. Mientras tanto, cargaba a su nieta y la mimaba en arrullos y caricias. Ella curaba esa sensación de orfandad que se le había incrustado en el pecho de tanto extrañar su pueblo. A Yolanda la presencia de esa niña le curaba heridas aún más profundas; era amable y cariñosa con ella. Aunque, en la vecindad, opinaran que era muy ruda, Elia sabía que era una coraza y que, en su mente, estaba siempre el pensamiento de lo que pudo no haber sucedido, de lo que sería de ella de no haberse convertido en madre sin

hijos. Nunca entendió los planes del Altísimo y, en su corazón, encontró un lugar para Azucena.

Rosario aprovechó que su mamá y Yolanda cuidaban de Azucena para irse a leer. Desde que el señor le había dado el libro, estaba ansiosa por hallarse a solas y hojearlo. Salió de su cuarto. Unos niños jugaban matatenas en el patio y casi se tropieza con uno de ellos; iba totalmente absorta en su pensamiento, en la emoción de traer en las manos el libro prestado. Se quiso sentar en aquel lugar que hace tanto no visitaba; el lugar secreto en donde ella y Chema habían tenido el hospital de pájaros que ahora no trinaban. Ya no encontró la paz bajo el cielo inmenso que se posaba suave como un suspiro. En ese rincón del mundo, en donde un día las aves recuperaban su vuelo, Rosario ya no sentía la calma ni el latido pausado del instante. Tenía que buscar otro lugar para sus lecturas, uno que no le doliera.

«Este te va a encantar y creo que te vas a identificar mucho con la escritora», recordó para sí con la imagen de don Alfonso dándole el volumen en un acto casi ceremonioso. El libro era de Guadalupe Dueñas, *Tiene la noche un árbol*. La portada le llamó mucho la atención: un tronco del que salían ramas garigoleadas con una luna al centro y un ojo de pestañas larguísimas. Todo ello sostenido por una mano femenina con uñas puntiagudas y dos hilos de pulseras de perlas.

La jovencita comenzó a leer en voz alta: «Mientras tanto la criatura, que llevaba tres años sin cambio de agua, se había sentado en el fondo del frasco definitivamente aburrida. El líquido amarillento le enturbiaba el paisaje… cuando contempló el entrañable estuche que la guardó… una jaula vacía; se me agolpan las tristezas que viví frente a su sueño; reconstruyo mi soledad y descubro que esta niña ligó mi infancia a su muda compañía».

Rosario leyó varios cuentos más: «El sapo», «La tía Carlota» y «Prueba de inteligencia». Ya en su cuarto y a la luz de su vela fiel, terminó las ciento veinticuatro páginas de un jalón. No paró de leer, no dejó de imaginar que ella también podía escribir así, pero, después, su bebita se despertó y, con su llanto, le cayó encima el peso de la responsabilidad. Las historias que quería

escribir quedaban atrapadas en su mente; eran como esos pájaros que tantas veces cuidó al calor de sus manos y que no podían volar.

Hilos invisibles

Los primeros años pasaron como siempre: sin que nadie se diera cuenta. Un día, Azucena aprendió a sostener la cabeza; al siguiente, a caminar. *Abue,* esa fue su primera palabra. Elia sonrió con la sonrisa más amplia que haya esbozado nunca, llorando a la vez. Para ella, era maravilloso escuchar su título en voz de esa niña que consideraba un milagro en su vida. Era como si ahora que se refería a ella con ese término, fuera más suya. La chiquilla apuntó con el dedo y volvió a decirle: «abue». Pocos meses después, ya preguntaba por qué el cielo era azul o por qué el guisado sabía distinto si lo preparaba Elia.

Desde muy temprano, hubo entre la niña y su abuela una forma especial de entendimiento, una sintonía que no necesitaba palabras. Elia parecía tener una paciencia que solo las abuelas sabias conocen: no corregía, no interrumpía, simplemente escuchaba. Y, en esa escucha atenta, Azucena crecía como crecen las plantas cuando se les habla bajito.

Las tardes con Elia tenían un ritmo propio. El sol entraba por la ventana de ese cuarto en el que el aire olía a canela, a epazote y a algo más indefinible: a la paz de lo conocido. Azucena se acurrucaba junto a ella en el estrecho sillón que parecía hecho a la medida de las dos, mientras Elia le contaba historias que alguna vez le había platicado a Rosario. Su abuelo, Manuel Vidal, se dedicaba al campo. La tierra, generosa como es, le convidaba de sus frutos. En trazos perfectamente delineados por senderos de maíz, frijol y haba, el abuelo continuaba con la tradición que se había respetado durante generaciones en su familia: la siembra. En verano, ciruelos, manzanos y duraznos crecían dando sombra y entregando sus frutos maduros y perfectos. Los nogales, los capulines, el tejocote y el peral eran testigos de tiempos desaparecidos, portadores de creencias, rituales,

tradiciones y lenguajes. Jamás, en sus aromáticas tierras, se vio una fruta tirada entre las matas o pudriéndose en la polvareda de tanto que cuidaba lo que su suelo le ofrecía. Don Manuel daba gracias mirando a los cielos, daba gracias de que con la luz del sol se esponja cada cosecha. Año tras año había una promesa al esparcir la semilla; en cada temporada de recolección, le palpitaba en el vientre el sudor del campo.

—Con la venta de sus productos, el abuelo ganaba para mantener la milpa. Ya tenía a sus clientes que le compraban sus huertos completos; todos sabían del cariño con el que el abuelo Manuel cuidaba de sus tierras —le platicaba a Azucena.

Al tiempo que hablaba, Elia extrañaba aquellos árboles que habían visto la sabiduría de generaciones madurar bajo el sol. Y seguía con su relato ante los ojos grandes de su nieta, como si en esas anécdotas antiguas se escondieran claves para entender el mundo. Continuaba, como si le contara un cuento, que pastorear a las borregas era su tarea vespertina. Recorrer el monte llevando en sus manos el olor de la mazorca y de la leña, de la nuez, el toronjil y la ciruela, de la tradición heredada. Hablaba de la abuela Nati, de sus manos trabajadoras e incansables. Manos de copal y de maíz azul. Hablaba del rostro del abuelo, que, aunque escondido bajo el sombrero de palma que lo acompañaba siempre, estaba tostado por el sol que se le había metido en cada larga arruga.

—Mi abuelo miraba con respeto al atardecer cuando cubría sus campos —continuó—. Para él, era el mundo entero el que se extendía en aquellas llanuras doradas. Amanecía con el cantar de los jilgueros y cenzontles, el aroma a café de Coatepec y de Xico que le preparaba mi abuela Nati. Entre sorbo y sorbo, cuatro hembras le mandó Dios. Pies descalzos que chapoteaban en el río apurándose a crecer. Cuatro hijas que muy pronto aprendieron a trabajar y a amar ese mismo campo. Los árboles del abuelo Manuel mudaron hojas y así sus hijas, con el andar del tiempo, se mudaron también. Una de ellas, era mi madre, tu bisabuela Francisca.

Con el cansancio subido hasta los hombros y la mirada ausente de quien

camina más por necesidad que por elección, llegaba Rosario y se quedaba en la puerta escuchando sin que la vieran. Oculta en la penumbra, oía a su madre tejer historias para Azucena y sentía en el pecho un anhelo antiguo: el deseo imposible de volver a ser niña y creer, una vez más, que el mundo cabía entero en esa voz. La nostalgia de lo que no pudo ser la envolvía con un velo tibio y triste, recordándole que algunos sueños se quedan a vivir donde el tiempo ya no alcanza. En los márgenes de su cuaderno, aún había versos escondidos y, ahora, quería para Azucena ese mundo que Elia le trató de ofrecer, pero al que no pudo llegar.

Durante generaciones, habían estado acostumbradas a hacer y decir lo que los demás esperaban de ellas. Llevaban practicando toda la vida. Desde que la madre, con sus silencios largos como inviernos, enseñaba que ceder era la forma más segura de amar. Y la abuela, pétrea y lejana como una montaña antigua, había trazado fronteras invisibles mucho antes de que pudieran imaginar cruzarlas.

Rosario intentó romper y cambiar su historia, aunque la vida la arrastró de vuelta al mismo cauce. Ahora, en los ojos atentos de Azucena, en su hambre de palabras y mundos inventados, germinaba la esperanza de que, por fin, una de ellas pudiera elegir su propio destino.

Curiosidad heredada

A Azucena le fascinaba cómo la voz de Elia cambiaba al contar historias, como si cada palabra abriera una puerta secreta. No pedía cuentos, sino «una de tus historias, abue, de las que no están escritas». Y así, las noches fueron revelando que la cuarta hija, Francisca, se convertiría años después en la madre de Elia. Miraba desde muy pequeña el pueblo vecino de Estanzuela, separado del suyo tan solo por una vereda y una valla de troncos, invadida por el musgo que la humedad provocaba. La magia del poblado vecino comenzaba donde se daba el último paso en Lerdo de Tejada. Ese camino era suficiente para que Francisca sintiera que del otro lado se vivía diferente, que del otro lado se extendían las milpas en tableros tan perfectos que, si se vieran desde el cielo, tendrían un diseño geométrico impecable de tierras labrantías. Parecía que la curiosidad de las mujeres de esta familia, sobre todo la de Azucena, venía desde entonces. Lo cierto era que, desde ese otro lado, a través de los matorrales que delimitaban los dos pueblos, era al revés: la gente estiraba la vista hacia los maizales de don Manuel Vidal. Rectas cañas plenas de mazorcas en su forraje de totomoxtle levantaban la admiración de los vecinos, dedicados también a la tierra y a los granos. Ninguna milpa era como la de la familia Vidal, de equilibrio perfecto entre la pasión y el sentir por la tierra.

Los magueyes y agaves que el abuelo Manuel usaba como lindero de los huertos le regalaban su miel y su savia, que él pacientemente cuidaba, observándolos antes de la salida del tronco de flores. Esos magueyes ya habían madurado y, al cumplir los diez años, el abuelo los capaba: les quitaba el corazón para evitar la salida del quiote. Después, les hacía un cajete donde se iría almacenando el aguamiel.

—Seis meses había que esperar para luego abrir los poros de la planta:

era el tiempo de la raspada. Por la mañana y por la tarde, la cuchilla curva en sus manos navajeaba el cajete. Cinco meses más había de pasar raspando para después extraer el aguamiel que se recogía bien tempranito, antes de que le diera el sol.

—Y luego, ¿qué hacía con ellos, abue?

—Los ponía en una tina donde las bacterias hacían su trabajo de fermentación. Ese pulque madre lo ponía en una esquina de su casa, en la parte más fresca, con un trapo encima para protegerlo de las moscas y mantenerlo limpio. Lo iba alimentando con más aguamiel, cada día, con la paciencia de quien sabe cuál será el resultado. La espera valía la pena. Preparaba su pulque y solo él sabía cómo, solo él tenía la receta de su familia, transmitida de padres a hijos.

—Cada vez que algo se necesitaba de Lerdo de Tejada, era Erasmo, un joven alto, delgado y con un poblado bigote delineando su amplia sonrisa, quien se ofrecía para ir desde Estanzuela a recogerlo —le contaba Elia a su nieta—. Y es que le había echado el ojo a Francisca Vidal, mi mamá, menuda, pero con una sonrisa blanca y cautivadora que le ocupaba todo el rostro. Cualquier pretexto era bueno para mirarla, aunque fuera de lejitos —acababa diciendo.

Ante la insistencia de continuar con la historia, Elia le contó que Erasmo trataba de ser de los primeros en ir con don Manuel a comprarle pulque para sus padres, bajo el pretexto de que más tarde se acabaría, y para buscar a Francisca, quien, nerviosa por verlo, dejaba escapar una risita coqueta que hacía que se le subiera el rubor a las mejillas como a una chiquilla a la que se descubre haciendo una travesura. A Erasmo se le olvidaba todo lo que, desde un día antes, había planeado decirle cuando la tuviera enfrente. Se habían visto varias veces sin intercambiar palabra alguna. Cuando el corazón se le serenaba, cuando dejaba de respirar con dificultad, Erasmo comenzaba a silbar, quedito, como dándole una serenata a Francisca, que le ofrecía, con un gesto que suplantaba las palabras, un champurrado o un mole recién hecho, un pan de anís o un chilpachole, lo que fuera para que el

pretendiente se quedara un rato más.

Al calor de sus pocillos y sus sarapes, se pasaban horas platicando; aunque, no sin los ojos inquisitivos de don Manuel sobre ellos, que no dejaba sola a su niña junto al joven enamoradizo ni un momento. Pese a que se sabían vigilados y esto los cohibía, no faltaban las miradas, los gestos que susurraban sin hablar y el afecto que, en un principio, sintió Francisca y que, inevitablemente se convirtió en amor.

El cortejo iría rindiendo frutos y Erasmo se convertiría en amigo de la familia. Pocos meses transcurrieron para que pidiera la mano de Francisca. Se fueron a vivir al otro lado del sendero, a ese mundo que se extendía más allá de los troncos enmohecidos y que Francisca había vislumbrado muchas veces. Manuel y Natividad vieron nacer a sus nueve nietos, que llegaron al mundo en cascada.

Elia fue la quinta niña.

La confesión

Fue Elia la primera en notar que Azucena se inventaba finales distintos para los cuentos. Que preguntaba cómo se escribía tal o cual palabra, que copiaba frases enteras con una letra desigual pero decidida. A los cinco años, la niña pidió su propio cuaderno. A los seis, quería un diccionario.

—Tiene las palabras en la sangre —comentó Elia una noche, mientras Rosario lavaba los platos en silencio—. Como tú cuando eras niña.

Rosario no respondió. Solo apretó un poco más la esponja y dejó que el agua hiciera correr su alegría.

Azucena llegaba de la escuela a veces con un poema; otras, con una historia nueva que quería leer en voz alta. Elia guardaba cada papel en una caja de cartón como si fuera un tesoro: notas en las que se veían los cambios en la letra de su nieta y también en su pensar. Era cada vez más segura en su escritura, más dueña de su voz, más refinada. La mandaron a una muy buena escuela por la colonia Roma —muy cerquita de la casa de los señores Ortega—; sin embargo, aunque la escuela le dio herramientas, la curiosidad y las historias la acompañaban desde antes, desde la vecindad, las flores y las mujeres que le enseñaron a escuchar.

Rosario la pasaba a dejar de camino al trabajo y la recogía por la tarde para regresar juntas a la vecindad. La señora Marina estaba muy agradecida con Rosario, no solo porque hacía que todo funcionara correctamente en la lavandería, sino porque llegó a confiar plenamente en ella y, con el paso de los meses, se convirtió en una persona de valor inestimable. Era esa manera silenciosa pero precisa con la que cuidaba cada detalle, su lealtad inquebrantable y la dignidad con la que sostenía su jornada incluso en los días más duros lo que más apreciaba la patrona. También veían con admiración que Azucena, la niña de ojos despiertos que llegó de apenas

unas semanas a su casa, ahora leía todo lo que caía en sus manos. Pero la distancia entre ellas se estrechó aún más después de que Rosario encontrara el valor para hablar con doña Marina sobre algo que cambiaría el rumbo de su vida y la de Azucena.

Sucedió un día en que el aroma de las finas cremas que se ponía la señora por las noches seguía impregnado en las sábanas que estaba a punto de lavar. Jaló con fuerza para destender la cama y, al hacerlo, salió volando la colcha. A esa velocidad, la esquina alcanzó a tirar un frasco de perfume del tocador. El envase se hizo añicos; las decenas de pequeños cristales serían fáciles de recoger, pero el charco de aroma en el piso la iba a delatar en cuanto comenzara a flotar fuera de la recámara. Rosario abrió el ventanal de cristales emplomados y manoteó, dando amplios aletazos, para disipar el olor que le cosquilleaba la nariz. Contemplando el hueco que dejó el perfume en la charola plateada de cosméticos, decidió avisarle a la señora de inmediato y mejor antes de que Manuela le fuera con el chisme.

Bajó por las escaleras de servicio. Cruzó por la cocina, Celsa palmeaba tortillas para el desayuno; agradeció que el olor a masa sobre el comal atenuara el del perfume que comenzaba a viajar por la casa. En el antecomedor, la señora se limpiaba las comisuras de los labios con una servilleta blanquísima que Rosario había almidonado el día anterior. El señor leía el periódico como todas las mañanas. Los niños ya se habían ido a la escuela con el chofer. No sabía si, en realidad, lo del perfume era un pretexto inconsciente para poder hablar con la señora Marina. Lo que había presenciado una semana antes la tenía sin dormir. Con la confianza que le tenía a Yolanda y los buenos consejos que le daba siempre, se lo había platicado, suplicándole que no comentara nada. Yolanda le recomendó que de inmediato se lo contara a su patrona, pero Rosario se moría de miedo. Además, no había encontrado un momento en que el señor no estuviera en casa para hacerlo.

«¡Dios mío!, creo que es el momento; no me queda de otra. Ni modo de decirle del perfume y no mencionarle lo otro que es mucho más grave»,

pensó.

Regresó a la cocina, se tomó un café y, unos momentos después, escuchó que don Alfonso se despedía diciendo que no iba a regresar a comer, que tenía una junta muy importante con sus colegas para hablar de uno de sus casos. Rosario se subió a terminar el quehacer. Lavó las sábanas perfumadas, cuidando de no cortarse con algún trozo de vidrio, y las tendió al sol. En esos momentos, la azotea y el lavadero eran un buen lugar para esperar pacientemente que la valentía llegara a ella. Hasta en capilla se convirtió esa solana para hablar con la virgencita y agarrar fuerzas. «¡Ayúdame, Madre! Está reduro lo que le voy a decir a la patrona. ¿Qué debo hacer? ¿Me irá a creer? Además, con la edad, recibir malas noticias no es bueno; el corazón ya no aguanta los sustos y, aunque la señora Marina no es tan grande, pues sepa Dios cómo le va a afectar esto». Pasaron un par de horas. Rosario se puso a planchar los manteles de lino que se iban a ocupar para la cena al día siguiente. Mientras tanto, se trataba de convencer de que el tiempo pondría las cosas en su lugar y quizá era mejor no decir nada.

—¡Rosario! —llamó la señora—, ven, por favor, ayúdame a sacar las servilletas para revisar que no tengan ninguna mancha.

—Ya voy, señora —contestó, pensando que quizá debía aprovechar el momento. Celsa y Manuela estaban regando el jardín y faltaba un buen rato para que llegaran los muchachos de la escuela. María era la que salía más temprano del colegio, pero eso no sucedería hasta dentro de un par de horas todavía.

Entró al comedor. La señora comparaba un bordado con otro y hacía pruebas sobre cómo acomodar las servilletas con unos aros de plata que llevaban las iniciales AMP. Rosario disimuló su incomodidad con una falsa tos. Ella se dio la vuelta, su rostro sonriente desapareció y le lanzó una mirada interrogativa.

—¿No tienes algo que decirme?

La joven se quedó congelada, mirando sus aretes de perlas.

—Iba a decirle, señora, pero me daba miedo, la mera verdad. Es que fue

sin querer, pero, si quiere, descuéntemelo de mi sueldo.

—No te preocupes. Los accidentes suceden y créeme que no pasa nada, finalmente, son cosas materiales que se pueden reponer. Lo que sí te quiero pedir es que seas siempre sincera y me comuniques la situación cuando algo así suceda.

—Claro, tiene razón —respondió, pensando en lo otro que le debía decir. En el transcurrir de las horas, ya había cambiado de opinión varias veces y los nervios acrecentaban.

—Bueno, espero que tengas siempre la confianza de decirme las cosas. Ya llevas con nosotros un buen tiempo y, además, sabes que nos hemos encariñado mucho contigo y con Azucena; especialmente, mi esposo, que no deja que nadie toque sus libros en la biblioteca más que tú.

—Sí, muchas gracias, no volverá a suceder —titubeó unos momentos.

Recordó nuevamente las palabras de Yolanda: «La señora tiene derecho a saber y, si se entera de que tú fuiste testigo de lo sucedido y no le dijiste, se va a enojar mucho contigo; yo estaría furiosa».

En la ventana se reflejaba su rostro temeroso. Restregó las manos dentro de los bolsillos de su mandil y se quedó ahí parada.

—Quita esa cara de preocupación, mujer. Ya olvídalo. Mandaré al chofer a comprar otro perfume al Palacio de Hierro en la semana.

—Bueno, es que….

Estaba a punto de meterse a la boca del lobo, pensó que ese sería su final en la casa de los Ortega.

Las palabras de Yolanda le escurrían junto con el sudor por los costados de la frente: «Le tienes que decir a la señora lo que viste. Te aseguro que, si estuvieras en su situación, querrías que alguien te contara, por más doloroso que sea». Tenía toda la razón, pero, para contarle, tendría que romper la promesa que hizo. Ya después pediría perdón. Suspiró exhalando un aire lleno de temor. La señora Marina se dio cuenta.

—Te noto preocupada —le dijo endulzando la voz—. ¿Te puedo ayudar en algo?

La habitación le daba vueltas; dejó de escuchar y las imágenes de lo que presenció le llenaban la cabeza buscando una salida. En ese momento, decidió que estaba dispuesta a aceptar lo que le aguardara con tal de hacer lo correcto. La miró con un aire sumiso y finalmente se animó a hablar.

—Mi única intención al atreverme a hablar con usted es proteger a María —pronunció con voz de cristal.

—¿A María? ¿A mi niña? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Tiene todo que ver, señora Marina. Su semblante sufrió una metamorfosis.

—¡Dime ya, por favor!

Rosario tuvo la sensación de estar en la escena de una de las telenovelas que veían las vecinas por las tardes.

—Bueno, es que… el jueves pasado usted se fue como cada semana a tomar café con sus amigas —mencionó, aunque le hizo falta firmeza en la voz.

—¿Qué? No te alcanzo a oír; habla más fuerte.

—Decía que el jueves pasado usted salió. La escuche decirles a Manuela y a Celsa que les encargaba a la niña y a ella que se portara bien, que regresaba usted más tarde. Yo terminé de doblar la ropa y entré a la cocina a avisar que ya me iba. En ese momento, escuché que Celsa llamaba a María y le dijo: «Te me pones a jugar en lo que recojo mi cocina y, después, ni se te ocurra hacerme ruido porque voy a ver mi telenovela». María se salió al jardín y comenzó a recolectar plantas. «¿Para qué son esas hierbas?», le pregunté antes de irme. «Para hacerles el té a mis muñecas», me contestó. Me despedí de ella y me fui con la imagen de otra ocasión en que la vi llenando con agua su tetera de juguete y echando las plantitas dentro; de hecho, había pensado que servía cada tacita de plástico imitando sus ademanes, señora. «Mmm, está delicioso», la escuché decir cuando fingía tomarse el té y animaba a sus muñecas a probarlo. Cerré la puerta y, un par de cuadras después, el cielo empezó a ponerse gris. Se venía una buena tromba y ahí me di cuenta de que había dejado mi suéter en la casa. Me regresé. Como usted ya me había

dado la llave de la entrada de servicio, abrí sin tocar el timbre. Lo que vi me dejó fría.

—¿Y qué viste mujer? ¡Habla ya, por lo que más quieras!

—Quizá me estoy metiendo en terrenos ajenos, pero a mí me enseñaron que hay que decir la verdad y pues, además, yo los quiero mucho a todos y les estoy muy agradecida por estos años de trabajo.

—¡Rosario, me estás asustando, dime, por favor, qué viste!

—Bueno, cuando entré, Manuela sostenía a María de los brazos y…

Vio la reacción de la señora; se le había deformado el rostro como en cámara lenta. No era posible descifrar su gesto.

—¡Y qué, con un demonio! —gritó ya muy enojada.

—Celsa traía en la mano un chile verde cortado por la mitad. «¡Vamos a ver si después de esto no aprendes a callarte cuando te lo ordeno!», le dijo a la niña mientras le tallaba el chile en la boca.

La furia enrojeció los ojos de su patrona.

—María apretaba los labios mientras trataba de zafarse volteando de un lado al otro con la desesperación de un animalito enjaulado, pero las garras de Manuela la agarraban bien fuerte para que no se escapara. Todo ocurrió en segundos. Yo me enfurecí.

Primero, las cejas de doña Marina se juntaron; después, formaron un arco. Frunció la boca en desaprobación. No estaba segura de querer oír, de saber lo que sucedía en su propia casa y vivir con la culpa de no haberse dado cuenta. Rosario pensó nuevamente en los consejos de Yolanda, suspiró y decidió continuar.

—¡Dime que hiciste algo por mi niña! —exclamó la señora entre sollozos.

—En la estufa, hervía una olla de salsa verde a medio guisar. La rabia me salía hasta por las orejas, que se me pusieron calientes. No sé ni cómo, pero agarré la cacerola burbujeante y la aventé sobre Celsa con las fuerzas que parecían haber estado atadas mientras presenciaba aquello y que mi coraje liberó.

»La espalda de Celsa se escaldó y aullaba con gemidos de un animal malherido. Manuela le trataba de quitar el vestido ardiente. Yo corrí a abrazar a María. Me resbalé con la salsa en el piso. Traté de pararme y, pues claro, me volví a caer. Sentía las venas de mi cuello inflamadas por el enojo. María me ayudó y de un jalón me pude levantar. Las semillas del serrano que le tallaron en la boca le enrojecieron los bordes, que se le hincharon. Los labios le ardían. ¡Ay! Pobrecita, mi niña. Quería agarrar de las greñas a la maldita de Celsa o darle dos cachetadas a Manuela, pero pensé que era mejor llevarme a la niña a su cuarto y abrazarla. Gemía con la lengua lastimada.

Lágrimas amargas brotaron de los ojos incrédulos de la pobre señora Marina al ritmo de las palabras de su lavandera. Por momentos, parecía no comprender bien a bien lo que le estaba contando.

—¿Por qué no me lo contaste ese mismo día? ¿Por qué espe…? —No pudo terminar. Se pegó una y otra vez en la cabeza con los puños hechos una piedra; después, los abrió hilvanándolos a sus ojos, como queriendo tapar el dolor tan profundo por no haber visto, por no haberse dado cuenta.

Acongojada, Rosario tragó saliva para poder seguir.

—Celsa me amenazó diciéndome que, si se me ocurría contarle lo que había sucedido, algo mucho peor le haría a la niña cuando se encontraran a solas. Si usted recuerda, ese día me quedé hasta que regresó. Se le hizo raro verme aquí tan tarde, pero le inventé que me había sentido mal del estómago y me había quedado hasta que me hiciera efecto un té de anís que me había tomado. La verdad es que no quise dejar a María con esas malditas que más que hermanas son cómplices —expresó, ya en un franco llanto que la desinfló como globo que deja salir su angustia.

Aunque no pudo sostenerle la mirada, la señora Marina le preguntó de nuevo:

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Créame, señora, en cuanto la oí entrar esa noche, me encontré en una encrucijada. Le pedí consejo a la Virgen. Tenía tantas dudas. Qué tal que se

lo contaba y no me creía; después de todo, ellas llevan ya mucho tiempo aquí, son su gente de confianza. Si por alguna razón, Celsa y Manuela la convencían de que yo me había inventado todo esto y se enteraban de que le fui con el chisme, seguramente la venganza caería sobre mí y no quería ni imaginar de lo que eran capaces. Recé mientras le acariciaba el pelo a María, que lloraba con la lengua y los labios lastimados. Le di azúcar. En mi pueblo, quitamos así los sustos y lo picoso. La amenaza surtía efecto y la angustia se apoderó de mí. Tampoco quería exponer a la niña a una revancha por mi culpa; sepa Dios qué le hubieran hecho Celsa y Manuela si se veían acorraladas. Además, la niña me hizo prometerle que no le diría nada, ella también tenía miedo de lo que pudieran hacerle. Para tranquilizarla, le dije que ese sería nuestro secreto, pero, por supuesto, yo debía decírselo; créame que no hubiera podido seguir trabajando aquí callando todo esto.

La señora Marina le sonrió con una mueca no menos triste que el llanto que le siguió.

A Rosario se le encendía la sangre tan solo de imaginar que alguien pudiera hacerle daño a Azucena. Era un pensamiento insoportable, pero inevitable cada vez que recordaba lo que había visto en esa casa. Entonces, como un eco lejano que volvía con fuerza, pensaba en su madre, en Elia. En lo que debió sentir al verla volver rota, con la mirada perdida y el silencio pegado al cuerpo. Rosario entendía ahora que no hay dolor más hondo que el de una madre impotente y que ese mismo dolor era el que Elia había tragado en silencio por años. Esa herida, pensaba, no podía repetirse.

Heridas que no sanan

Llegó María de la escuela. Doña Marina corrió a recibirla a la entrada principal. En cuanto la vio, la abrazó más fuerte que nunca.

—¡Hijita, mi niña!, ¿Qué te han hecho?

María volteó a ver a Rosario lanzándole una mirada con mensajes que supuestamente solo ellas entendían. Le quitó la pesada mochila de las manos y siguió a la madre e hija por instrucción de su patrona. Ellas continuaban abrazadas entre lágrimas. Ya en el estudio, cerró la puerta.

—Quiero que me cuentes, que me digas todo —le suplicó a su hija—. Te protegeré, créeme que jamás te pondrán otra vez una mano encima —le aseguró.

María comenzó a llorar y se echó a los brazos de su madre, lo que había querido hacer tantas veces. Que adivinara el miedo en sus ojos y la resguardara como en un capullo.

La niña le contó que esa no era la primera vez que había estado acorralada entre las paredes de la cocina y las garras de las hermanas.

—Lo siento, lo siento —repetía la madre mientras se balanceaba con su hija en brazos. Rosario, tratando de ser prudente, se alejó unos pasos y observó la escena consternada y dejó escapar amargas lágrimas. Con la luz del ventanal emplomado a sus espaldas, María le repetía a su madre:

—¡Te juro mamá que me porto muy bien, te lo juro! Lo que pasa es que a veces juego a las escondidillas con mis muñecas y, entonces, echo un grito de emoción cuando las encuentro en alguna esquina en donde yo misma las escondí —explicó llorando.

Llegó don Alfonso. Entró como siempre, distraído con sus propios pensamientos. En cuanto doña Marina lo vio, se levantó del sillón en el que tenía abrazada a María, sin haberla soltado ni un segundo.

—Hola, mi amor, tenemos que hablar —le dijo con la voz entrecortada por el llanto.

—¿Qué pasa? —inquirió preocupado en cuanto su esposa se le echó encima en un mar de lágrimas.

Volteó a ver a María que también lloraba, mirándolo estremecida. Rosario se quedó inmóvil, manteniendo una postura rígida por el nerviosismo mientras esperaba a que la señora terminara de contar la noticia de lo ocurrido. Él escuchaba con los ojos cerrados, como si quisiera que se detuviera la conversación, que no fuera cierto lo que estaba oyendo.

Se llevó las manos a la espalda, caminó unos pasos viendo fijamente el suelo y volvió sobre ellos.

En cuanto Marina terminó de contarle, Alfonso gritó con una voz que jamás se le había escuchado:

—¡Las corres en este mismo instante, que saquen sus cosas y se larguen! ¡No quiero verlas aquí ni un minuto más!

Observó a su hija con ahogo y la abrazó fuerte, la aprisionó entre sus brazos dándole la protección que en otros momentos necesitaba. Sentía una pesada opresión en el pecho y trató de no llorar frente a ella. Después, turbado, tardó unos segundos en reaccionar; hizo un amago por hablar, pero ya no pudo. Se dirigió a su biblioteca azotando la puerta tras de sí. El sonido seco resonó en toda la casa. En la cocina, la tensión de Celsa y de Manuela, que se miraban asustadas, aumentó cuando se escuchó un desgarrador grito proveniente de la biblioteca. La culpa también asfixiaba a Alfonso. En la cara de su esposa, se dibujó una honda preocupación. Rosario abrazó a la niña, tratando de darle un poco de serenidad. Luego, doña Marina entró a verlo. Dejó la puerta entreabierta, lo suficiente para que Rosario alcanzara a ver lo que pasaba. Él boqueaba como los peces del río tratando de respirar. La rabia se le mezcló con la dolorosa conciencia de no haberse dado cuenta de lo que sucedía con una de sus personas más amadas. Parecía que estaba a punto de darle un ataque al corazón; sí, su corazón estaba ajado. Marina lo abrazó y se quedaron así un buen rato. Él rompió a llorar. Finalmente, ella se

animó a decir lo que los dos tenían en la cabeza.

—Pensar en el temor con el que vivía nuestra niña en su propia casa, debajo de nuestras narices —murmuró desolada.

Él la abrazó más fuerte, dejando que se le quebraran los nervios templados que supuestamente tenía.

—¡Celsa, Manuela, vengan aquí de inmediato! —gritó la señora con autoridad, imprimiendo en esas cuantas palabras toda la rabia acumulada.

En cuanto las hermanas pasaron hacia la biblioteca, cruzaron miradas retadoras con Rosario. Doña Marina no podía creer la actitud de las agresoras de su hija que, sabiéndose descubiertas, no mostraban arrepentimiento alguno. La rabia enrojeció su piel de nácar. Habían sido años de confiarles su casa, sus cosas y lo más querido, su niña. Parecía que no se daban cuenta del daño que le habían hecho, de cuánto las habían lastimado a las dos. Rosario se quedó observando por el hueco que dejó la puerta apenas emparejada. Parecían no inmutarse, la desfachatez con la que reaccionaban encendió aún más a la madre, que rascaba un poco de arrepentimiento en esos ojos y en esos semblantes que no se alteraron ni un poquito, pero no halló nada. El rencor fue cavando un hueco hasta llegar al fondo de su alma, enfureciéndola como jamás pensó ser capaz de sentir enojo, pero el instinto materno estaba más presente que nunca y una madre a la que le tocan a sus hijos puede no reconocerse a sí misma.

María las miraba, resguardándose tras el delantal de Rosario, contraída, muerta de miedo, suplicando con su gesto que ya se fueran. La señora Marina notó su presencia, volteó a ver a su hija y sus ojos se transformaron, llenándose de infinita ternura; después, les sostuvo la mirada a las hermanas y comenzó a interrogarlas.

Sus miradas no cambiaron, seguían desafiantes. «Su papá les hubiera dado un buen cinturonazo o mínimo un par de azotes con la reata», pensó Rosario. Pobre de su patrona, les hacía preguntas tratando de entender cómo fue que se habían atrevido a hacer algo así, cómo habían podido atormentar a su niña si se suponía que le tenían cariño, que estaban para cuidarla.

—Pues usted los tiene muy consentidos —respondió Celsa con tono irónico. Esto acabó con los nervios, ya de por sí rotos, de doña Marina. Sin un ápice de arrepentimiento en su conciencia, ni un gesto de remordimiento, Manuela replicó soltando una risa tan conspiratoria como lo había sido su participación en las maldades a María.

Rosario trató de despegarse de la niña para dar espacio a sus patrones para estar solos con ella, pero no pudo, así que la abrazó con más fuerza aún. Estaba aterrada, apretujada contra ella, como si quisiera desaparecer.

—Ya pasó, mi niña, ya pasó —le dijo mientras le acariciaba el cabello intentando calmarla.

El señor Alfonso rehuyó la mirada de su esposa, le costaba trabajo mirarle la tristeza. Sus puños revelaban una profunda impotencia. Le dio un largo trago a su whisky, pegó la espalda en la puerta y la cerró con el empujón. Se pudo escuchar el roce de su saco contra la madera, se fue resbalando lentamente hasta sentarse en el piso.

La señora las echó a la calle. Era el mes de enero y, al abrir la puerta para que se fueran, el ambiente gélido, por fin, se fue con ellas. El sosiego comenzó a sentirse en cuanto salieron. Rosario relajó los hombros y María dejó de llorar.

Días más tarde, los Ortega no podían evitar mirarse con culpa, se reprochaban no haber visto antes lo que ocurría bajo su propio techo. La idea de que María hubiera sufrido en silencio les pesaba como una deuda imposible de saldar.

Al mismo tiempo, sentían un profundo agradecimiento hacia Rosario, cuya mirada atenta y corazón firme habían protegido a María cuando ellos no pudieron hacerlo. Gracias a ella, se había puesto un alto al maltrato constante que había sufrido su hija. Rosario había sido todo lo que ellos no vieron a tiempo. «¿Cómo agradecemos algo así?», pensaron y tomaron una decisión que los dejó tranquilos: pagarían los estudios de Azucena.

—Es lo menos que podemos hacer. Además, hemos visto lo curiosa que es y cuánto le gusta leer incluso a su corta edad. Déjanos ayudarte con esto,

que para nosotros es una muestra de gratitud —declaró la señora.

Para Rosario, esa generosidad fue como si, de pronto, el mundo tan severo hasta entonces le abriera una rendija de luz.

El secreto ya no duerme en la cuna

Seis años habían pasado desde su nacimiento y el mundo de Azucena se ensanchaba, pero volvía siempre al regazo de su abuela que le hacía cosquillas en la barriguita para hacerla reír. Y, en cada vuelta, traía algo nuevo: una palabra recién descubierta, las mejillas hinchadas de frijoles con una pregunta o con una ilusión que compartir. Elia respondía con lo único que sabía ofrecer: tiempo, atención y ternura. Entre libros, historias y tardes soleadas, crecía el cariño de una abuela que supo ver que Azucena tejería con hilos invisibles el legado de tres generaciones. Por su parte, Rosario entendió que los hijos tienen la puerta abierta al corazón de sus madres y su niña ayudó a que el suyo se ablandara otra vez desde que esa boca diminuta se aferró a su pezón, buscando el calostro. Esa oleada de amor y perdón se transformó en una forma de amnesia. Como el mar que lame la orilla, los malos recuerdos llegaban, pero se iban apenas tocar la tierra.

Sin embargo, llegó el momento que tanto habían temido Rosario y Elia. Una tarde, mientras jugaban en el patio, Azucena alzó la vista con esa seriedad que a veces le brotaba sin aviso.

—Abuela, mamá… los otros niños tienen papá. ¿Y el mío? ¿Dónde está mi papá? —preguntó.

Las dos mujeres se miraron fugazmente, como si la pregunta hubiera sido una piedra lanzada al centro de un lago quieto. Rosario esbozó una sonrisa forzada y le habló de las flores que brotaban junto al muro. Elia sacó una muñeca vieja del cesto de ropa y se la ofreció igual que si fuera un tesoro recién descubierto, pero Azucena no se distrajo.

—¿Mi papá no me quiere? ¿Se fue? ¿Está muerto? —insistió con la obstinación dulce de quien no comprende el peso de lo que pregunta.

Rosario sintió que le temblaban los dedos. Elia le acarició el cabello en

silencio, entendiendo que, al menos por un tiempo, habían logrado que el mundo fuera sencillo.

Rosario respiró hondo y, sin mirar a su madre, murmuró:

—Tu papá ya no está con nosotros, mi amor. Se fue al cielo cuando tú aún no habías nacido.

Elia asintió despacio, reforzando la mentira con ternura. Azucena, confundida, las miró.

—¿Y por qué? ¿De qué se murió? —preguntó bajito.

Rosario tragó saliva.

—En un accidente. No pudimos hacer nada.

La niña guardó silencio unos segundos, tratando de asimilar la información. Luego abrazó su muñeca y susurró:

—Las he escuchado hablar de vez en cuando de alguien que se llama Chema… ¿Él es mi papá? ¿Ya no lo voy a conocer nunca?

Rosario sintió que algo se le rompía adentro, pero logró sostener la voz.

—No, mi amor, pero él te quiso mucho desde que supo que venías en camino Elia tomó la palabra, acariciándole la mejilla.

—Pero estamos nosotras aquí para cuidarte por él, para darte todo lo que puedas soñar.

Azucena asintió, más por confiar que por comprender. Rosario supo que, algún día, los cuestionamientos volverían, aunque, por ahora, bastaba con esa media verdad.

Con el paso de los años, las preguntas de Azucena sobre su padre regresaban como ecos lejanos que, aunque apagados al principio, volvían con más fuerza en cada etapa de su vida. A veces, surgían en medio de una conversación casual; otras, en silencios cargados de nostalgia, pero ni Elia ni Rosario estaban listas para enfrentar esa verdad. Entre excusas vagas, cambios de tema y relatos inventados, ambas construyeron un muro de pretextos que protegía a la niña de una historia demasiado dolorosa, mientras cargaban en silencio el peso de una ausencia que nunca supieron cómo nombrar. Azucena insistía, pero las telarañas que tejían esa historia

cada vez eran más difíciles de desenmarañar para explicarle a una jovencita algo de lo que no se debía enterar nunca. Quizá ese secreto era el que las vinculaba aún más que la sangre.

Para distraerla, Elia recurría a los recuerdos de su propia infancia en el pueblo. Le hablaba con tanto detalle que Azucena terminaba olvidando su pregunta, sumergida en aquellas imágenes que le pintaban un mundo antiguo y simple que comenzaba casi siempre con las mismas frases: «Cuando yo era chamaca, el tiempo corría lento como lo hace en los pueblos donde no hay tráfico ni tumultos ni prisa como aquí; donde se vive y se siente a otro ritmo y el aire parece que abanica los aromas de los plantíos y del campo que es sagrado. Yo corría por la breña sin rumbo y me bañaba en los ríos a la luz de la luna. Allá, los huertos se extienden dando color al día y todo es calma».

Y así podía seguirse por horas, platicando de su infancia ante el asombro de Azucena. Tenía mucho que contar porque, para el abuelo Manuel, Elia siempre fue especial. Había nacido chiquita y enclenque, con la piel pegada a los huesos, como si no se hubiera esponjado en el horno; por eso, él quería estar cerca de ella para protegerla, para estar al pendiente de que la engordaran, lo cual nunca sucedió. Creció así, delgada y a punto de quebrarse, pero más fuerte que sus ocho hermanos. De piel de aceituna, cara alargada y cabello azabache, don Manuel también la llamaba «Huesitos», con el cariño de un abuelo que, preocupado, ofrecía a su nieta un taco hecho con las tortillas palmeadas por Natividad, la abuela, esas que todos se arrebataban antes de que acabaran de inflarse.

—Cuéntame más —le pedía Azucena.

—Cuando no me sentaba a coser con mi madre, estaba espulgando frijoles o echando machincuepas y enredándome en la ropa recién tendida al sol. Mi pasatiempo favorito era jugar alrededor del enorme árbol de encino que ocupaba casi todo lo ancho de la vereda principal del pueblo y al que había que rodear para llegar a casa de los abuelos. El encino se levantaba altísimo, como si tocara el cielo y yo no dejaba de contemplar sus flores

salpicadas entre las hojas. La corteza de su tronco, escamosa y grisácea, era lo que más me gustaba porque podía desprenderla con facilidad en tiras a las que les encontraba formas —le contaba Elia, mirando al techo, como si ahí se dibujaran sus recuerdos. Luego, continuaba.

»Siempre fui curiosa, como tú, y eran esas ganas de saber de todo las que me aplacaban el miedo cuando el abuelo nos contaba las historias de su juventud. Los niños nos arrejuntábamos, como nosotras cuando tenemos frío, abríamos los oídos y escuchábamos sin parpadear; todos rodeando al abuelo que nos daba *tenmeacá* cuando mi mamá se lo encargaba. Con la voz rasposa por el pulque, comenzaba diciendo: «¿Ven ese árbol, el encino? Pues ahí mero, en sus ramas retorcidas, los gringos colgaron a muchos hombres cuando se les enfrentaron por órdenes de Santa Ana para defender lo nuestro. Venían de una guerra que perdimos, pero no dejaron de pelear. Varios de los presos terminaron en estos tallos que ven aquí mero, no sin antes haber recibido culatazos y ofensas, pero ellos seguían peleando con puños y piedras, tratando de defender la tierra». El abuelo nos hacía ofrecer respetos a los difuntos persignándonos y orándole al Cristo postrado en un pedestal de madera amarrado al árbol: «Fueron muchos y la luna los lloraba», decía.

—Ay, abuela, qué cosas tan tremendas les platicaba.

—¡Nombre! Y lo contaba como si él mismo hubiese sido testigo, como si ahí hubiera estado, detrás de los matorrales, observándolo todo y, aunque su historia era casi la misma siempre, los morrillos no nos cansábamos de escucharla y de morirnos del miedo cada vez. ¿Cuánto de lo que nos contaba era verdad y cuánto imaginado? En realidad, no importaba, lo cierto era que todos los chamacos nos quedábamos paralizados, chorreando sudor y bien entretenidos. Espantábamos los mosquitos que nos traía la humedad, pero no pestañeábamos hasta que mi mamá nos echaba un grito, anunciando que estaba lista la comida.

Azucena se quedaba dormida al arrullo de las palabras de su abuela y Elia miraba con nostalgia por esa ventana desde donde no asomaban ni las

hileras de mazorcas, ni el arroyo, ni los nogales. Entre más le contaba a su nieta acerca de su niñez en Veracruz, más extrañaba el olor a ocote quemándose y la cara de Francisca, su madre, atizada por el fogón. Extrañaba acarrear agua, extrañaba las veredas, la humedad, las víboras de cascabel y los paliacates en la frente deteniendo el sudor de los años.

Donde empiezan las alas

Azucena había crecido y, en su cuerpo delgado, Rosario adivinaba la huella de los años que se les habían escurrido entre las manos. Sus trenzas infantiles habían dado paso a un cabello rebelde y sus mejillas redondas se habían afinado, como si la vida, poco a poco, comenzara a reclamar su inocencia.

Ya habían pasado ocho años desde que Rosario le dijo que su padre había muerto. Aun a sus catorce, esa pérdida le había dejado un vacío que solo calmaban las historias, los personajes, los mundos distintos que leía y que imaginaba como propios. Un padre ausente es un dolor traicionero que aparece cuando se cree ya haberlo superado. Hace ensoñar los escenarios más improbables de reencuentro. Era una constante el deseo de ver esa línea angulosa de la espalda y los hombros que Azucena imaginaba. Palabras punzantes que, clavadas como espadas en el pecho infantil de niña, resonaban ahora en sus oídos adolescentes.

El héroe, el que todo lo sabe, el que la defendería del mundo entero si fuera necesario, la había abandonado antes de que ella naciera. Los cimientos apenas erigidos en la infancia se tambaleaban. Confusión, impotencia y, pasado el tiempo, rabia. Una opresión en el plecho le venía cada vez que pensaba en él; a veces, de anhelo; otras, de ira por haberse muerto. Con la ayuda de sus múltiples lecturas nocturnas, el pensamiento de un padre al que nunca conoció desaparecía por fin en una exhalación, como quien le sopla a un diente de león, pero sin poder nunca sacar de su alma a ese hombre cuya memoria cuidaba como quien cuida una tumba imposible de olvidar.

En el catre, ya sin su mamá abrazándola, se desvelaba leyendo, haciendo las tareas y soñando despierta, como cualquier adolescente de su edad. La

secundaria quedaba un poco lejos. El camino de ida y vuelta era largo, pero valía la pena. Era una de las mejores alumnas y, cada fin de curso, le llevaba sus calificaciones a doña Marina, quien estaba cada vez más contenta de haber decidido pagar su educación. Azucena se había acostumbrado a algunas comodidades que la patrona le ofrecía, alejándola de las carencias propias de su clase social. De alguna manera, vivía en dos mundos: uno irreal, brindado por aquellos buenos patrones, y el que se le presentaba cada noche en la vecindad. Rosario se encargaba de hacerle hincapié en que, aunque los Ortega las quisieran mucho y las consideraran de la familia, jamás dejaría de ser la hija de la servidumbre. La joven era muy inteligente y comprendía lo que su madre trataba de inculcarle y, por eso, el deseo de superación la acompañaba día con día.

El recibimiento al nuevo ciclo escolar lo dio la maestra Georgina, la profesora de Literatura. Los alumnos se levantaron de los pupitres en cuanto entró al salón. «Buenos días, maestra», exclamaron a una sola voz. «Se pueden sentar», respondió, sonriendo. A continuación, pasó lista; así, Azucena se enteró de los nombres de sus compañeros, casi todos con apellidos dobles y de abolengo que venían de colonias aledañas como la Roma y Polanco. Un poco intimidada, respondió cuando se pronunció su nombre, tan simple, tan sencillo. La clase comenzó cuando la maestra preguntó:

—¿Quién quiere dos puntos más en la boleta? —Todos levantaron la mano —. Se los va a ganar quien entre al concurso de cuento que organiza la red de escuelas del Valle de México.

En cuanto acabó de decir la oración, casi todos bajaron la mano. Quedaron solamente tres con el brazo en alto.

—Muy bien —dijo la maestra Georgina—, tienen tres semanas para entregar sus trabajos, sin importar si ganan o no, yo les subiré los dos puntos por participar.

En el trayecto de regreso a casa, Azucena no hizo más que pensar de qué podía escribir, qué historia podía narrar. Se le ocurrieron varios temas,

aunque, de inmediato, los desechaba, encontrándoles algún pero. De entre todos los libros que había leído en la primaria, alguno tenía que servirle de inspiración: el *Popol Vuh* o *El periquillo sarniento*. No, no, ninguno de los que les habían dejado leer como tarea hacía que su imaginación se nutriera para poder escribir el cuento. Se concentró en los títulos que obtuvo de la biblioteca de don Alfonso: *El principito*, *La metamorfosis*, *El diario de Ana Frank*, *Mujercitas*. Sabía que lo difícil era escribir la primera oración; la apertura de una historia que ni siquiera tenía muy clara y que no sabía hacia dónde iba a ir. «A ver, a ver, piensa, piensa y escribe. Lo que se te ocurra, lo primero que venga a tu mente», se dijo, y se dispuso a escribir:

> Sentada en la repisa de un aparador que cada día acumula más polvo, veo pasar a una niña que se me queda mirando…

Por fin la primera idea, y continúo:

> Pasaban las semanas y, desde la vitrina, observaba a la gente; algunos se acercaban para ver bien los números escritos en un cartón a mi lado. Era lo que yo valía. Un día, la dependienta de la juguetería me tomó de la cintura y me metió en una caja. La oscuridad era absoluta y tuve miedo. Traté de empujar la tapa, pero no pude; un listón rosa cruzaba de lado a lado, imposibilitando la salida.

Entre más escribía, más imágenes venían a su cabeza:

> Transcurrieron los días y mis piernas de trapo se acalambraron de estar en la misma posición, además, el aserrín que me envolvía se enredó en mi cabello. Al menos no tenía frío ahí dentro, pero no saber a quién me habían vendido me hacía sentir unos escalofríos que me recorrían de la cabeza a los pies. Escuchaba voces a mi alrededor: un hombre y una mujer tratando de decidir cuándo entregarme, mientras yo me asfixiaba ahí dentro.

Las palabras llegaban a Azucena sin buscarlas y su mano cambiaba de línea,

apresurada por seguir:

—Yo creo que se la daremos cuando se despierte —proponía él.
—No, mejor cuando regrese de la escuela —sugirió la voz femenina.
Varias horas de silencio absoluto me hicieron pensar que me habían abandonado, pero, de pronto, las voces volvieron. Ahora había una tercera.
—¡Feliz cumpleaños! Adivina qué es —pidieron a coro las primeras dos voces.
En ese momento, sentí un movimiento brusco. Un terremoto me zarandeaba de un lado a otro: no sabía qué estaba pasando. Me golpeé la cabeza con los extremos de la caja; primero, con el derecho; luego, el izquierdo; otra vez con el derecho. Instantes después, todo paró.

Ya no había freno. El lápiz seguía dibujando letras de una historia que salía a borbotones de entre sus dedos:

Escuché cómo se deslizó suavemente el listón que mantenía la caja cerrada. Sentí que se abría; la luz lastimó mis ojos y yo inhalé una larga y profunda bocanada de aire. De pronto, una pequeña me tomó entre sus brazos.

Releyó varias veces el cuento. No sabía si era mejor dejarlo guardado en un cajón. Le intimidaba saber que otros lo iban a leer, que iba a ser sometido a juicio. Finalmente, decidió entregarlo el día que les habían dado como límite. Estaba contenta de haber logrado escribirlo; ese ya era premio suficiente. Pasó la lengua por la goma de la pestaña del sobre, lo cerró y lo entregó. Un momento después, quiso recuperarlo. Demasiado tarde, ya lo habían puesto con los demás en la caja que iría sellada al concurso.

Dos semanas después, la maestra entró al salón con una enorme sonrisa.

—Silencio, muchachos, por favor. Tomen sus lugares. Me da mucho gusto anunciarles que el ganador del premio de cuento es uno de ustedes.

Azucena se puso nerviosa, nunca consideró siquiera la posibilidad de llegar a ser finalista. Seguramente, era uno de sus compañeros, otro de los alumnos que había mantenido la mano arriba cuando se les invitó a

participar. En eso pensaba, cuando la maestra la llamó al frente. Un momento después, entró la directora y un señor que traía un fólder en la mano.

—Azucena, quiero, en nombre de esta secundaria, felicitarte por tu participación en el concurso de cuento y por haber ganado el primer lugar, con mención honorífica. El representante de la Secretaría de Educación Pública te hará entrega de tu diploma, una medalla y, por supuesto, tienes dos puntos más en la clase de Literatura.

No estaba segura de haber escuchado bien. ¿Había ganado? La noticia le llegó como un eco, confusa, difícil de asir, tanto que dudó incluso de haberla entendido correctamente. Unos días después, ya en la ceremonia de premiación, todo adquirió una forma concreta. El auditorio, los aplausos, su nombre pronunciado en voz alta. Hizo falta que la maestra Georgina le indicara que sonriera para la fotografía que estaban a punto de tomarle mientras recibía el premio, todavía incrédula. Sintió en ese instante el placer del descubrimiento. Podía escribir. Podía escribir. Por fin, una certeza a la que se aferraría.

Rosario recibió la noticia y sonrió apenas, apretando los labios para que la emoción no se le desbordara. Asintió, acariciando el brazo de su hija con una ternura que guardaba más de lo que mostraba. Por dentro, sin embargo, el orgullo y la tristeza se entrelazaban, recordándole que, aunque ella había tenido que dejar ir muchos sueños, Azucena estaba aprendiendo a escribir los suyos. Lo leyó varias veces cuando ya todos dormían, de noche. Acarició con los dedos cada palabra, como si fueran las que a ella le había tocado callar.

Llévame si quieres hasta el fondo del dolor

La llegada de la menstruación de Azucena preocupó a Rosario. Ese sangrado quería decir que los pechos comenzarían a crecerle y que los hombres dejarían de verla como a una niña.

La joven se miró en el espejo: su cuerpo estaba cambiando. Aquella primera regla le duró seis días. Al principio se asustó, pero luego recordó las palabras de su mamá y entendió que aquello formaba parte de lo que alguna vez le había explicado. Rosario había decidido no seguir el ejemplo de su madre, quien había crecido entre silencios heredados; por eso optó por guiar a su hija con la convicción de que, al hacerlo, honraba a las mujeres de su propia familia, a todas aquellas que pasaron por los mismos cambios sin poder nombrarlos. Para ella, romper ese silencio no era solo un acto de cuidado, sino un gesto de lealtad hacia la memoria de su linaje.

Rosario le preparó un té de jengibre y Elia le acomodó unos paños de romero caliente sobre el vientre, mientras le advertía que, en esos días, no se acercara a la leche porque «se corta» y que no fuera al mercado de las flores porque «las plantas se mueren».

Los cambios se producían a gran velocidad y Rosario veía a su hija dejar la infancia atrás. Esos cuatro o cinco días de cada mes la hacían crecer y le moldeaban las caderas, pero también daban forma a los miedos de Rosario, que había aprendido de la peor manera que la virginidad no se pierde ni se cede: te la quitan.

Azucena se acomoda los tirantes del vestido, nerviosa. El espejo no le devuelve bien la imagen, como si estuviera empañado. Se pinta los labios de carmín, pero el color parece desvanecerse al instante. Sale dando un portazo; Rosario grita:

—No llegues tar… —No alcanza a terminar.

Ella y sus amigas caminan. Ríen, pero no se entienden las palabras. Anillo de Circunvalación parece más largo de lo normal, como si nunca fueran a llegar. El lugar es El Consalero, lleno de luces y voces. El dueño las acomoda en una mesa sin verlas a los ojos. Azucena habla de pedir cerveza, pero ya hay tres caballitos de tequila frente a ellas.

Una mujer canta. Roja de labios, de uñas, de vestido. Se pasea entre las mesas como si no tocara el suelo. Su falda le aprieta las caderas y su collar brilla con cada nota. Azucena la mira, hipnotizada. Las paredes parecen moverse con su tono.

Un mesero les deja más tequila. Desde la esquina, un muchacho alza su copa. Es alto, moreno, de chamarra negra. Nadie lo ha visto antes. Las amigas cuchichean entre risas y miradas entrecortadas.

Luego, la música cambia. *Las llaves de mi alma*. Alguien la canta con desesperación. Azucena se pone de pie y dice que va al baño. Ninguna de las amigas responde. Pasa junto al muchacho. Él la sigue con la mirada, o la precede. No está claro.

Después, baila. Está bailando con él. La está manoseando. El ritmo se vuelve bruma. La letra de la canción se mezcla con la voz del muchacho: «… harás conmigo lo que quieras, bien o mal». Ella asiente, o no. Se deja llevar. ¿O se resiste?

Su cuello tiembla. Algo se le mueve dentro y no sabe si es deseo o miedo. Él la toma de la cintura. Se funden. Ya no están las amigas. No hay más gente. No hay mesa. No hay canción.

Entonces, están en el baño: verde, húmedo, antiguo. La empuja contra los azulejos. Las juntas oxidadas parecen cerrarse sobre ella. Intenta hablar, pero no puede. Él respira fuerte. Ella quiere salir, pero sus piernas no la obedecen. No hay ruido afuera. Él le susurra: «Tomo y obligo».

Rosario no soporta ver a Azucena envuelta en sombras que la tocan sin permiso. Oye su llanto como un eco lejano, frágil, ahogado. Intenta alcanzarla, pero sus pies se hunden en un suelo blando y traicionero, mientras una niebla densa le roba el aliento.

Se incorporó de golpe en la cama con el pecho agitado. Tardó un segundo en reconocer su habitación. Su cuerpo entero era un temblor. Se llevó las manos a la cara. Sus venas sobresalían como cables a los costados de su tenso cuello por el peso de los sueños. Una noche más en que se repetía la misma pesadilla. La habitación estaba oscura, apenas un resplandor entraba por la cortina. El ventilador giraba lento en el techo, pero su respiración era agitada. Se llevó una mano al pecho: lo sentía retumbar. Parpadeó varias veces, intentando borrar las imágenes. El Consalero, los caballitos de tequila, el muchacho de chamarra negra, Azucena.

Azucena.

Escuchó con atención. Desde el otro catre, llegaba el sonido tranquilo de una respiración dormida. Estaba ahí, a salvo.

Cuando los ojos se apagan

Elia llevaba semanas entrecerrando los ojos, acercándose demasiado a los billetes y confundiendo los claveles con las margaritas. Al principio, Rosario pensó que era el cansancio, pues, desde la madrugada, la jornada en el mercado no perdonaba. Pero, una tarde, mientras ordenaban las flores por colores, notó algo más.

—Mamá… ese ramo es de lirios, no de gladiolas —señaló con suavidad.

Elia frunció el ceño y luego se rio con cierta incomodidad, como si quisiera disimularlo.

—¡Ah, claro, hija! ¡Qué tonta, me distraje!

Rosario se quedó mirándola un segundo más. No era la primera vez que se confundía. Esa noche, mientras Rosario remendaba unas blusas viejas y Azucena terminaba una tarea, la jovencita alzó la vista.

—¿Crees que la abuela esté enferma de los ojos?

—¿Por qué lo dices? —respondió Rosario, midiendo cada palabra.

Azucena guardó silencio. Luego, bajó la cabeza, siguió escribiendo y, mientras lo hacía, le contó que, al llegar al mercado el sábado, como todos los fines de semana en que ayudaba en el puesto, encontró a su abuela batallando con el cambio de un cliente.

—«Aquí tiene, joven», le dijo la abuela, extendiéndole tres monedas que no coincidían con el precio —contaba Azucena—. El muchacho era un cliente habitual, así que le sonrió con amabilidad y le dijo «Doña Elia, se pasó. Eran veinte, no treinta».

Azucena observó desde un costado. Luego, miró el dinero en la mano de su abuela: había confundido los billetes de cinco con los de diez. Nada grave, pero no era la primera vez. Lo que estaba sucediendo le recordaba la historia que Elia le había platicado acerca de la abuela Nati: que los pies de su

viejecita, impregnados de olor a tierra, y sus brazos con aliento de maguey, poco a poco, fueron cansándose, al igual que sus ojos, esos que habían visto miles de amaneceres debajo de párpados caídos.

Una de tantas noches en que las palabras de Elia tejían mundos para su nieta, le contó que un día, allá en el pueblo, el calor ondulaba en el aire, haciéndolo tan denso que costaba trabajo respirar. Después de varios kilómetros recorridos, la abuela Nati decidió sentarse y tomar un poco de agua. De entre las matas salió un hombre delgado y pálido, tan etéreo que parecía flotar. El misterioso sujeto, cubierto con su sarape de rayas de colores a pesar del calor, se dirigió hacia la abuela y le dijo con voz carrasposa:

—Estás enferma, lo puedo ver, pero yo te voy a ayudar.

Azucena, recostada junto a ella, la escuchaba con los ojos muy abiertos. Continuó el relato:

—Hacía tiempo que la abuela Nati no se sentía bien, veía los rostros borrosos y ni todas las hierbas que ella bien conocía lograban quitarle esa sensación de tener dos enormes rocas presionando su cabeza, así que escuchó con atención al hombre que, rodeado por un halo de misterio, se acuclilló junto a ella y le dijo: «El hombre fue creado varias veces, con diferentes materiales, hasta que los dioses definieron que el ser humano debía ser de maíz. Porque tú siembras y cuidas este grano sagrado, quizá te concedan la cura de tu enfermedad».

»El hombre, casi espíritu, le dijo que debía bañarse en siete aguas distintas en siete días antes de que saliera el primer rayo de luz. Ríos, lagunas o mares: siete cuerpos de agua diferentes. Que metiera su cuerpo entero y ya adentro enjuagara sus ojos con esas aguas que la naturaleza ofrecía y que son sagradas.

Con la mirada atenta, y a la vez curiosa, Azucena siguió escuchando.

—El brujo le dio gracias a la madre tierra y al dios del viento, terminando con el obligado *Ooh matacuyatzin*. La abuela Nati estiró la mano para agradecer al brujo y este se desvaneció como una visión. Ella

siguió las instrucciones. En el primer río, antes del amanecer, los pies se le resbalaron, se deslizó por la tierra húmeda y cayó al agua dulce. Ahí enjuagó sus ojos, llenando sus manos recias y orgullosas de campesina, con el líquido que le pareció mágico desde entonces. «¡Creo que veo mejor!», exclamó emocionada cuando, parpadeando, trató de enfocar el cielo que apenas comenzaba a clarear.

»Llegó el día de remojarse en las séptimas aguas. Una rebanada de luna la acompañó. Avanzó en su carreta tanto tiempo como los animales que la jalaban pudieron hacerlo, los senderos, angostos y resbaladizos, cansaron a las bestias. El resto del camino lo realizó a pie, a tientas, tratando de acelerar el paso para llegar al mar antes del amanecer. La abuela supo que estaba cerca cuando percibió el olor salino que traía la brisa. El cielo y la tierra se confundían en una franja oscura. La abuela sacó el rosario del bolsillo de su falda y talló las cuentas con nerviosismo, se santiguó tres veces moviendo los labios en un ruego por recuperar la vista. Al llegar a la orilla del mar, Nati se descalzó, dejó los huaraches sobre la arena húmeda, se desvistió y entró en aquellas olas apacibles. Inhaló hondo y dejó salir el aire poco a poco. Hizo un cuenco con las manos y las sumergió para llenarlas de agua. Se lavó los ojos varias veces, pese al ardor de la sal. Mientras la noche retrocedía sobre el oleaje, el primer rayo asomó.

»Abrió los ojos dispuesta a ver con claridad. Se quedó inmóvil y en silencio. La brisa se fue haciendo mansa y el sol hizo brillar pequeños destellos dorados en la arena. Destellos que ella no vio. Se hizo un ovillo sobre la arena, que empezaba a entibiar, y las olas lamieron sus lágrimas.

Azucena y Rosario estaban preocupadas, Elia se había caído ya un par de veces al tropezar con objetos que, en un descuido, alguien olvidaba en el camino que conocía a tientas. A pesar de los incidentes, ella no pensaba dejar de trabajar; mientras el Señor le diera fuerzas, seguiría vendiendo sus flores.

Aromas de Jamaica

Y, así, empezó Azucena a ir al Mercado de Jamaica por las tardes después de la secundaria. Acomodaba ramos, separaba los pétalos frescos de los marchitos, memorizaba los nombres de los clientes. Rosario insistía en que no tenía por qué hacerlo, que ya con los fines de semana bastaba, que tenía que cuidar sus estudios. Ese sería el gran logro de su madre: verla terminar la secundaria y después entrar a la preparatoria. Su misión en la vida, su sueño por cumplir, pero Azucena, terca y dulce como solo una joven con propósito puede serlo, no faltaba una sola tarde.

Elia, al principio, protestó. No por orgullo, sino por amor. Cuando Azucena le alcanzaba el billete correcto o le ataba un ramo con firmeza, le apretaba la mano en silencio y sonreía. Rosario, al verlas juntas entre flores y risas suaves, sentía una ternura profunda y un nudo leve en la garganta. Porque, en ese pequeño acto, el de brindar ayuda sin que nadie la pidiera, había algo que no se aprende en los libros y que ella le había enseñado: la herencia del cuidado, la forma en que el amor también se transmite con los ojos que empiezan a ver por los otros.

En unas semanas, Azucena ya conocía cada rincón del mercado, cada secreto susurrado entre los pasillos. Era 1975, los tiempos estaban cambiando, pero no el destino de los puestos de flores. Acudían los clientes regulares que compraban las flores más exóticas para sus tiendas en las zonas burguesas del poniente de la ciudad. Los floristas que se dedicaban a hacer eventos sociales hacían con anticipación sus encargos de fresias, heliconias y orquídeas; no faltaba el esporádico al que le quedaba de paso el mercado y, por no dejar, se llevaba unos lirios o unos agapantos. El cliente al que Azucena sabía identificar a la perfección era el que compraba un ramo para su amante. El hombre que llegaba vestido de catrín, traje a rayas,

zapatos bien boleados, pañuelo color vino en el bolsillo izquierdo del saco, cabello engominado y un sombrero de paño gris que, más que otra cosa, servía para taparle las mentiras dibujadas en la cara. Ese comprador se tomaba su tiempo para escoger las flores del ramo.

«¿Cuáles son las más frescas que tiene? ¿Duran mucho? ¡Ah! Pero póngale su papel celofán y un moñote rojo», pedían. Ella aprovechaba y les recomendaba las flores más caras, pues sabía que no iban a chistar, porque lo que busca ese tipo de cliente es quedar muy bien con la dama a la que pretende. Ya les tenía bien tomada la medida; cuanto más grande y caro el ramo de flores, más difícil la conquista.

Por la tarde, cuando llegaba Azucena, la actividad había disminuido un poco. Los tumultos de gente se dispersaban, las voces regateadoras se silenciaban y las cubetas vacías, apiladas en una esquina, indicaban las ganancias de la jornada. Su madre se adelantaba para llegar a casa y empezar con el quehacer, aunque, hacía algunas compras de camino. Si se encontraba con alguna vecina, charlaba un rato y luego, si la plática no era lo suficientemente interesante, se despedía con un:

—Bueno, manita, te dejo porque ya se me hizo tarde.

Llegaba a lavar ropa, preparar la cena y limpiar un poco el cuarto.

Aprovechando que el ritmo del mercado bajaba, Azucena levantaba la tapa de vinilo roído del banquillo en el que pasaba sentada parte del día y sacaba su libreta de hojas medio sueltas, sostenidas solo por una gruesa liga. La pared trasera del puesto le servía para acurrucarse mientras abría el frágil cuadernillo, disponiéndose a dejar por escrito en él todo lo que pasaba por su cabeza. Antes de irse, dejaba el puesto limpio de hojas, varas y desperdicio que había estado en el piso húmedo y desgastado. Luego, cerraba con llave los estantes de lámina oxidada donde guardaba las flores que sobraban del día.

Esa tarde, con los ojos cerrados, se guardó el dinero en el pecho en el lado izquierdo del sostén, como le había enseñado su abuela. La voz arenosa de un cliente, que arrastraba las palabras con timidez, la sacó de sus

pensamientos con un sobresalto.

—Enseguida, señor, ¿en qué le puedo ayudar?

De bigote bien dibujado y haciendo una mueca, el caballero se aclaró la garganta.

—¿Me pone, por favor, diez varas de casablanca?

Pagó las flores y, sin esperar su cambio, se esfumó, dejándola con la palabra en la boca y los billetes en la mano. Lo llamó varias veces, pero desistió mientras veía las coordenadas de su espalda perderse en los pasillos. Aquel individuo la intrigó, tenía algo de místico; los lentes oscuros que escondían su mirada, la prisa con que desapareció. Decidió tratar de alcanzarlo, abriéndose camino entre la gente. Cuando lo tuvo cerca, le tocó el hombro y él se dio la vuelta, sorprendido, por verla.

—Señor, olvidó su cambio —le dijo con la voz entrecortada por la agitación que le provocó caminar casi corriendo.

—Quédatelo —contestó el hombre, evitándola y continuando su andar apresurado.

—No, es que es mucho dinero, ¿cómo cree?

—Es tuyo, Azucena, cómprate algo bonito —le respondió antes de diluirse en aquel avispero humano.

Tratando de recobrar el ritmo de su respiración y volvió sobre sus pasos hasta llegar al puesto. Hasta ese momento, fue que se quedó pensando: «¿Cómo sabe mi nombre?». Ella nunca le dijo cómo se llamaba.

Sin saber qué concluir, levantó los hombros, intrigada. Esa voz grave, pronunciando cada sílaba, le hizo contener el aliento: «A-zu-ce-na». Miró por encima de las decenas de cabezas que se movían en oleadas entre los pasillos hacia la salida, ya no lo encontró. Se aseguró de que los estantes estuvieran cerrados, se quitó el delantal, tomó su libreta y se fue mirando a su alrededor, por si lo volvía a ver antes de ser engullida por el tumulto.

La heredera de la luz

En la cabeza de la abuela Nati, los montes y los ríos resonaban y se hacían presentes, como si estuvieran vivos, como si los pudiera ver. Con la última imagen que sus ojos miraron, se despertaba y se iba a dormir. Quedarse ciega no fue un impedimento para trabajar; hacía que sus nietos le llevaran las mazorcas recién sacadas de la tierra y las colocaran junto a ella para que pudiera desgranarlas a mano, a pesar de que ya tenían una máquina que hacía ese trabajo. Para doña Natividad, desmenuzarlas con sus propios dedos hacía una gran diferencia en el sabor de cada grano de maíz; ese era un ritual en el que se ensamblaban los diálogos sagrados con quien se empapaba del sudor del campo.

Transcurrieron los meses y la abuela seguía relatando, ahora con los párpados ensombrecidos, las historias que nunca había vivido sobre lugares en los que jamás había estado, pero que parecía conocer a la perfección. A la sombra del encino, sus nietos se sentaban en las raíces que crecían por encima de la tierra y la escuchaban. Ella transmitía toda una tradición oral heredada, les contaba los secretos que sus abuelos le habían confiado. Ahora era su turno de proteger ese patrimonio, el del vínculo inquebrantable que tenía con la tierra y con el orgullo indígena. Le gustaba finalizar sus crónicas con estas palabras: «No es mucho lo que tenemos, pero tampoco es mucho lo que necesitamos».

Una tortilla calientita, el calor del amor y el fogón eran suficientes para su familia. Uno a uno, pasaban a que les diera la bendición con sus manos prietas y arrugadas; las uñas negras por la tierra que tanto amaba. Los iba palpando y, sin equivocarse, sabía quiénes eran. A Elia le recorría los brazos y le decía: «Mira nomás, hija, mi Huesitos, te me vas a quebrar».

La oscuridad la había cegado, pero su tacto parecía haber renacido.

Una noche, apenas Rosario cruzó la puerta de su cuarto, escuchó un leve golpeteo. Se acercó en silencio y encontró a Elia acomodando los trastes a tientas; sus manos tanteaban el aire como si buscaran la memoria de los objetos. Por un instante, Rosario sintió que estaba viendo a una niña jugar en la penumbra, pero la seriedad en el rostro de su madre rompía cualquier ilusión.

—¿Qué haces, mamá? —preguntó con la voz apenas sostenida.

Elia alzó la mirada, pero sus ojos ya no enfocaban el mundo. Se incorporó con lentitud y, al dar un paso, se tambaleó. Rosario corrió a sostenerla y, en ese gesto, algo se quebró dentro de ella. Era como mirarse en un espejo que le mostraba el porvenir: el cuerpo frágil, la oscuridad ganando terreno, la dignidad forcejeando con el tiempo. Pensó que las mujeres de su familia estaban pagando una deuda silenciosa con la mirada. Una herencia que ninguna había pedido y que todas llevaban a cuestas.

Desde el umbral, Azucena observaba en silencio. Sus ojos, tan plenos de vida, se llenaron de un dolor nuevo al ver a su abuela atrapada en las tinieblas. Esa noche, sin decirlo, se hizo una promesa: convertirse en su sombra, caminar tras ella, ver por las tres. Y, mientras Rosario la abrazaba fuerte, sin saber si lo hacía por su madre o por ella misma, Azucena comprendió que algo había cambiado. Que, en el vaivén invisible entre quienes cuidan y quienes son cuidados, a veces el ciclo empieza mucho antes de lo que uno espera.

A la mañana siguiente, Azucena se levantó antes que de costumbre. No hizo ruido. Se vistió en la oscuridad, como había visto hacerlo tantas veces a Rosario, y salió de casa con paso firme. El sol apenas despuntaba y ya el mercado olía a humedad, cartón y flores dormidas.

Cuando Rosario llegó más tarde al puesto, cargando los baldes con agua fresca, se la encontró ahí: Azucena, sentada en una caja de madera, separando ramos con precisión, anotando precios en la libreta, saludando con voz clara a los primeros clientes. Tenía el delantal de Elia puesto, doblado en la cintura.

—¿Qué haces aquí, mi amor? —preguntó Rosario sin regañarla, pero preocupada porque se le hiciera tarde para la escuela.

Azucena la miró sin dejar de ordenar los tallos.

—Estoy viendo por la abuela.

Rosario sintió que algo se acomodaba en su interior. No era alivio. Era una especie de paz nueva, áspera y dulce, como si, por fin, el río hubiera encontrado otra orilla donde apoyarse. Azucena se sentó en silencio frente a los crisantemos y pensó que, aunque su abuela ya no pudiera verlos, al menos sabría que alguien estaba mirando por ella.

Olor a tormenta

Un primer goterón anunció la tormenta que se avecinaba. Era sábado y, como cada semana, Azucena caminaba al puesto antes de que saliera el sol. Las banquetas húmedas todavía guardaban el olor agrio de la madrugada y el vapor de los tamales flotaba en el aire como una promesa. A esa hora, todo parecía más crudo: las cortinas oxidadas, los perros sin dueño, los niños que aprendían a ganarse el pan antes que a escribir su nombre.

«La pobreza no es solo escasez, es más bien una herencia silenciosa», pensó. Una especie de sombra que se cuela entre generaciones, como las ollas viejas o los oficios que nadie elige, pero todos aprenden. Pasa de madre a hija, de mirada a mirada, sin necesidad de nombrarla. Rosario solía decir que no importaba no tener, mientras se tuviera dignidad. «Pobres, pero honradas», repetía con los labios apretados; aunque, Azucena sospechaba que, a veces, ni ella podía sostener esa frase sin que le temblara la voz.

Pensaba también que la iglesia ayuda a muchos a lavar los pecados que la vida les obliga a cometer. Confesarse es una forma de empezar de nuevo, de fingir que uno puede ser distinto el lunes, aunque el sábado tuviera que vender lo que fuera para sobrevivir. Muchas de sus conocidas no habían tenido la oportunidad de vender solo flores, como ella. No las juzgaba, nunca lo hacía porque una madre lleva pan a la mesa de sus hijos sea como sea.

Azucena apretó el paso. El mercado ya asomaba al final de la calle, vibrante, despierto. Y ella, con los pies fríos y la mente llena de preguntas, se alistaba para otro día más entre flores, entre secretos que nadie se atrevía a decir en voz alta. Era un día más que prometía hacerse eterno mientras esperaba, sin admitirlo del todo, que apareciera aquel hombre que la había dejado intranquila. Le costaba trabajo reconocer lo que en realidad sentía:

inquietud, sí, pero también una atracción persistente que no se le iba de la cabeza. Lo imaginaba sin esos lentes oscuros que ocultaban su mirada. Había pasado una semana desde aquel extraño encuentro, ese en el que él pronunció su nombre sin que se lo hubiera dicho.

Llegó a su puesto. El aroma de las hierbas del local nueve flotaba en el aire: albahaca, romero, yerbabuena y epazote. Las pequeñas macetas le parecían espejos del barrio; unas, frescas y llenas de vida; otras, luchando por no marchitarse. «Como nosotras», pensó. Esa mañana se sentía distinta. Miró cada cosa como si fuera nueva. Los anturios brillaban con un color inusual, la dalia, o *acocoxóchitl,* le pareció una joya tallada en pétalos, frágil y perfecta. Las tareas pesadas, como lavar el piso o acarrear cubetas, no le molestaban. Sus ojos, sin querer, buscaban al hombre misterioso entre la gente. No lo encontraba. Siguió trabajando, dejándose llenar por el granate, el lila, el magenta de las flores; por el verde inagotable de la eterna primavera que vivía dentro del mercado.

Las horas pasaron entre clientes y pedidos; se acercaba el Día de las Madres y el lugar se volvía una tormenta: remolinos de voces, pasos veloces y flores desbordadas que lo empapaban todo. En medio del caos, mientras despachaba a una señora, sintió una mirada recorrerle la espalda como una caricia tibia. No necesitó voltear para saberlo: era él. Reconoció su voz, grave y dulce, y una corriente suave le recorrió la columna, como si alguien soplara despacio sobre su piel húmeda.

Azucena quiso acercarse, pero, por fortuna, su cuerpo no la obedeció. A un costado, estaba don Ignacio; un hombre de aspecto maltrecho al que todos consideraban un viejo cizañero. La jovencita pensaba que no era tan ruin como lo pintaban; recordaba que, don Nacho intercedió para que su abuela consiguiera el puesto en el mercado. Sin embargo, le encantaba el chisme y, si llegaba a ver algo, en minutos todo el barrio lo sabría. Un chiflido llamó la atención del viejo que, enseguida, se fue rumbo a la pulquería con su compadre.

—En un ratito regreso, hija. Ahí te encargo mi changarro —le pidió,

relamiéndose los labios.

Entonces, el hombre misterioso se acercó y le susurró al oído:

—Al fin, te encontré.

Él la tomó de la barbilla; un gesto que la dejó congelada durante unos cuantos segundos. Le cosquilleó el pecho, como si alguien invisible la hubiera tocado por dentro. Las campanas de la iglesia repicaron al fondo y ella sintió que todas hablaban el mismo idioma: el de la pasión. Buscó a don Ignacio con la mirada por si acaso había presenciado algo. De haber sido así, hubiera sido un problema explicarle a su madre cuando ni ella misma sabía quién era ese hombre.

—¿Cuáles son tus flores favoritas? —Escuchó que le preguntaba con voz serena, como si no quisiera alterar el aire entre ellos.

Azucena tardó un instante en responder. Se permitió mirar el puesto como si fuera la primera vez, pese a que lo conocía de memoria.

—Paso el día entre tantas, todas tan bellas… pero mis consentidas son las leónidas. Tienen ese tono rosa viejo que las hace parecer traídas de otro tiempo, como si vinieran desde la antigüedad, de días más lentos, de días mejores.

Él sonrió apenas y, con esa calma suya, dijo:

—Entonces dame una docena de las más frescas que tengas.

Azucena bajó la mirada y se inclinó con cuidado sobre los ramos. Sus dedos, por lo general ágiles, se volvieron torpes de pronto. Separó las leónidas una por una, como si cada flor llevara dentro una palabra no dicha.

El silencio no era incómodo, sino sorprendente. Un espacio contenido, denso, como el instante antes de una tormenta.

Mientras preparaba el ramo, se preguntó si él sabría que era la primera vez que alguien le preguntaba por sus flores favoritas. Que nunca lo había dicho. Que ni siquiera su madre lo sabía.

Le extendió el manojo envuelto en papel estraza con un nudo sencillo. Al hacerlo, sus dedos apenas rozaron los de él, pero fue suficiente para que una oleada le subiera por la nuca, como si su cuerpo registrara lo que su mente

aún no se atrevía a pensar.

Él tomó las flores y no dijo nada. Solo la miró con esos ojos inalcanzables tras sus lentes oscuros. Se acercó aún más, colocó el ramo de vuelta en sus manos y, al hacerlo, ella acarició sus dedos.

—Son para ti —declaró con la voz más dulce que Azucena había escuchado nunca, mientras el hombre deslizaba un fajo de billetes en el bolsillo de su mandil.

El mundo se desdibujó. Solo estaban ellos dos. Todo lo demás se desvaneció, incluso el bullicio del mercado pareció ahogarse. Vulnerable y suspendida, Azucena sintió que, por primera vez, dejaba de mirar la vida pasar desde su puesto de flores. Por fin, la estaba habitando.

—¡Muchacha! —tronó la voz ronca de don Ignacio—. Atiende a la señora, que ya te está esperando con el dinero en la mano.

El instante se rompió. El murmullo del mercado volvió con toda su fuerza: el pregón de los vendedores, el rechinar de los carritos, el llanto de un niño y ese aroma a humedad y fruta madura que siempre rondaba al final del pasillo.

Azucena pestañeó, como saliendo de un sueño.

Giró hacia el puesto y vio a una mujer mayor, impaciente, con un ramo de alhelíes en la mano y el ceño fruncido. Ella tenía su propio ramo en el regazo y, por un momento, se le quedó viendo. No podía tirarlo. No podía llevarlo a casa. No podía andar con él por el mercado como si fuera una novia. Entonces, lo desenvolvió de nuevo, con cuidado, y metió las leónidas de vuelta en la cubeta. Tenía las manos vacías, aunque todo su cuerpo olía a rosas.

El hombre se había alejado, pero la joven lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer. De ese mismo tumulto, surgieron Rosario y Yolanda al frente de un mecapalero cargado de flores frescas para rellenar el puesto. El olor a albahaca y crisantemo la trajo de vuelta a la tierra, como si el mundo real, con su rutina y su peso, la reclamara de nuevo. Yolanda la miró de reojo con ese gesto que usaba cuando algo no le cuadraba, mientras Rosario,

ocupada en darle indicaciones al cargador, no notó el temblor en los labios de su hija.

—¿Nos ayudas o sigues mirando el horizonte, estatua de plaza? —preguntó Yolanda con media sonrisa, intentando disimular su preocupación.

Azucena soltó un suspiro y bajó la mirada con la tristeza de quien despierta justo antes del final de un sueño.

—Sí… ya voy —respondió, metiendo la mano al bolsillo de su mandil y descubriendo el fajo de billetes.

Rosario giró al escucharla, la miró y, en un segundo, supo que algo raro le pasaba a Azucena. Frunció apenas el ceño, sin decir nada. Era experta en detectar sombras en el rostro de su hija, pero ya había aprendido a no preguntar de inmediato. Guardaba sus sospechas como se guarda una carta sin abrir: esperando el momento justo para leerla.

Y, así, entre ramos húmedos, bolsas de papel estraza y el murmullo creciente del mercado, Azucena volvió a su lugar, aunque una parte de ella, pequeña pero insistente, se había quedado allá, donde lo vio por última vez. Entonces, casi sin pensarlo, buscó la libreta que guardaba detrás del frasco de monedas, arrancó una hoja y escribió:

Hay personas que no vienen a quedarse…
solo vienen a despertar algo que dormía.

Por fin, era hora de cerrar y necesitaba llegar a casa, abrir su cuaderno y dejar que las palabras se desbordaran. El camino le pareció más largo por la urgencia. Los lugares por los que había pasado cientos de veces ahora tenían un semblante diferente. En el trayecto, se abandonó al deseo disfrazado de fantasía: imaginó escenas febriles, manos que exploraban sin prisa, susurros en la penumbra y decidió que la mirada de aquel hombre era su nuevo destino. Recordaba con nitidez cómo alzó una ceja al verla; ese gesto preciso, insinuante, que le recorrió el cuerpo sin permiso.

A medida que trataba de descifrar los misterios de este nuevo

sentimiento, caía en cuenta de lo poco que sabía del amor, pero, sin duda, así era: desconcertante, hondo, desordenado, algo que removía los anhelos más profundos. Fue un golpe suave de certeza: su alma ansiaba sentir eso que la hacía vibrar sin permiso, eso que la desarmaba y la empujaba a mirarse distinta. Solamente pensar en él, la llevaba a persignarse y cerrar los ojos, como si al volverlos a abrir pudiera desaparecer el deseo o, al menos, esconderlo mejor.

Había algo enigmático en aquel hombre mayor que la atraía de forma irremediable. Las imágenes de las parejas entrañables que había conocido en sus lecturas alimentaban aún más su imaginación. Quería ser como esa muchacha de la novela que una vez le prestó el señor Ortega, María, la de Jorge Isaacs: tierna, entregada, capaz de amar con todo el cuerpo y sin hacer preguntas. Quería inspirarlo, acompañarlo, aunque no supiera a dónde iba. Pero ponerle nombre a lo que sentía no le resultaba sencillo, pues eran emociones nuevas y desconocidas que jamás había experimentado y que aún no sabía cómo traducir en palabras.

Pasó la noche despierta, espolvoreando en su cuaderno hecho diario, palabras y confidencias; era la única forma de poder respirar:

Me sorprendo a mí misma pensando en ti,
me sorprendo imaginando la sensación de tus besos;
eso con lo que has desafiado mi pasión.

Cuando leyó lo que acababa de escribir, estuvo a punto de arrancar la hoja y romperla en pedazos. Aquellas palabras no tenían sentido… estaban fuera de lugar, desbordadas. A sus dieciséis años, jamás había dicho esas cosas en voz alta y mucho menos las había escrito. No sabía que dentro de ella vivía esa voz, ese incendio. Se quedó quieta un momento con el cuaderno abierto, sorprendida de sí misma, como si alguien hubiera escrito en su lugar. ¿Cómo era posible que unas cuantas frases cruzadas con un desconocido despertaran en ella esa tormenta, esas imágenes tan vivas? No entendía del

todo lo que le pasaba, pero lo sentía en la piel, como si algo dentro de ella se hubiera encendido sin pedir permiso ¿Quién era él… y por qué sabía su nombre?

Recordó su aliento que olía al campo después de la tormenta. A ese aroma húmedo, terroso, limpio, que la hacía sentir, inexplicablemente, a salvo.

Al fin, te encontré

Los días pasaban y Azucena los vivía a la espera, recordando el roce de aquel hombre en su piel mientras le hablaba. Encerrada en sí misma y en sus escritos, miraba su rostro en todos lados: en el sueño profundo, en la duermevela o cuando se quedaba embelesada jugueteando con un mechón de pelo entre los dedos. Así la encontró Yolanda esa tarde en que decidió hablar con ella. Pensaba que quizá estaba deprimida porque de nada servía que la buscara, que tocara el timbre; ni siquiera se molestaba en contestar. No sabía que, en realidad, Azucena lo único que quería era perderse en el recuerdo de su última presencia y en el anhelo de volverlo a ver. Para Rosario, la actitud de su hija durante las últimas semanas se había convertido en una señal de alarma; le preocupaba que quisiera pasar tanto tiempo a solas y no lograba entender por qué no confiaba en ella. Inevitablemente, temía que algo como lo que le pasó a ella le hubiese sucedido. Azucena estaba mandando mensajes que su madre interpretaba y que le hablaban de cosas terribles, pero, como no lograba sacarle ni una palabra al respecto, esperaba que Yolanda pudiera acercarse a ella.

Yolanda esperó a que Azucena llegara de la escuela. La chica subió directo por las escaleras herrumbrosas y no pasó a saludar a su abuela, cosa rara en ella. Estaba sentada al borde de la azotea con la mirada fija en algún punto que solo ella parecía ver. Yolanda no quiso hablarle de golpe. Se sentó a su lado y permaneció en silencio un rato, dejando que el viento hiciera el primer contacto.

—¿Estás enojada con nosotras? —preguntó de forma suave, sin reproches.

Azucena negó con la cabeza sin despegar los ojos del horizonte.

—¿Entonces por qué parece que estás tan lejos? Como si te hubieras ido

a otro sitio… y no supiéramos cómo alcanzarte.

La voz de Yolanda no era inquisitiva. Era más bien una cuerda tendida entre dos orillas.

La joven respiró hondo. Por un momento, pareció que iba a hablar, pero solo apretó los labios y bajó la mirada.

—Tu mamá está preocupada —continuó Yolanda—. No te dice nada para no presionarte, pero yo la he visto… La forma en que se le apagan los ojos cuando no logra entenderte. Cree que te pasó algo. Algo grave.

Azucena se volvió hacia ella con una mezcla de ternura y tristeza.

—No me pasó nada —dijo—. O sí; me pasó algo….

Yolanda le tomó la mano con firmeza, como quien quiere decir: «Cuando estés lista, aquí estoy».

Azucena bajó la voz.

—Tengo algo importantísimo que contarte.

Yolanda guardó un silencio expectante.

—Pero no se lo puedes decir a nadie.

—Lo prometo, pero ¡dime ya! ¿Te pasa algo?, ¿qué necesitas?

Azucena respiró profundo. Miró sus manos entrelazadas con las de Yolanda; luego, soltó de golpe:

—Creo que estoy enamorada.

Yolanda no respondió enseguida. Solo ladeó la cabeza, sintiendo alivio de que, al fin, dijera algo.

—¿De quién? —preguntó con cuidado, sin alarmarse.

Tardó en contestar. Las palabras le salían lentas, como si se resistieran.

—No lo sé. De un hombre, pero… no sé quién es ni de dónde viene ni qué hace.

Solo aparece, me mira, me dice una frase y se va. Eso es todo.

Yolanda frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

—Sí —confirmó Azucena y su voz apenas tembló—. Pero, cuando lo veo… cuando lo veo, es como si el mundo entero se apagara y solo

quedáramos él y yo. Me cambia el cuerpo. Me cambia el aire. Me dan ganas de escribir y de llorar, de correr y de quedarme quieta entre sus brazos. Me siento viva.

Yolanda bajó la mirada. El peso de las palabras la sensibilizó más de lo que esperaba.

—¿Y no te da miedo?

—Mucho, porque no sé si es real. Porque no sé si es amor o si solo estoy esperando algo que nunca va a pasar.

No hacía falta decir más. Había cosas que no se explicaban con lógica.

—Me la paso mirando a mi alrededor, inquieta, esperando que aparezca entre la muchedumbre —confesó, sonrojada.

—Pero ¿qué te dice? ¿Con qué pretexto se acerca?

—Normalmente, no dice nada; solo nos vemos… Salvo la última vez, que me dijo: «Al fin te encontré». Me costó trabajo no echarle los brazos al cuello, pero no lo hice, por si don Ignacio nos veía. Ay, no sabes cuánto deseo estar con él en un lugar donde no nos vean los demás —reveló Azucena, emocionándose más con cada palabra.

—¿Y cómo se llama? —intervino Yolanda con un dejo de impaciencia.

La pregunta quedó flotando en el silencio.

—¡No me digas que no lo sabes!

—No, no lo sé. Yo tampoco le he dicho mi nombre… aunque creo que lo averiguó por ahí, seguramente, preguntando a algún locatario. Pero ¿eso qué importa? Si se llama Roberto, Juan o Pedro, da igual. Yo me imagino que damos largos paseos tomados de la mano, lejos del mercado, del barrio, de todo lo conocido. Él me está enseñando lo que es estar enamorada, lo que es sentirse protegida, querida. Sueño con dedicarle sonrisas, susurrarnos al oído, rozarnos los labios… No sabes lo que es tener a alguien en la cabeza a toda hora, que pensar en verlo se convierta en el motor de cada día —respondió Azucena, dejando escapar un suspiro—. Es como si, al mirarnos, buscáramos algo que nos hace falta; algo que solo está en los ojos del otro.

—¿Pero no sabes nada de ese visitante misterioso? —insistió Yolanda con

una tensión que comenzaba a delatar su profunda preocupación—. ¿Qué tal si es un abusador o un drogadicto o te quiere enganchar para obligarte a hacer cosas horribles? Tienes que averiguar quién es antes de seguirte llenando la cabeza con fantasías románticas —le advirtió, visiblemente alterada.

Azucena bajó la mirada sin responder. Sus ojos tenían un brillo distinto que inquietó a Yolanda. Desde que comenzaron a hablar del tema, tuvo un mal presentimiento. Aunque no quería arruinar el momento tan privado, notaba que la mirada de la joven ya no era inocente. Había algo que no le daba buena espina.

Se le cayó a Azucena su libreta de las manos y Yolanda alcanzó a leer:

Me duermo anhelando que mañana me encuentre en el sosiego de la tarde y, como hoy, me sorprenda a mí misma otra vez pensando en ti.

Cerró el cuaderno de golpe, apretándolo entre sus manos sudorosas.

—Espero que tengas bien guardado tu diario —la sermoneó Yolanda, tajante—. Imagínate que lo encuentra tu mamá. Esa mujer ha dado la vida por cuidarte —añadió, molesta.

Azucena sintió en sus palabras una preocupación sincera y la agradeció. Era cierto. Su madre la había educado bajo una lupa, empeñada en formar a una señorita decente, pero no permitió que esa advertencia ensuciara la magia que la envolvía al imaginarlo. «¿Pensará también en mí?», se preguntaba mientras cerraba los ojos, intentando recuperar el control y reunir una paciencia que, cuando se trataba de desear verlo una vez más, siempre parecía escapársele de las manos.

Pasó una semana más y Azucena sintió por fin el fuego de la mirada que se escondía entre las siluetas de ese mercado ruidoso y lleno de vida. Lo vio acercarse entre la marea de gente, como si el mundo se abriera solo para dejarlo pasar. Sus pómulos se redondearon ante la sonrisa coqueta que esbozó al verle. La felicidad renovada. Azucena había imaginado ese

momento decenas de veces durante los días anteriores y, en su ensueño, él corría hacia ella para robarle un beso. No sucedió así. Se quedó parado a la distancia. Sacó un paquete de Delicados de la bolsa de su pantalón y se llevó un cigarrillo a la boca entreabierta. Sus carnosos labios le resultaban cada vez más atractivos y los ojos de la joven se quedaron clavados en las ondulaciones de humo que lo envolvían. Dio una larga bocanada. Ella observó cómo exhalaba el humo lentamente, cómo sostenía el tabaco entre los dedos; le pareció tan sugerente. Justo cuando Azucena intentó acercarse más, él se escabulló con la misma facilidad con la que había llegado, dejándola inmóvil, confundida entre sus sonrisas amables y esas miradas que escapaban como si llevaran culpa. Solo le quedaba el rastro de su aroma, que, a veces, se le quedaba pegado a la piel hasta que él volvía a aparecer.

Todo aquello le despertaba una urgencia casi física por escribir. Sentía la necesidad de traducir en palabras esa sensación enigmática que le quedaba cada vez que él desaparecía. Sabía que debía hacerlo de inmediato, en el calor del momento, cuando las sensaciones aún se mostraban crudas y sin disfraz. Postergarlo sería como dejar escapar un soplo de revelación, como perder la posibilidad de un poema. Así que tomaba la pluma y dejaba que su mano corriera sobre el papel, sin rumbo claro, guiada solo por la inquietud que ese hombre le provocaba:

Cierro los ojos para coquetear con tu recuerdo.
Solo hacerlo borra la insipidez de la tarde.
Imagino tus manos, posadas a la medida,
como un ornamento en mi cintura.

El último poema

Veintidós días después, emergió entre la multitud como si hubiera salido de una grieta en el aire. Hizo un leve ademán con la cabeza, apenas un gesto, y avanzó hacia Azucena con una calma que desentonaba con el bullicio del mercado. Ella, distraída, se arañó el brazo con una rama de las varas de ciruelo, sin apartar los ojos de aquella figura que parecía flotar entre la gente. Se quedó inmóvil frente a él; tan cerca que el mundo parecía contener la respiración. Había en ese encuentro algo furtivo, casi prohibido, que lo volvía aún más fascinante. Sintió un deseo urgente de que la besara, aunque, al mismo tiempo, una voz en su interior suplicaba que no lo hiciera allí, donde los ojos del mercado podían volverse cuchillos, donde don Ignacio o su madre podían aparecer en cualquier instante. Entonces, lo comprendió: él solo se presentaba en ausencia de su madre o de Yolanda. Aquella coincidencia se convirtió de pronto en certeza. Él lo sabía. Sabía que alguien velaba por ella… y no quería ser visto.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntaba siempre como parte de un juego que ambos conocían.

Las visitas eran frecuentes. Los poemas y versos llenaban su libreta: «Amo la forma en la que miras vigilante mi caminar», escribió al darse cuenta de que él la observaba sigiloso antes de acercarse. A veces, creía que la timidez lo superaba, que intentaba pasar desapercibido hasta que lograba vencer su recelo y se animaba a acercarse, a conversar y a regalarle un ramo de leónidas. Esos gestos la hacían sentir mimada, querida. Su ingenuidad se había transformado en una marea silenciosa que comenzaba a mover el deseo estancado entre sus piernas.

Tuvo que ingeniárselas para esconder los obsequios. Sabía que si su madre los veía, vendrían las preguntas incisivas, la voz dura y el juicio

inevitable. «Aceptar regalos es cosa de mujeres de la calle», le había repetido más de una vez, pero Azucena siempre guardaba algo de sus encuentros: una rosa prensada entre las hojas de la libreta dejaba su forma y su aroma como un secreto bien escondido entre palabras. El resto del ramo lo deshacía con cuidado, entregando una flor a cada cliente habitual, como quien reparte fragmentos de una historia que solo ella conoce completa.

Con el paso de los meses, sus poemas se afinaron cual melodía que encuentra el tono exacto; cada vez más intenso, más suyo, más verdadero. Azucena decidió romper con la voz interior que la obligaba a ser una muchacha decente; esa que la vigilaba desde adentro, una sombra heredada, empeñada en encogerle las alas. Ese día, dejó de disculparse. Dejó de pedir permiso. Y sus letras, por fin libres, sonaron como un grito que no pensaba acallar.

Quería que él supiera lo que había despertado en ella. Ya no le pesaban los sermones dominicales ni las amenazas de un castigo divino por pensar en el pecado. Todo eso se volvió una bruma frente al santuario íntimo que había levantado en su mente, donde cabían caricias imaginadas, su voz, sus gestos y ese estremecimiento que le provocaba la sola idea de que él también la deseara.

Preparó su declaración como quien alista un talismán: con cuidado, casi con devoción. Había elegido una hoja especial, adornada con corazones diminutos. Compró dos en la papelería del barrio por si el temblor de la mano la traicionaba; no quería tachaduras ni errores. Cada palabra debía quedar perfecta. Cuando terminó, dobló el papel con delicadeza en un sobre blanco y lo mantuvo cerca.

En realidad, no estaba segura de si lo vería ese fin de semana, pero iba preparada. Estaba arreglando un ramo de lisianthus cuando él apareció por detrás del puesto, como si la sola acción de pensarlo lo hubiera traído. El impulso la venció: lo abrazó sin previo aviso. Él se quedó quieto, desconcertado, apenas alcanzó a posar las manos sobre sus hombros. Intentando aferrarse a una rutina que ya no los salvaba, murmuró:

—Prepara las leónidas… como siempre.

Pero su voz temblaba, traicionándolo.

Azucena también temblaba. Le extendió el sobre con una sonrisa.

—Toma —dijo en voz baja—. Esta vez, el regalo es para ti.

Él lo aceptó sin decir palabra. Luego, con una ternura cargada de electricidad, le apartó un mechón de cabello de la mejilla. Sus dedos rozaron su piel; parecía acariciar algo sagrado. Se sentaron juntos, tan cerca que los latidos de uno parecían contagiar al otro. Él abrió el sobre con manos lentas, casi ceremoniosas, y comenzó a leer en voz baja:

Esta es una de esas noches en las que el cuerpo me arde de ausencia,
una de tantas en las que imagino tu boca en mi cuello,
tus manos recorriéndome como quien vuelve a casa.
Me giro. Te busco.

La sonrisa que había asomado hacía un instante se le borró por completo, y añadió:

Y aunque no estás, te siento: intenso, inevitable…
como si cada rincón de mi piel te llamara en secreto.
Pienso en nosotros,
en romper el silencio con un solo beso.

Apretó los labios, las palabras lo golpeaban. Espejismos tejidos en sus visitas; un malentendido que había crecido en el silencio:

Y que el amanecer me encuentre rendida:
por fin, el uno dentro del otro.

No pudo continuar. En ese momento, arrugó el papel; necesitaba callarlo, silenciar lo que no sabía cómo enfrentar. Azucena se inclinó y tomó la hoja con suavidad. La alisó con cuidado, tratando de alisar también el rechazo,

como si pudiera desdoblar el gesto, borrar la pausa, rescatar una ilusión antes de que se deshiciera por completo. Sus dedos temblaban, no por miedo, sino por esa mezcla de tristeza y dignidad herida que arde sin hacer ruido. Aún no entendía todo, pero algo, en su pecho, ya empezaba a doler con otro nombre.

Con el peso de quien carga más de lo que dice, el hombre se quitó los lentes oscuros para limpiarse una lágrima que caía sin permiso. Fue en ese momento, bajo la luz filtrada del toldo, que Azucena vio por primera vez sus ojos desnudos. En ellos, se vio a sí misma. La misma forma almendrada. La misma curvatura triste en la comisura. La mirada exacta que llevaba impreso el mapa secreto de su origen. La certeza se instaló sin aviso, sólida y feroz.

Ese par de abismos la buscaron, pidiéndole que permaneciera un instante más en su reflejo. Era una mirada hecha de sombra y ternura rota, una súplica sin voz. Azucena la sostuvo apenas un instante cuando algo se contrajo en su pecho; era el vértigo de reconocerse en esos ojos, con la culpa agolpada en la mirada y el temblor de quien sabe que no habrá vuelta atrás. Hay cosas que el cuerpo no olvida y una mirada así es una despedida que se queda viviendo adentro. Ojalá nunca la hubiera mirado así. No con esos ojos. No con los suyos.

A él le pesaba respirar, pero, en un movimiento, le arrebató la hoja y la guardó de nuevo en el sobre, sellándolo con una presión muda. Lo puso en las manos de Azucena con cuidado, con la ternura de quien aún cree que un gesto puede detener un naufragio. Entregaba un error que no sabía cómo deshacer. A ella, el contacto la quemaba.

—Perdóname… perdóname —murmuró el hombre.

Cada sílaba le atravesaba la garganta como un alambre caliente. No tuvo el valor de volver a mirarla. No hubo despedida. Solamente giró sobre sus pasos con los hombros hundidos, tambaleante, y comenzó a alejarse. A mitad de camino, se llevó una mano a la cabeza, buscando contener el torbellino que lo desgarraba por dentro. Tropezó, apenas un mínimo

desequilibrio, pero no se detuvo. La culpa lo arrastraba con la fuerza de un río crecido y la prisa con que se iba no era por escapar de Azucena… sino de sí mismo.

Ella se tambaleó sobre el banco donde lo había soñado, donde le escribió palabras que ahora se le volvían cuchillas. En su mente, las imágenes estallaban como vidrio bajo el fuego. En sus ojos, vio el remordimiento tallado a pulso y el reflejo de su propia vergüenza. Lo entendió todo. Sin filtros. Sin pausas. Era él.

Nunca podría sentirse hija. El vínculo estaba quebrado, violado por la ignorancia, confundido por la ternura y el deseo que jamás debieron florecer. El amor y el asco comenzaron a revolverse dentro de ella como animales salvajes enjaulados. Aspiró con violencia, abrazó su libreta, que le ardía entre los dedos, y, en un impulso, comenzó a deshojarla. Rasgó cada poema, cada frase que alguna vez creyó luminosa. Ahora eran solo veneno hecho caligrafía. Cada línea, una hendidura nueva mordiéndole la conciencia.

Las caricias que imaginó eran ahora cenizas; los deseos, una repulsión que le subía por las entrañas como una marea sucia. Ya no quedaba nada limpio, nada inocente. Solo ella. Abierta. Rota. Irreparable.

Soltó el ramo de leónidas. Lo dejó caer al suelo y lo pisó con rabia. Se quedó ahí, hecha trizas, con un daño que no podría decir en voz alta. Nunca. Una verdad solitaria, dolorosa, que la dejaría en duelo para siempre.

Epílogo

Tuvieron que pasar veinte años para que estas páginas nacieran. Vienen de un rincón de mí al que nadie entraba. Las oculté durante mucho tiempo, como escondí los ramos, las cartas, las lágrimas. La historia que acaban de leer no es una novela: es mi memoria. Mi manera de sostenerme cuando el mundo se me desmoronó por dentro.

Escribí sobre él. Sobre ese hombre que apareció entre los puestos de flores una tarde cualquiera, con una presencia que parecía venida de otro tiempo y que, sin buscarlo, trastocó para siempre mi manera de mirar el mundo. Al principio, no supe quién era. Solo sentí que algo en él me llamaba, quizá porque su sombra ya estaba en mi vida desde antes. Lo miré como se mira a alguien que despierta algo dormido, convencida de que había encontrado el amor.

Ese era el hombre de quien mi madre nunca hablaba. El origen de su silencio y de su herida. Escribí sobre él antes de saberlo y, quizá, por eso, mis palabras estaban llenas de confusión, de deseo. Lo que creí amor era sangre. Lo que creí destino era pasado. Tuvieron que correr los años para entenderlo, pero, si no lo hubiera escrito, todo eso seguiría viviendo en mí como una sombra sin forma. Y yo ya no quería vivir a oscuras. Contarlo fue como desenterrar algo con las uñas: me sangraron los dedos con cada palabra.

Escribí también sobre la vecindad, ese pequeño universo donde todo era intenso y cercano; donde los días se vivían al ritmo de las voces compartidas, de gritos cruzados, de risas que rebotaban entre muros descascarados. Un lugar donde los secretos se colaban por las paredes delgadas, como el olor del café por las mañanas o el llanto contenido tras una puerta entreabierta. Cada rincón tenía memoria: el aljibe, la azotea, las

escaleras oxidadas que crujían con cada paso. El tiempo ahí estaba empapado de humedad y de resistencia… pero también de pequeños sueños que buscaban grietas por donde asomarse. Ahí crecí. Ahí me inventé.

Escribí sobre mi abuela Elia porque fue la primera en mostrarme que hay quienes sobreviven a todo, incluso a la ausencia. Llevaba consigo una sabiduría que no cabía en los libros, una sabiduría hecha de vida, de tropiezos y de silencios. Su voz tenía raíces hondas. En ella, resonaban las voces de las mujeres que la antecedieron; generaciones acostumbradas a resistir a toda costa, obligadas tantas veces a callar más de lo que habrían querido y que, aun así, supieron tejer amor entre los pliegues de los días grises.

Mi abuela me heredó su manera de mirar con paciencia, su intuición afilada y esa resistencia silenciosa que no presume, pero sostiene. Sabía cuándo regar y cuándo podar, cuándo acompañar un brote y cuándo dejar que algo muriera. Con ella entendí que las flores no solo adornan, sino que hablan, consuelan, protegen, acompañan. Que una buganvilia puede ser abrigo y, una rosa, despedida.

Escribí sobre Yolanda porque fue la única que alguna vez me habló con franqueza, aunque también callara lo esencial. Tenía un decir pausado que sonaba a consejo y a herida y unos ojos que sabían más de lo que dejaban ver. Me enseñó a desconfiar de las certezas y a buscar la verdad en los gestos, no en las palabras. Fue un faro tenue en mis años más oscuros y, aunque también guardaba sus propios silencios, con ella aprendí que, a veces, compartir el dolor es la única forma de resistirlo.

Fui el resultado de una herida que mi madre jamás pudo nombrar. Y, pese a eso, me sostuvo. Me crio con manos fuertes y, por eso, la quiero. No con el amor ingenuo de la infancia, sino con ese que nace cuando una comprende de dónde viene el dolor; cuando se reconoce que, a veces, el amor no se dice: se sobrevive. Escribirla es mi manera de honrarla, de no dejarla sola en el olvido.

Jamás volví a trazar versos; se quedaron dormidos entre las fisuras de

aquella vecindad, como flores marchitas que nadie recogió. Fueron mi refugio en la adolescencia, mi modo de respirar cuando todo dolía, pero se apagaron cuando me reconocí en aquellos ojos desnudos, los mismos que sofocaron el fuego de tantas primeras veces, dejándome en una penumbra que tardé años en nombrar. Sin embargo, muchos años después, cuando la vida me obligó a detenerme y mirar hacia atrás, sentí que aún había algo que debía decir. Entonces, escribí este relato. No como un ejercicio de memoria, sino como un acto de amor. Lo escribí para Rosario. Para mi madre.

Esta es mi manera de pedirle perdón por no haberla entendido antes y también de perdonarla por todo lo que no pudo darme. De ponerle palabras a su silencio, ese que me acompañó toda la vida como una sombra tibia. Al comprender su dolor y su sacrificio, nació en mí un deseo profundo de honrarla, así que recurrí a la única herramienta que siempre me fue fiel: la escritura. Ese también fue su sueño y lo cambió por la fuerza para sobrevivir. Por eso, estas páginas son suyas. Porque ella no pudo contar su verdad, decidí contarla por ambas.

A veces, al narrar a quien más nos dolió, descubrimos que también fue quien más nos quiso.

Me llamo Azucena.

Esta es nuestra historia.

Agradecimientos

A Moi, siempre a ti, por la confianza, por la paciencia, por el apoyo; por sostenerme cuando me rindo y me dejo caer con la certeza de que ahí estarás, protegiendo mi vulnerabilidad. Tú me has visto escribir cada una de las páginas de esta historia y de las novelas anteriores, siempre con paciencia cuando no acudo a tu llamado porque las letras me tienen secuestrada. Guardián, centinela de lo que nos une y nos define: gracias por el amor incondicional, por ser el crítico afectuoso —pero nunca falto de honestidad —, experto en mí.

A mis hijos, Alex y Sandy, Rafa y Lisa, Arturo y Melina, receptores de mis nuevos proyectos, de mis planes e ilusiones; pacientes escuchas de todo lo que todavía quiero lograr: gracias por alentarme a continuar con mi pasión por la palabra y por sumergirse conmigo en esta gran aventura.

Queridos Mark, Ari, Gabriela, Natalia, Gabriel, Sara, Ricardo, Nicole y Jonathan, mis adorados nietos: son ustedes, sin saberlo, el hilo invisible que teje mis historias. Me llena el corazón ver que, a su corta edad, reconocen las portadas de mis novelas en las librerías y sienten la emoción de decirle al vendedor que su Abu escribió esos libros. Pienso en el momento en que tengan edad suficiente para leerme, y me ilusiona.

Agradezco a mi madre, Mery Eliakim de Bejarano —a quien tanto extraño—, por la emoción que le producía mi nuevo proyecto: esta novela. Aunque no alcanzaste a leerla, sé que debes de estar muy orgullosa de mí. De ti aprendí la importancia de la humildad, de reconocer al otro y darle su lugar. En mis recorridos por las calles de La Merced, al conversar con marchantes, locatarios y gente de las vecindades, tuve siempre presente estos valores. Gracias por la compañía de tu esencia, que permanece conmigo, aunque hayas dejado el capullo para volar libre, eterna mariposa.

A mi padre, Alberto Bejarano, por sugerirme situar la historia en las décadas de los cincuenta y sesenta, época que él vivió con intensidad y de la que me compartió, en charlas maravillosas, tantos datos que hoy forman parte de esta obra.

Hermanas queridísimas, Venice y Reyna, mis cómplices, compañeras de infancia y —más importante aún— mis amigas en la madurez: gracias por alentar y valorar mis sueños.

Agradezco a mi querida Diana Zabludovsky, por confiarme los libros de la biblioteca privada de su padre, don Jacobo Zabludovsky, material invaluable que resultó fundamental para esta investigación.

A Rosita y Elías Steiner, amigos que hacen del paso de los años un trayecto compartido.

Al ojo extraordinario de Estela Peña Molatore, Laura Martínez Lara y Paulette Jonguitud, por aquella primera mirada a mi texto con detalle y cariño.

A David Alejandro Martínez, mi editor: gracias por ayudarme a encontrar el camino a través de las escaletas que me obligaron a saber qué seguía en el laberinto de mi imaginación.

A ustedes, Beatriz, Tamara, Sofía, Camila, Arantxa, Lucy, Claudia y Daniel, compañeros de taller: gracias por la luz cuando me extraviaba en mi propia trama; por encariñarse con mis personajes, con la historia y conmigo.

A mi admirada colega Gabriela Riveros, gracias por hacerle un espacio a la lectura de esta obra en tu agenda y por retroalimentarme con tanto cariño y sabiduría.

Gracias, Claudia Rendón, por las recetas de herbolaria tan importantes en este relato y que, en ocasiones, fueron difíciles de conseguir. Tú resolviste varios misterios.

A José Abraham López, por cuidar mis pasos en las muchas visitas a La Merced y compartir las aventuras y vericuetos en los que me metí durante la investigación *in situ*.

A la verdadera Elia, mi Eli: mi gratitud más profunda por inspirar al

personaje, por confiarme tus recuerdos de una infancia de campo, de tradiciones y leyendas, y —sobre todo— del gran amor a la tierra.

Al gran historiador, actor, conferencista y hombre orquesta, Luis Huitrón, por tu primera lectura para confirmar datos históricos que me eran de suma importancia.

A Mónica Unikel, mi profundo agradecimiento por acompañarme a descubrir vecindades en La Merced, por transmitirme tu cariño por este barrio y por tu paciencia y espera cuando me enfrasqué en conversaciones con vendedores de pollo, velas o pulque con los que charlé en tu compañía.

A las y los promotores de lectura que afortunadamente han logrado que leer sea un acto comunitario: que se comparta, se dialogue y se discuta sobre las historias que con tanto anhelo escribimos.

A los lectores y las lectoras que se sumergieron en las páginas de esta obra —y de las anteriores—, mi más honda gratitud. Sus corazones han dado vida a mis personajes y sus mentes han navegado por los mundos que imaginé y recorrí. Gracias por permitirme compartir mis historias con ustedes; su lectura es el eco que hace resonar mis palabras en el vasto silencio.

A mis amigas escritoras todas —especialmente a Las Hijas de la Pandemia—, por esta pasión compartida, este gorgoreo que nace en medio del pecho cada vez que aparece una frase, una metáfora, una palabra capaz de encender la mecha que dará origen a la explosión de un capítulo entero o, con suerte, una novela completa. Leerlas me impulsa a seguir escribiendo.

A las y los pobladores y locatarios del barrio y del mercado de La Merced, personajes incansables: cada una de sus vidas podría ser un libro. Gracias a quienes aceptaron conversar conmigo, regalarme datos, mostrarme fotografías y, sobre todo, abrir su corazón con esta desconocida que lo único que quiso fue comprender sus vidas para honrarlas.

Por último, a México, corazón antiguo y generoso, por enseñarme que en el bullicio también habita la verdad de lo humano, y que, entre calles apretadas de historia y vida, siempre hay espacio para el asombro. Gracias

por ser un refugio de sueños y nuevos comienzos.

Acerca de la autora

Sophie Goldberg. Es descendiente de inmigrantes turcos y búlgaros, y pertenece a la primera generación de su familia nacida en México. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad Anáhuac y se especializó en periodismo en The University of Texas, Austin. Ha trabajado en prensa y comunicación, además de colaborar en diversas publicaciones y certámenes literarios. Su debut literario fue *Vida y Pasiones* (2002), seguido del libro de arte *Sefarad de Ayer, Oy i Manyana* (2012). En 2020 publicó *El Jardín del Mar*. Su novela *Lunas de Estambul* (Planeta, 2015, 2025) ha cautivado a miles de lectores y ha sido traducida a varios idiomas.

En 2024, Sophie se reunió con el rey Simeón de Bulgaria para agradecerle que haya salvado a su familia del Holocausto. Está casada, es madre de tres hijos y abuela de nueve nietos.

© 2026, Sophie Goldberg

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Allan G. Ramírez

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: julio de 2026
ISBN: 978-607-39-4349-9

Primera edición en formato epub: julio de 2026
ISBN: 978-607-39-4458-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE